

# *Cuando viajar era descubrir*

*Tras las huellas de los grandes viajeros*

Fermín Bocos

Sotavento

Fermín Bocos

# CUANDO VIAJAR ERA DESCUBRIR

*Tras las huellas de los grandes viajeros*

© Fermín Bocos, 2025
© Editorial Almuzara, s.l., 2025
Primera edición: mayo de 2025
Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Editorial Almuzara • Colección Sotavento
Editor: María Borrás
Conversión a e-book: Javier Díaz Martínez
www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com
Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba
I.S.B.N: 978-84-10529-34-2

*Para Esther Eiros, querida amiga que durante tantos años dirigió Gente Viajera, el mejor programa de viajes de la radio española.*
*En recuerdo de mis añorados amigos Manu Leguineche y Javier Reverte, dos grandes viajeros españoles del siglo XX.*

*Lo consiguieron porque no sabían que era imposible.*
*Jean Cocteau*

*De todos los excesos posibles,*
*el viaje es el más grande que conozco,*
*el que se inventó cuando nos cansamos de los demás.*
*Gustave Flaubert*

# EL VIAJE

«Navegar es necesario, vivir no es necesario», el provocador dicho que el historiador griego Plutarco (*Vidas paralelas*) pone en boca de Pompeyo y que incita a viajar por delante de vivir bien podría resumir el impulso que, a lo largo de los siglos, empujó a miles de seres humanos a abandonar el lugar en el que habían nacido o en el que vivían. El viaje, la emoción y la incertidumbre que apareja emprender un viaje está en el centro de la aventura del hombre sobre la Tierra. Dejando a un lado los viajes asociados a fenómenos sociales como las emigraciones o las guerras —recurrentes a lo largo de los siglos desde que tenemos memoria del paso de los seres humanos por la Tierra—, el viaje, individual o en grupo, es un hecho presente en todas las épocas. El viajero, al que en nuestros días no habría que confundir con el turista, es un ser peculiar, por lo general inquieto, aventurero, soñador, curioso, osado y autosuficiente. Tipos humanos que no temen la soledad y son amigos del silencio. Soñadores hubo que sintieron la llamada del camino o el misterioso reclamo del desierto. Hubo quien habiendo nacido tierra adentro, al ver el mar, sintió que sería para siempre su nuevo mundo.

En siglos pasados, cuando más allá de Europa el resto del mundo era ancho y ajeno, fue la sed de aventura, la búsqueda de riquezas, singularidad o la gloria el resorte que impulsó a muchos a viajar y descubrir los confines del planeta. Un ímpetu que les condujo a traspasar límites. Y, como la vida consiste en ir resolviendo los problemas que van apareciendo en el camino en ese marco, en ocasiones, el viaje fue una solución y la forma de huir de los problemas.

Ayer, al igual que hoy, la preparación de un gran viaje puede cursar en forma de alegría, una pasión por la que, según el decir de Spinoza, el alma pasa a una mayor perfección. También puede llegar a provocar un estado de excitación, un temblor de vísperas que se ha comparado con el síndrome de Stendhal, un *shock* de la mente

que se produce cuando saturada de belleza se acelera el ritmo cardíaco y estalla en forma de emociones que van desde la risa al llanto generando una gran sensación de felicidad. El famoso escritor lo sufrió en Florencia al contemplar la basílica de la Santa Croce.

Aventureros, exploradores, inadaptados o diletantes han sido viajeros empujados por el afán de descubrir nuevos mundos persiguiendo la gloria o la riqueza o dejándose llevar por la misteriosa nostalgia que Ulises sentía por los países que no había conocido. En todos los lugares y en todas las épocas hubo hombres y mujeres que rompieron con la rutina de sus días y emprendieron viajes que les llevaron a países alejados del suyo. Algunos regresaron para contarlo, otros perecieron por el camino. Muchos se desvanecieron y de ellos apenas retenemos memoria. Espaciados en el tiempo y relacionados con la fe y los mitos que durante siglos acompañaron la implantación del cristianismo, a lo largo y ancho de Europa hubo dos itinerarios que arraigaron con fuerza alentados por la creencia en la relación que existía entre la meta del viaje y lo sobrenatural. El primero fue el viaje a Jerusalén, una travesía dictada por la fascinación que despertaban los Santos Lugares y la creencia del valor que aquel viaje aportaba en términos de redención de pecados y faltas. Un viaje, en cierto sentido iniciático, que con el paso del tiempo se fue sumergiendo en las sombras de la historia. El segundo es el famoso y popular Camino de Santiago que permanece y aún se expande en nuestros días y tiene detrás siglos de historia. El Camino de Santiago o camino de la estrella es la misteriosa construcción espiritual y cultural de la Edad Media que aún retiene muchas claves por desvelar y que, año tras año, atrae a miles de peregrinos o simples caminantes procedentes de todos los confines de Europa cuyo fervor o afán de aventura les lleva a viajar hasta la capital de Galicia.

En este retablo de viajeros intrépidos hay de todo y puede que el lector eche de menos a algunos otros, caso del veneciano Marco Polo o de Ruy González de Clavijo, embajador de Enrique III, rey de Castilla, ante la corte de Tamerlán. Pero este es un relato que no pretende abarcarlo todo.

Doy fe de vida de mujeres animosas que, desafiando las

convenciones de su tiempo, emprendieron viajes memorables —como la monja gallega Egeria que, partiendo de Santiago de Compostela, culminó con éxito un viaje a Tierra Santa en el siglo IV de nuestra era—. O de exploradores que recorrieron miles de kilómetros como el capitán inglés Richard Burton, que se hizo pasar por un peregrino musulmán para poder viajar a La Meca arriesgando ser condenado a muerte en el caso de haber sido descubierta la impostura. O científicos pioneros como el alemán Alexander von Humboldt o el inglés Charles Darwin, que viajaron en condiciones extremas por América del Sur. O empecinados perseguidores de un sueño que les marcó desde la infancia como Heinrich Schliemann, el descubridor del emplazamiento de la mítica Troya, que recorrió medio mundo hasta hacerse con una fabulosa fortuna que puso al servicio de aquella pasión que había crecido en su corazón tras leer a Homero cantando aquella guerra que el paso de los siglos no hizo olvidar. Muchos de los protagonistas de este libro vivieron en los siglos XVIII y XIX, pero también más cerca de nuestros días, en el XX, como el intrépido Patrick Leigh Fermor, un joven inglés que mediados los años treinta del siglo pasado, antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, recorrió a pie el camino entre Ámsterdam y Constantinopla, durmiendo unas veces en pajares y otras en palacios, como cuando se echó una novia —Balasha Cantacuzene— que pertenecía a una familia descendiente de uno de los últimos emperadores de Bizancio. Patrick «Paddy» Leigh Fermor, durante la Segunda Guerra Mundial, formó parte de un comando de las fuerzas especiales del Ejército británico que en la isla griega de Creta, ocupada por los alemanes, secuestró a un general y consiguió llevarlo a Egipto. Hombres y mujeres valientes. Como la suiza Annemarie Schwarzenbach, una mujer valerosa, incluso temeraria, que se puso el mundo por montera y, tras recorrer media Europa, recaló en la España de los años treinta del siglo pasado en vísperas de la proclamación de la Segunda República viajando en plan «Thelma y Louise» acompañada de Marianne Breslauer, una amiga fotógrafa. Posteriormente, unas veces sola y otras acompañada, viajó por Turquía, Siria, Líbano, Palestina, Afganistán, Persia, la India, los Estados Unidos y el Congo, cuya aventura reflejó en un

libro con el aroma del mejor Conrad, el de *El corazón de las tinieblas*.

Desde el universo paralelo de la literatura, el primer gran viajero de nuestro mundo mediterráneo fue Ulises, el Odiseo de la saga narrada por Homero. El afán de aventura y la llamada de lo desconocido impulsó muchas vidas hacia el descubrimiento de parajes y países lejanos. El marco inicial, el punto de partida de nuestro variado relato, será Europa. En nuestro continente, en todas las épocas el viaje estuvo plagado de dificultades y peligros. Caminos desconocidos, sendas impracticables, países en guerra, salteadores al acecho, enfermedades desconocidas o posadas infectas llenas de chinches y piojos que podían dar al traste la aventura. En África, el entorno, la selva o la jungla, podía tragarse al viajero apenas iniciado el viaje. En América, las distancias inmensas, los ríos caudalosos, las selvas amazónicas impenetrables y las cordilleras fueron el gran obstáculo y el reto que algunos coronaron y en el que otros perecieron al afrontarlo. Y el mar, la mar, siempre como la peligrosa e imprevisible frontera que solo los más esforzados fueron capaces de culminar. Como los seis noruegos de la tripulación de la precaria balsa Kon Tiki construida con fibras de totora que, en 1947, con Thor Heyerdahl al frente, atravesaron el Pacífico zarpando desde Perú para demostrar que los habitantes de la Polinesia podían haber salido desde América del Sur en épocas precolombinas. En un segundo viaje, partiendo de Marruecos, a bordo de otra balsa, la Ra II, alcanzó las islas Barbados. Esta vez querían demostrar que los egipcios de los tiempos de los faraones pudieron haber llegado a América.

Como vamos a ver y disfrutar conociendo las peripecias de los protagonistas de este retablo coral, fueron muchos los que no se arredraron ante las dificultades y se echaron al camino desafiando los océanos, el desierto, la selva o los parajes helados del Polo Norte o la Antártida, la «tierra sin osos». Viajeros hubo en todas las épocas, pero hay un siglo, el XIX, en el que el viaje como aventura personal o de grupo alcanzó su máximo esplendor. Y un país, Inglaterra, que, a favor de la confianza instalada en la sociedad y el poder militar y político que había consolidado tras la derrota de

Napoleón en Waterloo, fue puerto de partida de las aventuras de grandes viajeros. Son muchas las razones que empujan a los seres humanos a abandonar el lugar en el que han nacido o en el que viven. Cuando es una isla parece que tendría algo que ver con la sensación de claustrofobia que, con algo de exageración, le hizo decir al poeta John Keats que las «islas pequeñas son cárceles grandes».

Esa percepción es la que llevó a muchos de los grandes viajeros nacidos en Gran Bretaña a recorrer África, Oriente Medio o los remotos mares del Sur. A mediados del siglo XVIII y a lo largo del XIX el gran viaje por excelencia fue el que se conoce como el Grand Tour. Partía de Londres con parada obligatoria en París para recorrer los principados del sur de Alemania y los Alpes, y después recalar en las ciudades más importantes de Italia: Roma, Florencia, Venecia y Nápoles. El gran viaje tuvo como meta Italia y más tarde Grecia, redescubierta a raíz de la aventura de lord Byron en aquel país al que entregó su vida luchando en la guerra de la independencia contra los turcos. Aquellos viajeros, por decirlo así, hicieron lo que hoy llamaríamos un máster en conocimiento del mundo y la cultura clásica. El viaje, definido por un poeta como una obra de arte. La literatura está llena de testimonios de esos viajes legados por viajeros famosos. Pero hay uno que por la identidad de sus protagonistas y por las circunstancias que rodearon sus preparativos, sin proponérselo, alcanzó la inmortalidad.

Fue en 1816, cuando buena parte de Europa respiraba tras la derrota de Napoleón. Aquel año, Mary Godwin Shelly, esposa del malogrado poeta Percy Bysshe Shelley, camino de Italia, recaló cerca de Ginebra y se aposentó en la villa Diodati, una mansión situada junto al lago Leman en la que por aquel entonces vivía su amigo lord Byron. Fue un reencuentro feliz, germinal. Eran tiempos en los que no había televisión ni series que coleccionar y, por las noches, la gente ilustrada combatía el paso del tiempo de manera más imaginativa. El poeta les retó a ella y a su médico personal, el doctor John Polidori, a escribir cada uno un relato de terror. Allí nacieron dos mitos de la novela gótica que han sobrevivido al paso de los siglos: *Frankenstein o el mito del nuevo Prometeo* y otra leyenda no

menos longeva, *El Vampiro*, creado por Polidori ochenta años antes de que el irlandés Bram Stoker escribiera *Drácula*. Aquel viaje y la posterior muerte heroica de Byron en Grecia abrió el camino de otros protagonizados por los cachorros de la burguesía inglesa y algunos personajes pertenecientes a la nobleza de los principados alemanes y daneses.

El descubrimiento de Italia les fascinaba en la medida en la que era descubrir dos novedades que dejaban huella: el sol y los clásicos. En primer lugar, el clima.

Italia era el país de los limoneros y tenía costumbres sexuales más relajadas. Y los clásicos. La huella de la antigua Roma, la eterna Venecia o la deslumbrante Florencia. Byron se hizo amante de una condesa, Teresa Gozzoli y su amigo Percy Bysshe Shelley perdió la vida, ahogado, en aguas de La Spezia, cerca de Génova. En algún sentido era un viaje iniciático. El viaje por los países del sur de Europa se convirtió en una meta romántica. También España. Por aquí, a lo largo del siglo XIX, desfilaron viajeros que, como el propio Byron o los franceses Téophile Gautier, Alfred de Musset o Prosper Mérimé, llegarían a ser famosos.

El Grand Tour, en términos históricos, tiene una fecha anterior a estos episodios, una fecha de referencia temprana: 1670, año en el que el presbítero católico Richard Lassels publicó *El viaje a Italia,* un libro que abrió senda y creó escuela. Pero el siglo del gran viaje fue, sin duda, el XIX, la época romántica por excelencia. El viaje cambiaba a los viajeros ingleses y los viajeros, a su regreso, cambiaban la sociedad inglesa. Y no solo en el gusto por un nuevo tipo de literatura en la que el viaje y los relatos románticos crearon escuela, también en la arquitectura tras contemplar el Panteón de Agripa en Roma o los palacios creados por el gran arquitecto Andrea Palladio en el entorno de Venecia. Tras dejar atrás los blancos acantilados de Dover, el destino inmediato era París, definido por uno de los viajeros como el «centro de toda alegría y placer». El viaje como aventura o como sueño empieza con un primer paso. Un paso que tantos dieron en el pasado sin saber que iba a cambiar sus vidas. O a ponerlas fin.

Ahora se viaja de otra manera. Llegados a este punto creo

obligado señalar la muy extendida costumbre de los selfis. Hoy en día parece como que una parte considerable del personal no va a los sitios a otra cosa que a dejar constancia fotográfica de su presencia para poder exhibir más tarde el resultado en las redes sociales. Es costumbre reciente el contar con el apoyo de la tecnología telefónica para plasmar el momento, pero la pulsión que lleva a dar fe de la estancia en un determinado lugar es más antigua. Baste recordar que personajes muy famosos, como el poeta lord Byron o el periodista Henry M. Stanley, dejaron su huella para la posteridad en forma de grafitos tallando su nombre en venerables piedras que antaño fueron templos dedicados a los dioses. Byron en Grecia, en el templo dedicado a Poseidón en cabo Sunión, y Stanley en Persia, a su paso por la histórica ciudad de Persépolis. Hoy en día, los sitios en los que reverbera la historia se llenan de turistas que empuñan un teléfono dispuestos a perpetuarse contra las venerables piedras del lugar. Son turistas, poco que ver con los viajeros de los que venimos hablando en este libro dedicado a quienes eligieron el camino más largo cuando decidieron viajar quién sabe si para romper las cadenas y alejarse de la rutina de la vida cotidiana o sencillamente porque, como solía decir mi amigo y padrino Javier Reverte, viajar es vivir.

# I. LOS ÚLTIMOS GRANDES VIAJEROS DEL SIGLO XX

La primera mitad del siglo XX fue un territorio abierto todavía a los viajes y exploraciones llevados a cabo de manera tradicional, sin los recursos de internet, el GPS o Google Maps que vinieron años después. Desde esa perspectiva, algunas de las extraordinarias aventuras realizadas por los viajeros cuyas vidas vamos a recordar retienen el mismo o parecido aroma de sus antecesores decimonónicos.

Uno de ellos fue Patrick Leigh Fermor. La primera vez que oí hablar de él fue viajando a bordo del barco que realiza la travesía alrededor de la península del Monte Athos, en el norte de Grecia. Lo escuché en boca de un joven inglés, un mochilero de los que por aquel entonces, años ochenta del siglo pasado, todavía recorrían el mundo con la *Guía del trotamundos*, una colección de excelentes guías muy seguida por quienes disponían de pocos recursos y muchas ganas de viajar. Le estaba contando a un compañero quién era Leigh Farmer, un tipo que según decía era un héroe que, al parecer, había estado en Monte Athos, el lugar hacia el que nos dirigíamos. Me quedé con el nombre y las ganas de saber por qué aquel muchacho hablaba con tanta admiración de alguien que para mí entonces era un perfecto desconocido. Habíamos embarcado en Ouranopolis con destino a Dafne, el puertecito que permite comunicar con Ágion Óros, la montaña sagrada, que es como la llaman los monjes atónitas que viven repartidos en una veintena de monasterios bajo estrictas normas dictadas hace más de mil años por un emperador de Bizancio y que, entre otras rarezas, prohíbe el acceso a las mujeres. Cuando Grecia ingresó en la Unión Europea, negoció con éxito que fueran respetadas las peculiaridades de Monte Athos, hasta el punto de que en el enclave no rige el Acuerdo de Schengen. Mi intención era permanecer unos cuantos días en función de cómo fueran las cosas, ya que la estancia depende de los monjes que en los diferentes monasterios alojan a los visitantes —solo varones—

que previamente han conseguido el «Diamonitirion», un permiso que hay que negociar previamente bien a través del Ministerio de Asuntos Exteriores griego, o bien directamente en Ouranopolis, la ciudad que se encuentra en la frontera con este peculiar enclave que es Monte Athos. El requisito básico para ser aceptado, como digo, es ser varón y respetar las normas de las comunidades de monjes, su silencio, los horarios de rezos, sumarse con discreción a sus frugales comidas, dormir en los cenobios, comprometerse a no realizar grabaciones y estar dispuesto a recorrer a pie los tortuosos caminos que comunican entre sí la veintena de monasterios. Uno de estos cenobios, como es el caso del Gran Lavra, el primero en el que pernocté, es el monasterio más antiguo. Tiene más de mil años y es una fortaleza impresionante cuyas ciclópeas murallas en uno de sus lienzos se yergue en un acantilado sobre el mar que supera los cien metros de altura. En diversas épocas, gracias a tan inexpugnable recinto, los monjes pudieron defenderse de los ataques de los piratas y resistieron también la embestida de los almogávares, la temible tropa catalanoaragonesa cegada por la ira de la venganza a la que dio pie el alevoso asesinato de Roger de Flor, el caudillo almogávar traicionado por el emperador de Bizancio. Fue una experiencia de las que dejan huella. Como la dejó en Patrick Leigh Farmer a su paso por alguno de los monasterios de Athos, según contó años después en uno de sus libros. Por lo que he sabido después —y me dispongo a contar—, Patrick Leigh Fermor, Paddy, tenía más que merecido la condición de héroe.

Viajero de a pie, héroe de guerra y escritor famoso, Patrick Leigh Fermor fue todo un personaje. Un inglés intrépido que nació en 1915 y vivió noventa y seis años. A pesar de haber nacido en el siglo XX, fue un viajero de los de a pie. Su primera gran experiencia viajera consistió en ir ¡andando! desde Ámsterdam hasta Estambul. Corría 1933, el año en que Adolfo Hitler llegó al poder en Alemania. Cuando emprendió el viaje era un muchacho, tenía dieciocho años y tardó dos en llegar. Fue una proeza. Cuesta creerlo porque son más de 2700 kilómetros. Pero fue una aventura que está muy documentada y que él contó después con todo tipo de detalles en tres libros que fueron grandes superventas: *El tiempo de los regalos.*

*A pie desde Ámsterdam hasta Constantinopla* y *Entre los bosques y el agua*. Para entender el porqué de tan peculiar viaje hay que aproximarse a la personalidad de Paddy —que es como gustaba que le llamaran—.

Nació en el seno de una familia acomodada, su padre era un geólogo famoso y su madre una mujer con mucho talento artístico. Querían a su hijo, pero eran los tiempos de la Primera Guerra Mundial y ellos se trasladaron a la India dejándole al cuidado de un matrimonio de granjeros que vivían en el campo. Allí creció hecho un pequeño salvaje. En sus libros cuenta que fue feliz. Hasta que le llevaron a Londres a estudiar. No soportaba la disciplina escolar y acabaron expulsándole del colegio, pero era un chico inteligente que aprendía rápido y de manera autodidacta las materias que le gustaban. Sobre todo el griego y el latín. Y se le metió en la cabeza que quería ser escritor. ¿Qué mosca picó al inquieto muchacho para decidir a tan temprana edad viajar a pie hasta Estambul?

Seguramente el afán de vivir aventuras. Su madre que ya había regresado de la India no trató de disuadirle. Al revés, consignó a su nombre una pequeña cantidad mensual que podía retirar en los lugares que previamente habían establecido. Así que Paddy embarcó en Londres vía Ámsterdam y se echó al camino llevando un saco de dormir y dos libros: una antología de poesía inglesa y un ejemplar de las *Odas* del poeta latino Horacio que llegó a aprender de memoria. Al decir de quienes le conocieron en aquella época, era un muchacho alto y guapo con mucho don de gentes. Un pico de oro, cualidad que, sin duda, le ayudó para salir adelante en los ambientes más dispares. Durmió en graneros, en refugios improvisados y en cabañas de pastores, pero también en casas de campo y hasta en mansiones de algunos de los nobles y príncipes de la Europa central. El viaje fue su escuela. Atravesó Alemania, Austria, Checoslovaquia, Hungría y Rumanía, y conoció gentes y costumbres de aquel mundo de entreguerras que estaba llamado a desaparecer devorado por la hoguera de otra guerra.

Llegó a Estambul el 1 de enero de 1935. No permaneció mucho tiempo en la maravillosa ciudad que un día se llamó Constantinopla. Era un culo inquieto, rasgo de carácter común a otros de los grandes

viajeros que en el mundo han sido. Así que prosiguió viaje hasta llegar a Grecia y una vez allí, unas veces a pie y otras a lomos de mula, recorrió el norte del país y recaló en el Monte Athos. Allí adquirió una suerte de compromiso espiritual consigo mismo, porque años después y en otras circunstancias pasó cortas estancias en algún monasterio. Tras su estancia allí prosiguió viaje hasta llegar a Atenas. La ciudad le deslumbró. Allí encontró a su primer amor. Fue un flechazo de veinteañero. Ella se llamaba Balasha Cantacuzene, una noble rumana cuya familia descendía de uno de los últimos emperadores de Bizancio. Se fueron a vivir en un viejo molino de agua que estaba en uno de los lugares más hermosos del Peloponeso y de todo el Mediterráneo, cerca de la isla de Poros, no muy lejos de Epidauro y próximo al lugar en el que la mitología sitúa la epifanía de Teseo, el héroe ateniense matador del Minotauro. Más tarde dejaron Grecia para ir a vivir en la localidad de Baleni, donde estaba la casa familiar de los Cantacuzene en Moldavia, que en aquella época pertenecía a Rumanía. Allí les sorprendió la guerra. Se despidieron creyendo que sería cosa de poco tiempo, pero como a tantos millones de seres la guerra les arrebató todo y, finalizado el conflicto, Rumanía se convirtió en una dictadura comunista que recelaba de los extranjeros y no permitía abandonar el país a sus ciudadanos. No volvieron a verse hasta mucho tiempo después, en 1965, cuando Paddy consiguió dar con Balasha y su hermana Helena. Llevaban una vida muy precaria, su casa en Baleni había sido confiscada y sobrevivían en Bucarest dando clases de inglés y francés y pintando. No consiguió sacarlas del país, pero mantuvo la amistad con las dos hermanas hasta el fin de sus días. Fue la parte triste de una vida colmada posteriormente de alegrías.

Volviendo al año 1939, cuando Hitler decidió invadir Polonia, en Europa ya nada volvió a ser igual. Francia y el Reino Unido declararon la guerra a la Alemania nazi y Patrick Leigh Fermor sintió la llamada del deber y regresó a Inglaterra para alistarse en el Ejército. Se enroló en un regimiento de los Guardias Irlandeses y, como hablaba griego y conocía los Balcanes, le reclutaron para el Servicio de Inteligencia. Primero le enviaron a Albania, que había sido invadida por los italianos, y, después, a Creta, ocupada por

paracaidistas alemanes. Y allí, en 1943 es donde se fraguó su leyenda de héroe. Por contarlo en corto. Disfrazado de soldado alemán junto con otro compañero, William Stanley Moss, y con la ayuda de algunos guerrilleros griegos llevaron a cabo una de las proezas de la guerra: ¡Nada menos que secuestrar a un general alemán! ¡Secuestrarle y sacarle por mar llevándole hasta Egipto! Una operación de comando arriesgadísima que culminaron con éxito gracias al arrojo y a la sangre fría de nuestro protagonista. ¿Cómo consiguieron burlar a los alemanes que se volvieron locos tratando de encontrar a su general? Con determinación y sangre fría consiguieron atravesar una veintena de controles. Pero lo lograron alejándose de la ruta de la costa, adentrándose a pie en las escarpadas montañas de Creta y guareciéndose en las abundantes cuevas de los lugares por los que pasaban.

Y lo que sucedió en el transcurso del reposo en uno de aquellos antros nutre la leyenda de nuestro héroe en su faceta de caballero de otra época. El general, que se llamaba Karl Heinrich Kreipe, un militar competente que había ganado la Cruz de Hierro durante la Primera Guerra Mundial y la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro en el frente de Leningrado durante la segunda contienda en el transcurso de la invasión de la URSS, estaba un día lamentando su suerte y recitando en voz alta y en latín una oda del poeta Horacio que aconseja pasar el invierno en casa, teniendo cerca un buen vino y sin preocuparse por el mañana: *«Vides ut alta stet nive candidum Soracte...»*, cuando Paddy, que también se sabía de memoria la oda, completó el verso. El asombro del general fue grande y ambos comprendieron que por encima de las guerras que convierten en enemigos a los hombres hay valores que los seres humanos comparten. El temerario comando consiguió despistar a las patrullas alemanas, que buscaron en vano al general y los ingleses consiguieron llegar a la costa sur de la isla. Allí les esperaba una lancha que les trasladó al cercano Egipto. Para el general se había acabado la guerra, le interrogaron y le enviaron a un campo de prisioneros. Le trasladaron después a Canadá y, más tarde, a un campo especial en Gales. No era un criminal. La guerra terminó en 1945 y dos años después fue puesto en libertad y regresó a

Alemania. En 1972 un programa de la televisión griega consiguió reunir a Paddy y al general Kreipe junto a otros tres supervivientes de la guerrilla cretense que habían protagonizado el secuestro. El encuentro fue emocionante. Y, muy a la griega, no faltó el alegre rasgueo de unos buzukis ambientando el plató. Paddy, que hablaba griego y alemán, hizo de traductor del general. Esta aventura fue llevada al cine en una película con Dirk Bogarde, en el papel de «Paddy» Leigh Fermor, aunque dado el aspecto físico del actor no daba idea de la fortaleza de nuestro hombre.

¿Qué hizo nuestro héroe viajero después de la guerra? Pues sentar la cabeza casándose con una aristócrata a la que había conocido en Egipto y que era hija del primer lord del Almirantazgo. Se fueron a vivir al Caribe, a Barbados, pero la tranquilidad duró poco y desde allí saltaron a Martinica, Dominica, Guadalupe, Jamaica, Haití, Trinidad y Tobago. Contó el periplo por las Antillas, cuya naturaleza aún no había sucumbido a la presión de la industria turística, en un libro que publicó en 1950: *The Traveller´s Tree* traducido al español como *Viaje a las Antillas.*

Llevaba en la sangre el virus de la aventura y decidió saltar al continente. Se fue al Perú y, partiendo de Cuzco, estuvo dos meses de expedición por los Andes. Más tarde vino a España y repitió días de montaña en los Pirineos en compañía del mismo grupo de alpinistas con el que habían realizado la experiencia andina. De vuelta a Francia convivió algún tiempo con algunos monjes de clausura en la región francesa de Normandía en las abadías de Saint Wanderville y Solesmes. Comunidades benedictinas y trapenses. Más tarde, viajando por la región turca de Capadocia, repitió la experiencia. En *Tiempo para callar*, publicado en 1957, refleja aquella experiencia interior:

> En la reclusión de una celda, las turbulentas aguas de la mente se apaciguan y clarifican, las ocultas impurezas que la oscurecen flotan hasta la superficie donde pueden ser retiradas; y después de un tiempo se alcanza un estado de paz inconcebible en el mundo ordinario.

Pero acabó volviendo a Grecia. Amaba Grecia, sentía su nostalgia y en ella encontró el solar para, a la manera de los antiguos —el *Beatus ille* de Horacio— retirarse en el campo tras años de haber vivido la vida escogiendo siempre el camino más largo. El amor a Grecia marcó su vida e impregna los relatos de sus viajes por el país heleno.

> Todo en Grecia es cautivador y gratificante. Apenas hay un peñasco o un riachuelo sin una batalla o un mito, sin un milagro, una anécdota lugareña o una superstición; y conversaciones en incidentes en su mayoría curiosos o memorables adquieren densidad en torno al camino del viajero, a cada uno de sus pasos.

Así lo expresa en el prefacio de uno de sus últimos libros: *Mani. Viajes por el sur del Peloponeso.*

En 1962 le escribió a un amigo contándole que, viajando con su mujer, por la región del Mani, al sur de Esparta, una de las penínsulas en forma de tridente que se descuelgan en la parte occidental del Peloponeso, habían recalado en un paraje lleno de olivares y cipreses cuyas copas parecían fundirse con el horizonte que se perdía en el mar. Iban solos y decidieron pasar la noche en aquel paraje. Al día siguiente Paddy decidió que era el lugar en el que quería quedarse y construir una casa. Dicho y hecho. Manejándose en el griego que había aprendido en sus años mozos y derrochando entusiasmo logró hacerse con la propiedad del sitio elegido para construir su refugio.

Les llevó su tiempo porque ni estaba cerca de pueblo habitado ni tenía agua ni electricidad. Pero nada les detuvo. Acarrearon a lomos de mulas las piedras y demás materiales de construcción y, poco a poco, con el concurso de unos canteros contratados fueron levantando piedra a piedra la que sería una consistente y acogedora casa con ventanas abiertas al mar y a la montaña. Una delicia. Allí pasó parte del resto de su vida escribiendo y recibiendo visitas de amigos —griegos e ingleses—, de editores y de periodistas atraídos por su leyenda. Y rememorando la hazaña de lord Byron que,

evocando el mito y la tragedia de los enamorados Hero y Leandro, se atrevió a cruzar a nado el Helesponto, el estrecho que separa Turquía de Europa. Un piélago atravesado por poderosas corrientes. Paddy lo hizo ¡cuando había cumplido sesenta y nueve años!

Patrick Leigh Fermor llevaba muchos años viviendo con Joan Elizabeth Rayner, hija del primer vizconde Monsell, y en 1968 decidieron casarse y siguieron viviendo una parte del año en su acogedora casa del Mani y otra en Inglaterra.

Sus libros de memorias y aventuras seguían cosechando éxitos. Escribía a mano y en los últimos años intentó aprender a escribir a máquina. Le habían nombrado caballero y oficial de la Orden del Imperio Británico, pero el título que más apreciaba era el de caballero de la Orden del Fénix que le concedió el Gobierno griego.

Su lema era un aforismo latino*: Solvitur ambulando,* que podríamos traducir por «se soluciona caminando». Patrick Leigh Fermor vivió amando la vida con sus desdichas, fracasos, alegrías y soledades, y con los caminos siempre abiertos a nuevos viajes y aventuras. Murió en 2011, a las puertas de cumplir los cien años. Un tipo humano excepcional.

# UNA MUJER ENIGMÁTICA

La primera vez que tropecé con el nombre de Annemarie Schwarzenbach fue hace unos años cuando estaba escribiendo para una revista una reseña de la novela *Reflejos sobre un ojo dorado* de la escritora norteamericana Carson McCullers, que había sido llevada al cine por John Huston y protagonizada por Marlon Brando y Elisabeth Taylor. Resulta que la novelista americana, que tuvo una vida turbulenta y dolorosa, sin ser correspondida se había enamorado de Annemarie Schwarzenbach, una mujer que al indagar sobre su vida me pareció fascinante porque, como paso a relatar, la vivió muy de prisa, a contracorriente y rompiendo todos los moldes sociales de su época.

Fue una mujer muy peculiar. Sofisticada, elegante y hasta cierto punto enigmática. Vivió al límite como si cada día fuera la víspera del fin del mundo. De su obra literaria se desprende un sentimiento de libertad sin restricciones y una enorme soledad atravesada por la melancolía. Había nacido en Suiza en 1908 en el seno de una familia muy rica, su padre, Alfred Schwarzenbach, era un magnate de la industria textil. Por línea materna sus familiares estaban emparentados con Otto von Bismarck, el gran canciller del primer Imperio alemán.

Anne Marie vivió poco, pero intensamente. Uno de sus biógrafos asegura que enamoró por igual a hombres y mujeres, pero siempre estuvo sola, como si hubiera estado huyendo de sí misma. La joven, que estaba dotada de una mente brillante, recibió una educación esmerada que hizo de ella una amante del Mundo Clásico. Su madre quería que hubiese sido pianista, pero ella eligió otros caminos. Ingresó en la Universidad de Zúrich y estudió Historia y Literatura. Posteriormente se doctoró en Filosofía y a los veintidós años publicó su primera novela. Tenía un aspecto físico peculiar, una figura andrógina. Era alta, delgada y guapa. En esa época conoció y se hizo muy amiga de los hijos del gran escritor alemán Thomas Mann.

El autor de novelas inmortales como *La montaña m*ágica *o Muerte en Venecia* llegó a decir que Annemarie «era un bello ángel devastado. Un ser que, de haber nacido hombre, debería haber sido declarado excepcionalmente hermoso». Su figura andrógina, que ella acentuaba vistiendo ropas masculinas, llamaba la atención allá por donde iba, porque los viajes fueron una constante en su vida.

Su fiebre viajera se inició pronto, en 1931, y no se detuvo hasta 1940 cuando el mundo ardía en llamas; eran los días de la Segunda Guerra Mundial. Viajó desde Suiza a España a bordo de un espectacular Mercedes acompañada de Marianne Breslauer, una fotógrafa famosa. Recorrieron lugares y paisajes citados por Ernest Hemingway en algunas de sus novelas. Las huellas de *Fiesta,* la primera novela del futuro premio nobel ambientada en España, las llevaron a Pamplona y terminaron en San Sebastián. Más tarde camino de Andorra recorrieron el pirineo de Huesca y de allí llegaron hasta Gerona y Barcelona. En aquella época, años treinta del siglo pasado, no era frecuente ni socialmente estaba bien visto que las mujeres viajaran solas. Pero Annemarie Schwarzenbach se había puesto el mundo por montera y pasaba de los comentarios de la gente. Por buscar una analogía en términos de imagen, podríamos decir que viajaron por España a lo «Thelma y Louise», la pareja que consagró la famosa película de Ridley Scott protagonizada por Geena Davis y Susan Sarandon, convertida en icono de la lucha feminista por la igualdad y la independencia.

No se aburrieron en aquel viaje por una España que, en tiempos de la República y en vísperas de la Guerra Civil, era el país que se había puesto de moda como antes habían sido Italia o Francia.

Así lo reflejaban las crónicas de la época. Pero el ambiente enrarecido, de vísperas de guerra, primero la española y poco después, tras la invasión alemana de Polonia, por toda Europa, hizo que nuestra protagonista mirara hacia Oriente. Viajó por Turquía, Siria, Líbano, Palestina, Afganistán y la India. Después viró hacia Iraq y Persia. En este último y legendario país, cuna de civilizaciones, encontró su lugar en el mundo, siguiendo los pasos de Gertrude Bell, otra gran viajera y escritora de la que hablamos en otro capítulo. En Persia, Annemarie Schwarzenbach conoció a

Aquiles Clarac, que era cónsul de Francia en Teherán y se casó con él. Parece que cada uno hacía su vida y nuestra viajera siguió viviéndola a su manera, sin límites. A su vuelta a Europa —corría el año 1937—, se dedicó a viajar por Alemania y Austria, realizando una serie de reportajes sobre el auge del nazismo. Le tomó gusto al periodismo y, saltando de continente, se fue a los Estados Unidos y más tarde al Congo que todavía era una colonia belga. Aquel territorio hasta 1908 había sido propiedad personal del rey Leopoldo II de Bélgica y todavía no habían trascendido las atrocidades perpetradas por los colonos. Schwarzenbach escribió algunos relatos que por su crudeza y las crueldades que retrataba recuerdan la famosa novela de Joseph Conrad *El corazón de las tinieblas*.

Se alejó de aquella Europa que sufría la mayor tragedia de su historia, y Annemarie Schwarzenbach en sus últimos viajes por Asia y África recibió la inspiración para dos nuevos libros *El milagro del* árbol y un poemario que llevaba por título *La orilla del Congo.* Hablando de poetas, Roger Martín du Gard, que fue su amigo, dijo de ella que «tenía un bello rostro de ángel inconsolable».

Otro de sus libros, *Muerte en Persia,* refleja en tono conmovedor la desdicha y su destino de viajera errante y sin esperanza. Era lesbiana, pero parece que atraía por igual a hombres y mujeres. Como apuntaba al inicio de la historia de su vida, durante su estancia en Nueva York, en 1940, conoció y trabó amistad con Carson McCullers, la novelista americana que le dedicó una de sus novelas más famosas: *Reflejos en un ojo dorado,* llevada al cine por John Huston. La escritora se enamoró de Annemarie, pero como quedó anotado no fue correspondida. Carson McCullers reunía a su alrededor algunos de los personajes más destacados de la vida intelectual norteamericana del momento: era amiga de Tennessee Williams, del poeta Wystan Hugh Auden, del matrimonio formado por Paul y Jane Bowles y del compositor y director de orquesta Benjamín Britten. Truman Capote también formaba parte de su círculo, un círculo exquisito. Regresó de América debilitada físicamente. Había estado enganchada a la morfina y pasó alguna temporada en clínicas de desintoxicación. Durante una de esas etapas escribió *Das glückliche Tal* (*El valle dorado*). Un desgraciado

accidente al caerse de la bicicleta y golpearse en la cabeza le provocó una conmoción cerebral de la que despertó, pero habiendo perdido la facultad del habla y gran parte de la movilidad. Murió el 15 de noviembre de 1942 en la localidad suiza de Sils im Engadin /Segl, a pocos kilómetros de Sankt Moritz. Tenía treinta y cuatro años. Y había devorado la vida. Escribir y viajar fue su manera errante de entender la vida. Una genuina viajera que, probablemente, nunca acabó de encontrar su lugar en el mundo, pero en alguna medida, en algunas de sus manifestaciones, fue una precursora de la mujer independiente de nuestros días que no esperó a que cambiaran las leyes y la sociedad para vivir su vida tal y como ella entendía el alcance de la palabra libertad.

# LA VUELTA AL MUNDO DE UN NOVELISTA

Como lector en mis tiempos mozos de alguna de las novelas de Vicente Blasco Ibáñez —recuerdo vagamente *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, un relato que acabó saltando al cine—, no asocié hasta años después que el gran novelista valenciano amén de un prolífico autor —escribió más de sesenta libros— fue un viajero empedernido. Un tipo que consiguió hacer realidad el sueño de no pocos escritores: vivir de los libros para poder viajar y contarlo después.

Había nacido en Valencia el 29 de enero de 1867 y fue un personaje ilustre que, como escritor, político, viajero y aventurero, alcanzó fama mundial. Su mejor obra fue su vida. Una vida digna de un personaje de sus novelas que tuvo un despertar en una época particularmente convulsa de la historia de España: asomado al balcón de su casa presenció como los insurrectos contra el Gobierno de la Primera República levantaban una barricada. Era la sublevación cantonal y al niño que era entonces Vicente parece que le causó una impresión muy profunda. De alguna manera —y a reserva de lo que puede comprender un niño— fue su primer contacto con la política. Por razones familiares incluso llegó a conocer a algunos de los líderes de aquel insensato levantamiento contra una República federal que tuvo cuatro presidentes en apenas dos años.

Blasco Ibáñez, sobre todo escritor, pero también político —fue elegido diputado por Valencia en seis legislaturas—, era un hombre inquieto y lleno de un valor y un vigor que le hizo darse a la aventura y a los viajes. Viajó por Europa y América antes de dar en barco una vuelta completa al mundo que inició en Nueva York —la ciudad que según él «había vencido a la noche»— y que, tras medio año de navegación, culminaría en Niza. Una larga, muy larga travesía, de la que dejó constancia en un libro que tituló *La vuelta al mundo de un novelista* y al que me volveré a referir.

Estaba dotado de un espíritu emprendedor extraordinario. En 1883, a los dieciséis años, publicó sus primeros artículos. Empezó a

estudiar Derecho, pero lo dejó y se trasladó a Madrid donde hizo de «negro» — amanuense literario— de Fernández y González, un autor de novelas históricas muy populares. Vamos a hablar más de sus aventuras y de sus viajes, pero para que el lector se haga una idea de la titánica capacidad como escritor de Blasco Ibáñez bastaría con recordar que, además de varios miles de artículos, llegó a publicar más de sesenta libros. Cincuenta eran novelas. En su primera época predominaba el naturalismo costumbrista. Algunas de ellas, ambientadas en su tierra, como *Cañas y Barro*, *La barraca* o *Entre naranjos*, son auténticos clásicos. Después vivieron otras. Novelas como *Sangre y arena, Mare Nostrum* o *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* que fueron llevadas al cine. De esta última, publicada en 1916, vendió 90 000 ejemplares en tres meses. De *Sangre y arena* nació el guion de una película en blanco y negro protagonizada por el famoso actor Rodolfo Valentino, *sex symbol* de los años veinte del siglo pasado. La película convirtió a Blasco Ibáñez en el novelista español de más éxito en los Estados Unidos. Se hizo millonario dando conferencias por toda América y cobrando ¡¡mil dólares!! por cada uno de sus artículos en los periódicos… Sin duda eran otros tiempos… Años después, la dramática trama dio pie a otra película dirigida por el director Javier Elorrieta y protagonizada por la actriz americana Sharon Stone, *sex symbol* del cine de los noventa del siglo pasado.

Le habíamos dejado en Valencia, en sus años mozos, fundando periódicos y dedicándose a la política. ¿Qué más hizo? Pues de todo y todo muy deprisa, que, por decirlo así, era la marca de la casa. Se metió a fondo en política. Corrían los años de la Primera República y se afilió al partido de Francisco Pi y Margall. Eran los tiempos efervescentes de la llamada Revolución Cantonal — una insurrección protagonizada por los republicanos federales—, y Blasco, que participó en ella, se vio obligado a exiliarse a París. Fue la primera vez, pero no la última. Regresó después de una amnistía. Se casó, y en 1894 fundó la revista *Turia* y *Pueblo,* un periódico en el que publicó más de mil artículos. Blasco fue muy crítico con la política del Gobierno de entonces que estaba empantanado en la guerra de Cuba. Le cayó un año de cárcel, que cumplió, pero al salir,

convertido en un héroe, fue elegido diputado. Y no una ni dos, hasta en seis legislaturas. Después, se cansó de la política, pero no tenía vocación de rentista y siguió escribiendo y viajando. También inició una etapa que tenía algo de utopía. Emigró a la Argentina y compró tierras en la Patagonia con la idea de establecer colonias agrícolas igualitarias. Eran los ideales rousseaunianos (J. J. Rousseau, *El contrato social*), pero la aventura fue un fracaso. Se arruinó y volvió a París. No había dejado de escribir y siguió viajando. Publicó un libro titulado *Oriente* en el que recogió sus experiencias de viajero por América, Europa central y los Balcanes. En uno de sus viajes había llegado hasta Turquía. Estambul le fascinó. Culo inquieto, dejó Europa y volvió a América. Concretamente a Méjico, país que vivía días de caos y revolución. Siguió escribiendo, y el cine, un invento reciente llamado a cambiar la forma de contar historias, le cambió la vida, porque, como decía, algunas de sus novelas acabaron siendo películas en los EE. UU. *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* le hicieron famoso y otra vez millonario. Volvió a España —vivía entre París y Valencia— y se compró un *chalet* en la playa de la Malvarrosa —que hoy es la sede de la casa museo que lleva su nombre—.

Había dejado la política, pero la política no le dejó a él. En España se vivían los años de la dictadura del general Primo de Rivera, y Blasco Ibáñez, que nunca había dejado de ser republicano y anticlerical, volvió a implicarse en la política con el resultado de tener que afrontar un proceso que le planteó el Gobierno español. Volvió a exiliarse a París. La querella contra el novelista ya tan famoso soliviantó a media Francia y elevó definitivamente su popularidad en el país vecino. Y allí decidió quedarse. Eligió el mejor rincón de la Costa Azul: Menton, un pueblo que huele a limoneros y está cerca de la frontera con Italia. Compró un precioso *chalet*, casi una mansión, que bautizó con el nombre de Fontana Rosa. Allí planeó el que sería su último viaje, esta vez alrededor del mundo. Fue en el otoño de 1923. Blasco Ibáñez tenía entonces cincuenta y seis años y estaba en la cumbre de la vida y de la fama. Siendo como se decía por aquel entonces un hombre de «posibles», el viaje lo hizo en un crucero y de los de mucho lujo como eran ya los grandes transatlánticos. Eran los años veinte del siglo pasado, en

plena *belle époque*. El buque se llamaba Franconia y desplazaba 20 300 toneladas. Zarpó de Nueva York y seis meses después desembarcó en Niza. En el libro que escribió sobre el viaje, *La vuelta al mundo de un novelista*, Blasco se rinde ante las proporciones y el equipamiento del barco. Copio un párrafo que refleja el nivel de confort de los cruceros de lujo de aquel entonces: «Llevamos a bordo 6 toneladas de helados envueltos en papel, como los que compra el público en los teatros de Nueva York». Seis meses duró el viaje, que le llevó desde los Estados Unidos a Cuba, Panamá y Hawái. En Japón visitó Kioto y Osaka, de allí a Seúl en Corea y después Pekín y la Gran Muralla. Hong Kong, Cantón y Macao completaron el recorrido por China, después vendrían Manila, Java, Singapur, Rangún, y, en la India, Benarés, Nueva Delhi, Calcuta y Bombay. Embarcó de nuevo rumbo a África y llegó a Sudán y a Egipto. Visitó Abu Simbel, paraje de sobria belleza presidido por el gran templo de Ramsés II, que cuando lo visitó Blasco todavía estaba emplazado en el lugar en el que fue excavado horadando y tallando la montaña de arenisca; posteriormente, como se sabe, para poder salvarlo de las aguas de una gran presa que estaba siendo construida fue trasladado de sitio. Después vinieron Asuán, El Cairo y las pirámides, y, más tarde, zarpando desde Alejandría, prosiguió ruta hasta Niza. Seis meses duró tan fantástico crucero. Tiempo más que suficiente para dar buena cuenta de todos los helados que llevaban a bordo.

Dado su temperamento aventurero, entre sus planes no entraba retirarse a vivir de las rentas, pero el 28 de enero de 1928, en su casa de Menton, una neumonía mal curada se cruzó en su camino y acabó con su vida. Tenía sesenta años. Cinco años después sus restos fueron repatriados. Miles de valencianos le rindieron homenaje. Asistió el Gobierno de la República en pleno y el féretro fue llevado a hombros por los pescadores del Grao, humildes trabajadores a los que había convertido en personajes de sus novelas.

En *La vuelta al mundo*…, había escrito que desde sus primeras lecturas había sentido el deseo de ver mundo. «Tal vez —añadía— sufra desilusiones y lo que imaginé resulte más hermoso que la

realidad, pero siempre me quedará el placer de haber llevado una existencia bohemia a través del mundo». El testamento de un gran novelista y viajero. Un ejemplar humano dotado de una personalidad arrolladora.

# UNA ESPÍA EXCEPCIONAL

*Los siete pilares de la sabiduría*, libro que yo tenía repartido en dos tomos y en el que Thomas Edward Lawrence —el famoso Lawrence de Arabia— relata sus experiencias bélicas durante la Primera Guerra Mundial por tierras de Arabia y las actuales Jordania, Palestina e Israel, fue durante un tiempo un libro que me acompañó en algunos de mis viajes. Volvía a él en los ratos en los que uno necesita introducir un paréntesis en la agenda de lo vivido durante el día. Es un libro de aventuras y desventuras políticas que evocando las peripecias del autor, que acabaría siendo el héroe traicionado que puso las bases de la independencia de varios países del Imperio otomano, me llevó a conocer a otro personaje de leyenda como acabó siendo el propio coronel Lawrence. En este caso se trataba de una mujer.

Gertrude Bell fue una mujer excepcional, tan culta como valiente. Exploradora, arabista, arqueóloga, montañera, fotógrafa, escritora, política y espía. Todo un personaje que llegó a ser conocida como la «reina sin corona de Mesopotamia». En cierta manera fue la contrafigura femenina de Lawrence de Arabia, amigo suyo, por cierto. Al igual que su amigo, también ella ha pasado a los libros de historia por su decisivo papel en la configuración del mapa político de los países del Oriente Próximo. Como luego veremos, Gertrude Bell tuvo una intervención destacada en la creación de Iraq, un país, por decirlo así, artificial. Que surgió del trazado sobre el mapa por puro cálculo político de los británicos —*divide et impera*— tras finalizar la Primera Guerra Mundial. En buena medida como resultado de la influencia de nuestra protagonista en los designios de Londres. Su vida parece de película y en el cine acabó con Nicole Kidman en el papel principal. La película se llama *La reina del desierto,* es un biopic, una adaptación de su vida para el cine dirigida por Werner Herzog que no alcanzó la grandiosidad del *Lawrence de Arabia* de David Lean en la que un genial Peter O´Toole

encarnaba al mítico Thomas Edward Lawrence. No es una gran película, pero refleja bien la parte aventurera de la vida de Gertrude Bell y se deja ver.

Esta extraordinaria mujer nació en 1868 en la ciudad de Durham al noroeste de Inglaterra en el seno de una familia muy acaudalada. Su padre, Hugh Bell, era un magnate del acero. Perdió a su madre, Mary Shield, al dar a luz a su hermano Maurice, Gertrude tenía entonces tres años. Era una niña despierta que acreditó desde su más temprana edad una gran inteligencia. Después de estudiar en el famoso Queen's College de Londres, su padre la envió a la Universidad de Oxford. Estudió Historia Moderna e idiomas —llegó a dominar ocho, entre ellos el árabe— y consiguió graduarse de manera informal, aunque no la reconocieron el título, porque en aquella época los estudios universitarios eran territorio vedado a las mujeres. Parece mentira, pero hasta ¡1920! la Universidad de Oxford no reconoció un título universitario a una mujer.

Afortunadamente, en ese aspecto las cosas han cambiado mucho y para bien. Hoy más del 50 % de los estudiantes universitarios son mujeres y en algunas profesiones, caso, por ejemplo, de la medicina, superan ese porcentaje.

Cuando todavía no había cumplido veinte años, viajó con su padre por la India, Birmania, Singapur y Japón. De vuelta a Inglaterra se enamoró de un vividor al que la familia puso la proa. Tras este primer fracaso, siguió su mala racha, porque después se enamoró de un hombre que estaba casado y la cosa no funcionó. Cumplidos los veinticuatro decidió ponerse el mundo por montera empezando por lo más alto, dedicando esfuerzo y voluntad al montañismo. Como alpinista viajó hasta los EE. UU. y ascendió a las Montañas Rocosas, después regresó a Europa y escaló varias cumbres de los Alpes. En Suiza hay un pico, el Gertrudspitze, que lleva su nombre. Más tarde viajó por Grecia y las islas, y en la de Milos realizó excavaciones arqueológicas. De sus aventuras como alpinista dejó constancia en un libro y en cientos de fotografías, una novedad de la época.

Después cambio la nieve por el desierto y empezó a forjar su leyenda. Se marchó a Jerusalén —quería perfeccionar el árabe— y

se acercó a Petra, y visitó también la mítica ciudad de Palmira. Había iniciado su larga aventura por tierras del Cercano Oriente.

Tenía veinticuatro años cuando en 1892 se fue a Persia, la actual Irán, donde un tío suyo era el embajador británico en Teherán. Recorrió Persia a caballo y se enamoró del secretario de la embajada, pero el veto paterno volvió a frustrar el romance. Parece que Gertrude no insistió y amortiguó sus penas publicando un libro ilustrado que tituló *Imágenes persas*, en el que reflejaba sus experiencias en aquel país de historia milenaria. Más tarde en la frontera entre Siria y Turquía, a unos cien kilómetros de Alepo, en la orilla occidental del río Éufrates, estuvo realizando excavaciones en la campaña que dirigía el arqueólogo David Hogarth en las ruinas de la ciudad de Karkemish, histórica capital que fue de un reino sirio-hitita. Allí coincidió con Thomas E. Lawrence. Después siguió viaje por su cuenta por Siria, Líbano, Palestina, Arabia y Egipto. Publicó un segundo libro, *The Desert and the Sown,* que contiene más de un centenar de fotografías y recoge las experiencias de uno de los viajes que realizó desde Jericó en las cercanías del mar Muerto hasta la ciudad de Antioquía.

Iba a caballo acompañada de Fattuch, un sirviente de origen armenio y siempre con guías y escoltas locales. Disponía de recursos y era muy sibarita. Formaban una nutrida comitiva en la que destacaba una tienda provista de cama, mesa, sillas, una vajilla de porcelana, una pequeña biblioteca y una bañera desmontable. Siempre vistió ropas de mujer y no se dejó llevar por la moda de los pantalones con los que sí se vistieron otras viajeras de antaño.

A pesar de la escolta, viajar por aquellos territorios era muy peligroso. Pensemos que lo que ahora son países independientes —Iraq, Siria, Líbano, Arabia Saudita y Palestina (Israel no fue un Estado hasta 1948)— pertenecían al Imperio otomano, un Estado en decadencia, inoperante ya en el control territorial como se vio después durante la Primera Guerra Mundial y la llamada Rebelión árabe. Revuelta en la que Gertrude Bell, como veremos más adelante, tuvo un papel destacado trabajando como espía para el Servicio Secreto británico realizando labores encubiertas de cartografía y etnografía, ubicando con precisión los territorios y el

grado de influencia de cada una de las numerosas tribus diseminadas por la región. Estuvo durante una docena de años viajando por aquellos territorios. En 1913 recorrió los 3000 km que separan a Damasco de Heil, una ciudad del desierto en la península arábiga. Como hablaba el árabe y en algunos lugares era la primera mujer blanca que veían, era muy bien recibida. Su condición de arqueóloga le ofrecía una tapadera para sus tareas de espionaje. Labor similar a la que en otras zonas desarrollaba un joven, arqueólogo también, que con el andar del tiempo sería famoso y conocido como Lawrence de Arabia. Aquellos territorios pertenecían al Imperio otomano, aliado de Alemania y, por lo tanto, enemigos de Inglaterra. Les encargaron realizar mapas de los territorios de las tribus a las que querían sublevar contra los turcos. Gertrude Bell era una mujer muy bien relacionada con el *establishment* del momento.

Al finalizar la guerra, tras la victoria de Inglaterra y Francia y la derrota de Alemania y Turquía, el Imperio británico estaba en su apogeo y sus dirigentes, que habían firmado con Francia un acuerdo (Sykes-Picot) para repartirse los despojos del Imperio otomano, trazaban las fronteras sobre los mapas. Fue enviada a Basora, Mesopotamia, en Iraq, y nombrada representante de la Oficina Árabe. Al concluir la guerra se trasladó a Bagdad y, tras el armisticio, la influencia y el prestigio de *lady* Gertrude Bell llegó a ser tal que Londres hizo suyo el criterio de que al este de Siria, en frontera con Persia y con capital en Bagdad, había que recomponer fronteras y crear un nuevo país al que dotar de un rey de confesión sunita. Y así fue, y bajo el designio británico nació Iraq y Feisal I, un descendiente del jerife de La Meca, rama hachemita como la monarquía que reina actualmente en Jordania, fue entronizado en el país. Hay una fotografía fechada en El Cairo en 1921, después de terminada la guerra, en la que se ve a un grupo de políticos y militares británicos junto a varios dignatarios árabes. En ella se puede reconocer a Thomas E. Lawrence de paisano y en el centro, sentado, aparece un joven Winston Churchill fácil de identificar por su precoz alopecia. A su lado se encuentra la única mujer que hay en la fotografía.

Es Gertrude Bell, en la cumbre de su fama como personaje

influyente en aquel mundo de hombres con los que participó en algunas de las conferencias en las que las potencias europeas vencedoras de la guerra se repartieron el Cercano Oriente.

Por las mismas fechas, también en Egipto, en otro marco mucho más impresionante y cargado de historia, frente a la gran esfinge de Giza, aparece también en compañía de Churchill montando sendos dromedarios. Había llegado a lo más alto y había recorrido miles de kilómetros llevando una vida trepidante y llena de aventuras. Pero tuvo un final trágico y muy triste. Se fue a vivir a Bagdad, donde con el apoyo de su amigo el rey Feisal I fundó el Museo Arqueológico, al que donó su colección de antigüedades. Vivió ocho años en Bagdad, en el transcurso de los cuales viajó alguna vez a Inglaterra. Pero estaba sola y debió entrar en una etapa de depresión porque el 12 de julio de 1926 apareció muerta en su dormitorio. En la mesita de noche encontraron varios frascos de somníferos. Dejó una carta pidiendo que cuidaran a su perro. Tenía cincuenta y siete años y había vivido una vida de película. Cuentan las crónicas que su funeral fue multitudinario, circunstancia que habla de su fama entre las gentes de aquel país, en alguna medida artificial, que ella había contribuido a dibujar en el mapa. No sería exagerado concluir que fue la mejor y más influyente espía del siglo XX.

# EL CAMINANTE DEL DESIERTO

En ocasión de un viaje por Wadi Rum en el desierto de Jordania en ruta hacia Áqaba, el histórico puerto del mar Rojo, a una escala muy modesta, sin comparación posible con las penalidades que apareja la vida en las inmensas soledades de las arenas, creo que tomé conciencia del esfuerzo sin parangón que reclama sobrevivir en aquellos parajes cuya memoria anterior, en mi caso, procedía de dos o tres visitas al sur de Egipto más allá de Abu Simbel y hacia el sureste en la orilla occidental del Nilo hasta alcanzar Dendera en uno de cuyos templos —como contaremos en otro capítulo— fue hallada la famosa losa del Zodíaco que en la actualidad se puede contemplar en París, en el Museo del Louvre. Pasar una pequeña experiencia soportando el calor y la sed, estando pendiente de las serpientes que zigzaguean por la arena y de los escorpiones que se esconden bajo las piedras, ayuda a comprender y admirar las proezas de Wilfred Thesiger. Otro gran explorador del siglo XX. Un inglés de la estirpe aventurera del capitán Richard Burton y con un don como el de Lawrence de Arabia para mimetizarse con los esquivos habitantes del desierto. Pasó media vida viajando por algunas de las zonas más inhóspitas del planeta.

Había nacido en Adís Abeba en 1910. Su padre era diplomático, embajador del Reino Unido ante el emperador de Abisinia y sobrino del conde de Chelmsford, un virrey de la India. Abisinia, la Etiopía de hoy, es un país milenario de religión cristiana ortodoxa con una sociedad feudal en la que hasta 1975 reinaba una de las monarquías más antiguas del mundo. Wilfred Thesiger pasó los primeros cinco años de su vida en aquel país. Nacido inglés, pero marcado por el signo de África en uno de sus libros, contaba que cuando le llevaron a Inglaterra para iniciar sus estudios —pasó por Eton College y se licenció en Historia en Oxford— su obsesión era regresar. Pronto culminó aquel sueño. En 1930, el rastafari (cabeza creadora) príncipe Haile Salassie fue coronado en la catedral de San Jorge de

Adís Abeba como «rey de reyes», *neguse negest* de Etiopía. Thesiger, que había recibido una invitación para asistir a la ceremonia de exaltación al trono, aceptó y regresó. Ahí se inició su contacto con el desierto. La «llamada» que tantos otros exploradores habían sentido antes que él. Tres años después, por cuenta de la Royal Geographical Society —que todo lo cartografiaba—, se adentró en el sultanato de Aussa, situado en la frontera entre Etiopía y la Somalia francesa. De esa época se conserva una fotografía suya tomada cerca de Yibuti. Ataviado con equipo de explorador posa mirando a la cámara sosteniendo un rifle sobre los hombros. Viajó en busca de las fuentes de río Awash y llegó hasta el lago Abbe. Fue el primer occidental en documentar el lugar. En una segunda expedición se adentró hasta la región suroccidental de Sudán. Londres, que desde la época de la guerra del Madhi, la muerte del general Gordon y la posterior victoria de Kitchener había vuelto a controlar aquel inmenso país, le nombró administrador colonial de Darfur. Era una época en la que algunas potencias europeas —Italia fue una de ellas— se declaraban perdedoras en el descarado reparto colonial que se había llevado a cabo en África el siglo anterior. En ese contexto, a finales de 1935, tropas de la Italia fascista de Benito Mussolini invadieron Abisinia empujando al exilio al negus Haile Selasiee que halló refugio en la bella ciudad inglesa de Bath. Pero los etíopes no se rindieron y, con ayuda de Inglaterra, los bravos guerreros de aquel país se enfrentaron con arrojo a los invasores y, a la postre, consiguieron derrotar a los italianos pese a que disponían de armas modernas como aviones o vehículos acorazados y empleaban gases tóxicos, armas químicas prohibidas desde 1925 por la convención de Ginebra. En 1941, con Inglaterra en guerra con la Alemania de Hitler, Wilfred Thesiger regresó a su tierra natal y se alistó en la Fuerza Aérea, la mítica RAF, que entre julio y octubre del año anterior había forjado su victoriosa leyenda en la llamada batalla de Inglaterra contra la Luftwaffe alemana que, noche tras noche, martirizaba a Londres y a otras ciudades inglesas con sus letales bombardeos. El recluta Thesiger participó en la campaña del Norte de África que se desarrolló en Libia y en la que participaron las fuerzas expedicionarias alemanas del Afrika Korps comandadas por

el general Erwin Rommel, que habían acudido en socorro del irresoluto ejército italiano, varado frente a las tropas británicas. El resultado de aquella terrible guerra librada en el desierto fue que los alemanes nunca pudieron alcanzar suelo egipcio. Las tropas de Rommel fueron derrotadas por las británicas y australianas al mando del general Montgomery. Terminada la guerra, tras la victoria de los aliados contra las potencias del Eje, Thesiger, que se había licenciado como oficial, dejó el Ejército y a la manera, como años atrás había hecho el poeta Robert Graves, decidió dejar atrás todo lo que le unía a Gran Bretaña para convertirse en explorador. En 1945 se fue a Arabia y decidió adentrarse solo en el Rub al-Jali, el «Cuadrante Vacío», uno de los mayores desiertos del mundo que se extiende por Arabia Saudí, Yemen, Omán y los Emiratos Árabes Unidos. Ocupa una extensión más grande que la península ibérica y es un territorio inhóspito prácticamente deshabitado por sus extremas condiciones climatológicas. En verano, a mediodía, la temperatura puede alcanzar los 55 ºC. Thesiger se quedó cinco años viviendo con los beduinos y vistiendo como ellos. Viajaba con poca impedimenta: una mochila, una manta, dos o tres libros y una cámara fotográfica. Había aprendido el árabe y se trasladaba en camello. Se hacía pasar por comerciante, pero su elevada estatura delataba un origen ajeno al de las tribus con las que se iba encontrando. Atravesó varias veces aquel infierno y cartografió el desierto y parte de las montañas de Omán tomando fotografías. Era un tipo peculiar, incluso raro.

Abominaba de los aviones y desarrolló una suerte de fobia hacia la vida urbana y en especial hacia los automóviles: «Preferiría estar muriéndome de hambre en el desierto que estar sentado en un sillón, con la tripa pesada y dependiendo de un coche que me llevara por Arabia*»,* escribió en *Arenas de Arabia,* un libro publicado en 1959 y que le hizo famoso. Narra la vida sobria y dura de los hombres de las dunas, el territorio vacío. En una ocasión fue detenido y encarcelado, pero salió del trance. También hizo amigos a lo largo de los cinco años que permaneció viajando por Arabia; con uno de ellos, el jeque Zayed Bin Sultán Al Nahyan, había cazado en el desierto en los años cuarenta. Conservó su amistad durante el

siguiente medio siglo. Dejó el desierto y continuó viajando por territorios situados más al norte. Por el Kurdistán, las marismas del sur de Iraq, Irán, Pakistán y Afganistán. Sobre esta etapa gira un segundo libro publicado en 1964: *Los árabes de las marismas,* en el que narra la vida de los madan, pobladores del sur de Iraq, en el gran humedal, en una zona surcada por canales flanqueados por juncos, búfalos de agua y pescadores que navegan en alargadas piraguas planas. Es una etnia que se expresa en un dialecto propio. Cuando Thesiger estuvo viviendo y viajando por allí, la población superaba las 500 000 personas. En los tiempos actuales no llegará a 20 000. En los años noventa del siglo pasado, el dictador Sadam Hussein ordenó drenar las marismas para expulsar a los rebeldes chiíes que habían buscado refugio allí tras una sublevación fallida. La mayor parte de la población huyó. A pesar de la caída del dictador en 2003 en el contexto de la invasión de los norteamericanos, la población de la zona no se ha recuperado porque buena parte de las marismas fue destruida.

Thesiger volvió a la península arábiga y en 1966, durante la guerra civil de Yemen, se implicó apoyando al bando monárquico que luchaba contra los partidarios de la República que contaban con el patrocinio del Gobierno egipcio que presidía Gamal Abdel Nasser. Volvió a tierras africanas y recorrió una decena de países viajando por Etiopía, Sudán y por varios países del África occidental francesa (Senegal, Burkina Faso, Mali, Costa de Marfil, Togo). Más tarde cruzó Kenia. En 1990 volvió a Inglaterra y cinco años después fue nombrado caballero comendador de la Orden del Imperio Británico. El explorador se retiró, pero siguió denunciando las consecuencias negativas que según su parecer apareja la modernidad. Desde ese criterio escribió que sentía «un respeto duradero por la tradición y una disposición a aceptar una variedad de culturas y costumbres arraigadas». «Crecí —añadía— para sentir un resentimiento creciente hacia las innovaciones occidentales en otras tierras y un disgusto por la aburrida monotonía de nuestro mundo moderno».

La Arabia que había conocido y amado fue desapareciendo ante sus ojos a resultas de la transformación que experimentó el país a partir de los años cincuenta del pasado siglo gracias a los ingentes

beneficios que el reino saudí obtiene de la explotación del petróleo. Cabe recordar que en 1945, tras el breve encuentro entre el rey Abdulaziz bin Saúd y el presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt —que tuvo lugar a bordo del crucero USS Quincy, buque en el que Roosevelt regresaba a casa tras haber participado con Churchill y Stalin en la conferencia de Yalta—, Arabia firmó con los Estados Unidos un pacto que a cambio de acceso privilegiado al petróleo garantizaba protección militar al reino. El pacto se ha mantenido a lo largo del tiempo y sin fisuras a pesar de los recurrentes conflictos que vienen asolando la región del Próximo Oriente y el también permanente apoyo de los EE. UU. al Estado de Israel.

A la luz de las transformaciones que han experimentado los países en los que vivió y por los que viajó, los libros de Wilfred Thesiger tienen un valor antropológico excepcional por ser un testimonio de primera mano del tipo de vida y costumbres de gentes —beduinos en el caso de Arabia— que o han desaparecido o están en vías de desaparición. Thesiger se manifestó siempre muy crítico respecto del papel hegemónico que desempeña Norteamérica en el mundo.

> El efecto a largo plazo de la cultura americana que se extiende hacia todos los rincones por todos los desiertos y valles será el fin de la Humanidad. Nuestra extraordinaria avaricia por las posesiones materiales, el modo en que la alimentamos, la falta de equilibrio en nuestras vidas y nuestra arrogancia cultural nos matar*á* a todos antes de un siglo a menos que aprendamos a parar y pensar.

Es como para pensarlo. Falleció en Londres en 2003, había cumplido noventa y tres años de una vida vivida con estoicismo y sobriedad.

# EL HOMBRE DE LOS HIELOS

Creo que fue al contemplar el Fram, un barco de madera, un velero de tres palos aún tiempo esbelto y robusto, que había sido utilizado en las exploraciones árticas y antárticas, la primera vez que tuve conciencia del carácter excepcional, casi fuera del alcance de seres humanos, de la proeza que fue la conquista de la Antártida —llamemos así al hecho de plantar por primera vez una bandera en el centro mismo de aquel inmenso continente de hielo—.

Ocurrió hace unos años en el transcurso de un crucero por los fiordos. Nuestro barco recaló en Oslo y en el transcurso de la visita a la ciudad nos acercamos a un museo situado en la península de Bigdoy en el que, además del Fram —palabra que en lengua noruega significa «adelante»—, también se puede admirar porque está prácticamente intacto un esbelto barco vikingo rescatado del fondo del mar, además de otra nave cargada de historia: la balsa Kon Tiki de la que hablaremos en otro capítulo.

El Fram, tenido por el barco de madera más resistente jamás construido, era propiedad del Gobierno noruego y había sido diseñado para afrontar las expediciones árticas. En 1893 culminó con éxito una primera expedición. Se puede admirar en un museo que está en Oslo y es el barco de madera a vela más extraordinario que nunca he visto. Había sido diseñado para que «flotara» al quedar atrapado en la placa del hielo ártico, y podía resistir porque tanto el ancla como el timón eran retráctiles y su interior había sido acondicionado de tal manera que podía permitir a bordo la vida de la tripulación durante muchos meses aún permaneciendo aislados. Impresiona, ya digo, la robustez de esta nave que se conserva perfectamente. En él, otro de nuestros legendarios viajeros, Roald Amundsen, logró coronar el sueño que le hizo encontrar un lugar de honor en la historia de las exploraciones llevadas al límite de las posibilidades humanas.

Junto a su gran rival, el inglés Robert Scott, fue el explorador más

famoso del siglo XX. Su biografía es apasionante. A lo largo de su vida acreditó poseer una voluntad de hierro y un espíritu estoico. Había nacido en 1872 en Borge, cerca de Oslo, la capital de Noruega. Su padre era naviero y capitán de la Marina. Su madre intentó que estudiara para médico, pero cuando ella murió el muchacho abandonó la idea y al cumplir dieciséis años decidió convertirse en explorador polar. Dejó la universidad y con veinte años se enroló en un barco dedicado a la caza de focas. Así se inició en el duro aprendizaje de marinero. Tres años más tarde obtuvo el título de piloto. Y ahí empezó la que sería una espectacular serie de aventuras tanto en el Polo Sur como en el Polo Norte. Había sentido la «llamada» del mar y con veinticinco años se entregó a ella con determinación. En 1897, Amundsen supo que en el puerto de Amberes se estaba formando una expedición para explorar la Antártida y allá que se fue. Consiguió que le admitieran y le contrataron como timonel de un barco llamado Bélgica. Los barcos, sobre todo uno del que luego hablaremos con más detalles, jugaron un papel importante en la vida de Amundsen. La expedición zarpó el 16 de agosto de 1897, rumbo al sur; a bordo hizo amistad con el médico de la expedición — que se llamaba Frederick Cook— y era norteamericano. Al llegar el invierno el buque quedó atrapado en el mar helado. Sobrevivieron de milagro gracias a que el doctor obligó a la tripulación a alimentarse con carne cruda de animales marinos, evitando así que contrajeran escorbuto y también gracias a que nuestro joven timonel les enseñó a confeccionar abrigos con piel de foca. Esta primera experiencia antártica le sirvió para organizar mejor otras que vinieron después en parajes con temperaturas extremas. Los noruegos son gente dura. Vienen a este mundo en un país en el que el clima, extremo buena parte del año, les obliga a serlo.

El joven Amundsen había decidido repartir su vida entre el hielo y la aventura, y unos años después, en 1903, formó su propia expedición. Compró un velero y logró cruzar el famoso paso del Noroeste entre los océanos Atlántico y Pacífico. Fue toda una proeza. Cruzaron la bahía de Baffin y el estrecho de Lancaster. Permanecieron durante dos inviernos explorando la región.

Amundsen se dedicó a observar las costumbres de los esquimales, sus técnicas de supervivencia, la forma de procurarse alimentos, su indumentaria y el uso de los trineos arrastrados por perros. Todo lo que aprendió en esta dura expedición fue decisivo para culminar la que sería su gran hazaña: la conquista del Polo Sur. Aunque primero su idea había sido llegar al Polo Norte. Una idea que cambió sobre la marcha.

La historia es muy curiosa. Tras la expedición al paso del Noroeste planeó otra al Polo Norte y aquí es donde cobra protagonismo el Fram. Cuando embarcaron, la tripulación estaba en la idea de que iban a navegar hacia el Polo Norte, pero a Amundsen le llegó la noticia de que el explorador norteamericano Robert Peary se le había adelantado y tomó una decisión crucial: cambió de planes y zarpó poniendo rumbo al Polo Sur. Cuando llegaron a la isla portuguesa de Madeira, se aprovisionaron cumplidamente, habida cuenta de lo que tenían por delante. A todo esto, otro explorador, un inglés llamado Robert Scott, también navegaba hacia la misma meta. Había empezado la que los periódicos de la época bautizaron como la «carrera del siglo».

Podría parecer que hablamos de una carrera sencilla, pero a las inmensas distancias que separan el Norte del Sur de nuestro planeta se sumaban las dificultades y peligros que suponían los vientos y las bajísimas temperaturas propias de la Antártida, la «tierra sin osos». Donde sí viven este tipo de plantígrados es en el Polo Norte. El Polo Sur es una región extrema en todo: en clima y en condiciones de vida. Pero constituía un reto para quienes habían hecho de los desafíos la razón de su vida. Amundsen, desde Madeira, le mandó un telegrama a Scott en el que en tono un tanto zumbón decía: «Me permito informarle de que el Fram está de camino a la Antártida». El inglés aceptó el reto. Dos hombres y un destino. El 14 de enero de 1911 la expedición noruega llegó hasta la plataforma de hielo de Ross en el mar del mismo nombre. Anclaron en la bahía de las Ballenas. Scott se había establecido en otro lugar. Su idea era atravesar un glaciar hasta llegar a la meseta Antártica. Amundsen eligió otra ruta. Durante el invierno ambas expediciones se dedicaron a mejorar los equipos. Los noruegos lograron disminuir el peso de

los trineos. Esta precaución habría de resultar decisiva. El 8 de septiembre de 1911, aprovechando un aumento de las temperaturas, una expedición formada por ocho hombres con Amundsen a la cabeza salió rumbo al polo. Pero al poco el tiempo cambió y la temperatura descendió a ¡51 grados bajo cero! Un infierno helado que les obligó a retroceder rápidamente buscando refugio en el barco. Pero lo más duro estaba por llegar. El 19 de octubre lo intentaron de nuevo. Llevaban con ellos cuatro trineos de tiro y cincuenta y dos perros de raza groenlandesa. Habían estudiado muy bien el asunto de las provisiones. Salían a ración diaria de 380 gramos de galletas, cuarenta de chocolate, sesenta de leche en polvo y 350 gramos de pemmican, que es una comida concentrada de carne de vaca seca pulverizada, grasas y bayas desecadas que aportan vitaminas. Los perros recibían una ración diaria de medio kilo de este mismo compuesto de carne de vaca. El 21 de noviembre alcanzaron una latitud de 85º Sur. Llegaron a la meseta polar, que bautizaron con el nombre del rey Haakon VII. Y allí levantaron un campamento al que llamaron La Carnicería, porque fueron sacrificados veinticuatro perros, una parte para alimentar a los animales que habían sobrevivido y el resto para el viaje de regreso. Sometidos a grandes tempestades, el 14 de diciembre de 1911 alcanzaron el Polo Sur y plantaron la bandera de Noruega. Habían llegado a la meta treinta y cinco días antes que la expedición de Scott, su gran rival. Una fotografía en la que se ve a los expedicionarios contemplando la bandera inmortalizó aquel momento que, parafraseando el título de un libro muy conocido de Stefan Zweig, podríamos decir que fue un momento estelar de la humanidad. Tras nueve días de viaje, el equipo regresó al Fram con tan solo once perros. Sobrecoge pensar en las dificultades que tuvieron que afrontar para culminar una hazaña que figura ya en los libros de historia. También impresiona la sobriedad, hablar de frialdad sería un chiste malo, con la que Amundsen reflejó el momento en un libro en el que narró tan extraordinaria aventura y que lleva un largo título: *Polo Sur. Relato de la expedición noruega a la Antártica del Fram, 1910-1912*.

> El 14 de diciembre de 1911, cinco hombres llegaron al punto más austral del planeta, en el eje polar, clavaron la bandera de Noruega y bautizaron la región con el nombre de a quien gustosamente habían ofrecido sus vidas, el rey Haakon VII. De esta forma, el misterio fue desvelado para siempre, y uno de los secretos mejor guardados de nuestro planeta dejó de existir. Como fui uno de aquellos cinco hombres que aquella tarde de diciembre tomó parte en este descubrimiento, ha recaído sobre mí la tarea de contar todo lo sucedido: cómo alcanzamos el polo Sur.

Robert Scott perdió la carrera con Amundsen porque había planificado peor el viaje. En vez de perros y trineos había llevado caballos mongoles, y el exceso de peso y las tremendas distancias que hubo de recorrer de regreso al barco tras haber alcanzado el Polo Sur —más de 1300 km sobre hielo y la nieve de la llanura antártica— acabaron con su vida. Murió el 29 de marzo de 1912. Tenía cuarenta y tres años. Roald Amundsen siguió con su esforzada vida. Tras conquistar el Polo Sur, navegó hasta Australia y llegó al puerto de Hobart, en Tasmania. Allí, el 7 de marzo de 1912 dieron a conocer la noticia de su hazaña, una proeza que no habían podido comunicar hasta entonces por falta de medios. Invirtiendo la ruta regresaron por el Atlántico hasta Argentina. Los expedicionarios pasaron un tiempo en la ciudad de Santa Fe y Amundsen aprovechó el tiempo para escribir un libro donde relató la aventura que habían vivido. *Polo sur. Relato de la expedición noruega a la Antártica del Fram, 1910-1912.* Un texto redactado en un estilo muy seco, sin alardes narrativos como si se hubiera dejado contagiar de la sobriedad del paisaje helado que evocaban aquellos recuerdos.

Más tarde, volvió al norte. En 1918 comenzó una nueva expedición por el paso del Noroeste. Y en 1926 emprendió el asalto al Polo Norte. Tras un primer fracaso lo volvió a intentar, esta vez por el aire. Junto con el ingeniero italiano Umberto Nobile realizaron el viaje a bordo de un dirigible. Llegaron a Alaska tras haber sobrevolado el Polo Norte. Fue el primer hombre en haber alcanzado los dos polos. Se peleó con el ingeniero italiano que organizó una

nueva expedición, pero el dirigible se perdió y Amundsen encabezó una operación de rescate a bordo de un hidroavión francés que salió en su busca el 18 de junio de 1928. También se perdió. Nunca más se supo de él. Parece ser que el aparato se estrelló cerca de una isla del mar de Barents donde se encontró un flotador de hidroavión. Cuando desapareció, Roald Amundsen tenía cincuenta y seis años. Una vida plena de viajes y aventuras llevadas al límite.

# EL ITINERARIO DE UN GENIO

A veces poseer mucho dinero conduce a la excentricidad. O así nos lo parece al leer la noticia de un magnate de las nuevas tecnologías que pudiendo permitirse vivir en una mansión prefiere no tener casa propia y vive en un hotel. Pura comodidad o reflejos defensivos de la soltería. Quizá algo de ambos impulsos con el añadido de un tercero: la apuntada excentricidad, una desviación del concepto griego de la «areté» que empuja hacia la preeminencia, el intentar ser uno entre un millón. En ese club no todos son millonarios, pero todos son extravagantes como lo fue entre nosotros un personaje que durante años pasó por ser el periodista mejor pagado de España. Se llamaba Julio Camba y, como buen sibarita, en 1949 se fue a vivir al Hotel Palace. Concretamente a la habitación 383, «el refugio de pobres más caro del mundo», que diría César González Ruano. Allí vivió hasta su muerte trece años después.

La vida de Julio Camba daría para escribir una novela sobre las paradojas de la condición humana, pues empezó siendo anarquista y tras un ir venir de la política al periodismo acabó teniendo una sección fija en el *ABC*, que ya en su época era el periódico monárquico de referencia. Fue un hombre elegante, dotado de gran talento y con un peculiar sentido del humor que cultivó con verdadera maestría. Un humor con retranca, muy gallego. Fue amigo, entre otras celebridades, de Azorín y de Pío Baroja.

Julio Camba era gallego. Nació en 1884 en Villanueva de Arosa, en Pontevedra, en el seno de una familia de clase media. Su padre era practicante y maestro de escuela. Debió ser un muchacho muy inquieto. Y un viajero precoz, pues a los trece años se escapó de casa embarcando como polizón en un barco que le llevó hasta Argentina. Buenos Aires estaba lleno de gallegos —pasa por ser la «quinta provincia»— y gracias a la ayuda de algunos paisanos el chico acabó encontrando ancla. En su caso en aguas políticas revueltas: las del movimiento anarquista. Estuvo cinco años en aquel

ambiente. Años después, en *El destierro* —un libro publicado en 1907— evocaba aquella etapa con palabras que traslucen cuanto pueda contener de verdad la añoranza:

> Yo me dedicaba a escribir manifiestos que tenían por objeto enardecer el espíritu de las multitudes y yo mismo fui adquiriendo cierto ardor bélico a medida que los escribía. Seguramente no faltaran amigos que me desprecien al saber que yo cultivé ese género de literatura. Sin embargo, cada una de aquellas páginas que se imprimían en hojas sueltas y que se fijaban clandestinamente en las paredes de los edificios tenían más emoción y más intensidad que muchas de las cosas que escribí después, de conformidad con los tratados de estética. Aquel entusiasmo sería ridículo en cualquier otra circunstancia, pero allí no.

En 1902 le expulsaron de Argentina. Tenía dieciocho años y unas ganas locas de vivir. Pero lo pasó mal en el viaje de regreso hundido en la bodega del barco donde estuvo a punto de morir de hambre. Aquel barco le devolvió a España para ingresar en la prisión de Pontevedra. Le soltaron y regresó a casa, y empezó a escribir en el *Diario de Pontevedra,* pero su espíritu inquieto le llevó a otros lares.

En Galicia paró poco. Se trasladó a Madrid y fundó un periódico que se llamaba *El Rebelde.* Camba, que como vamos a contar fue un gran viajero, también fue un pluriempleado precoz. *La España Nueva* le fichó como cronista parlamentario. Y poco después, en 1908, fue contratado —por primera vez en plantilla— como corresponsal por otro diario: *La Correspondencia de España,* que le mandó como enviado especial a Turquía. A cubrir la revuelta de los llamados «Jóvenes Turcos», militares descontentos con la pérdida de gran parte de los territorios del Imperio otomano. Aquel movimiento se saldó con la abdicación del sultán Abdulhamid II a favor de su hermano que, en realidad, era un títere en manos de los militares. Años después, la derrota en la Primera Guerra Mundial provocó la abolición de la monarquía y la proclamación de la república laica. Camba, en sus artículos, intuyó que aquel fin de época al que estaba

asistiendo desde el privilegiado escaparate de Estambul anunciaba la caída del viejo orden que había regido la sociedad otomana durante siglos desde la conquista de Constantinopla en 1453 y la desaparición del Imperio bizantino. Pese al espejismo que proyectaban las luces de la *belle* époque, Camba captó la tormenta que se estaba formando en Europa, porque aquel fin de época abría las puertas a un tiempo político nuevo lleno de incertidumbres. En realidad, las vísperas de una inmensa tragedia que acabaría diezmando la juventud europea en los múltiples frentes de la Primera Guerra Mundial. Al regreso de Estambul cambió otra vez de periódico y de destino. Fue contratado como corresponsal por *El Mundo* con sede dual: en París y en Londres, y más tarde, en Alemania. Julio Camba se pateó media Europa: Austria, Hungría, Chequia, Eslovaquia, Serbia, Croacia…, la mitad de la docena de países que componían el Imperio austrohúngaro. Y fue dejando una gavilla de crónicas que, publicadas en *La Tribuna* bajo la rúbrica de *Diario de un Español*, aún hoy se pueden leer con provecho. Para un periodista sagaz como era él, doblado además de viajero inquieto, sus relatos apuntaban maneras de un género en el que acabaría siendo un maestro: crónicas que van más allá de la política y se adentran en la sociología. Pluma inquieta, en 1913, vísperas del inicio de la guerra, empezó a colaborar con el *ABC*, diario situado al otro extremo de sus ideas políticas, pero cuyos directivos, valorando el talento de Camba, decidieron contratarle. Un ejemplo de pluralismo que, por desgracia, apenas ha creado escuela. Camba, a lo largo de sus viajes por los países de ese mosaico étnico y político que era por aquel entonces el Imperio austrohúngaro, relató en sus crónicas la tensión creciente que acabó estallando tras el atentado que en Sarajevo, la capital de Bosnia-Herzegovina, acabó con la vida del archiduque Francisco Fernando heredero del trono imperial. Fue un crimen político y la chispa que provocó el estallido de la Primera Guerra Mundial. Camba relataba con maestría las cosas que pasaban en Europa en aquellos días que otro genio —el austríaco Stefan Zweig— bautizó como «el mundo de ayer». La neutralidad de España en el conflicto favoreció el ir y venir de los periodistas de la época por los diferentes países. Narró la derrota de las potencias

centrales —Alemania, Austria—, la caída de las monarquías y, en el caso de Alemania, la proclamación de la República de Weimar. Terminada la guerra, entre 1917 y 1927 repitió corresponsalía en Berlín y estrenó otra en Roma. Estaba bien pagado y mejor considerado, y viajó a los EE. UU. y, con base en Nueva York, contó el día a día de lo que se conoce como la Gran Depresión. La profunda crisis económica provocada por el crac del 29, el hundimiento de las Bolsas y las penosas condiciones de vida en las que sumió a buena parte de la población la quiebra de miles de negocios, grandes y pequeños. Tiempo después, John Steinbeck en *Las uvas de la ira* retrató con maestría aquella penosa situación que obligó a miles de pequeños agricultores del centro del país a emigrar hacia California.

Camba regresó a España y durante la Guerra Civil sus crónicas, en las que reflejaba sus simpatías por el bando franquista, se publicaron en el *ABC* de Sevilla. Pluma inquieta, acabó escribiendo también para los diarios *Arriba* y *La Vanguardia* de Barcelona. Por el camino fue dejando un reguero de libros cuyo contenido abarca desde los viajes a la gastronomía: *Un año al otro lado del mundo, Aventuras de una peseta* o *La rana viajera* son libros de viajes que encontraron muchos lectores. Al igual que *La casa de Lúculo,* un tratado de gastronomía en el que, tras reseñar comidas y bebidas de los principales países del mundo, le declara la guerra al ajo, condimento según su decir indeseable por flatulento. Al ajo y también a los garbanzos, que según él fueron el fruto de una broma que nos gastaron los cartagineses al plantarlos en España. De ellos dice que no hay remojo ni cocción que los ablande y que «son el truco que, durante veintitantos siglos, se han valido los maridos españoles para entretener a las mujeres en casa». El humor, siempre el sentido del humor. Con Camba estaba asegurado.

«La primera fabada que yo he tomado en mi vida me la ofreció en Somío (Asturias) don Melquíades Álvarez y era tan buena que a causa de ella estuve a punto de ingresar en el Partido Reformista».

Al terminar la guerra se instaló definitivamente en Madrid alojándose en el Hotel Palace. Allí residió los últimos trece años de su vida. En 1951 había recibido el Premio Mariano de Cavia, pero la

fortuna es tornadiza y hasta lo bueno cansa. Y más en España. Para entonces era ya el escritor vencido que se dejaba invitar a comer. Murió el 28 de febrero de 1962 a raíz de una embolia. Unos años después una fundación que lleva su nombre y tiene su sede en Galicia creó un premio periodístico que en nuestros días está dotado con 10 000 euros. Es un premio abierto al talento. Como el que derrochó a lo largo de su vida este gallego trotamundos, gran vividor y socarrón hasta el último suspiro como rubricarían las que se dice fueron sus últimas palabras «La vida es buena, pero se acaba».

# LA REINA DEL CRIMEN

Antes de la pandemia y sus inevitables restricciones hubo un tiempo en el que si uno viajaba a Londres acababa por la mañana en Harrods haciendo compras y por la noche en el St. Martin's Theatre para ver *The Mouse Trap* (*La ratonera*). Esta obra que acabó siendo texto para el teatro fue primero una novela cuyo título era *Tres ratones ciegos*. Ungida por el éxito, se representó en más de noventa países; en España ha llegado a tener más de diez adaptaciones en diferentes épocas. Hasta el mes de marzo de 2020 cuando fue suspendida en razón de la pandemia había sido representada ininterrumpidamente desde su estreno el año 1952. Un éxito de esta magnitud tenía detrás a una mujer dotada de gran inteligencia y de una extraordinaria capacidad de trabajo. Se llamaba Agatha Christie. Acabó siendo universalmente conocida como novelista y autora teatral. Llegó a escribir sesenta y seis novelas y varias obras de teatro, algunas de ellas, caso como decía de *Tres ratones ciegos* se calcula que ha sido vista por más de sesenta millones de personas. Una cifra abrumadora. Raro sería encontrar algún ciudadano de mediana edad que no haya leído alguna de sus novelas.

Había nacido el 15 de septiembre de 1890 en Torquay, Inglaterra, en el seno de una familia acomodada. Su padre, que era agente de bolsa, era norteamericano. Fue bautizada como Agatha Mary Clarissa Miller. No fue al colegio, pero fue instruida por los tutores que contrató su padre. De su aprendizaje ha contado que fue feliz, que creció rodeada de mujeres fuertes y que se sentía atraída por las matemáticas y la música. Y por otras actividades, como la conducción de automóviles o la práctica del surf, tareas en las que resultó ser pionera en la sociedad de su tiempo que todavía relegaba a las mujeres a las tareas del hogar y poco más. Tuvo la fortuna de haber recibido una educación muy particular. La familia se trasladó a París y más tarde su madre la llevó con ella a vivir durante algún

tiempo a Egipto. Fue su primer contacto con las huellas del Mundo Antiguo. En sintonía con un proverbio que asegura que el que vuelve de un viaje no es el mismo que se fue, aquella experiencia parece que la marcó para siempre asociando el viaje con lo desconocido por descubrir. El viaje como una novela abierta, una aventura por vivir.

Al término de la Primera Guerra Mundial —conflicto en el que se alistó como enfermera—, en el mes de enero de 1922, Agatha Christie, acompañada de su primer marido que se llamaba Archibald Christie y era piloto de aviación, se embarcaron en el Grand Tour. Viajaron por países y enclaves que pertenecían al Imperio británico, lo que para el caso suponía un viaje alrededor del mundo. Tenían una hija que se llamaba Rosalind que dejaron al cuidado de la abuela. Visitaron Sudáfrica, Australia, Nueva Zelanda y Honolulu. Allí, en la famosa playa de Waikiki, se dedicó a surfear. Más tarde llegaron a Canadá y después regresaron a Inglaterra. Diez meses duró la experiencia en la que la futura gran novelista conoció tipos y lugares que con el tiempo nutrirían sus obras. Hasta entonces solo había publicado una novela que había titulado *El misterioso caso de Styles* en la que aparecía Hércules Poirot, un detective que se haría famoso, al igual que *miss* Marple, otra de sus criaturas literarias. Experta en misterios no tardó en descubrir que su marido la engañaba con una mujer más joven y ella no quiso pasar por alto la infidelidad como tantas mujeres hacían forzadas a mirar para otro lado por las convenciones religiosas y sociales de la época.

Exigió el divorcio, pero el caso la desestabilizó hasta el punto de desaparecer misteriosamente dejando su coche olvidado en una carretera rural en las cercanías de un lago. Fue un episodio extraño cuya noticia publicó en portada el *New York Times*.

La prensa amarilla del momento siguió el caso con titulares sensacionalistas, llegando a insinuar que había sido asesinada por su marido. La desaparición provocó la reacción de sus seguidores que presionaron a la policía. Un periódico llegó a ofrecer una recompensa a quien ofreciera alguna pista. Hasta se solicitaron los servicios de una médium. Y como en una de sus novelas, Scotland Yard se movilizó y la desaparecida apareció. Se había refugiado en un hotel de la costa con nombre falso —Teresa Neele—, que era el

apellido de la amante de su marido. Un detalle de humor negro que parecía llamar la atención de los discípulos de Freud tan en boga ya por aquellos años. Se recuperó y continuó escribiendo, y, siguiendo la recomendación de los médicos que la habían tratado la depresión provocada por el divorcio y la fuga, decidió viajar. Corría el año 1928, cuando tras conseguir la custodia de su hija, las dos se trasladaron a vivir a Canarias. Allí terminó otra de sus famosas novelas: *El misterio del tren azul*. Después sintió la «llamada de Oriente» y se fue a Bagdad en busca de las ruinas de Babilonia. Y en una excavación en Ur, la capital que fue de Caldea, conoció a un arqueólogo que se llamaba Max Mallovan, «un hombre delgado, joven, moreno y muy tranquilo.» En 1930 se casaron en una isla al norte de Escocia y se fueron de viaje por Italia, Yugoslavia y Grecia. Y durante los siguientes veinte años le acompañó por todo el Cercano Oriente. Solía decir que fueron los años más felices de su vida. Viajaron por Turquía y pasaron algún tiempo en Estambul, hospedándose en el Hotel Pera Palace, un establecimiento construido en 1892 para alojar a los pasajeros del mítico Orient Express, el tren de lujo que cambió la forma de viajar de las élites de los países europeos por los que atravesaba, convirtiéndose en símbolo de la *joie de vivre* durante la *belle époque*. Partía de Londres y rendía viaje en Estambul. El Pera Palace, el hotel en el que se alojó Agatha Christie en 1934, conserva intacta una habitación, la 411, en la que la novelista escribió *Asesinato en el Orient Express,* una de sus obras más famosas varias veces llevada al cine. Es una estancia modesta que ocupan dos camas separadas con respaldo de barrotes. Una mesa y tres sillas completan el mobiliario. Las vistas al Cuerno de Oro son su mayor encanto. El hotel también conserva intacta y convertida en museo otra habitación: la 101. Allí solía alojarse Mustafá Kemal Atatürk, el gran estadista reformador y padre fundador de la Turquía moderna renacida tras la caída del Imperio otomano y la guerra con Grecia al final de la Primera Guerra Mundial. Atatürk instauró una república laica —las mujeres obtuvieron el derecho al voto en 1930 y se prohibió el uso del velo —, democrática y moderna —con un código civil basado en el suizo —. El islamismo dejó de ser religión oficial y, desafiando la ancestral

prohibición de ingerir alcohol, muchas noches vistiendo esmoquin se dejaba ver en el bar del Pera Hotel, fumando y tomando una copa. Turquía estaba de moda cuando Agatha Christie llegó a Estambul, la mítica Constantinopla.

Viajar enseña. Viajando se aprende, porque se conocen otras gentes, otras formas de vivir y otras culturas. El tiempo que la novelista vivió en Siria y en Iraq y el viaje anterior a Egipto y las personas que fue conociendo acabaron cobrando vida ambientadas en algunas de sus obras más conocidas como *Asesinato en Mesopotamia, Intriga en Bagdad* o la más conocida de todas*: Muerte en el Nilo*. También plasmó sus experiencias de los viajes por algunos de los países del Cercano Oriente en un libro que tituló *Ven y dime cómo eres,* donde relata las campañas arqueológicas llevadas a cabo en aquellas tierras. Agatha Christie, que tenía un gran sentido del humor y aceptaba con ironía el título de «reina del crimen», llegó a decir que tras la experiencia con el primer marido —recordemos que la ponía los cuernos con una jovencita— estaba tranquila con el segundo porque al ser arqueólogo y amar las antigüedades no tendría en cuenta que ella iba envejeciendo. Murió en 1976, a los ochenta y cinco años. Cuando se cumplían cuarenta y cinco de su muerte, en Las Palmas de Gran Canaria, bautizaron una plaza con su nombre. Bien merecido tiene el homenaje que nuestros paisanos de Canarias dedicaron a tan extraordinaria mujer.

# EL SABIO QUE «RESUCITÓ» NUMANCIA

Es sabido que el destino se mueve entre el azar y la voluntad, pero en ese reparto no todos tienen suerte y, pese al tesón que algunos ponen en el empeño por culminar un objetivo, la suerte les da la espalda. Ese fue el sino que acompañó a los perdedores que en el mundo vieron frustrados sus sueños. En el universo fascinante de la arqueología, la ciencia que interpreta el pasado, rastreando sus huellas en los restos a veces confusos de las ruinas, abulta la nómina de sabios que dedicaron su vida a rastrear el legado de ciudades perdidas o trataron de descifrar sin éxito inscripciones en idiomas desaparecidos. Por contraste de figuras como Heinrich Schliemann, el descubridor de Troya, o Arthur Evans, el arqueólogo inglés que localizó el Palacio de Cnosos en Creta y le puso rostro a la civilización minoica, otros, pese a su empeño, no tuvieron tanta suerte o esta solo les sonrió a medias. Fue el caso del sabio alemán Adolf Schulten. Un arqueólogo eminente a la par que viajero tenaz cuyos trabajos de campo contribuyeron a estimular de manera decisiva esta actividad que funde el conocimiento de la historia con la ciencia rastreando las huellas de las civilizaciones y culturas que nos han precedido. Había nacido en Alemania en 1870. Estudio Filología y se doctoró en Historia muy joven con veintidós años. Fascinado por los hallazgos de su paisano Schliemann en Troya y los de Evans en Creta, viajó por Italia, por Grecia y por el norte de África, pero las excavaciones y los estudios que le hicieron famoso se desarrollaron en España. Sus libros fueron grandes éxitos y se convirtieron en clásicos para la investigación arqueológica. Hay dos nombres que aparecen unidos para siempre al suyo. Uno es Tartesos, el mítico reino enclavado en el sur de la península ibérica, y el otro, Numancia, la heroica ciudad que resistió el feroz asedio de las legiones romanas en el año 133 a. C. Schulten también estuvo en Ibiza durante los años 1919 y 1920. Y volvió años después, en 1935. En la primera estancia, se dedicó a rastrear el pasado de la isla para

preparar una edición crítica de un texto clásico muy famoso, *Ora marítima,* un poema del escritor romano Rufo Festo Avieno publicado en el siglo IV d. C. Es un poema en el que se describen las costas mediterráneas. Narra el periplo de un marino griego —del que no conocemos su nombre— que partiendo de lo que hoy es Cornualles, en Britania, habría arribado hasta Ibiza para terminar el viaje en Massalia, la actual Marsella. ¿Qué hizo Schulten por estos parajes baleares? Pues entregarse a una tarea muy gratificante: siguiendo las indicaciones de la *Ora marítima,* que contiene las noticias más antiguas que conocemos sobre la península ibérica*,* trató de verificar cuánto había de realidad en el poema intentando separar el pasado mitológico del pasado histórico. La gran aportación de este tipo de trabajos es que transmiten una idea de continuidad en el tiempo que permite conocer la evolución de nuestra forma de vida y costumbres. La mención de Cornualles, en las islas Casitérides, es un dato de gran valor historiográfico porque ofrece noticia de un territorio que, en la antigüedad, destacaba por sus reservas de estaño, un mineral que aleado con el cobre permite fabricar el bronce, mineral estratégico en la época por ser la base para la creación de armas y todo tipo de utensilios prácticos para el desarrollo de la vida cotidiana.

Adolf Schulten era un enamorado de España y dedicó buena parte de su vida a la búsqueda de las huellas de los pueblos que habitaron la península ibérica en la Antigüedad. Escribió mucho sobre nuestro pasado y como historiador son muy notables las biografías de Viriato y Sertorio, dos personajes que fueron muy importantes en las guerras de Roma en tiempos de la República. Como hispanista, su obra *Los c*ántabros *y astures y su guerra con Roma,* publicada en 1914, sigue siendo un clásico, al igual que la dedicada a contar la *Historia de Numanci*a y a localizar el emplazamiento de la mítica Tartesos, una ciudad y un reino. Fue la obsesión de su vida y el sueño de arqueólogo que no pudo culminar. Por decirlo en una palabra: lo que Schulten buscaba era la gloria. Descubrir el emplazamiento de Tartesos, la legendaria ciudad, el reino de Argantonio, el «señor de la plata», un rey que según Heródoto habría reinado ochenta años y vivido cien. En esta historia hay

mucho de leyenda, pero tiene una base real. Schulten admiraba y quería imitar a Heinrich Schliemann, el arqueólogo alemán que creyó a pies juntillas a Homero y desenterró Troya, en Turquía, y las tumbas de los reyes de Micenas, en Grecia. Tartesos es el nombre por el que los griegos llamaron a la que creían que fue la primera civilización de Occidente cuyas gentes situaban en una amplia región comprendida entre las actuales provincias españolas de Huelva, Cádiz y Sevilla llegando hasta Badajoz. Huelva era —y aún lo es en nuestros días— una zona de minas de plata y de cobre. En aquella época el cobre era, como quedó dicho, un mineral necesario para fabricar bronce. Hablamos de hechos acaecidos en la Edad del Bronce. Se supone que el reino de Tartesos tuvo como eje el río que hoy llamamos Guadalquivir, el Betis de los romanos. Según reflejaban las crónicas de algunos periódicos de los años veinte del siglo pasado, para Schulten, aquella búsqueda se convirtió en una obsesión. Era un hombre conocido en España porque además de en Ibiza había excavado en diversos sitios de nuestro país: en Cartagena, Málaga y Cáceres. En Córdoba localizó el emplazamiento en el que se libró la batalla de Munda, una más de las muchas guerras civiles, en la que las tropas de Julio César vencieron a las de Pompeyo abriéndole las puertas de Roma.

Los periódicos describían a Schulten como un hombre con talento, pero muy obcecado. Parte de esa mala imagen tuvo que ver con la excavación que emprendió en el lugar donde se encontraban los vestigios de otra ciudad mítica, pero fuera de toda duda histórica: me refiero a Numancia, muy cerca de Soria. Una parte de los sorianos se oponía a que fuera un extranjero quien desenterrara las ruinas de aquella ciudad que con un heroísmo llevado al límite hizo que sus habitantes optaran por el suicido antes de la rendición. Pero las autoridades apoyaron a Schulten y al final la cosa se estabilizó y pudo proseguir con sus excavaciones. Aunque hay que decir que en sentido estricto el descubrimiento como tal del emplazamiento de Numancia, en el llamado cerro de la Muela, en Garray, corresponde a un español que se llamaba Eduardo Saavedra y que era el ingeniero encargado de las carreteras de Soria. Pero fue Adolf Schulten quien con un libro que lleva por título *Historia de Numancia*

contribuyó de manera definitiva a perpetuar la gesta de sus heroicos habitantes. La arqueología abre las puertas a una de las componentes que aparejan todos los viajes. Me refiero a la aventura. Y, más allá de la frustración por no haber dado con las ruinas, la búsqueda de Tartesos debió ser toda una aventura similar a las que luego hemos visto en muchas películas. Schulten removió Roma con Santiago hasta que le dejaron excavar en diversos sitios buscando las huellas de aquel mítico reino que para otros historiadores había sido una ciudad. La buscó por Huelva en la desembocadura de los ríos Tinto y Odiel, la buscó por diversos parajes a orillas del Guadalquivir, y excavó aquí y allá en varios puntos del Coto de Doñana donde halló un poblado romano en un paraje conocido como el cerro del Trigo, pero no era Tartesos. Fue su gran frustración. Pero quedan sus libros y diversas monografías sobre temas históricos. Una obra ingente que, afortunadamente, le fue reconocida en vida. Cosa que por desgracia no siempre sucede en España con quienes sobresalen en algo. En 1905 fue nombrado miembro de la Real Academia de la Historia y, cuando cumplió setenta años, la Universidad de Barcelona le nombró doctor *honoris causa.* Las obras de Adolf Schulten y sus enfoques tuvieron una gran influencia en el mundo de la arqueología española y algunas de sus obras han pasado a ser referencia obligada para los estudiosos que quieren conocer la historia antigua de nuestra patria. Vivió ochenta y nueve años, hasta el 19 de marzo de 1960. Una vida entregada a viajar y a la aventura del saber.

# OTROS LO HICIERON ANTES

Creo recordar que fue a finales de los años ochenta del siglo pasado y en el puerto peruano de El Callao la primera vez que vi de cerca una balsa de totora. La estaba inspeccionando Kitín Muñoz, el intrépido y simpático aventurero y sociólogo español que estaba inmerso en los preparativos de uno de sus desafíos. ¡Nada menos que cruzar el océano Pacífico navegando a bordo de una de aquellas balsas a simple vista tan frágiles! Pero nada parecía desanimar a nuestro paisano que como supe luego, tras dos intentos anteriores, consiguió llegar hasta las Islas Marquesas situadas a más de 8000 kilómetros de distancia salvados en ochenta y ocho días de navegación. En aquella proeza le acompañaba una tripulación de cuatro entusiastas: tres españoles y un peruano. Sabía, claro está, que una proeza semejante la habían realizado antes que nuestros esforzados paisanos un puñado de noruegos cuya hazaña que dio entonces la vuelta al mundo tuvo como propósito confirmar una teoría según la cual nativos del Perú pudieron realizar la travesía del Pacífico alcanzando la Polinesia siglos antes de la llegada de los navegantes españoles. Fue la famosa hazaña de la «Kon Tiki». La historia de unos viajeros excepcionales que, a bordo de una balsa de totora, se atrevieron a cruzar, no uno, sino dos océanos, capitaneados por un hombre intrépido llamado Thor Heyerdahl. Era muy valiente, incluso temerario. Él y otros cinco como él se atrevieron a cruzar el Pacífico y el Atlántico a bordo de balsas construidas con materiales tan frágiles como los juncos, la totora y el papiro. El líder de semejante proeza era un biólogo, antropólogo y aventurero noruego que había nacido en 1914. Antes de embarcarse en la que sería su gran aventura ya había viajado mucho y, según cuenta en uno de sus libros, la idea de atravesar el océano Pacífico partiendo desde Perú se le ocurrió navegando por la Polinesia. Heyerdahl, que tenía treinta y tres años cuando zarparon, había sido

paracaidista en el Ejército noruego y había estudiado Biología y Filosofía.

Su gran aventura está unida a una expedición y a un nombre mítico: la Kon Tiki, una balsa que bautizaron con este nombre en honor al dios inca del Sol. Heyerdahl formó una tripulación, cinco hombres —cuatro noruegos y un sueco— especialistas en diversas materias: un sociólogo, un experto en cuestiones náuticas, un ingeniero y un técnico de radio. Durante la guerra, dos de ellos habían formado parte de la Resistencia que combatió a los nazis que habían invadido Noruega. Knut Haugland, el experto en radio, había formado parte del comando que facilitó a la aviación inglesa y norteamericana los datos para proceder al bombardeo de la planta eléctrica en la que los alemanes fabricaban agua pesada, un componente esencial en el proceso de fabricación de la bomba atómica. Torstein Raaby, otro de los expedicionarios, también había estado en la Resistencia como experto en transmisiones. Sus tareas de espionaje ayudaron a fijar la posición del Tirpitz, un poderoso acorazado orgullo de la Marina Imperial alemana y pieza clave de la Flota del Báltico durante la guerra. Fue atacado y hundido por bombarderos británicos el 12 de noviembre de 1944. Alrededor de mil marineros perecieron a resultas de aquel ataque que dejó seriamente dañado el potencial de la Marina alemana de guerra.

La tripulación de la balsa estaba bien escogida. Eran tipos curtidos para quienes aquella alocada aventura no dejaba de ser una prolongación de aventuras anteriores. Una tripulación seria y unos aventureros en la mejor tradición de sus antepasados vikingos.

La expedición zarpó del puerto peruano de El Callao el 28 abril de 1947 y llegó al archipiélago de Tuamotu, en la Polinesia Francesa el 7 de agosto. Una travesía de cerca de 7000 kilómetros que realizaron en ciento un días. Una proeza que se torna leyenda porque fue llevada a cabo en condiciones de extrema dificultad y con medios de navegación muy rudimentarios. La balsa resistió la larguísima travesía, aunque acabó desintegrándose cuando encalló en un arrecife de coral. Afortunadamente, los expedicionarios pudieron ponerse a salvo.

Afrontando los riesgos que entrañaba una travesía por mar

sumamente peligrosa, Thor Heyerdahl quería demostrar que los primeros pobladores de las islas del Pacífico fueron americanos de los tiempos preincaicos. La objeción a tan aventurada hipótesis partía de una evidencia: en la época en la que se suponía que pudieron realizarse dichas expediciones, los aborígenes peruanos solo tenían balsas con las que era imposible cruzar el Pacífico. Y ahí nació el reto que les llevó a construir una balsa con los mismos materiales de los que disponían los antiguos. Construyeron una embarcación con troncos de madera de balsa —un árbol crece en diversas regiones de América del Sur y puede alcanzar hasta los treinta metros de altura—. Cortaron nueve troncos que ataron con lazos de cáñamo y utilizaron tablones laterales de pino. El remate de la balsa, que tenía catorce metros de eslora y casi seis de manga, era frágil pero estable, y estaba construida con fibras de una planta llamada totora. Heyerdahl había observado que los antiguos habitantes de algunas islas de la Polinesia adoraban a un dios solar al que llamaban Kon Tiki. Y eso le llevó a pensar que los primeros pobladores de las islas del Pacífico habían sido americanos de los tiempos preincaicos. Era lo que se había propuesto y consiguió demostrar.

A pesar de su nombre, Pacífico, como le bautizó otro gran viajero, nuestro paisano Vasco Núñez de Balboa, el océano Pacífico es algo muy serio. Pero consiguieron culminar un reto tan colosal superando los riesgos propios de una travesía tan larga porque estaban muy organizados y eran disciplinados, y eso, pensando en los problemas que tendrían que afrontar en un espacio tan limitado como era la balsa, por no hablar de la intendencia para tantos días navegando en solitario, evitó tener que afrontar problemas a bordo provocados por la convivencia en un espacio tan claustrofóbico.

En otra expedición que Thor Heyerdahl realizó años después por el Atlántico, sí tuvo problemas durante la travesía. En aquella ocasión la tripulación era muy heterogénea, con gentes de países y costumbres muy diferentes. Los nórdicos parece que entre ellos se pelean menos. La alimentación, en parte, la fiaron al albur de la pesca. Se alimentaban de lo que podían pescar —peces voladores o calamares— y llevaban a bordo carne enlatada y, al principio, frutas.

La única concesión a los tiempos modernos eran los mapas, algunos instrumentos de radio y sacos de dormir. Heyerdahl contó la aventura en un libro titulado *La expedición de la Kon-Tiki* que fue un auténtico superventas y fue traducido a más de setenta idiomas. En 1950 grabó un documental con el que consiguió un Óscar.

Fue todo un éxito. Una gran aventura que convirtió a sus protagonistas en auténticos héroes, sobre todo a Heyerdahl que era un hombre inquieto y no tardó en preparar nuevas expediciones.

A punto estuvo de culminar otra a través del Atlántico a bordo de una balsa que había construido con juncos y papiro. En esta ocasión pretendía demostrar que los antiguos egipcios pudieron haber llegado hasta las costas de Centroamérica. En 1969, junto con el antropólogo Santiago Genovés construyeron una balsa frente a la gran pirámide de Keops en Guiza y la bautizaron con el nombre de RA I, el dios egipcio del Sol. Genovés era gallego, había nacido en Orense, pero en el contexto de la guerra civil española su familia se vio forzada a exiliarse y tras días de cautiverio en un campo de concentración en Francia pudieron embarcar rumbo a Méjico. Allí rehízo su vida y pudo estudiar Antropología completando el doctorado en la Universidad de Cambridge en Inglaterra. La idea de Genovés era aprovechar la situación forzada por las reducidas proporciones de la balsa para convertir la travesía en una suerte de laboratorio del comportamiento humano.

El 17 de mayo de 1970 zarparon desde el puerto de Safi en Marruecos y lograron recorrer más de 5000 kilómetros. Pero el papiro absorbe mucha agua y la barca se desintegró cuando solo les faltaba una semana para llegar a Barbados. Les rescataron.

Fue un medio fracaso, pero Heyerdahl no se rindió. Y empezó de nuevo con otra balsa de juncos, esta vez había contando con la ayuda de cuatro indios aimaras del lago Titicaca expertos en la construcción de barcos de totora. La balsa era más pequeña pero más fuerte. Diez meses después de la primera expedición, partieron otra vez desde Marruecos y esta vez con la RA II consiguieron llegar a Barbados tras cincuenta y siete días de navegación y haber recorrido 6000 kilómetros. Fue todo un éxito que demostró que antes de la llegada de los españoles y Colón podrían haber existido

contactos entre los pueblos del Mediterráneo y los del otro lado del Atlántico.

El temple de estos viajeros doblados de aventureros era extraordinario y digno de admiración. Sobre todo al comprobar la precariedad de las embarcaciones en las que realizaron sus arriesgadas travesías.

Hace unos años visité el museo que lleva el nombre de la Kon Tiki que está en Oslo. Allí se puede ver esta balsa y también la RA II. Recuerdo que me impresionó su fragilidad. Salí del museo pensando que había que tener mucho valor para embarcarse en aquellas pequeñas embarcaciones de juncos.

Thor Heyerdahl concibió otros proyectos. Siempre tratando de esclarecer el pasado. Su último empeño, en 1978, le llevó a Iraq y fue un intento de demostrar que la cultura mesopotámica —Babilonia—pudo haberse relacionado con la civilización del valle del Indo, en Pakistán. El instrumento para demostrar su teoría fue otra embarcación bautizada como Tigris y construida con materiales precarios. En esta ocasión la cosa no salió bien. La expedición no llegó a partir porque la barca fue incendiada en el contexto de protestas políticas internas del país.

Heyerdahl murió el 18 de abril del 2002, a los ochenta y ocho años, en la localidad italiana Colla Micheri, en la Liguria, una región famosa por sus balnearios. Había vivido unos cuantos años en Canarias, en Tenerife. En Güimar, capital del antiguo reino guanche, tiene un busto que recuerda a este extraordinario viajero y aventurero. Un tipo humano excepcional que supo encontrar en la aventura su lugar en el mundo. Una estirpe de valientes a la que también pertenece nuestro paisano Kitín Muñoz, felizmente vivo.

# LA AMIGA DEL ESPÍA

Lo último que uno espera leyendo la biografía de Ian Fleming, el creador de James Bond, el espía literario más famoso del mundo, es que iba a confirmar esa frase tan repetida que asegura que la realidad supera la ficción. Ian Fleming tuvo un hermano que se llamaba Peter y que también fue espía del famoso MI 6 británico, y este, a su vez, tuvo una compañera cuya vida y andanzas, como vamos a ver, darían pie a elaborar un entretenido guion para una película de aventuras. Se llamaba Ella Maillart y fue una mujer rompedora, como deportista, como viajera andarina y como escritora.

Había nacido en Suiza y tuvo una vida llena de aventuras. Fue una mujer inquieta que llegó a representar a su país en las regatas de los Juegos Olímpicos de París en 1924 y más tarde en cuatro campeonatos del mundo de esquí alpino. Por el tipo de viajes que realizó y por los lugares que escogió para sus aventuras fue una auténtica nómada. Viajó por regiones remotas de China y la India y por otras partes de Asia que en los años treinta del siglo pasado —que es la época a la que nos remiten sus andanzas— eran lugares prohibidos para cualquier occidental. Y, no digamos, tratándose de una mujer.

Había nacido en 1903 en Ginebra, y, como les ha pasado a otros suizos que se diría que huyen de la claustrofobia de los valles y las montañas, parece que desde muy joven sintió la atracción del mar. A los veinte años realizó una travesía a vela entre Cannes y la isla de Córcega. Su segunda experiencia fue un crucero entre Marsella y Atenas. Después formó parte del equipo suizo en las regatas de los Juegos Olímpicos de París en 1924. Fue la única mujer y las más joven de cuantas participaron en la competición. Se aficionó a la fotografía y al cine y se fue a Moscú —eran los años duros de la dictadura comunista instaurada por Lenin y perpetuada por Stalin—. De aquella experiencia nació un reportaje que más tarde acabó

siendo un primer libro, *Parmi la jeunesse russe,* que no está traducido al español. Era joven, estaba llena de energía y había descubierto que el mundo entero estaba a su disposición. Y ya no paró de viajar. Unas veces sola y otras con alguna amiga como la famosa Annemarie Schwarzenbach, de la que ya hemos hablado, y también, como vamos a ver, con Peter Fleming, un periodista y espía del Servicio Secreto británico que era el hermano mayor de Ian Fleming, el creador de James Bond.

En 1932 volvió a Rusia y, partiendo del Cáucaso, recorrió la zona soviética de Asia central. Viajaba, hacía fotos y tomaba notas que la servían para sus reportajes. En el 34, como enviada del periódico *Le Petit Parisien* se fue al Lejano Oriente, a recorrer Manchukuo, el Estado creado por los japoneses tras invadir China. El país atravesaba días trágicos debido la represión y las ejecuciones masivas llevadas a cabo por las tropas niponas en Nanking y otras ciudades —un genocidio que no trascendió hasta después de la derrota del Japón en la Segunda Guerra Mundial—. Allí es donde conoció a Peter Fleming, un reportero de película. Reportero del mítico *Times* y agente del MI 6, el servicio de inteligencia exterior del Reino Unido.

Congeniaron y decidieron viajar juntos, realizando un viaje de 6000 kilómetros que les llevó desde Pekín hasta la ciudad de Srinagar, que está en el norte de la India en el valle de Cachemira. Atravesaron China de este a oeste. Pretendían llegar a los oasis prohibidos de Sinkiang, la cuna de una cultura milenaria de origen iraní y pasar desde allí a Cachemira atravesando las montañas del Pamir y el mítico Karakórum. Siete meses estuvieron en el camino. Los dos narraron la aventura. Nuestra viajera en un libro que tituló: *Oasis prohibidos, de Pekín a Cachemira,* que tuvo buena acogida y la animó a seguir viajando para contar sus experiencias. Un viaje tan largo como este en una época social y políticamente tan convulsa debió resultar agotador. Pero no paró.

Ella Maillart se había dejado seducir por la fascinación de Oriente y con Peter Fleming, partiendo de Cachemira, ya en 1937, atravesaron la India, Afganistán, Irán y llegaron hasta Turquía. Ella volvió a Suiza y su compañero regresó a Londres, cabe suponer que a reportar

datos sobre las características de las regiones por las que habían viajado.

En el mundo sonaban por todas partes tambores de guerra, pero nada parecía arredrar a aquella mujer aventurera. En 1939, habiendo estallado ya la guerra, Alemania había invadido Polonia, y regresó a Asia conduciendo un Ford, un vehículo de ruedas altas apropiado para las deficientes carreteras y caminos de aquella época.

Esta vez le acompañaba su amiga Annemarie Schwarzenbach y viajaron por el norte de Italia, Yugoeslavia, Turquía, Irán y llegaron hasta Kabul, la capital de Afganistán. Contó la aventura en *La Ruta cruel,* un relato muy realista que describe la dureza de las condiciones del viaje por aquellos parajes lejanos y peligrosos pero fascinantes. Más en aquella época en las que el planeta todavía no había entrado en la globalización que tanto ha contribuido a uniformar el paisaje urbano, el consumo y hasta la vestimenta de las gentes de países distintos y distantes. La India quizá sea la excepción. Antes y ahora el impacto que causa su abigarrada cultura y las costumbres de sus gentes se diría que resiste a la modernidad. A nuestra protagonista su paso por la India debió marcarla de tal manera que, tras el viaje a Afganistán, volvió y se quedó a vivir cinco años. Entre 1940 y 1945, los años de la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué hizo? Parece que buscar la felicidad, la paz interior con ayuda de varios yoguis, maestros espirituales expertos en el arte de la meditación. La estancia en la India la debió cambiar, tal vez ordenando las prioridades de la que hasta entonces había sido una vida ajetreada. Volvió a Suiza y, según contó en otro de sus libros, descubrió Chandolin, en el Val d´Anniviers un pueblo de alta montaña en el que se hizo construir un *chalet* que convirtió en su refugio y lugar de retiro. Vivió allí en soledad durante varios años. Más tarde únicamente durante los meses de mayo a octubre y el resto del año organizaba viajes en calidad de guía cultural. Acompañaba a pequeños grupos de turistas en sus viajes por Asia. Esa fue su forma de vida durante cerca de treinta años, entre 1956 y 1987. Siempre permaneció soltera. Obtuvo un montón de premios y el reconocimiento de sus paisanos que guardan en la Biblioteca de

Ginebra todos sus libros, documentos y fotografías y objetos procedentes de sus viajes. Ella Maillart montó en bicicleta hasta que cumplió ochenta años y murió en 1997 a los noventa y cuatro. Una edad envidiable. No hay duda de que los viajes curten y, si uno vuelve, alargan y alegran la vida.

# EL JEFE DE LA TRIBU

Me ha costado mucho escribir sobre la vida de Manu Leguineche y me acompaña una inevitable sensación de tristeza al evocar la vida de un maestro que fue un gran amigo y del que, a pesar de los diez años transcurridos desde su muerte, su figura sigue estando muy viva en el recuerdo de quienes tuvimos el privilegio de trabajar con él y aprendimos a mejorar el oficio de periodistas que como él decía consiste en contar historias, pero sabiendo que hay que «contrastar, confirmar y dudar». Fue el mejor de toda una generación de periodistas, enviados especiales y reporteros de guerra, y por eso en nuestro pequeño mundo siempre seguirá siendo el jefe de la Tribu.

Había nacido en 1941, en Arrazua, cerca de Guernica. Su familia vivía en un caserío. Evocando el bombardeo de Guernica por los «Stukas» alemanes de la Luftwaffe durante la Guerra Civil, solía decir que la Segunda Guerra Mundial había empezado en su pueblo. Manu fue un buen estudiante, tan tímido como buen futbolista. El Athletic de Bilbao fue su equipo del alma. Siempre le gustaron las historias de la historia y empezó a hacerse periodista en *El Norte de Castilla* de la mano del gran Miguel Delibes, que por aquel entonces era el director del periódico. De él tomó estilo a la hora de escribir de manera ágil, culta y divertida. Con el maestro Delibes también aprendió a atrochar por el campo y a cazar. Su otra gran afición, además de los viajes.

Manu Leguineche empezó a ser más conocido y ser el gran periodista que luego fue precisamente a raíz de un viaje alrededor del mundo. Un viaje que contó en un libro que fue todo un éxito: *El Camino más corto*. Así lo tituló. Narraba un viaje alrededor del mundo con el estilo ameno, didáctico y divertido que era la marca de la casa. En el libro cuenta cómo consiguió convencer a tres periodistas norteamericanos y a un fotógrafo suizo que estaban de paso en España, realizando un viaje de largo recorrido en coche, para que le permitieran enrolarse en la expedición. No me resisto a

copiar cómo lo contaba Manu porque es desternillante y una muestra de su carácter:

> —¿Cómo pretendes dar la vuelta al mundo en una expedición como esta si no sabes conducir? —le preguntaron los organizadores de aquel viaje al fin del mundo.
>
> Tengo otras condiciones —respondió Manu—. No sé conducir ni nada de mecánica, pero sé cantar, jugar al mus, tengo muy buen humor, sé algo de geografía y he leído a Conrad, a Stevenson y a Julio Verne.

Le aceptaron. Ese era Manu. Escaso de dinero, pero millonario en entusiasmo. Apenas había cumplido veinticuatro años. Ahí, en 1965 empezó su primera gran aventura. Un viaje de más de cuarenta mil kilómetros que duró dos años en los que les pasó de todo. Cuando atravesaron Libia, aquel país todavía era una monarquía y reinaba un rey —Muhammad Idriss al Senussi—, al igual que en Persia, donde estaba el *sha* Reza Pahlevi. Y el coronel Gamal Abdel Nasser en Egipto. En Camboya Manu llegó a jugar al fútbol con el rey Norodom Sihanuk. En Tailandia aquella pandilla de arrojados viajeros consiguió unos cuantos dólares vendiendo pastillas de vitaminas. En la India Manu participó en una cacería de tigres devoradores de hombres y en Mongolia asombró al personal cantando *Granada*. Era su especialidad canora. La cantaba que ni Mario Lanza.

En el panorama periodístico español de aquellos años Manu era una rareza, un precursor. Aunque no estaba solo en sus ansias de ver mundo y salir de aquí para contarlo. Eran los años en los que llegaron a España las grandes revistas internacionales de información general —el *Times*, el *Paris Match* o la italiana *Panorama* — y aquí, en la *Gaceta Ilustrada*, el género de los reportajes ilustrados de viajes y aventuras también encontraban el favor del público. Manu siempre supo dotar a sus trabajos periodísticos de rigor y erudición. Era muy ameno contando historias y, poco a poco, se fue abriendo un hueco en el periodismo nacional. En aquellos años, tras la derrota sufrida por Francia en su penúltima guerra colonial —la última fue la de Argelia—, los Estados Unidos se

implicaron en la guerra de Vietnam y Manu cubrió el conflicto desde Saigón. Lo vivió como una aventura profesional extrema que le dejó para el resto un poso de amargura. «No tuvimos infancias felices, pero tuvimos Vietnam», solía repetir. Era una frase del periodista norteamericano Michael Herr, un Premio Pulitzer que había compartido con Manu los peligros de Saigón durante la ofensiva del Tet, la arrolladora embestida de las tropas del Vietnam del Norte que comenzó la tarde del 31 de enero de 1968 y que fue el principio del fin de la guerra y la derrota y salida del país de las tropas norteamericanas. Sobre un relato de Michel Herr titulado *Despachos de guerra* tomó cuerpo el guion de *Apocalypse Now,* una extraordinaria película dirigida por Francis Ford Coppola en 1979.

Se estima que alrededor de un millón y medio de personas perdieron la vida en aquella guerra. La cifra incluye tanto soldados como civiles vietnamitas. Sesenta mil americanos murieron y trescientos mil resultaron heridos.

La frase de Manu hundía sus raíces en otra del poeta Rilke y se la oí repetir en más de una ocasión, en los momentos en los que la melancolía se apoderaba de él.

Después de regresar de Vietnam siguió viajando a los más variados lugares. Cubrió decenas de conflictos, desastres, elecciones. Sus crónicas reflejaron los principales acontecimientos del siglo XX, posteriores a la Segunda Guerra Mundial. La guerra de Vietnam, los conflictos indo-paquistaníes, Centroamérica, las guerras de los Balcanes, la caída de la Unión Soviética o la primera guerra del Golfo. Fundó varias agencias de prensa: Colpisa, Lid y Fax Press. En las dos últimas tuve el privilegio de trabajar con él. Nunca he tenido un jefe mejor que Manu Leguineche.

Finales de los setenta, los ochenta y los noventa fueron los días de gloria profesional de Manu, años en los que no paró de escribir. Escribía y escribía sin parar. Artículos para una cadena de periódicos y libros de viajes y de otros géneros a medio camino entre la historia y el relato al hilo de la actualidad política. A Vietnam le dedicó uno que tituló *La guerra de todos nosotros*. Después vinieron otros muchos como *Los Topos*, la escribió a medias con Jesús Torbado, que recogía el testimonio de varios republicanos españoles que

vivieron muchos años escondidos al terminar la Guerra Civil por temor a las represalias. Fue un superventas.

En *El precio del paraíso*, contaba la historia de un superviviente español del campo de exterminio de Mauthausen al que localizó en la selva boliviana. Sobre la prensa sensacionalista escribió *Yo pondré la guerra*, en él contaba las mentiras de William Randolph Hearts, el magnate de la prensa norteamericana que provocó el clima de opinión adverso que sirvió de excusa para la ignominiosa intervención de los Estados Unidos en la guerra de Cuba con el pretexto del hundimiento del acorazado Maine, un barco de guerra norteamericano atracado en el puerto de La Habana que sufrió una explosión el 15 de febrero de 1898 a resultas de la cual perecieron 266 marinos. Nunca quedó claro si la voladura la provocó una mina o fue una explosión interna. El caso es que, azuzado por la prensa sensacionalista que se encargó de calentar la opinión pública, el 25 de abril de aquel año el Gobierno norteamericano declaró la guerra a España. Cien días después, Cuba se perdió para siempre y con ella la centenaria presencia española en la isla.

Más tarde, aprovechando respectivos centenarios, escribió *Las Cruzadas* y *Los últimos de Filipinas,* este último coincidiendo con el aniversario del patético a la vez que heroico final de la centenaria presencia española en aquel archipiélago*.* Antes había publicado otros muchos, entre los que destaca *La Tribu*, una novela medio autobiográfica, en la que retrata con más ironía que sarcasmo a los reporteros de guerra, según su decir la cofradía de las «Tres Des: divorciados, deprimidos y dipsómanos».

Manu salía a libro por año y no paró de escribir ni cuando le alcanzó la enfermedad. En tiempo de descuento publicó dos ensayos escritos ya de retirada cuando el avance de la enfermedad le había aconsejado retirarse a una casa muy acogedora que tenía en Brihuega, en la Alcarria, un refugio lleno de libros.

Dos ensayos cuyos títulos lo dicen todo: *La Felicidad de la Tierra* y *El club de los faltos de cariño.* Manu era un hombre tranquilo, modesto, generoso, lleno de sabiduría y con mucho genio. Le interesaba mucho la política internacional y menos, tirando a poco, la nacional. Algunos lectores quizá le recuerden por sus

intervenciones en el programa de Onda Cero *Gente Viajera* que dirigía Esther Eiros y también como director del mítico *Informe Semanal* de TVE, el programa que había fundado Pedro Erquicia, otro malogrado amigo vasco como Manu. Leguineche era un tipo humano excepcional con un gran sentido del humor que recetaba como antídoto para superar las situaciones de peligro. Pese a su timidez, poseía un don para relacionarse con la gente. Nos ha dejado algunas pistas para orientar cómo le gustaría ser recordado. Cuando la enfermedad ya le había alcanzado de manera irreversible, recibió un homenaje como «jefe» que era de la Tribu. Y pronunció estas palabras: «Estoy aquí para demostrar que todas las guerras se pierden. Solo espero que la eternidad sea una interminable vuelta a un mundo en paz, aunque lleno de aventuras. O, incluso mejor: una larga partida de mus en la Alcarria». Le perdimos hace 11 años, el 22 de enero de 2014.

# REVÓLVER AL CINTO Y VUELTA AL MUNDO EN BICICLETA

Nunca he sabido si, como dejó escrito el gran Fernando Fernán Gómez, las bicicletas son para el verano. En mi caso ni para el verano ni para el resto de las estaciones. Montar en bicicleta nunca me atrajo, pero sé apreciar el mérito de quien, como los ciclistas profesionales que en el transcurso del «Tour» de Francia, el «Giro» o «La Vuelta a España» se juegan la vida bajando a velocidades endiabladas de las cumbres en las que previamente, subiendo, se han dejado hasta el último aliento. Me dicen mis amigos ciclistas que montar en bicicleta es placentero y una forma cómoda de apreciar el valor del paisaje. Debe ser cierto, pero me lo he perdido. No por ello dejo de admirar a quienes se pasan horas y horas a lomos de esos «caballos de hierro» —nombre de una famosa tienda de bicicletas madrileña—. Les admiro y más aún a una mujer que ha sido capaz de dar la vuelta al mundo en bicicleta. Se llamaba Dervla Murphy y tuvo una vida fascinante. Era una irlandesa que recorrió miles de kilómetros — desde Irlanda hasta la India— viajando sola en bicicleta llevando por toda protección un revólver del calibre 25 que ocultaba entre la ropa y repelente para protegerse de las picaduras de los mosquitos. Dervla Murphy nació en 1931 en Lismore, al sureste de Irlanda. Su padre era bibliotecario y cuando la niña tenía diez años le regaló dos cosas que al parecer marcaron su destino: un atlas y una bicicleta. Y una educación estoica de colegio de monjas ursulinas que la preparó para hacer frente a las dificultades que más tarde habría de afrontar en sus múltiples viajes. En uno de la veintena de libros que publicó cuenta que «la educaron para comprender que las posesiones materiales y la comodidad física no debían confundirse con el éxito social, los logros y la seguridad». Una puerta abierta al estoicismo: «sustine et abstine», (soporta y renuncia).

Abandonó pronto el cascarón familiar y empezó, muy joven, a descubrir mundo viajando sola. En 1951, con apenas veinte años y a lomos de su inseparable bicicleta recorrió Gales y la parte del sur de Inglaterra. Un año después, siempre sola, viajó por Francia, Bélgica y Alemania, y en 1954 y 1956 vino a España. Se encontró muy a gusto y contaba que nuestros paisanos eran muy hospitalarios. Viajaba, publicaba artículos en periódicos irlandeses y se fue dando a conocer como pionera de lo que hoy se conoce como «cicloturismo». Era hija única y a principios de los sesenta la temprana muerte de sus padres a los que cuidó hasta el último momento la liberó de responsabilidades domésticas. A partir de ahí empezó a tomar forma el que sería su primer gran desafío, a la par que una extraordinaria aventura. Nada menos que ¡viajar hasta la India, sola y en bicicleta!

Dicho así, a primera vista parece una locura. Un reto para cualquiera en un tiempo, los años sesenta del siglo pasado, en el que, aunque estaba muy extendida la práctica del autostop y entre los jóvenes europeos estaba de moda el viaje a la India y Nepal, los peligros de hacerse al camino eran conocidos. Había mucha gente que se aventuraba a viajar a la India o a Katmandú, la capital de Nepal, con la mochila al hombro y «haciendo dedo», pero eran pocos los que se atrevían a viajar solos. No fue el caso de nuestra esforzada aventurera. Preparó minuciosamente un viaje de más de 8000 kilómetros, dotándose de una bicicleta a la que bautizó como Roz, en homenaje a Rocinante, el caballo de don Quijote. Además del revólver y del repelente para mosquitos del que ya hemos hablado, la señora Murphy cargaba algo más de impedimenta. Llevaba tabletas de cloro para el agua y Paludrine, un fármaco contra la malaria, permanganato de potasio para las mordeduras de las serpientes y Acromicina, un antibiótico idóneo para tratar diversos tipos de infecciones. También llevaba algo de ropa de invierno y de verano, equipo para reparar los pinchazos de la bicicleta, un cuchillo, jabón, un cepillo de dientes y un cinturón en cuyo interior llevaba trescientas libras en cheques de viaje, las tarjetas de crédito fueron un avance posterior.

Viajó por tierra por media docena de países de Europa y después

llegó a Turquía camino de Irán, Afganistán, Pakistán y por fin llegó a la India, que cruzó por el norte a través del Punjab camino de Nepal. Se quedó allí cinco meses colaborando con la ONG Save the Children ayudando a los refugiados. Pasó todo tipo de aventuras y penalidades. Y las contó en un libro que en español podríamos traducir como *A toda pastilla: de Irlanda a la India en bicicleta*. Sirve también como guía de supervivencia, que hace unos años gozó de mucha fama entre los mochileros.

Trescientas libras de los años sesenta del siglo pasado —unos siete mil euros al cambio actual de 2024— eran un dinero, pero no parece que fuera suficiente para un viaje tan largo y tan expuesto. ¿Cómo se las arreglaba la señora Murphy? Lo cuenta en sus libros y asegura que por el camino siempre fue encontrando gente hospitalaria. Y ya hemos dicho que era una mujer frugal y resistente. Tenía que serlo para culminar un viaje como este y otros que realizó después. Uno de ellos por Etiopía, en este caso a lomos de una mula. Allí lo pasó muy mal. Fue detenida y amenazada. Afrontó muchas situaciones peligrosas. En otro viaje por Yugoslavia fue atacada por lobos a los que tuvo que espantar a tiros; en Siberia la robaron casi todo lo que llevaba. En Irán volvió a tirar de revólver para ahuyentar a unos salteadores y en una comisaría estuvo a punto de sufrir una violación. En Afganistán recibió un culatazo que la rompió tres costillas. Pero no se detuvo, el incidente solo le retrasó un poco en su camino a la India. Pese a estos episodios dramáticos, cuenta con mucha ironía que el peor incidente de su vida fue cuando en su casa, en Irlanda, se rompió el brazo izquierdo al tropezar con uno de sus gatos. Sin duda el sentido del humor fue la muleta para salir airosa de estas y otras situaciones complicadas que tuvo que afrontar a lo largo de sus viajes de los que en un determinado momento decidió tomarse un respiro.

Corría el año 1968 cuando volvió a Irlanda y paró para tener una hija de un hombre con el que nunca se casó. Fue una decisión muy valiente en la Irlanda católica de aquellos años, una de las sociedades más tradicionales de Europa. Más tarde, cuando la niña, que se llamaba Raquel, cumplió cinco años la acompañó en un viaje de vuelta a la India. Volaron en avión hasta Bombay y por tierra

fueron hasta Goa, el pequeño enclave que había sido una colonia portuguesa. Hay que tener convicciones muy firmes para viajar por países desconocidos con una cría de cinco años. Pero ella era así. Al cabo de algún tiempo volvieron a Irlanda y después, otra vez sola, regresó a África. Esta vez viajó por Madagascar y después, esta vez a caballo, recorrió Camerún. Años más tarde, en 1992, volvió a recorrer en bicicleta dos nuevos países: Kenia y Zimbabue. Y posteriormente dio el salto a América y se fue al Perú. Siguió moviéndose en su bicicleta, viajando y escribiendo sobre nuevos viajes. Por enésima vez y en solitario volvió a Asia para conocer Laos, la tierra del millón de elefantes. Al regresar a Europa viajó por los nuevos Estados surgidos tras la desaparición de Yugoslavia. En 2002, con setenta y dos años, viajó a Rusia con la intención de llegar a Siberia. Fue un proyecto frustrado en el que a punto estuvo de matarse. Se rompió una rodilla cuando viajaba en tren por las cercanías del lago Baikal, lo que la obligó a proseguir el viaje en barco y en autobús. Plasmó la experiencia en un libro que tituló *A través de Siberia por accidente.* Cumplidos los setenta y cuatro años viajó a Cuba acompañada de su hija y de tres de sus nietas. En 2013 publicó un libro sobre un viaje a la franja de Gaza, en Palestina. Llevaba por título *Un mes junto al mar.*

Continuó escribiendo y pasó los últimos tiempos de su vida en Lismore, su pueblo natal, con cinco perros y tres gatos, rodeada de libros, escuchando la radio y sin tener televisión. Decía que la restaba tiempo para leer todo lo mucho que la quedaba por leer. Murió el 22 de mayo de 2022, a los noventa y un años. Gran mujer la señora Murphy, no hemos conocido a otra como ella.

# CUANDO VIAJAR ERA VIVIR

Si Manu Leguineche fue un amigo, Javier Reverte lo fue en igual medida. Y también padrino, junto a Pilar Cernuda, de mi boda con Julia Navarro. Era familia. Pero no me dejo llevar por el cariño ni exagero si digo que era un periodista excepcional. No creo que haya otro periodista viajero español que haya recorrido más kilómetros que Javier Reverte a lo largo y ancho de cuatro continentes. Javier, al igual que su gran amigo Manu Leguineche, han sido los dos mejores escritores de viajes que hemos tenido en el último medio siglo. La lectura de sus andanzas por el mundo —*Vagabundo en África* se titula uno de sus libros— han hecho escuela de periodistas y de viajeros.

Javier había nacido el 14 de julio de 1944 en Madrid, pero ejercía de ciudadano universal. Vino al mundo en el seno de una familia de clase media. Sus padres eran periodistas y también fue periodista y escritor de mucho talento Jorge, uno de sus hermanos. Javier estudió Filosofía y Periodismo, oficio que ejerció durante muchos años. Fue corresponsal del periódico *Pueblo* en Londres, París y Lisboa, diario del que llegó a ser subdirector. También escribió guiones para la radio y estuvo en Televisión Española como reportero del prestigioso programa *En Portada.* En paralelo escribió alguna novela y siempre tuvo muy cerca la poesía. Con la llegada de la democracia, fue tentado por la política —en 1982 pudo haber sido diputado o senador—, pero fue más fuerte la llamada del periodismo y más tarde la del camino. Ya había viajado por media Europa como corresponsal, pero empezó a publicar sus experiencias de viajero y la cosa funcionó. Dejó la redacción y se echó a la carretera batiendo récords de kilómetros y de experiencias de trotamundos que como vamos a ver trasladó a muchos de los cuarenta libros que llegó a publicar en vida. Digo esto porque el último fue póstumo. Se titula *La Frontera invisible* y se inicia nada menos que en Estambul.

Javier era un viajero incansable que recorría países y paisajes,

hablando con gentes de toda condición para contarlo después en libros de lectura muy detallada y amena. Poseía un gran don: sabía escuchar y tenía talento para contar historias. ¿Qué le hizo dar el salto del periodismo y de la crónica política a los viajes? Alrededor de esta misma pregunta —con respuestas poliédricas— estuvimos más de una vez charlando con Manu en una casa que tenía Leguineche en Mojácar, en la pelada costa almeriense. Charlando, bebiendo y cocinando, la especialidad de Javier era la cuajadera, un guiso de pescado que íbamos a comprar al mercado de Garrucha. La verdad es que Javier nunca dejó del todo el periodismo, lo que hizo fue cambiar de género dotando a sus crónicas viajeras de un gran nivel literario. Eso le convirtió en escritor con lectores muy fieles.

Su primer libro de viajes, publicado en 1973, fue *La aventura de Ulises,* que giraba alrededor de los paisajes de la Odisea, desde Troya en la costa turca hasta la isla de Ítaca en Grecia. Por poner un poco de orden en esta reseña vamos a iniciar el recuento de sus viajes que se cuentan por libros, empezando por África, el continente al que dedicó varios de sus mejores relatos. *El sueño de África* nació de un viaje, muchas veces en condiciones penosas, a través de Uganda, Tanzania y Kenia. El libro se lee como un relato de aventuras. Javier mezclaba el presente y las pequeñas historias de las gentes anónimas que iba conociendo por los caminos con la historia de esos países y sus reinos de antaño. Eso le permitía evocar el período colonial y los mitos de los grandes exploradores del siglo XIX siguiendo la estela de autores de culto como Joseph Conrad, cuyo espíritu parece revivir en algunos de los relatos de Javier Reverte. Otro libro posterior, *Vagabundo en África,* surgió de un viaje de cerca de mil kilómetros por Sudáfrica, Zimbabue, el lago Victoria y el río Congo, corriente mítica cuyo recorrido revela lo azarosa y peligrosa que aún hoy es la vida de las gentes que habitan en esas regiones. El relato de Javier consigue trasladar con vigor la alegría de vivir de las personas a las que va conociendo a pesar de las penurias económicas y de la violencia que amenazan sus vidas sencillas. Un tercer libro, *Los caminos perdidos de África,* le llevaron a recorrer Etiopía y Sudán, y penetrando en Egipto por el desolado sur siguiendo el curso del Nilo. Viajaba en aquella aventura por

lugares inhóspitos que le permitían evocar las míticas dinastías faraónicas y la trágica historia de Muhammad bin Abdullah, el Mahdi, el fanático religioso islamista que en la toma de Jartum derrotó a las tropas del Imperio británico dirigidas por el general Charles Gordon, que halló la muerte en la batalla. Este episodio épico y trágico, uno más de los muchos que jalonan la historia del colonialismo británico, acabó entrando en la literatura posterior a los hechos y dio pie a un relato que en más de una ocasión habíamos comentado con Javier porque era uno de sus favoritos. Me refiero a *Las cuatro plumas*, la novela de Alfred E. W. Mason que fue llevada al cine en varias versiones. La preferida de Javier —también la mía — era la que dirigió Zoltan Korda en 1939. Toda la pompa y circunstancia del Imperio británico recorre las venas de este relato inmortal.

Con los viajes por los países del este de África como escenario, en varios tramos recorridos a pie a la manera de los exploradores de antaño escribió *Colinas que arden, lagos de fuego.* Un viaje por el norte de Kenia, el lago Turkana, Tanganica y Tanzania. En Zambia llegó hasta Tchitammbo, la aldea donde murió el doctor Livingstone. Allí, enterrado bajo un árbol, reposa su corazón. «Caminando — escribe Javier— se percibe mejor la esencia de África que no es otra que la esencia misma de la palabra aventura».

Después de África vino América. Empezó por el sur. Se embarcó en un recorrido por el Amazonas que describió en *El río de la desolación.* En aquella aventura la malaria le dio un primer aviso. Arrastró sus secuelas durante mucho tiempo. Pero Javier era incombustible y siguió adelante. Salía a viaje y libro por año. El siguiente fue *El aroma del copal,* una aventura novelada por Guatemala y Honduras. Un recorrido posterior por Nicaragua dio pie a *El hombre de la guerra.* Los ríos ejercían sobre él una fascinación especial. *El río de la luz, un viaje por Alaska y Canadá* tituló otro de sus libros. A los desolados paisajes del norte le llevaron las huellas de Jack London, un autor al que admiraba y en cuya vida aventurera parecía reverberar el mismo impulso que llevó a Javier a convertirse en un nómada con un pie en el camino y otro en la literatura. El resultado de esa aventura fue otro libro: *En mares salvajes, un viaje al Ártico.* Una parte de las travesías las realizó a bordo de un

rompehielos ruso en la durísima ruta que une el Atlántico con el Pacífico. Viajaba y regresaba a España a su casa de Madrid y a su refugio cerca de La Granja de San Ildefonso, en Segovia.

Resumir sus viajes por Asia nos llevará poco tiempo, porque recorrió China y no le gustó. Lo cuenta en *Un verano chino, viaje a un país sin pasado.* De Europa, a resultas de sus viajes por Italia, es un hermoso compendio de relatos: *Suite italiana. Un viaje a Venecia, Trieste y Sicilia.* En *Corazón de Ulises* volvió a Grecia y Turquía. Más tarde recorrió Irlanda, tras las huellas de otro de sus mitos, en este caso del cine: *The Quiet Man* (*El hombre tranquilo)*. Lo llevó a libro con el título de *Canta Irlanda* donde aparece consignada su devoción por la gran película de John Huston, con John Wayne y Maureen O´Hara compitiendo en brillo con los verdes paisajes de la isla.

Aparte de los viajes, escribió varias novelas, algunas muy notables como *El m*édico *de Ifni.* Podría completar los recuerdos de la vida de un amigo tan entrañable como fue Javier Reverte recomendando otro de sus libros cuyo título lo dice todo: *Billete de ida. Mejores reportajes de un gran viajero*. Este apunte quedaría corto sin mencionar el rasgo esencial de su personalidad: la curiosidad, tenía interés por todo. Y era una buena persona, un tipo espléndido dotado de un sentido del humor chispeante cuya fuente era una robusta formación humanista. Los clásicos en el desayuno para poder contextualizar las noticias que publicaban los periódicos. Era un hombre progresista que entendía el progreso como la causa de la igualdad siempre por alcanzar entre todos los seres humanos. Es difícil poner fin a la reseña de la vida de un amigo sin pensar que en realidad sigue vivo y que en cualquier momento regresará de uno de sus viajes a lugares lejanos e inhóspitos para pasar unas horas charlando, quedando con Manu para tomar unos vinos y contarnos cómo le había ido en su último vagar por este ancho mundo que él había recorrido por el camino más largo.

# II. LA LLAMADA DE ÁFRICA

Anotado quedó que en algún sentido el siglo XIX fue el siglo de los grandes viajes, grandes exploraciones y grandes aventuras. Algunos de esos viajes tuvieron un carácter poco menos que iniciático. Abrieron senda y despejaron los miedos de un tiempo en el que el mundo en gran parte era *terra incognita* y en el que selvas, caminos y rutas marítimas estaban rodeados de peligros. Pero también como reto abierto a hombres y mujeres valientes, capaces, como vamos a ver, de desafiar todo tipo de peligros. Unas veces impulsados por la curiosidad, la sed de aventuras y notoriedad o simplemente para abrirse al mundo y romper con vidas anodinas.

# STANLEY: HOMBRE BLANCO, CORAZÓN NEGRO

Si ha estudiado en alguna Facultad de Periodismo, no sería raro encontrar a un periodista que tras años de ejercicio del oficio haya olvidado lo que es una anáfora, un anacoluto o un hipérbaton; lo que es seguro es que ninguno ha olvidado quién fue Henry Morton Stanley, el periodista viajero más famoso del siglo XIX y la no menos famosa frase: «Supongo que sois el doctor Livingstone», palabras que pronunció al encontrar al doctor David Livingstone, un clérigo dado por desaparecido en el corazón de la selva africana. Seguro, también, que a más de uno le habría gustado participar en aquella gran aventura.

Stanley fue un viajero incansable, un periodista formidable y un tipo duro con pocos escrúpulos que se hizo mundialmente famoso cuando, como decía, al cabo de una de sus arriesgadas expediciones por África ecuatorial encontró al desaparecido doctor David Livingstone, un misionero escocés que se dedicaba a luchar contra la esclavitud y llevaba años desaparecido. Aquel encuentro que completó con el descubrimiento del lago Tanganica culminó una aventura que habían seguido con gran interés los lectores del *New York Herald,* el diario que le había contratado como enviado especial. Fue un momento de gloria que le dio fama internacional, y llegó a ser posteriormente un personaje clave como colaborador del rey Leopoldo II de Bélgica en la colonización salvaje del Congo. De aquel encuentro en plena selva entre dos desconocidos ha quedado la famosa frase pronunciada por nuestro protagonista al encontrar al clérigo desaparecido. Debió ser un momento muy emotivo, incluso para un hombre como Stanley que, como vamos a ver, a lo largo de toda su vida acreditó fama de ser un tipo duro, incluso cruel, poco dado a dejarse llevar por los sentimientos y siendo muy expeditivo en su forma de relacionarse con el entorno.

Henry Morton Stanley ni era americano ni nació llamándose Stanley. Era galés, había nacido en 1841 en Denbigh una pequeña

localidad cercana al mar de Irlanda, no lejos de la ciudad inglesa de Liverpool, y le bautizaron con el nombre de John Rowlands. El nombre por el que ha pasado a la historia era el de un comerciante al que conoció en Nueva Orleans.

Tuvo una infancia muy dura. No conoció a su padre; su madre, Elizabeth Parry, tenía diecinueve años cuando él nació. En el marco de la era victoriana se vivieron tiempos de hipocresía social y moral puritana y el estigma de ser hijo ilegítimo le marcó profundamente. Hasta los cinco años vivió con su abuelo materno y tuvo una adolescencia infeliz llena de malos tratos. Al morir el abuelo le internaron en una institución de acogida para pobres. Había cumplido diez años cuando su madre y dos de sus hermanos ingresaron también en aquel sórdido lugar —asiento de todo tipo de abusos y malos tratos—, pero sin que el desgraciado niño supiera quiénes eran.

Cuando tenía quince años le encerraron en un reformatorio del que logró escapar y regresar a su aldea natal donde permaneció algún tiempo ayudando en la escuela. Culo de mal asiento, pronto cambió de aires y a los dieciocho años se marchó a Liverpool enrolándose como tripulante en el Windermeer, un barco que hacía la ruta de América, y en él zarpó rumbo hacia Nueva Orleans. Lo pasó mal, parece que era su signo. En el transcurso de la travesía sufrió malos tratos y se peleó con uno de los oficiales, y al avistar puerto saltó a tierra sin esperar a cobrar el jornal. Aquel salto cambió su destino, se adaptó rápidamente a la forma de vida de la sociedad americana que estaba en vísperas de la gran tragedia de la guerra civil. Conoció y fue adoptado por un comerciante del que tomó su apellido. El joven Stanley participó en la contienda con el sur, los Confederados, pero fue hecho prisionero y se pasó a la Unión, el norte, el bando que acabaría ganando la guerra. Al término del conflicto, en 1865, decidió probar suerte en el mundo del periodismo y consiguió un empleo en un diario de Nueva York. Por decirlo así, había encontrado el hilo de su destino y el oficio que le daría fama y fortuna. Inició su carrera como reportero narrando historias desde el mítico Far West. En 1867 consiguió su primer éxito entrevistando al famoso James Butler Hickok, alias Wild Bill Hickok —Bill el Salvaje—, a ratos

pistolero, a ratos *sheriff*. Fue el punto de partida del que sería un continuo viajar. Un año después se convirtió en reportero de guerra. Viajó a Londres y desde allí, por primera vez, dio el salto a África. Empotrado como cronista acompañó a las tropas británicas a Abisinia en una expedición de castigo contra el negus Teodoro II de Etiopía. Sus crónicas mostraban el lado más desgarrador de los combates y se hizo con un lugar destacado en las preferencias de los lectores. Los editores del periódico estaban satisfechos de su trabajo y le prologaron su estancia. Viajó por Grecia y por tierras del Imperio otomano —Esmirna, Beirut, en el Líbano, y Alejandría, en Egipto—. Aprendió el español y estuvo en España enviando crónicas sobre el triunfo de la Revolución Septembrina —también llamada la Gloriosa— y el final del reinado de Isabel II. Sus crónicas gustaban y le hicieron popular. La fama le acompañaba y cambió de periódico. En su *Viaje en busca del doctor Livingstone* —un libro en el que narra aquella gran aventura— cuenta que el 16 de octubre de 1869 estando en Madrid en su casa de la calle de la Cruz, cerca de la Puerta del Sol, su criado le presentó «un parte telegráfico» expedido por Mr. James Gordon Bennet, director del *New York Herald,* el diario del que era corresponsal. Rasgó el sobre y leyó: «Volved a París, asunto importante».

Stanley, según cuenta en el libro, no se lo pensó dos veces. Eran las diez de la mañana y el tren correo salía a las tres. Al día siguiente llegó a París. Gordon Bennet estaba alojado en el Grand Hotel y le recibió en bata.

—Tomad asiento. Se trata de confiaros una misión importante.

Stanley —según narró aquel encuentro— se dispuso a escuchar un tanto desconcertado.

—¿Dónde pensáis que se halla Livingstone?

—Verdaderamente no puedo decir nada, caballero.

—¿Creéis que haya muerto?

—Es posible que sí, puede ser que no —respondió.

Allí empezó una historia de leyenda. Según explicaba el editor

barcelonés de la casa Montaner y Simón en el prólogo del libro de Stanley que publicó en 1878:

> El doctor David Livingstone era un misionero de la Iglesia escocesa que por amor a la humanidad y a la ciencia había llevado de Europa a África las nociones del Evangelio y traído de África a Europa noticias geográficas de regiones desconocidas e inhóspitas.

El clérigo había desaparecido en la selva de la región del lago Tanganica. Livingstone, que también era médico y explorador, llevaba años en África predicando y luchando contra el comercio de esclavos en la región del África Oriental. Buscó con tesón las fuentes del Nilo convencido de que, si lo lograba, la fama de aquella proeza le ayudaría en su cruzada contra los tratantes de esclavos.

Este era el hombre al que James Gordon Bennett encomendó buscar con presteza y, como se desprende de este diálogo con Stanley, sin reparar en gastos.

> —¡Pues bien! Voy a deciros lo que debéis hacer: tomad ahora mil libras; cuando estén gastadas girad, girad una letra por otras mil, y luego una tercera, y así sucesivamente, pero encontrad a Livingstone.
>
> —*¿Debo ir directamente en su busca?* —preguntó Stanley.
>
> —No —respondió Bennet.

Como cometido previo al de enfrascarse en tan ardua tarea le dio instrucciones precisas del recorrido previo que debía realizar antes de internarse en la selva africana.

Evocando aquel encuentro con el patrón de su periódico, Stanley narra en el libro cómo fue la despedida con el editor que le había recibido en bata en su habitación del Grand Hotel de París.

> —Cuando completéis el recorrido que os indicaré, os embarcaréis para ir a reuniros con Livingstone. Y ahora, amigo mío —concluyó Bennet—, buenas noches, pasadlo bien, y que Dios sea con vos!

No había réplica —escribió Stanley—, al día siguiente partí, pues, para Egipto.

Le envió a cubrir la inauguración del canal de Suez, ceremonia que presidió la emperatriz de Francia Eugenia de Montijo. Después, siguiendo las instrucciones de Bennet, debía remontar el Nilo y hacer una descripción de todo cuanto viera interesante para los viajeros aficionados con el fin de conformar una guía práctica en la que debía dar a conocer lo que merecía la pena ser visto y la manera de verlo. «Terminada esa primera parte de vuestro cometido —le había dicho Bennet— será bueno que vayáis a Jerusalén. Luego pasaréis a Constantinopla a fin de informaros de las disensiones que existen entre el Khedive y el Sultán». A partir de ahí, el paisaje y el paisanaje de cuantos sitios visitaba se convirtieron en el objeto de sus crónicas. En Jerusalén contrató como intérprete a Selim, un joven árabe que había de acompañarle el resto de su aventura en busca de Livingstone. Desde Jerusalén subieron hasta Tiro, en el Líbano, y de allí, a Estambul. No permaneció mucho tiempo y embarcó para Crimea, territorio que acababa de dejar atrás una guerra sangrienta que había durado tres años enfrentando al Imperio ruso y al reino de la recién independizada Grecia contra el Imperio otomano aliado de Gran Bretaña, Francia y el reino de Cerdeña. La implicación de tropas británicas y francesas obedecía a una decisión estratégica orientada a frenar el expansionismo ruso a costa del decadente Imperio otomano. Fue aquella una guerra que desde el punto de vista militar propició grandes desastres. Los combates propiamente dichos y las epidemias se cobraron varios cientos de miles de vidas en los dos bandos. La guerra había terminado en 1856, cuando Stanley llegó a Crimea habían pasado catorce años, pero el eco de aquella tragedia había encontrado un hueco en la leyenda a través del recuerdo de la batalla de Balaclava y la famosa carga de la Brigada Ligera, un desastre desde el punto de vista militar convertido en episodio romántico a través de un poema de Alfred Tennyson que se hizo famoso. «En el valle de la Muerte cabalgaron los seiscientos…». Stanley conocía aquel poema que se había hecho muy popular a raíz de su publicación en 1854 en

*The Examiner*. Escribió sobre lo que vio en Crimea, pero no se detuvo mucho tiempo, aunque tuvo la oportunidad de comer en Odesa con la viuda de un general y reanudó el viaje a través del Cáucaso hasta el mar Caspio en dirección a Iraq que era territorio del Imperio otomano y descendió hacia el golfo Pérsico siguiendo el cauce del río Éufrates. Llegó a Persia. En Teherán se alojó en casa del embajador ruso y en Persépolis, siguiendo una mala costumbre que ha llegado hasta nuestros días, dejó huella de la fecha de su paso inscribiendo su nombre en una de las venerables piedras de aquella histórica ciudad destruida hacía muchos siglos por el conquistador macedonio Alejandro Magno en venganza por el incendio de la Acrópolis de Atenas perpetrado unos años antes por el rey Jerjes de Persia.

Cumpliendo el encargo de su editor, en el mes de agosto de 1870 Stanley llegó a la India, territorio entonces del Imperio británico. Después regresó por mar hasta la isla Mauricio a bordo del Polly, que era un mal velero cuyo contramaestre era un escocés que se llamaba Lawrence Farquhar. Era un tipo duro dado a la bebida, pero a Stanley le cayó bien y decidió contratarle. Desde Mauricio navegaron hasta las Seychelles y desde allí volvieron a embarcarse rumbo a Zanzíbar a donde llegaron el 6 de enero de 1871. Zanzíbar causó gran impresión a Stanley hasta el punto de escribir que era «el Bagdad, el Ispahan, el Estambul del África oriental». Un gran mercado de esclavos, marfil, pieles, maderas preciosas y copal cuyo rentable comercio controlaban los árabes de Mascate y los hindúes musulmanes de la isla. Todo el periplo anterior había sido el preámbulo de la gran aventura que aguardaba en la selva en cumplimiento de la misión que le había encomendado el editor Gordon Bennet.

Organizar la expedición le llevó meses. Fue una tarea que aún hoy resultaría difícil. Mucho más en aquella época y en aquel remoto lugar en el que las monedas de los países de Occidente a ojos de los nativos carecían de valor y las compras y tratos comerciales se llevaban a cabo mediante un sistema de trueque. Stanley supo adaptarse a las circunstancias. Según cuenta en su libro, para tomar a su servicio cien hombres necesitaba diariamente diez «doti» —

cuarenta varas de lienzo— y, calculando que la expedición podría llevarle no menos de dos años, el resultado fue que tuvo que hacerse con cincuenta mil varas de telas diversas. Y abalorios o cuentas de vidrio que según descubrió era la moneda habitual en diversas provincias del interior de aquella región de África. Y varían de color según la zona. Tardó en averiguar las preferencias de las diferentes tribus. Las de color verde eran las que mejor aceptación tenían en la región de Ougoyo, en otras eran las cuentas de color rojo. Stanley anotó que en una de sus expediciones el capitán Richard Burton —del que hablaremos en otro capítulo del libro— se había visto obligado a tirar como inútiles varios miles de cuentas de color negro. Otro elemento de trueque resultó ser el hilo de latón. En la zona en la que se iba a adentrar las cuentas de vidrio sustituían a las monedas de cobre, las telas a las de plata y, más allá de Tanganica, el hilo de latón sustituía a las monedas de oro. Se enfrentaba, pues, a un mundo inhóspito que se regía por valores para él tan desconocidos como desconcertantes. Pero su perplejidad duró poco. Era un tipo dotado de un carácter expeditivo que ante cualquier problema le llevaba a adoptar soluciones prácticas. Adaptándose a las circunstancias fue proveyendo a la expedición de cuerdas, sacos, provisiones de boca, utensilios de cocina, tiendas de campaña, armas, municiones, medicamentos y asnos con sus correspondientes aparejos. Compró veintidós burros por los que pagó entre setenta y cinco y cien francos por cada uno. En Zanzíbar entró en contacto con un hombre que, junto con Farquhar, resultó ser una pieza esencial en el buen funcionamiento de la arriesgada expedición. Se llamaba John Shaw, era un inglés nacido en Londres que había llegado hasta allí como tercer contramaestre de un buque americano. Contrató también a otro hombre llamado Mabrouki que había sido servidor del capitán Richard Burton y a otros cuatro más que habían sido escoltas del capitán Speke, el otro gran explorador británico. Completó el equipo contratando dieciocho escoltas, todos ellos muy buenos mozos, entregando a cada uno una carabina, un frasco de pólvora, una bolsa con munición para trescientos tiros, un cuchillo y un hacha.

Stanley partió de Zanzíbar el 5 de febrero de 1871 y tras no pocas

penalidades —mosquitos, fiebres, ataques de fieras, salteadores, robos, deserciones de porteadores, espantadas de algunos de los asnos — logró llegar hasta la aldea de Oujiji el 10 de noviembre de 1871 y encontró al doctor Livingstone. Desmintiendo la fama de hombre duro, falto de empatía, con la que ha pasado a la historia —justificada por su actuación en otro viaje suyo al Congo, del que daremos cuenta más adelante—, Stanley, al narrar la víspera del anhelado encuentro, se deja llevar por la emoción.

> —No sé qué hubiera dado en aquel momento por estar en algún sitio solitario para hacer cualquier locura, para morderme las manos, dar volteretas y hacer cualquier cosa para desahogarme, pues la alegría me sofocaba. Parecía que el corazón quería saltárseme del pecho; pero procuré que nada revelara mi semblante, para conservar la dignidad de mi raza. Tomando mi partido, separé a la multitud y me dirigí entre dos filas de curiosos hacia el semicírculo formado por los árabes ante el cual estaba en pie el hombre de la barba gris. Mientras avanzaba —anotó Stanley en su relato— pude observar su palidez y su aspecto de fatiga. Llevaba un pantalón gris, un chaquetón rojo y una gorra azul con un galoncillo de oro. Hubiera querido correr hacia él, pero me sentí cobarde ante aquella multitud. Hubiera querido abrazarle, pero él era inglés, e ignoraba yo cómo me recibiría. Hice pues lo que me inspiraba la cobardía y un falso orgullo, me acerqué y, descubriéndome, dije:
>
> —Supongo que sois el doctor Livingstone.
>
> —S*í*, caballero —contestó con benévola sonrisa, descubriéndose a la vez.
>
> —Entonces —añade Stanley— nos estrechamos las manos.
>
> —Doy gracias a Dios —dije— por haberme permitido encontraros.
>
> —Me considero dichoso de estar aquí para recibiros, respondió Livingstone.

El misionero se encontraba enfermo. En el momento del encuentro Stanley pronunció la célebre frase que conocen todos los reporteros

que en el mundo han sido. Aquellas palabras del reportero respondían a uno de sus rasgos de carácter, el sentido de la ironía, ¿quién sino podría ser aquel hombre blanco en aquel remoto paraje africano? El misionero, pese a su deteriorado estado físico, mantenía viva su curiosidad. Quiso saber qué estaba pasando en el mundo y Stanley le puso al día. Le informó de la apertura del canal de Suez y que el tránsito era regular entre Europa y Asia y también que se había completado el camino de hierro, el tren del Pacífico; que Ulises Grant había sido elegido presidente de los Estados Unidos, Egipto se había puesto de moda entre los arqueólogos, la reina Isabel II había sido destronada y expulsada de España y el general Prim había sido asesinado; el Ejército prusiano había entrado en París, Francia había sido vencida, el príncipe imperial desheredado y la dinastía del segundo Napoleón extinguida por Bismarck y Moltke. El propio Stanley al referir todos estos asuntos exclamó: «¡Qué torrente de hechos para un hombre que sale de las selvas *vírgenes del Manyemai*!».

Pensando en aquel encuentro, el periodista cayó en la cuenta de que había traído consigo una botella de champaña que había conservado cuidadosamente para celebrar aquel momento. Mandó a buscarla.

«—A vuestra salud, doctor.
»— A la vuestra, caballero Stanley».

Se hicieron amigos, esperó a que mejorara la salud del clérigo y juntos exploraron la región del lado norte del gran lago Tanganica. Caminaron juntos durante cuatro meses. Después Stanley regresó solo a Zanzíbar, Livingstone prefirió quedarse en su querida tierra africana. El 1 de mayo de 1873 la malaria y una hemorragia interna generada por la disentería acabaron con sus fuerzas. La muerte le alcanzó en la aldea de Tchitammbo, cerca del lago Bangweulu, territorio hoy de Zambia. Sus criados descubrieron el cuerpo arrodillado junto a un lecho de paja. Stanley cuenta entonces que llegó uno de esos hombres que en el país ejercen el oficio de llorar a los muertos.

Aquel hombre llevaba en las piernas los anillos usados en tales circunstancias formados por un cordón de cápsulas seminales llenas de piedrecitas. Y comenzó a bailar entonando con voz lenta y monótona un canto cuya letra era la siguiente:

Hoy ha muerto el inglés
Que tenía cabello distinto al nuestro
Venid todos a ver al inglés.

Tras eviscerar el cuerpo conservaron el cadáver en sal y aguardiente, y a modo de homenaje los nativos guardaron su corazón en una caja de galletas y lo enterraron bajo un árbol.

Meses después le llevaron el cuerpo hasta Bagamoyo en la costa del océano Índico. Posteriormente sus restos fueron trasladados a Inglaterra. Reposan en la abadía de Westminster. Al funeral asistieron las grandes celebridades del Reino Unido, lores, generales, sabios, magnates y prelados. Según una crónica de la prensa de la época, frente al féretro que contenía los restos de David Livingstone ocupaba un lugar preferente «cierto africano de tez cobriza, pelo recio y ensortijado que asistió a la ceremonia de compungido semblante surcado por lágrimas bien sinceras». Había sido el último criado del difunto.

Volviendo a Stanley, aquella aventura —a través de sus crónicas— fue seguida con gran interés por los lectores americanos, pero en Gran Bretaña desató la envidia y fue objeto de no pocas suspicacias por cuenta de quienes alguna crónica de la época llamaba despectivamente «geógrafos de salón». Se dudaba de la autenticidad de las cartas firmadas por Livingstone, pero al final se impuso la verdad.

Algún tiempo después volvió a narrar aquella aventura que había desglosado en sus crónicas en un libro que tituló *Cómo encontré al doctor Livingstone* que le hizo definitivamente famoso, convirtiéndole en lo que hoy llamaríamos una estrella del periodismo.

Henry Morton Stanley era un hombre fornido, de mediana estatura. En una fotografía de la época aparece ataviado con el clásico salacot —un casco de hoja de ratán circuido por una banda de gasa—, botas de media caña, armado con una escopeta de dos cañones, bolsa

riñonera al cinto con munición y en compañía de un auxiliar nativo que lleva una carabina. Impresiona la frialdad de su mirada. El capitán Richard Burton —del que hablamos en otro lugar de este retablo de viajeros intrépidos— detestaba a Stanley porque con sus crónicas y libros había conseguido instalar la duda sobre si el lago Tanganica que él había descubierto era la fuente del Nilo. Burton le acusaba de explotar a los porteadores y de «disparar contra los negros como si fueran monos».

Tras la muerte de Livingstone en 1873, un año más tarde, Stanley volvió a África. Esta vez bajo el patrocinio conjunto del *New York Herald* y de otro gran periódico inglés, el *Daily Telegraph.* En esta ocasión la misión era seguir el curso del río Congo hasta el mar. Partiendo de Zanzíbar, tras dos años y medio de viaje en agosto de 1877, llegó a Boma, un enclave portugués en la desembocadura del río Congo en el océano Atlántico. En el transcurso del viaje bordeó los lagos Victoria y Tanganica tratando de verificar la opinión de Livingstone, que creía que el río Lualaba continuaba en el Nilo o bien torcía hacia el oeste para afluir en el Congo. Stanley se manejaba con soltura en su relación con los reyes y jefes de las poblaciones nativas. En lo que hoy es Uganda firmó tratados con dos de ellos que posteriormente fueron esgrimidos por los británicos para, muy en la estela supremacista que estaba en la base del colonialismo europeo, reclamar la propiedad del país. Alemania disputaba con Gran Bretaña unos territorios de los que las élites políticas y comerciales de Berlín y Londres tenían noticia por los relatos de exploradores como Stanley, el capitán Richard Burton, John Speke y otros. Gente esforzada, aventureros que ponían en peligro sus vidas en cada una de las expediciones a través de regiones selváticas infestadas de fieras, serpientes y salteadores, y sometidos a la continua y mortificante presencia de los enjambres de abejas y mosquitos y demás parásitos hematófagos. De Zanzíbar partieron unas 250 personas, al final de la expedición solo sobrevivieron 114. Stanley fue el único europeo que lo consiguió. Navegando por el río Congo había logrado llegar hasta el mar. Una proeza. Este viaje lleno de penalidades y peligros que describió en un libro titulado *A través del continente negro* parece que inspiró a Joseph Conrad para su

obra más famosa: *El corazón de las tinieblas.* Circula por sus páginas el desgarrador dolor de los sufridos habitantes de África en plena época de los abusos que aparejaba la explotación colonial.

Stanley, a través de sus viajes por el centro del continente, acumulaba información y referencias geográficas que fueron aprovechadas para instalar un protectorado inglés en la región. Al volver a Europa, en Londres fue recibido con todos los honores. Era un hombre inquieto, y volvió a sentir la «llamada» de África. Contratado por el rey de los belgas Leopoldo II para dirigir una nueva expedición, regresó al Congo en 1879 y permaneció allí durante cinco años construyendo asentamientos y caminos y creando una línea de navegación fluvial. Hace unos años, el Gobierno belga ha pedido perdón por la explotación y los crímenes cometidos en aquella época por los colonos belgas. Cabe recordar que, durante años, el inmenso país que conocemos con el nombre del Congo fue propiedad personal del rey Leopoldo II. Una historia terrible. Stanley regresó a Londres y aprovechó su popularidad para ganar dinero dando conferencias. Viajó hasta Australia y los Estados Unidos y a su regreso a Inglaterra recuperó la nacionalidad británica, se casó con Dorothy Tennant, una artista, galesa como él, y adoptaron a un niño llamado Denzil. En 1899 fue nombrado caballero de la Corona británica reconociéndole sus servicios al Imperio británico en África y fue elegido miembro del Parlamento. Murió en Londres el 10 de mayo de 1904, a los sesenta y tres años de edad. Una vida relativamente corta, pero vivida al límite, como miembro destacado de la estirpe de los que viajan a la aventura y por el camino más largo. Todo periodista soñó alguna vez con haber sido Stanley.

# LA REINA BLANCA DE PALMIRA

A lo largo de la historia, la llamada de Oriente y la fascinación por la aventura en países lejanos no fue solo cosa de hombres. Mujeres europeas hubo que también fueron atraídas por el misterio que durante siglos envolvía a los países del mundo de estirpe islámica. Una, muy destacada, de biografía apasionante fue *lady* Hester Stanhope. En el retablo de los grandes viajeros se la conoce como la Reina de Palmira, por su relación con la fascinante ciudad del desierto que se encuentra en tierras de lo que hoy es Siria. La primera vez que oí hablar de ella fue un día en Santiago de Compostela sentado en una terraza tomando unos vinos con unos amigos. Uno de ellos nos habló de la leyenda de un fantasma, un espíritu de mujer que todos los años, el 16 de enero, se aparece en las cercanías del jardín de San Carlos, en La Coruña. Es la historia de un fantasma que se aparece en el lugar donde está enterrado John Moore, un apuesto general inglés que perdió la vida el 16 de enero de 1809 luchando contra los franceses en la batalla de Elviña, una más de las muchas de la guerra de la Independencia. Al parecer, John Moore había sido el gran amor de *lady* Hester Stanhope y por eso su fantasma se aparece en las cercanías del jardín donde reposan los restos de su amado general. Según cuentan, la espectral aparición lleva un elegante vestido de color blanco y oculta su rostro bajo una gran pamela. Conocedores de la leyenda, hay quienes llegado el mes de enero se acercan al lugar con la intención de verificar qué había de cierto en esta romántica historia. Nadie parece haber visto el fantasma de *lady* Hester Stanhope, pero ya sabe lo que se dice en Galicia sobre las meigas…

De su paso por este mundo lo sabemos casi todo. Era guapa, valiente y también rara como ella sola. Nació inglesa y hace tres siglos viajó por todo Oriente Medio vestida con ropas de hombre. Fue la primera mujer occidental que llegó hasta esta mítica ciudad siria considerada como la capital del desierto. Palmira, de triste

actualidad hace unos años cuando los terroristas islamistas del ISIS destruyeron parte de los monumentos que habían guardado durante generaciones el misterio de su civilización helenista. Salvo para las poblaciones beduinas de la zona, durante siglos Palmira, la mítica ciudad de la reina Zenobia, se había sumergido en el silencio, y la majestuosidad de sus monumentos permanecía en el olvido hasta que, en cierta manera, su recuerdo fue rescatado por *lady* Hester Stanhope. Dada su personalidad, hoy estaría considerada toda una *celebrity*. Nació en el año 1776 en el seno de una familia noble, su padre era conde y uno de sus tíos fue William Pitt, primer ministro de Inglaterra. Sabemos que era una mujer inteligente, culta y muy guapa. Era muy alta, medía un metro ochenta y tenía una lengua desprejuiciada, rasgo de carácter que la creó muchos enemigos. Hasta los treinta años permaneció soltera actuando como secretaria de su tío, el primer ministro. Cuando él murió en 1806 se encontró sola y los enemigos que se había creado por su mordacidad le pasaron factura haciéndole el vacío. Todo ello, unido a que le había quedado una renta muy ajustada, la animó a decir adiós a Inglaterra, embarcándose para el Mediterráneo. Su intención era llegar a Constantinopla, la Estambul del Imperio otomano. Ahí empezó una aventura que acabaría entrando en la leyenda. Acompañada de su médico personal, nuestra *lady* navegó hasta llegar a El Pireo, el puerto de Atenas donde otra celebridad, el poeta lord Byron, salió a su encuentro nadando hasta alcanzar el barco en el que viajaba. Pasaron unos días en Atenas, ciudad en la que el poeta estaba hospedado en un convento situado a los pies de la Acrópolis, el barrio de Plaka, cerca de donde está ubicada la Linterna de Lisícrates, un monumento corágico que, en estos tiempos de oleadas de turistas, invariablemente, activa la pulsión de los selfis. Byron y ella no debieron simpatizar porque el gran mujeriego dejó escrito que era «esa cosa peligrosa, una mujer ingeniosa».

Años después Byron perdería la vida en Missolonghi, una localidad cerca de Lepanto, por aquel entonces una ciudadela turca a la que el poeta tenía previsto atacar en el marco de sus actuaciones junto a los insurgentes griegos que luchaban por la independencia. La excentricidad unida en este caso al heroísmo, cualidades muy del

temple de algunos británicos.

De Atenas Hester Stanhope pasó a Estambul y después volvió a embarcarse camino de Siria, el Líbano, los Santos Lugares y Egipto. Frente a la isla de Rodas sufrió un naufragio donde perdió todo su equipaje. Hay que recordar que en aquellos tiempos los viajeros no disponían como ahora de tarjetas de crédito y que llevaban encima sus dineros, por lo general en arcones con varias cerraduras. El caso es que nuestra *lady* —a la espera de que desde Londres le llegara algún socorro— consiguió ayuda y salió adelante tomando una decisión que en algún sentido cambió su vida. Llegada a Siria, que por aquel entonces, como Grecia, era territorio del Imperio otomano, consiguió la protección del pachá gobernador de la región y, tras recibir recursos de Londres, pasó un tiempo en la capital. Su entrada en Damasco, a caballo y con los cabellos al viento, causó furor entre los damascenos que nunca habían visto nada parecido acostumbrados como estaban a la presencia obligadamente cubierta de las mujeres en la vida pública. De Siria pasó al Líbano, región en la que decidió quedarse y vestirse con ropas de hombre eligiendo la vestimenta y el tocado propio de los drusos, una comunidad establecida en las montañas del Líbano. Sus raíces son monoteísta chiíes y su costumbre es una defensa feroz de su independencia que ha llegado hasta nuestros días. De esa guisa y montando a caballo o fumando narguilé en una pipa turca aparece en algunas de las estampas de la época que se conservan. Contrató una guardia personal formada por una treintena de bravos montañeses drusos y se convirtió en una celebridad en la zona. Se dedicaba a la búsqueda de tesoros y cuando escuchó hablar de Palmira, la ciudad del desierto, pasó por alto todas las recomendaciones de prudencia alertando acerca de los peligros de aquel viaje y decidió partir a su encuentro. Ningún viajero occidental se había aventurado hasta entonces. Corría el año 1813. Desde Damasco a Palmira hay unos doscientos kilómetros y buena parte del recorrido es desierto. Ladrones, bandoleros y escorpiones eran el detente que echaba para atrás a cualquiera. A cualquiera menos a ella que organizó la expedición a lo grande, una caravana espectacular, con cincuenta camellos y sus guardias drusos. Superó la prueba del desierto y al

llegar a Palmira los beduinos, sorprendidos ante la presencia de una mujer blanca, la primera que veían, la recibieron con los brazos abiertos. También para ella fue sorprendente según consignó en sus memorias. Debía tener una personalidad especial. Su médico decía que no era una mujer excéntrica, sino un ser espiritual «que en los momentos más difíciles siempre se las ingeniaba para esparcir a su alrededor una mágica ilusión que cautivaba a quienes la conocían». La aventura de Palmira fue el momento de gloria de su ajetreada existencia. Después vinieron días difíciles.

Su vida se inclinó hacia el desastre. Fue de mal en peor. Compró un castillo en ruinas y lo convirtió en su residencia, pero en ninguno de sus viajes en busca de tesoros encontró nada y, a medida que se fue quedando sin recursos, la fueran abandonando sus servidores que al final acabaron robándola. No se dejaba ver. Arruinada y rodeada de sus gatos, murió sola. Corría el mes de junio del año 1839. Un final muy triste para una gran dama que en España, a miles de kilómetros de Palmira, en La Coruña, nos deja una hermosa y triste leyenda unida a una melancólica historia de amor.

# RICHARD BURTON, UN AVENTURERO TOTAL

En el siglo XIX vivió un ciudadano que se llamó Richard Burton, que fue tan famoso o más como lo ha sido en el siglo XX el gran actor galés del mismo nombre casado con la inolvidable actriz Elisabeth Taylor. Fue un hombre renacentista por sus conocimientos, raro por sus creencias, excéntrico por sus gustos y valiente hasta rozar la temeridad. Era políglota —llegó a hablar una veintena de lenguas—, orientalista, poeta, un duelista temible y traductor al inglés de *Las mil y una noches,* el *Kamasutra* y el poema épico portugués *Os Lusiadas*. Nació en 1821 en la ciudad de Torcuay, en Devon, al sur de Inglaterra. Su padre, de origen irlandés, era capitán del Ejército y su madre pertenecía a una familia acomodada. Cuando tenía cuatro años la familia se mudó a Francia y posteriormente a Italia donde el chico aprendió latín, francés e italiano, tres de los más de veinte idiomas que con el andar del tiempo llegaría a dominar. Entre otros el hindi, el persa y el árabe. El dominio del árabe le facilitó culminar con éxito una de sus mayores proezas: la peregrinación a La Meca y Medina, ciudades santas del islam prohibidas a los infieles. Vivió sus años mozos a caballo entre Francia, Italia e Inglaterra. Era un muchacho despierto, muy inteligente, pero con fama de arrogante y conducta pendenciera. Estudió en la Universidad de Oxford, pero su carácter fue su perdición porque acabó siendo expulsado tras protagonizar un duelo con otro estudiante. A raíz de este episodio adquirió fama de ser un espadachín temible. Parecía que en la milicia encontraría su sitio y se alistó pasando a formar parte de las tropas de la famosa Compañía de las Indias Orientales, la empresa civil que acabó abriendo el camino de la colonización británica de la India.

Quería participar en la guerra de Afganistán, pero cuando llegó había terminado y le destinaron a la guarnición de Bombay. La India fue para él una gran escuela de idiomas y de rituales religiosos por los que siempre demostró curiosidad. Paso siete años en aquel país

con hechuras de continente cuyo paisaje y paisanaje plasmó en un primer libro que tituló *Goa y las Montañas Azules.* En esa etapa de su vida se ganó dos apodos a cual más peyorativo: el Negro Blanco, por su tendencia a mimetizarse con los nativos, y Dick el Rufián, por su carácter extremadamente pendenciero. Un personaje nada convencional. Inquieto y atraído por la aventura inició una etapa incansable de grandes viajes por otras partes de Asia, por Pakistán y Arabia. En Pakistán, que en aquella época formaba un todo con la India, se dedicó a cartografiar la región del Sindh, este arte le resultó de gran utilidad posteriormente en sus exploraciones por África. De esta época data su costumbre de viajar disfrazado y con nombre falso. Se hacía llamar Mirza Abdullah. Se cuenta que era tal su habilidad para el disfraz que conseguía engañar a sus propios compañeros de la milicia. Esa habilidad para la impostura que reforzaba disfrazándose le fue muy útil para culminar una de sus grandes hazañas: la peligrosa aventura de viajar hasta La Meca y conseguir penetrar en los lugares de culto de la ciudad sagrada de los musulmanes.

Corría el año 1853 y Burton tenía treinta y tres años. Su conocimiento del árabe y sobre todo de las costumbres y rituales de los pastunes, una de las etnias de Afganistán, le ayudó a componer la figura inventada de un peregrino en viaje a La Meca y Medina para realizar el viaje al centro espiritual del islam, ciudades que aún en nuestros días siguen estando prohibidas a los infieles. Se arriesgaba a la pena de muerte, pero Burton cuidaba los detalles y para reforzar la impostura se hizo circuncidar. No fue el primer europeo en conseguirlo, hacía tres siglos que lo había logrado el italiano Ludovico de Varthema y también nuestro paisano Domingo Badía, más conocido por su alias de Alí Bey y del que hablaremos en otro capítulo de este retablo de aventureros.

Lo que convirtió su arriesgada peregrinación en leyenda es que la contó en un libro que fue todo un *best seller*, un superventas de la época, convirtiendo a nuestro aventurero en un personaje famoso. El viaje fue muy arriesgado, la caravana en la que viajaba fue asaltada varias veces. El temor a ser descubierto —lo que habría supuesto una muerte segura— impregna todo el relato. Aún hoy, el libro, que

se titula *Peregrinación a La Meca y Medina*, se lee con interés. La obra le dio fama y dinero y le abrió puertas principales. Algunas más discretas que otras, pues estamos hablando de la época dorada del Imperio británico, un Estado ambicioso en permanente disposición de conquistar e incorporar nuevos territorios a la Corona y, puesto que la fase previa de cualquier intento de conquista pasa por conocer el territorio a conquistar, disponer de mapas era fundamental. Burton tiró del oficio de cartógrafo que había aprendido a su paso por la India para levantar uno de los primeros mapas fiables de la región del mar Rojo. Más tarde, en misiones de espionaje para la Compañía de las Indias, recorrió el territorio de lo que hoy es Somalia. En esta expedición que duró cuatro meses le acompañó John Hanning Speke, un joven teniente con el que posteriormente viajaría por el interior de África alcanzando a descubrir las fuentes del Nilo y el lago Victoria. Fue otra de sus grandes proezas. En Somalia estuvieron a punto de perder la vida a resultas de un ataque de los guerreros de una tribu local. Speke fue herido y capturado, pero consiguió escapar. A Burton una lanza le atravesó la cara de mejilla a mejilla, pero aún en esas condiciones también consiguió escapar con el venablo atravesándole el rostro. La terrible cicatriz que se aprecia en su retrato más conocido da cuenta de aquel dramático lance del que dejó constancia en otro de sus libros.

Aquel episodio que le dejó una marca física que confería a su rostro un aspecto intimidatorio no apagó su afán de aventura ni rebajó su temeridad. Llevaba a África en su corazón de aventurero y sabía que volvería a pisar aquel inmenso y por aquel entonces casi desconocido continente. Esta vez por encargo de la Real Sociedad Geográfica británica. Burton estaba enamorado y antes de partir propuso matrimonio a Isabel Arundell, la familia de ella no habría aceptado el matrimonio porque Burton no era católico, por lo que decidieron mantener el compromiso en secreto.

Bajo el patrocinio de la famosa sociedad y acompañado de John Speke partió desde Zanzíbar, en la costa oriental de la actual Tanzania, con la misión de encontrar «el mar interior» del que hablaban los nativos y que se suponía que podía estar relacionado

con las fuentes del Nilo. El viaje fue muy penoso, tuvieron que defenderse de ataques de salteadores, robos de la impedimenta, deserciones de porteadores y varias enfermedades derivadas de las picaduras de los mosquitos. John Speke se quedó temporalmente ciego y sordo a resultas de haber intentado deshacerse de un escarabajo que se le había metido en el oído. Lo intentaron vertiendo miel, pero el bicho no salió y desesperados recurrieron a verter en el conducto auditivo aceite previamente calentado. El resultado fue, como cabía esperar, desastroso. Pero lo asumieron como un riesgo, uno más, uno de los riesgos que corren quienes se adentran en la selva.

En 1858 la expedición alcanzó el lago Tanganica que Speke no pudo ver. Burton sí pudo apreciar aquella inmensidad —el «mar interior» de los nativos—, pero enfermo como estaba inició el viaje de vuelta. Su compañero, que era también de una pieza, decidió seguir el viaje hacia el norte. Recuperó la vista y llegó al gran lago Victoria, que sin dudar señaló como la esquiva y siempre buscada fuente del Nilo.

Regresó a Londres y se recuperó de los estragos de las enfermedades tropicales. Y narró sus aventuras en un libro que publicó en 1860 con el título de *Las regiones de los lagos del África ecuatorial.* Fue un gran éxito y también el origen de la enemistad posterior con Burton en disputa por la paternidad de los descubrimientos. Pero John Speke, que había regresado a Londres antes que Burton, pronunció un discurso ante la Real Sociedad y se atribuyó los descubrimientos. Plasmó su versión de aquel viaje en otro libro: *The journal of the discovery of the source of the Nile*. Se había enemistado con su compañero de aventuras porque ambos se disputaban la gloria de los descubrimientos realizados en África. Pero Speke le madrugó los laureles y Burton no se lo perdonó aunque los largos días y las penalidades sufridas en África debieron tejer algún lazo capaz de superar el rencor. Y de ello dio prueba un hecho dramático. En puertas de pronunciar una conferencia sobre los descubrimientos en África ante la Asociación Británica para el Avance de la Ciencia que iba a celebrarse en la suntuosa ciudad de Bath, a John Speke, en lo que parecía ser un accidente de caza —también

se habló de suicidio—, se le disparó la escopeta y murió. La noticia llegó hasta la sede de la sociedad en la que Burton iba a participar en uno de los debates. Al conocer la triste nueva, consternado, decidió permanecer en silencio renunciando a pronunciar su discurso.

Días después ingresó en el servicio diplomático. Viajó por los Estados Unidos y se interesó por la comunidad mormona, una feligresía de costumbres peculiares como la poligamia y el bautismo de los muertos.

Volvió a África, fue nombrado cónsul en Fernando Poo, capital de la Guinea Española. Viajó por el Congo y posteriormente otro nombramiento le llevó hasta Brasil y de allí pasó al Paraguay y al Perú.

Volvió a Oriente Próximo como cónsul en Damasco. Allí tuvo muchos problemas y fue destituido, pero le rehabilitaron y le enviaron a Trieste, el señorial puerto del Adriático que por aquel entonces pertenecía al Imperio austrohúngaro. Allí vivió sus últimos años rodeado de libros y afrontando ataques de gota y las secuelas de varias enfermedades tropicales mal curadas. Publicó cuarenta y tres volúmenes sobre sus viajes y exploraciones. Y varias traducciones de autores clásicos. Entre otras, las *Elegías* del poeta latino Catulo y *Las mil y una noches*. Murió en 1890 en la ciudad de Trieste. Dejó una biblioteca de más de quince mil volúmenes. El elogio fúnebre debido a uno de sus editores retrata la esencia de la personalidad del tipo fuera de lo común que fue el capitán Richard Burton: «Todo lo que decía y escribía llevaba el sello de su virilidad. No escondía nada ni alardeaba de nada. Sus íntimos sabían que Burton era más grande de lo que dijera o escribiera».

Como individuo fue un tipo de trato difícil y arrogante, pero, como viajero, fue un auténtico titán. Uno de los exploradores más famosos del siglo XIX. Había vivido sesenta y nueve años trepidantes. En puridad, una vida de fábula. Irrepetible.

# UNA VIENESA DE HIERRO

Durante el primer tercio del siglo XX, desaparecido ya el Imperio austrohúngaro, Viena, la capital de Austria, fue un centro de irradiación intelectual y cultural tan potente que para algunos observadores sentó las bases del mundo moderno. Especialmente en el período entre las dos guerras mundiales allí germinó la semilla de todo lo que asentó el andamiaje de lo que vino después en la medicina, la filosofía, la arquitectura, la literatura, la sociología, las matemáticas, la física y la música y el cine. Un oasis multiétnico de tolerancia que, dramática paradoja, donde subyacía una corriente soterrada de racismo y antisemitismo que llegados los nazis acabó abriendo paso al genocidio del Holocausto.

Lo curioso del caleidoscopio que llegó a ser la sociedad vienesa es que quizá, debido a la influencia del cine de los años sesenta del siglo pasado, la imagen de la Viena del siglo anterior, el XIX, quedó fijada como una sociedad de gentes de costumbres conservadoras tirando a ñoñas. Un mundo en tono pastel dibujado por las acarameladas películas sobre la vida de Elisabeth de Baviera, emperatriz de Austria y reina de Hungría, la famosa Sissi, interpretadas por la inolvidable Romy Schneider y el estirado Karlheinz Böhm. Historias alejadas de lo que con el estilo actual reflejaría un biopic cuyo hilo conductor habría sido la tragedia larvada que a la postre fue la vida de la triste emperatriz cuyos días puso fin en Ginebra el punzón del anarquista italiano Luigi Lucheni que, tras acuchillarla mortalmente, confesó que había cometido semejante crimen porque creía que su víctima llevaba una vida de lujo y felicidad insolentes. Un asesino fanático que fue condenado a cadena perpetua y acabó ahorcándose en la celda.

En la Viena de los años anteriores al reinado de Sissi, nació y creció una mujer excepcional por su fuerza y cualidades fuera de lo común; alejada de la rutina que retrata el acontecer cotidiano de los días sin relieve de buena parte de los habitantes del planeta.

Se llamaba Ida Pfeiffer y fue una mujer cuyas hazañas viajeras resultan sorprendentes dado la época en la que vivió —el siglo XIX —. Fue uno de esos raros ejemplos que aún hoy causaría asombro, pues dio dos veces la vuelta al mundo habiendo empezado tarde a viajar, cuando ya era una mujer entrada en años. Su primera aventura la emprendió a los cuarenta y cinco, y hasta entonces había sido un ama de casa tradicional. Había nacido el 14 de octubre 1797 en el seno de una familia de clase media con el nombre de Ida Laura Reyer, apellido que con el andar del tiempo cambió por el de Pfeiffer de su marido. Era la tercera de siete hermanos, todos varones, y recibió una educación muy estricta de la mano de un padre que no hizo distingos y la trató como un chico más. Le gustaba el deporte y al parecer devoraba los libros de viajes, pero antes de los grandes viajes, según contó en alguno de los libros que escribió, no fue feliz. A los diecisiete años se había enamorado de su profesor de piano, pero la familia no aprobó el noviazgo y, poco después, la organizaron un matrimonio de conveniencia con un viudo, abogado de profesión, veinticuatro años mayor que ella —ella tenía veintitrés— con el que tuvo dos hijos y del que tomó el apellido. La cosa parece que no funcionó y acabaron llevando vidas separadas, aunque nunca se divorciaron y ella solita sacó adelante a sus hijos. En aquella época y con la estricta moral oficial de la Austria imperial estas cosas ni se planteaban.

Llevaba una vida muy aburrida. Pero todo cambió a raíz de un viaje a Trieste, hoy una ciudad italiana, pero que en aquella época era puerto de mar que pertenecía al Imperio austrohúngaro. Según contó en su primer libro, todo fue ver el mar y sentir su llamada, la llamada de lo desconocido que en su caso dio cauce al ansia de viajar dando curso al tipo de vida con la que soñaba. Tenía cuarenta y cinco años, cuando, el 22 de marzo de 1842, dejó atrás Viena para iniciar su primer gran viaje. En aquellos tiempos estaba mal visto que una mujer viajara sola, por lo que Ida Pfeiffer explicó que su intención era viajar a Tierra Santa. Pero su agenda oculta era más ambiciosa. Navegando por el Danubio alcanzó el mar Negro y de allí, en barcos de cabotaje, llegó hasta Estambul. Más tarde, cruzó a la parte asiática de Turquía y por tierra y caminos de zonas desiertas

llegó hasta Beirut y Jerusalén. Después retrocedió y se acercó hasta el mar Muerto para, por el camino del norte, seguir hasta Damasco y Baalbek —sede en la Antigüedad de un oráculo del dios Baal, reconvertido con el paso del tiempo, en época romana, en un grandioso templo dedicado a Júpiter— y de allí, volviendo hacia el sur, llegó hasta Alejandría para recalar después en El Cairo, la capital del país gobernado por los mamelucos; ciudad famosa por su abigarrada planta urbana en la que se daban cita —igual que sucede en nuestros días— todas las promiscuidades y barrios arrasados por la miseria. Pero no hay quejas, sino asombro y curiosidad en la referencia que hizo la esforzada señora Pfeiffer en el libro que dedicó a este su primer viaje. Desde El Cairo, a lomos de camello, prosiguió ruta hasta llegar a Suez desde donde decidió regresar a Europa.

De nuevo en barco y con escalas en Sicilia y Nápoles. La ruda grandeza de la isla la atrapó y de Nápoles extrajo la acertada conclusión de que era un caos. Lo sigue siendo, por cierto. Desde allí, en carruaje, llegó hasta Roma y Florencia. Roma dejó en ella una impresión mezcla de asombro por la monumentalidad de muchas de sus construcciones y decepción por la recurrente suciedad de sus calles. Florencia le encantó, quizá por las dimensiones a escala humana de sus gloriosas joyas arquitectónicas: el Duomo, el Baptisterio, el Palazzo Vecchio, la Santa Croce o el civilizado discurrir del Arno. En el mes de diciembre, atravesando los pasos nevados, regresó, por fin, a Viena. Habían sido nueve meses de aventuras en solitario que —según confesaba en un libro que le dio popularidad— fueron los más felices de su vida.

Si pensamos en lo que suponía viajar en aquellos tiempos — hablamos de mediados del siglo XIX—, la cosa tenía su mérito. Los viajes estaban plagados de incomodidades para los viajeros, ahogados en el polvo de los caminos y zarandeados por los carruajes o las olas, por no hablar de los asaltos de bandoleros, los piratas o la estancia en albergues infectos con yantares que hoy nos parecerían repugnantes. Había que echarle valor. Más siendo una mujer y viajando sola. Cualidad, el valor, de la que Ida Pfeiffer estaba bien dotada. Contó su aventura en *Viaje de una vienesa a Tierra Santa*, un libro en el que narró las peripecias de aquella extraordinaria

aventura. Fue todo un éxito, lo que hoy llamamos un *best seller*. Había descubierto una segunda razón para viajar. Viajar y vivir para contarlo. Los ingresos que obtuvo los dedicó a financiar nuevos viajes.

Esta vez, mirando hacia el norte. Se propuso llegar a Islandia siguiendo una ruta, digamos muy entretenida, que la llevó primero a Praga y desde allí hasta Alemania. Pasó por Hamburgo y embarcó en el puerto de Kiel rumbo a Copenhague. Desde allí pasó a Noruega, para culminar la escala en Islandia. La isla la decepcionó. Había imaginado que sería una suerte de paraíso, una «Arcadia» boreal. Parece que no había contado ni con tanto frío ni con tanto hielo. Volvió en velero y esta vez desembarcó en Copenhague y de allí se dirigió a Christiania, la actual Oslo. Viajó después a Estocolmo donde fue recibida por la reina, pues la fama que le había dado su libro empezó a abrirle puertas principales. Ida Pfeiffer era una mujer tenaz y emprendedora que aprovechó el tiempo y las largas travesías para aprender inglés y danés. Y para soñar con la que sería su primera vuelta al mundo. Esta vez el objetivo era todavía más ambicioso y la llevaría en una primera etapa hasta América.

Embarcó en Hamburgo rumbo a Brasil. Cuando llegó a Río de Janeiro, sufrió un intento de atraco en el que a punto estuvo de perder la vida. Pero no se amilanó y siguió ruta superando las terribles tempestades y las olas del cabo de Hornos y llegó hasta Valparaíso, en Chile. Desde allí, océano Pacífico mediante, consiguió llegar hasta Tahití y posteriormente hasta Cantón y Hong Kong, en China. No le gustó lo que vio —sus apuntes de viaje, a veces, son muy críticos—. Hoy serían considerados políticamente incorrectos: «Los chinos comen perros, gatos, ratones y los intestinos de las aves. Y son enemigos de los baños y el lavado…». Y tienen la mala costumbre de escupir en la calle —hábito, podríamos añadir, que conservan en nuestros días—.

No le gustó Hong Kong y no permaneció mucho tiempo allí. Lo justo para volver a embarcar. Prosiguió ruta hasta la India, donde permaneció algún tiempo participando, entre otras actividades, en una cacería de tigres. La India la entusiasmó colmando sus ojos del exotismo y las rarezas que desde siempre han fascinado a los

viajeros occidentales abrumados por la singularidad de aquel inmenso país, grande como un continente y que desborda los límites de lo cotidiano en todos los órdenes de la vida.

Completó ruta recalando en el golfo Pérsico. Visitó Bagdad, las ruinas de Nínive y las de Babilonia y de allí, y ya de regreso, pasó por Armenia, Georgia, el puerto ruso de Odesa, en lo que hoy es Ucrania, y otra vez Estambul y Atenas. Regresó a Viena poco después del fracaso de la insurrección revolucionaria —una más de las muchas que sacudieron los cimientos de los reinos conservadores de media Europa en 1848—.

Dos años después publicó un segundo libro: *Viaje de una mujer alrededor del mundo*, que tuvo tanto éxito como el primero. Esta mujer era o parecía ser de hierro. Y siguió adelante planeando una segunda vuelta alrededor del mundo. Había cumplido cincuenta y cuatro años cuando embarcó de nuevo. Esta vez rumbo a Sudáfrica y desde allí hasta Singapur y más tarde a Indonesia y las grandes islas: Borneo, Java y Sumatra. En esta isla habitaban tribus caníbales, pero la intrépida señora Pfeiffer consiguió salir airosa tras una visita a tan peculiares personajes. Y prosiguió viaje hasta llegar a las islas Molucas —que habían sido colonia española— y de allí, atravesando el Pacífico, llegó a California, coincidiendo con los días enloquecidos de la fiebre del oro. Se detuvo lo justo para virar hacia el sur y volver a pisar tierra hispanoamericana llegando hasta Ecuador y el Perú, que vivía días de revuelta y desorden —situación recurrente en nuestros días—. A la vista del panorama, cambió de planes, se dirigió a Panamá y desde allí regreso a los EE. UU. recalando en Nueva Orleans.

Era época todavía de esclavitud y de vísperas de la guerra civil. Se dirigió después hacia el norte, llegó hasta Chicago y visitó las cataratas del Niágara, que le impresionaron más de lo que impresionan hoy en día, afeadas por un hórrido entorno de hoteles y casinos. Lo siguiente fue atravesar el Atlántico y desembarcar en Londres. Y de allí hasta Viena a donde llegó en noviembre de 1854. Esta segunda vuelta al mundo la había realizado en tres años y tres meses. Lo que se dice todo un señor viaje. Había cumplido los cincuenta y siete y creía tener cuerda suficiente para seguir viajando

con las botas puestas. Aunque su salud estaba ya algo resentida —parece que en alguno de los lugares que había visitado pudo haber contraído paludismo, una enfermedad debilitante—, pero ella parecía incombustible. Y, tras escribir otro libro, decidió seguir con sus aventuras. Le faltaba Australia y hacia allí embarcó en 1856 desde Róterdam rumbo primero a isla Mauricio y después hasta Madagascar donde llegó a la capital, pero hubo un mal entendido y la encarcelaron acusándola de espía. La maltrataron obligándola a cruzar zonas pantanosas en un viaje a pie extenuante hasta llegar a la costa. Eran selvas infectadas de malaria y cayó muy enferma y decidió volver a isla Mauricio renunciando a seguir viaje hasta Australia. En muy mal estado regresó a Viena en septiembre de 1858. Poco después, confirmada la malaria, el 28 de octubre, murió a causa de los efectos tardíos de esta implacable enfermedad tropical. Había cumplido sesenta y un años habiendo vivido los últimos veinte de manera única y emocionante. Una mujer de hierro.

# EL MORO VIZCAÍNO

Desde Juan Sebastián Elcano a Miguel López de Legazpi, pasando por Lope de Aguirre, Antonio de Gaztañeta, Blas de Lezo o Cosme Damián Churruca, la saga de grandes personajes vascos: marinos, viajeros y exploradores intrépidos o militares ilustres es impresionante. Muchos son conocidos y la noticia de su vida y hazañas ha llegado hasta nuestros días. Otros no tanto pese a que llevaron una vida de película. Sería el caso de José María Murga y Mugartegui, un vasco hijo de una familia ilustre que ha pasado a la historia con el apodo de el Moro Vizcaíno y fue un tipo pintoresco. Un militar que luchó en las guerras carlistas y también estuvo en la guerra de Crimea, en 1854, con los aliados que combatían contra Rusia. Después abandonó la milicia y, parece que, desdoblado de espía y llevado de su afán de aventuras y viajes, se fue a Marruecos haciéndose pasar por un árabe llamado Mohamed el Bagdadí. Viajó por el Magreb haciéndose pasar unas veces por peregrino, otras por mercader y en ocasiones por mendigo. Una vida inquieta que, como vamos a ver, estuvo llena de sorpresas y que contó en un libro titulado *Recuerdos Marroquíes del Moro Vizcaíno* que fue un éxito. En la España de mediados del siglo XIX se vivían los tiempos turbulentos de las guerras carlistas entre los liberales partidarios de la reina Isabel, hija de Fernando VII, contra los de su tío, el infante Carlos María Isidro de Borbón, los así llamados carlistas partidarios de una monarquía absolutista. Murga luchó en el bando liberal. Y llegó a ser diputado general de Vizcaya.

Podríamos decir que fue lo que coloquialmente se conoce como un culo del mal asiento. Había nacido en 1827 en Bilbao, en el seno de una notable familia de militares. Estudió en los escolapios y completó estudios en los jesuitas de Loyola. A los diecisiete ingresó como caballero cadete en el Ejército y a los veinte ya era alférez de Caballería. Eran tiempos en los que España, una vez más, afrontaba la tragedia de una guerra civil. En este caso, las guerras carlistas.

Murga participó en la campaña contra las partidas carlistas que en 1848 se levantaron en Cataluña y Aragón bajo el mando del general Ramón Cabrera, conocido por su ferocidad como el Tigre del Maestrazgo. Ascendió a capitán y en 1853 ya era comandante. Un año después, formando parte de la misión militar española, acabó empotrada en el ejército expedicionario francés que, junto a ingleses y turcos, luchaba contra los rusos en la guerra de Crimea que se desarrolló entre 1853 y 1856. Fue testigo del sitio de Sebastopol y de otros episodios que han pasado a la leyenda. Como la famosa carga de la Brigada Ligera, aquel épico desastre de la caballería británica en la batalla de Balaclava que cantó el poeta Alfred Tennyson en un poema que conocen o hasta hace unos años conocían todos los escolares ingleses.

Sobrevivió a la guerra y, al volver a España para seguir su carrera militar, se vio envuelto en otro conflicto. Una segunda intentona de los carlistas, esta vez acaudillada por el conde de Montemolín, Carlos Luis María Fernando de Borbón y Braganza, pretendiente carlista al trono de España con el nombre de Carlos VI.

Intervino en la represión de los sublevados en la región castellonense del Maestrazgo y acabó siendo el jefe militar de la escolta que condujo preso hasta Tortosa al cabecilla carlista. Podría haber seguido haciendo carrera en la Milicia, pero en 1861 la dejó. Se fue a París y de allí viajó a Edimburgo, en Escocia. A esta distancia en el tiempo, es imposible saber cuál fue la causa profunda que le llevó a renunciar a la vida militar para abrirle las puertas a la aventura, pero lo cierto es que parece que llevaba tiempo madurando la idea de viajar por el norte de África. Estudió árabe en París y preparó la aventura a la manera como unos años antes había hecho Domingo Badía, conocido por su alias de Alí Bey el Abasí, un espía español de los tiempos en los que Godoy mandaba más que el rey Carlos IV y del que hablaremos en otro capítulo.

Cabe suponer que Murga debía sentir con fuerza la pasión de la aventura y el viaje, tanto como para dejar una carrera que hasta aquel momento había sido todo un éxito. Por lo que he investigado acerca de su vida, era un hombre de sicología muy compleja. Inquieto a la manera de Ulises, aquel Odiseo que según el decir de

Homero sentía la nostalgia de los lugares que no había conocido. El caso es que abandonó formalmente el Ejército, aunque existen dudas razonables acerca de si acabó siendo espía realizando trabajos de campo en Marruecos, un territorio en el que España tenía intereses coloniales. Una presencia que por aquellas fechas —enero de 1860— había desembocado en un conflicto abierto con el sultán en la batalla de los Castillejos, cerca de Ceuta. Batalla en la que se distinguió un catalán ilustre nacido en Reus, el general José Prim y Prat que más tarde llegaría a ser presidente del Consejo de Ministros y posteriormente sería asesinado a resultas de un complot del que todavía hoy hay aspectos envueltos en sombras.

En 1861 Murga apareció en la Facultad de Medicina de Madrid donde adquirió conocimientos básicos de anatomía y patología, rudimentos de cirugía menor, atención de partos y extracción de muelas. Con este bagaje técnico y con conocimiento del árabe decidió cambiar de personalidad haciéndose pasar por el Hach Mohamed el Bagdady. Y, a primeros de febrero de 1863, entró en Marruecos por Tánger. Y así empezó la leyenda del Moro Vizcaíno.

¿Qué hizo en Marruecos para que su vida haya merecido pasar a los libros de historia? Pues de todo y a veces cosas un tanto raras, como hacerse pasar por mendigo, santón y curandero o sacamuelas. Durante tres años recorrió Marruecos de arriba abajo presentándose como un cristiano renegado. En ocasiones iba descalzo y vistiendo una chilaba, como los campesinos pobres. Otras era recibido por las autoridades locales porque le precedía su fama de hombre religioso. Pero, a juzgar por lo que pasó después en su vida, cobra sentido la conjetura de que José María Murga estuvo realizando labores encubiertas de información. Digo esto porque en 1866, año en el que falleció su madre, Murga regresó a Bilbao para hacerse cargo de los intereses de su familia y de otros asuntos relacionados con la alta política del momento. Entre 1870 y 1872 fue nombrado diputado general de Vizcaya y tuvo que combatir a las partidas carlistas creando la Guardia Foral, un cuerpo armado autónomo. Más tarde publicó un libro titulado *Recuerdos Marroquíes* que encontró un eco dispar. Algunos estudiosos valoraron las aportaciones antropológicas

acerca de la vida y costumbres de los habitantes del Magreb; otros más críticos lo tildaron de relato excesivamente folclórico.

La política no debía atraer demasiado a nuestro hombre porque volvió a organizar otro viaje por Marruecos que esta vez duró poco, porque en el País Vasco las cosas se habían complicado en razón de la última intentona de los carlistas. Murga volvió y luchó como voluntario liberal defendiendo Bilbao. Cayó enfermo y una vez repuesto intentó regresar a Marruecos. Pero no lo consiguió. Se le vio por última vez en Cádiz, pero no llegó a embarcar. Murió el 1 de diciembre de 1876. Tenía entonces cuarenta y nueve años de una vida azarosa repleta de viajes, aventuras y misterios. Uno de tantos vascos como ha dado la historia dotados de gran fortaleza física y cierto espíritu proclive a salir de su ámbito familiar para dar la vuelta al mundo, y un día, cuando no se les espera, vuelven a casa preguntando qué hay de cenar.

# VIAJAR, TERAPIA PARA EL DOLOR

A juzgar por el elevado número de viajeros intrépidos nacidos en el Reino Unido parecería certera la idea del poeta John Keats cuando decía que las islas pequeñas son cárceles grandes. Que parte de esta diáspora voluntaria se diera en el período de mayor poderío y expansión del Imperio británico con la reina Victoria transformada en emperatriz tras la adhesión de la India a la Corona y que su largo reinado —sesenta y tres años— estuviera marcado por una rigidez en las costumbres —la «moral victoriana»— quizá arroja alguna luz que permite entender por qué aquel ahogo, sobre todo, entre las mujeres, en algunos casos abrió las puertas al viaje como puerta hacia una cierta liberación. Sin desdeñar, claro está, la pulsión de la aventura que hace que algunos ungidos sientan la nostalgia del camino. Más en aquella época de expansión hacia territorios desconocidos en la que parecía que casi todo estaba por descubrir. Una mujer que sintió ese impulso al que dio curso pese a la limitación física derivada de un dolor crónico de espalda fue Isabella Bird, un ser humano valiente que como vamos a ver recorrió medio mundo viajando sola. Viajera, escritora y enfermera recurrió al viaje como terapia para un persistente dolor de espalda provocado por una lesión en la espina dorsal de la que fue operada cuando tenía dieciocho años. Pero el dolor no desapareció, se hizo crónico y la acompañó durante toda su vida.

Había nacido en 1831 en el Reino Unido en el norte de Inglaterra en el seno de una familia cuyo padre era un clérigo de la Iglesia anglicana. Viajó en una época —mediados del siglo XIX— en la que no estaba bien visto que una mujer viajara sola. Un comentario de lord Curzon, presidente de la Real Sociedad Geográfica de Londres —sociedad en la que, por cierto, con el andar del tiempo Isabella fue admitida—, resume bien el espíritu de aquella época vedada en tantas cosas a las mujeres. Copio textualmente: «Su sexo y su entendimiento las hacen ineptas para la exploración. Este tipo de

trotamundos femeninos es uno de los mayores horrores de este fin de siglo XIX». Afortunadamente, nuestra protagonista no se dejó amilanar y pasó media vida viajando por el mundo y escribiendo libros sobre sus experiencias demostrando que el carca de lord Curzon no solo estaba equivocado, sino que desconocía que el coraje y la determinación no es patrimonio masculino en exclusiva. Tras la fallida intervención quirúrgica, Isabella asumió que el dolor de espalda no iba a desaparecer y por consejo de los médicos decidió cambiar de aires. Primero se trasladó a Escocia, y después embarcó para América. Recordemos que era época en la que la navegación sometía a prueba a los viajeros porque en los barcos, por no haber, no había cubiertos para comer, la comida dejaba mucho que desear, la suciedad formaba parte del decorado y los excusados de baño carecían de condiciones higiénicas. Isabella pechó con estos y otros inconvenientes y llegó hasta una lejana isla canadiense, la isla del Príncipe Eduardo, que se encuentra en el golfo de San Lorenzo y que en nuestros días es famosa por sus langostas y mejillones. Desde allí se hizo de nuevo a la mar hasta llegar a Nueva York y aprovechó la ruta para contar la experiencia en el que sería un primer libro titulado *Una inglesa en América.* Fue bien acogido y eso la animó a seguir viajando y escribiendo. Acababa de cumplir veinticuatro años. El editor, de nombre John Murray, se convirtió en un gran amigo y mentor. Después regresó a Escocia, a Edimburgo. Más tarde, en 1857 volvió a Nueva York y de allí viajó a otras ciudades del norte de los Estados Unidos. Aquella etapa terminó de manera brusca al recibir la noticia de la muerte de su padre. Se quedó a vivir con su madre, pero las desgracias nunca vienen solas y también falleció poco después. Isabella quedó sumida en una gran depresión. Tenía una hermana que se llamaba Henrietta que la animó a que volviera a viajar. Le hizo caso y en esta ocasión se embarcó hacia el otro extremo del mundo, rumbo a Melbourne, en Australia. Una vez allí parece que le cogió gusto al Pacífico y se trasladó hasta las Islas Sandwich, en el archipiélago de Hawái, donde permaneció medio año. Más tarde, en 1873 puso de nuevo rumbo a los EE. UU. donde viajó por todo el Far West. En Colorado conoció y tuvo una relación personal con Jim Nugent, un aventurero

más conocido por su alias de Rocky Mountain Jim. Recorrió el Lejano Oeste y regresó a Nueva York para embarcar de nuevo rumbo a Escocia, donde en 1875 publicó un libro sobre su estancia en las islas de Hawái y otras experiencias de sus viajes que la consagraron como escritora.

Con haber sido largos los viajes que había realizado hasta entonces, todavía lo fueron más los que vinieron después. Había cumplido cuarenta y seis años cuando volvió a coger la maleta, esta vez con rumbo a Japón, país en el que permaneció seis meses. Más tarde se trasladó a China y después embarcó de nuevo, esta vez rumbo a Vietnam, Malasia y Singapur. Le gustó Japón, pero no así China, país sobre el que dejó escritos comentarios muy negativos sobre algunas costumbres de sus habitantes relacionadas con la falta de higiene como escupir por la calle, práctica en la que, por cierto, perseveran.

Viajera inquieta donde las hubo, dejó atrás Asia y se hizo de nuevo a la mar para llegar a Egipto y desde allí, en Alejandría, embarcó de regresó a Inglaterra. Las aventuras vividas en tan largos periplos fueron el material para un nuevo libro que tuvo mucho éxito. Pero la mala suerte volvió a golpear su vida tras la muerte de su querida hermana Henrietta. Esta pérdida la depositó otra vez en brazos de la depresión. Se recuperó y poco después, en 1881, decidió casarse con un antiguo pretendiente que se llamaba John Bishop. Se casó de luto y el matrimonio duró poco porque cinco años después falleció su esposo. Otra vez sola, decidió formarse como enfermera y, con la intención de ayudar a los más necesitados, embarcó de nuevo, esta vez rumbo a la India donde fundó un hospital al que puso el nombre de su marido y un segundo centro médico cuyo nombre dedicó a su querida hermana Henrietta. Ambos hospitales siguen funcionando en la actualidad.

Para el viaje de regreso —como diría nuestro añorado Manu Leguineche— escogió el «camino más corto» pasando por Persia y el Kurdistán. Al volver a casa, con los nombres de estos dos países en la portada publicó el que sería su libro más famoso: *Viajes por Persia y Kurdistán*. Superada la etapa de depresión y a pesar de las

incomodidades y peligros que aparejaban los viajes en el siglo XIX, Isabella Bird volvió a lo suyo.

A viajar. Volvió al Japón y de allí se trasladó a Manchuria, en el norte de China y más tarde a Corea. Tres años duró aquella aventura en la que estuvo a punto de perder la vida. Consiguió regresar a Inglaterra y publicó nuevos libros, y en 1900 organizó el que sería su último viaje. El destino fue Tánger, la mítica ciudad del norte de Marruecos. Volvió a casa y cuatro años después, el 7 de octubre de 1904, a punto de cumplir los setenta, murió. Unos años antes había sido admitida con todos los honores en la Real Sociedad Geográfica de Londres. Fue la primera mujer que entró a formar parte de tan elitista institución. De haber vivido el momento no sé qué habría dicho el estirado lord Curzon. Fue, sin duda, un acto de justicia. En este caso de lo que podríamos llamar justicia poética. Gran mujer.

# FLAUBERT, LOS VIAJES DEL GENIO

Gustave Flaubert tiene un lugar destacado en el Panteón de los Escritores Ilustres como autor de obras imperecederas *Madame Bovary, la Educación sentimental* o *La tentación de san Antonio.* Era un perfeccionista. Vivía obsesionado tratando de encontrar *le mot juste* (la palabra adecuada). Escribía y rompía una y otra vez hasta estar satisfecho con lo que había escrito. También fue un gran viajero en una época —mediados del siglo XIX— en la que viajar no era cómodo ni fácil. Todo lo contrario. En sus viajes por Oriente le acompañaba un amigo, iban armados hasta los dientes y llevaban escolta. Viajar era muy arriesgado. Las rutas estaban llenas de salteadores y la navegación era muy peligrosa. Pero le gustaba viajar y los viajes desempeñaron un papel importante en su etapa de formación como novelista. Como otros viajeros de aquella época romántica también se sintió atraído por la misteriosa «llamada» de los países del Cercano Oriente. La fascinación del exotismo atribuido a los países de estirpe islámica.

Había nacido en 1821 en la ciudad francesa de Ruan, donde vivió sus años mozos. Después pasó algún tiempo en París. Desde allí realizó ya un primer viaje por Córcega y los Pirineos. Para entonces Flaubert ya había escrito *La tentación de san Antonio*, un libro que con el devenir del tiempo sería considerado como una obra maestra. Cuando aún no había cumplido los treinta, en abril de 1850, desde el puerto de Marsella se dio a la vela rumbo a Oriente Medio. Le acompañaba el joven Maxime Du Camp que era fotógrafo, una profesión muy novedosa entonces.

Se alejaba de los ecos y represiones tardías de la Revolución de 1848, tragedia de la que años después hablaría en otra de sus obras más famosas: *La educación sentimental.*

Llegaron hasta Egipto y recorrieron aquel milenario país que se había puesto de moda en Europa tras la famosa expedición de conquista que medio siglo antes había realizado el joven cónsul

Napoleón Bonaparte haciéndose acompañar de arqueólogos y dibujantes que cuando regresaron a París incendiaron la imaginación del personal con los grabados de las pirámides, los jeroglíficos y demás maravillas del país del Nilo. No sé qué habría sido de aquella expedición de Napoleón si por aquel entonces hubiera existido la televisión y las redes sociales. Con la televisión de por medio, la expedición a Egipto del joven general Bonaparte —que por aquel entonces todavía no se había coronado como emperador— habría dado pie a un biopic apoteósico. Aquella expedición y los relatos y dibujos que posteriormente hicieron algunos de los científicos y artistas que realizaron el viaje fue seminal para despertar en Europa la pasión por la milenaria civilización de los faraones.

Flaubert permaneció en Egipto un par de meses. Visitó las pirámides de Guiza y navegando por el Nilo llegó hasta Luxor y Asuán. Después, en Alejandría, embarcaron rumbo a Beirut a donde llegaron a mediados de julio de 1850. Le pareció un lugar encantador. Conocieron a un pintor, Camille Rogier, amigo de Théophile Gautier, en cuya compañía según su decir pasaron días agradables. Después atravesaron Siria y llegaron a Damasco. «Siria —escribió— es un país hermoso, tan variado en contrastes y fogoso en colores como tranquilo y monótono resulta Egipto, que es despiadadamente regular para la vista». Después prosiguieron viaje hacia el sur. En una carta dirigida a su madre decía que iban ensillados, llevaban botas y espuelas e iban fuertemente armados. Contaba que se detenían en las fuentes, dormían bajo los árboles y les acompañaban cuatro mulas que llevaban collares con cascabeles. La expedición la componían ocho hombres y diez caballerías. En la carta refiere que pasaban días enteros el uno al lado del otro —con el joven Du Camp—, sin pronunciar palabra, absortos cada uno en sus ensoñaciones. Y confiesa: «Gozo de todo, saboreo el cielo, las piedras, el mar, las ruinas».

Nueve días tardaron en llegar desde Beirut a Jerusalén. Entraron por la puerta de Jaffa. Le pareció que la ciudad transmitía una tristeza inmensa —según escribió en una carta fechada el 20 de agosto de 1850 que iba dirigida a su amigo Louis Bouilhet: «Jerusalén es un osario rodeado de murallas. Parecía que la

maldición de Dios sobrevolaba la ciudad». Una decepción que quizá se justificaba por el abandono de la ciudad en materia de higiene.

> Todo se pudre: los perros muertos en las calles, las religiones en las iglesias. Numerosas son la porquería y las ruinas… los armenios maldicen a los griegos, que a su vez odian a los latinos, que excomulgan a los coptos. Todo ello resulta más triste que grotesco. Lo primero que hemos observado en las calles es la carnicería. Los alrededores apestan, el joven Du Camp se ha mareado…

Flaubert relata con precisión y distancia cuanto ve y no le agrada:

> El Santo Sepulcro es la aglomeración de todas las maldiciones posibles. En tan reducido espacio hay una iglesia armenia, una griega, una latina y una copta. Todo ello mezclado con injurias y maldiciones desde el fondo del alma y perturbando al vecino por candelabros, alfombras y cuadros.

Aclara que las llaves del templo las tiene el pachá turco y cuando se quiere ir a visitarlo hay que pedírselas. Anota que le parece una medida sabia que se hace por humanidad porque — añade— «si el Santo Sepulcro se entregara a los cristianos llevarían a cabo una masacre infaliblemente». Aclara que hay precedentes y remata tan severo juicio citando al poeta y filósofo romano Lucrecio, «tantum religio potuit suadere malorium» —la práctica religiosa conduce al mal»— se lee en su famosa obra *De rerum natura*. Flaubert anota que tras la primera visita al Santo Sepulcro volvió al hotel exhausto y aburrido hasta los huesos. Y confiesa que «guardo rencor por no haberme emocionado y no había nada que deseara más, ya me conoces», le dice a su amigo en la carta.

Cualquier viajero que en nuestros días haya estado en Jerusalén y visitado el Santo Sepulcro, al presenciar el cafarnaúm que organizan los religiosos de las cuatro confesiones cristianas que se reparten el tiempo y la secuencia de las ceremonias que se realizan en el templo, habrá reconocido el eco de estas palabras de Flaubert. Suceden a diario los conatos de violencia, y las disputas entre los

clérigos de las diferentes confesiones —incluso a escobazos— no resultan nada edificantes y, la verdad sea dicha, desconciertan a los peregrinos que asisten atónitos a tan estrafalarias trifulcas.

Belén se libra de la acerada crítica del Flaubert viajero: «La cueva de la Natividad sí vale la pena. Las lámparas producen un hermoso efecto que recuerda a los Reyes Magos». Más tarde visitaron Nazaret y posteriormente descendieron hasta Jericó llegando hasta el mar Muerto. Y siguieron viaje. Visitaron Ramala, Jaffa, San Juan de Acre, Tiro y Sidón, y regresaron a Beirut. Seguía en compañía del joven Du Camp. Embarcaron en Beirut en un barco austríaco de vapor en ruta hacia la isla de Rodas. Y desde allí, tras pasar una cuarentena, navegaron rumbo a Estambul, la capital del Imperio otomano, a la que Flaubert prefería seguir llamado Constantinopla. La ciudad le encantó. Supongo que como nos ha pasado a cuantos hemos llegado hasta allí por mar en horas de amanecida. Me atrevería a decir que no hay otro despertar mejor en todo el planeta que el que ofrece el paraje sobre el que se asienta la ciudad. Pese al paso del tiempo, la línea del horizonte y la luz que se filtra a través de las almenas de las milenarias murallas recrea la silueta urbana de la desaparecida Constantinopla, el resplandor de la gloria de Bizancio, aquel imperio que duró mil años y cuya capital cayó en manos turcas el martes 29 de mayo del año 1453. Flaubert y su acompañante llegaron a la ciudad a mediados del mes de noviembre.

«Pasamos cinco semanas en Constantinopla; habría que pasar allí seis meses. Pese al mal tiempo paseamos mucho por los bazares, por las calles, en caique, a caballo. Vimos al sultán». Y pasearon a caballo por los alrededores de Escutari, en suelo asiático.

> El viento sacudía por los aires la cola y las crines de nuestros caballos. Recorrimos quince leguas a una velocidad diabólica sobre la nieve que silenciaba el paso de nuestros caballos. En los baches, sus pezuñas quebraban el hielo. Mi acompañante golpeaba a los perros de los pueblos por los que pasábamos a grandes latigazos. Toda la jauría vagabunda aullaba con espanto. La marea estaba alta al cruzar el Bósforo y si no nos ahogamos en el caique fue porque Dios no quiso. Por los demás resultó ser

> un bien día, de esos en los que hay pocos en la vida, incluso cuando se está de viaje.

Los días de estancia en Estambul le atraparon hasta el punto de escribir en una carta dirigida a su madre que «Constantinopla algún día será la capital de la Tierra. Es realmente enorme como humanidad». Pero se queja de lo cara que está la vida en la capital y en Esmirna:

> Nos arruinamos en estas ciudades, todos nuestros viajes en Rodas y en el Asia Menor nos han costado menos que los doce días que pasamos en Esmirna donde sin embargo no compramos nada. Pero la vida a la europea tiene un precio exorbitante. ¡*Dos piastras por lavar un cuello de camisa*! *¡Dos piastras*! Y así todo.

Después recorrió Grecia, que ya había conquistado su independencia tras una guerra feroz con los turcos ocupantes del país durante cuatrocientos años. Pasó algún tiempo en Atenas. Grecia era un país pobre y atrasado, muy incómodo para los viajeros porque no había carreteras, todo eran caminos y sendas. No le gustó mucho, aunque dejó escrito que solo por poder contemplar el Partenón, en la cima de la Acrópolis, el viaje merecía la pena. Viajaron por el Peloponeso en ruta hacia Esparta y Mesenia. Sufrieron todo tipo de penalidades derivadas de los caminos impracticables y de las indescriptibles condiciones de los lugares en los que conseguían alojamientos. En el puerto de Patras, donde llegaron a principios de febrero de 1851, aguardaron algún tiempo a la espera de poder embarcar hacia Brindisi, en Italia. La descripción que Flaubert hace del galpón en el que habían encontrado alojamiento retrata con crudeza lo que eran las posadas de ocasión con las que tenían que conformarse los viajeros en aquellos tiempos. «La habitación ocupaba una parte del gallinero. Era necesario pelearse con las gallinas para alcanzar el cristal. ¡Y qué cristal! Sospecho que el dueño engorda a las aves con mierda; la calidad de la cocina parece indicarlo así».

Sumando los viajes por diversos territorios del Imperio otomano y por Grecia, Flaubert estuvo en total más de dos años de un lado

para otro contando que a la vuelta, tras viajar por el Peloponeso y embarcar rumbo a Italia, desembarcó en Brindisi y prosiguió camino a caballo hasta Nápoles. Después, en diligencia, viajó hasta Roma que le pareció «el museo más espléndido que había en el mundo». Se declaró atrapado por *El Juicio Final* de Miguel Ángel y también por una Virgen pintada por nuestro paisano Bartolomé Murillo que —según escribió—«le perseguía como una alucinación perpetua». Regresó a Francia por mar desembarcando en el puerto de Marsella. Era un mes de enero y pasó mucho frío viajando en diligencia desde Marsella hasta París. En sus cartas se aprecia su gran talento como escritor. Fue un observador privilegiado. Copio un párrafo de una de las cartas dirigida a uno de sus amigos: «De todos los excesos posibles, el viaje es el más grande que conozco, el que se inventó cuando nos cansamos de los demás». Hay toda una filosofía entusiasta de los viajes que se desprende de cómo fue relatando su primer *grand tour*.

Tras este primer viaje largo, Flaubert le cogió afición a dejar su despacho de Croisset, cerca de Ruan, y planeó otro para tomar notas que le sirvieron para escribir *Salambó,* un libro que le hizo muy popular. Es una novela histórica que estaba ambientada en Cartago, la antigua ciudad del norte de África enclavada a unos veinte kilómetros de la actual capital de Túnez y que fue la capital del imperio cartaginés.

Flaubert recorrió las ruinas de Cartago. Le impresionó el tofet, el lugar en el que estaban las tumbas con los restos de los atroces sacrificios de niños a Tanit y Baal, las deidades fenicias. Subió hasta la colina de Birsa y reflejó en la novela la grandiosidad de aquella ciudad destruida años después por las legiones romanas al mando de Publio Cornelio Escipión, al que llamaron el Africano tras derrotar en la batalla de Zama al mítico general cartaginés Aníbal Barca.

La experiencia como viajero por Túnez le permitió ambientar la historia en la guerra civil que tuvo lugar en Cartago en el siglo III a. C. y fue conocida como la rebelión de los mercenarios. Flaubert fue a Cartago y vio cactus, y por eso hay cactus en *Salambó,* pero, como reparó con su habitual agudeza Jorge Luis Borges, Flaubert no sabía que esos cactus habían sido importados de Méjico muchos siglos

después de la desaparición de Cartago. Un anacronismo que no privó de vigor el relato y que, todo hay que decirlo, es frecuente en la novela histórica por no señalar al cine donde los fallos de *raccord* —fallos en la continuidad de los planos— y los despistes del *script* propician divertidas escenas como la presencia de un reloj en la muñeca de un fornido legionario romano combatiente en la batalla del Puente Milvio en la película *Constantino.* Un péplum que refleja la victoria de aquel emperador que, tras vencer a Majencio, su rival, combatiendo bajo el signo de la cruz, dio un vuelco a la historia de Roma renegando de los dioses paganos y convirtiéndose al cristianismo. Otra pifia más reciente se coló en *Gladiator,* la trepidante película dirigida por Ridley Scott. Cuando el general Máximo Décimo Meridio (papel que interpreta Russell Crowe) pasa revista a las tropas, entre los curtidos legionarios hay uno que viste pantalones vaqueros.

*Salambó* tuvo un gran éxito y abrió las puertas de la novela histórica, un género que sigue gozando de buena salud en nuestros días.

Gustave Flaubert murió joven. Toda su vida padeció ataques de epilepsia y falleció el 8 de mayo de 1880 cuando tenía cincuenta y nueve años. Aunque estuvo enamorado y durante diez años mantuvo una relación tormentosa con la poetisa Louise Colet, nunca se casó. Era tímido y su compleja personalidad se refleja en su obra maestra: *Madame Bovary,* de la que dijo que «madame Bovary era él». El alcance de su genialidad también se refleja en *Bouvard et Pécuchet,* uno de sus libros menos leído. Era un neurótico de la escritura. Escribía y borraba. Flaubert despreciaba la vulgaridad y amaba la belleza. Sin duda, fue un genio. Sus obras, algunas de ellas fruto de las experiencias vividas en los viajes, le han hecho inmortal.

*Las notas de viaje* están tomadas de las cartas que escribió Gustave Flaubert desde los lugares por los que pasó en su viaje por Oriente Medio. Publicadas por Editorial Gadir y traducidas por Elisabeth Falomir Archambault.

# UN DIPLOMÁTICO AVENTURERO

Entre los mil objetos testigos del paso del tiempo que atesora el Museo Arqueológico Nacional, cuya sede está en Madrid, se encuentran dos ladrillos o tablillas de barro que contienen inscripciones en sánscrito. Los expertos las han fechado como procedentes de la época de Nabucodonosor II, el gran rey de Babilonia que reinó entre el año 604 a. C. y el 562 a. C. Entre otros hechos, los libros de historia recuerdan que en una de sus campañas militares conquistó Judá y destruyó el famoso Templo de Jerusalén. Cuando visito un museo y admiro las maravillas que custodian, intento saber su procedencia. Si se trata de piezas arqueológicas, es habitual que figuren en los catálogos o que junto a ellas aparezca una ficha con datos ilustrativos acerca de su origen y procedencia. Cuando no es así y uno quiere saber más, hay que preguntar. Y es lo que en este caso me llevó a saber que los mencionados ladrillos pertenecían al museo fruto del legado de un diplomático español que en el último tercio del siglo XIX los había cogido a su paso por las ruinas de la mítica ciudad de Babilonia. Este hombre se llamaba Adolfo Ribadeneyra y fue, por decirlo así, un viajero profesional, puesto que era diplomático. Es una figura importante de nuestra historia, una vida de un leal y esforzado servidor del Estado olvidada como tantas otras. Era un hombre dotado de una personalidad fuerte, un intelectual muy destacado que murió joven, pero que en su breve paso por este mundo tuvo ocasión de viajar por medio planeta defendiendo en razón de su condición de servidor público los intereses de España.

Era español, pero no nació en España. La cosa tiene explicación. Situémonos en la mitad del siglo XIX, y más concretamente en 1841. Su padre, Manuel Ribadeneyra, un personaje importante en el mundo de la cultura como promotor de la Biblioteca de Autores Españoles, se encontraba en Chile tratando de conseguir fondos

para impulsar esta empresa y allí, en la ciudad de Valparaíso, conoció a una dama chilena que se llamaba Nieves Sánchez y Riquelme con la que acabaría casándose. El 10 de abril de 1841 nació su primer hijo al que bautizaron con el nombre de Adolfo. Siete años después, la familia se trasladó a España. Fue el primer viaje largo de nuestro personaje. No volvieron a Chile. El joven estudió en Madrid y más tarde su padre le envió a Inglaterra, Alemania y Bélgica en la idea de que el muchacho —que apuntaba gran disposición para el estudio— lograra una buena formación en diferentes idiomas. De hecho, a lo largo de su vida los idiomas fueron su punto fuerte, llegando a dominar hasta once. Con apenas veintidós años, además del latín, ya hablaba otras cinco lenguas: inglés, francés, italiano, alemán, algo de árabe y algún tiempo después el turco y el farsi. Con arreglo a las costumbres de la época —corría el año 1863—, pese a ser tan joven, solicitó a la reina Isabel II ser admitido en la carrera consular manifestando interés en conseguir un destino en algún país de Oriente.

La «llamada» de Oriente, la atracción por lo exótico, fue un factor común entre los viajeros del siglo XIX. Fue una sorpresa si tenemos en cuenta que eran los tiempos de aquella España del «vuelva usted mañana» que tan ácidamente había descrito otro joven, el malogrado Mariano José de Larra, pero la solicitud fue aceptada y como «joven de lenguas» fue destinado al Consulado General del Beirut, en el Líbano.

La figura de los «Jóvenes de Lenguas» era una institución de la diplomacia de la época que facilitaba el acceso a la carrera a personas —en aquella época solo varones— dotadas de facilidad para los idiomas y a las que se reclutaba para que aprendieran las lenguas menos comunes en el ámbito en el que operaba la diplomacia española. Fue el caso de nuestro hombre que nombrado vicecónsul, nada más llegar a Beirut, se dedicó con gran provecho al estudio del árabe. Poco después, se trasladó al consulado de Jerusalén. Ambas misiones estaban en territorio del Imperio otomano. Empezaba allí una carrera consular que casi produce vértigo. Sus nuevos destinos diplomáticos le llevaron al Extremo Oriente. Primero a Ceilán. Llegó a Colombo, la capital de la isla, en

1868 con la encomienda de vicecónsul en el bolsillo. Tenía entonces veintisiete años. Aquella representación dependía del Consulado General de España en China. Para hacernos una idea de las dificultades que por aquel entonces aparejaban los viajes y las distancias, hay que pensar que para viajar como hizo Ribadeneyra desde España a Ceilán, la isla a la que hoy llamamos Sri Lanka, tuvo que pasar más de dos meses de navegación, haciendo escalas y rodeando África, porque el canal de Suez no fue abierto hasta un año después, en el mes de agosto de 1869.

La vida profesional de nuestro joven vicecónsul se movió al ritmo que marcaban los cambios en la política española. Estamos hablando de 1868, el año en el que se produjo la llamada «Gloriosa», la Revolución de Septiembre, una sublevación que provocó el final del reinado de Isabel II y el inicio del Sexenio Democrático. En noviembre de aquel año, el Gobierno Provisional le nombró vicecónsul en Damasco, un destino mucho más acorde con las preferencias de Ribadeneyra y, por cierto, mejor pagado: 1200 escudos anuales, 1800 más para los gastos de residencia y otros 600 para los ordinarios del servicio. En el transcurso de esta nueva encomienda tuvo la oportunidad, el 17 de noviembre de 1869, de asistir a la inauguración del canal de Suez, ceremonia presida por la española Eugenia de Montijo, a la sazón emperatriz de los franceses.

Conocer Egipto, Siria y otros países de aquella región tan cargada de historia fue una aventura personal fascinante. En Siria fue feliz y de su estancia en el Cercano Oriente nació uno de sus primeros libros *Viaje de Ceylán a Damasco*. Desglosadas por etapas, el viaje le llevó de Ceilán a Bombay en la India, de allí a Basora en el sur de lo que hoy es Iraq y entonces era territorio del Imperio otomano. Babilonia fue la siguiente etapa. No fue fácil llegar. José María Córdoba Zoilo recoge este testimonio:

> Fuera ya de Bagdad, el viaje a caballo por las pistas de un país, entonces desolado, no estaba exento de sorpresas y peligros. Cabalgó hacia el sur por una «comarca desértica y llana como la palma de la mano». Tras haberse unido a unos mercaderes que marchaban hacia Hilla, la pequeña caravana se cruzó en la noche

con otra de persas muy especial, pues desde Isfahān iba con «treinta y tantas caballerías cargadas de cadáveres que llevaban a enterrar en Karbala», según costumbre de muchos šīíes, que quieren tener su último descanso junto a las tumbas de ʻAlī y Husayn. Rivadeneyra escribe que hubiera querido interrogar a los conductores de tan singular caravana, pero el olor de dos recientes fallecidas, cuyos cuerpos habían recogido a su paso por Bagdad, era tan fétido, que para no caerme del caballo piqué espuelas y dejé atrás aquel cementerio ambulante, harto pensativo en las usanzas humanas (*Ribadeneyra en Babilonia: experiencia, trasfondo y recuerdo de una aventura española*. ISIMU).

Llegado a Babilonia las ruinas le deslumbraron. Analizó el lugar llegando a la conclusión de que el zigurat del relato bíblico, la mítica Torre de Babel, no podía ser la construcción conocida como Bir Nimrod como se creía en aquella época. En la actualidad hay vestigios de un zigurat en lo alto de un promontorio a cuyos pies se levanta la reconstruida muralla de Babilonia. En la parte frontal del recinto levantada con ladrillos vidriados se encuentra la famosa Puerta de Ishtar. Es una réplica, la original se encuentra en Berlín, en el museo que custodia también el espectacular altar de Zeus traído desde Pérgamo. La puerta da acceso al interior de la antigua Babilonia en parte también ha sido reconstruida.

En 2003, durante la guerra de Iraq que generó la invasión norteamericana, pude visitar el museo que está en el interior del recinto, comprobando que todas las obras de arte habían desaparecido; algunas habían sido ocultadas por los conservadores; otras, la mayor parte, acabaron en el obsceno mercado negro de antigüedades al que dio pie la guerra y los saqueos. Los responsables del museo habían colgado fotografías en las que se veían las obras de arte desaparecidas. Resultó desolador contemplar el testimonio de aquel expolio. Desolación que completó el paseo por las calles vacías de la reconstruida ciudad escoltado por un soldado de la coalición armado con un fusil de asalto.

Volviendo a nuestro diplomático, resulta que antes de abandonar

Babilonia cogió dos ladrillos con inscripciones. Los llevó consigo hasta la vuelta a España, y un amigo suyo, el profesor Francisco García Ayuso, que era experto en sánscrito, consiguió descifrarlos. Como decía, hoy en día están depositados en el Museo Arqueológico Nacional, en Madrid. Dejando atrás Babilonia, el joven diplomático prosiguió viaje hasta Bagdad y Mosul para llegar hasta Diyarbakir, ciudad situada en el sureste de Anatolia a orillas del río Tigris y cuya población es mayoritariamente kurda. En la Antigüedad fue capital del reino de Mitanni. Ribadeneyra pasó después a Siria visitando Alepo y Damasco. También se acercó hasta Palmira, la ciudad del desierto de la que fue reina la infortunada Zenobia, cuya figura parece vagar a escondidas entre las impresionantes ruinas que dan fe del glorioso pasado de la que un día fue llamada la capital del desierto.

Ribadeneyra escribió un segundo libro que tituló *Viaje al interior de Persia*, lo redactó tras ser destinado por el Gobierno de Emilio Castelar como vicecónsul a Teherán una legación recién creada en la capital de Persia. Es minucioso describiendo el itinerario hasta llegar a la capital persa y anotando los peligros que acechan en las rutas y las precauciones que tomó para protegerse. Resulta que, amén de un grupo de jóvenes que le servían de escolta y de un traductor, contrató a un secretario al que confiaba la labor de anunciar su llegada a los lugares que iba visitando. Estimaba que aquella parafernalia le ayudaba a relacionarse con las autoridades, pues aquel nutrido acompañamiento transmitía aires de ser lo propio de un gran señor.

Pasó por ciudades como Hamadán, Jorramabad, Kerman o Dizful. En esta última vivió una experiencia excepcional, pues el gobernador de la región de Arabistán le concedió un gran honor situándole a su lado cuando realizó su entrada triunfal en la ciudad. Ribadeneyra nunca olvidó aquel momento para él verdaderamente estelar. En su libro lo describe como una algarabía, una eclosión de sonidos, colores y olores porque, al tiempo que se producía la llegada del cortejo, los naturales del lugar sacrificaban carneros y camellos y todo lo inundaba el estruendo de los tambores y las chirimías. Volveremos a evocar aquel momento porque años después, ya de

vuelta en Madrid, nuestro diplomático viajero quiso inmortalizarlo encargándole un cuadro al pintor barcelonés José Luis Pellicer. Después de Dizful, prosiguió viaje camino de Shiraz o Ispahán, ciudades de larga tradición cuyo pasado le sirvió para ir contando la historia de Persia.

Como diplomático su misión era estudiar las oportunidades que podía ofrecer aquel gran país al mercado español. Y, mirando hacia las islas Filipinas, que todavía pertenecían a España, estudiar la idoneidad de escoger un puerto en el golfo Pérsico para establecer una nueva agencia consular.

Estuvo poco en el cargo, hasta 1870, año en el que fue cesado como tantos otros funcionarios al cambiar el signo del Gobierno. En aquella época no tenían el puesto de trabajo asegurado como sucede ahora y la caída del Ejecutivo provocaba un número considerable de cesantes. En *Miau*, una de sus novelas más logradas en el registro de la sátira, don Benito Pérez Galdós narra el drama que se cernía sobre los funcionarios cesantes cuyas vidas estaban sometidas al albur de los cambios políticos. Recurrentes tragedias familiares a lo largo de buena parte del siglo XIX.

Ribadeneyra afrontó el problema cargándose de paciencia. Si uno no es político, y Ribadeneyra no lo era, la paciencia parecía un asidero. Nuestro hombre esperó. Las cosas cambiaron en el ministerio y le nombraron cónsul de segunda clase en Singapur —otro viaje largo al Extremo Oriente—. Duró poco porque la siguiente encomienda le llevó, ya como cónsul, a Mogador, en Marruecos. Allí tampoco estuvo mucho tiempo. Cesó a petición propia por discrepancias con las autoridades del lugar.

Y fue cuando el destino le alcanzó. Murió muy joven, el 6 de febrero de 1882. Parece que arrastraba algún tipo de enfermedad contraída durante su estancia en Teherán, pero la causa que desencadenó su muerte fue un aneurisma de aorta. Tenía cuarenta y un años. Una vida vivida con intensidad, aplicación y provecho para los intereses de España. Del legado de nuestro personaje merecería ser destacado el tesón con el que debutó en la vida apostando por el estudio como palanca en el ascensor social. Y, también, su agudo sentido de la observación. En sus escritos se adelantó a su época

formando parte en un movimiento ilustrado que pretendía impulsar el desarrollo de España. Participó en la gestación de la Sociedad Geográfica de Madrid de la que llegó a ser secretario de su primera Junta Directiva. Esta encomiable institución fue pionera en la tarea de dar a conocer los avances en el descubrimiento de nuevos territorios. A pesar de lo limitado de sus recursos patrocinó algunas expediciones y realizó estudios geográficos llevando a cabo otro propósito encomiable que fue la recuperación y divulgación de textos de viajeros olvidados. Con sus libros Ribadeneyra animó a otros compatriotas a escribir relatos de viajes para no tener que acceder al conocimiento de otros países a través de libros traducidos. A estos efectos, el título original de su último libro, publicado en 1871, es revelador. Reza así: *Viaje de Ceylan a Damasco, golfo Pérsico, Mesopotamia, ruinas de Babilonia, Nínive y Palmira y cartas sobre la Siria y la isla de Ceylan*.

Amén de los dos ladrillos de barro con una inscripción en sánscrito de la época de Nabucodonosor II cedidos al Museo Arqueológico Nacional, también legó al Estado un cuadro muy celebrado del pintor catalán José Luis Pellicer que narra la entrada del gobernador de Arabistán en la ciudad de Dizful, una ceremonia cargada de pompa en la que tomó parte el propio Adolfo Ribadeneyra. El cuadro se encuentra en el Ministerio de Administraciones Públicas. Un gran hombre malogrado en la flor de la edad y cuya vida y obra merecería encontrar alguna reseña en los libros escolares que narran la historia de nuestro país.

# CIEN MIL KILÓMETROS A PIE

Pese a ser una muestra congelada del pasado, los museos son una fuente de conocimiento que ayuda a comprender cómo era la vida de quienes nos han precedido o cuál era su visión del mundo expresada a través de las artes, de la pintura, la escultura, la ciencia o la medicina. Viajar al Berlín de nuestros días es tener la oportunidad de participar en un festín museístico. Entre otros, enclavados en la llamada Isla de los Museos, todos ellos muy recomendables, está el Foro Humboldt que se localiza al sur de la mencionada isla y tiene su sede en el antiguo Palacio Real. Reconstruido tras haber quedado seriamente dañado por los bombardeos en el transcurso de la toma de la ciudad por las tropas del Ejército Rojo de la URSS durante la Segunda Guerra Mundial. El foro reúne las colecciones de dos antiguos museos: el Etnológico y el de Arte Asiático y lleva el nombre de un viajero intrépido, el prusiano Alexander von Humboldt.

Además de trotamundos inquieto, fue un sabio muy reconocido en su tiempo. Un hombre ilustre, incansable como viajero y explorador y esclarecido como científico. Un precursor universalmente reconocido en el mundo de la geografía y otras ciencias de la naturaleza. Nació en Prusia, Alemania del norte, en el año 1769 y a lo largo de su vida se calcula que recorrió más de 100 000 kilómetros. Buena parte de ellos en América, la del Sur y la del Norte. También viajó largamente por la Rusia imperial. Vivió en Francia y estuvo en España. Hablaba alemán, francés, inglés y español, y se calcula que en el transcurso de los noventa años que vivió escribió cerca de 50 000 cartas dirigidas a otros científicos de diversos países. Todo muy alemán, a lo grande y llevado a término con mucho arte y estilo. Porque saber viajar es un arte que requiere disposición, curiosidad y, tratándose de otras épocas —sin las ventajas de la nuestra en medios de transporte—, un empeño que también requería mucha resistencia física. Humboldt lo tuvo todo.

Había nacido en el seno de una familia noble y con posibles. Un hermano suyo fue ministro de Prusia. Él estudió en el mismo palacio en el que había nacido con preceptores escogidos. Entre otros se cita a Joachim Heinrich Campe, a quien sus biógrafos señalan como un hombre ilustrado influido por los ideales de Jean-Jacques Rousseau. El joven Alexander acreditó un talento notable para el dibujo y la pintura hasta el punto de exponer sus obras en la Academia de Berlín cuando solo tenía diecisiete años. Con veinte, realizó su primer viaje a lo largo del Rin y después se trasladó a Francia, los Países Bajos e Inglaterra. Por lo que contó en una de sus cartas fue en aquel primer viaje fuera del ambiente familiar cuando por decirlo así le entró el gusanillo de la aventura, el sueño de navegar hacia otros países y continentes. Europa vivía días de confusión y pasiones políticas en razón del auge de las ideas liberales nacidas de la Revolución francesa. La familia frustró una incipiente carrera en la milicia, decisión que aceptó con resignación. Sufrió el rigor de una madre agobiante. Prusia se le quedaba pequeña, pero su curiosidad era grande y le orientó hacia la botánica y la geología. Estudió Ingeniería de Minas con óptimos resultados, lo que le convirtió en un especialista a quien el Gobierno confió responsabilidades administrativas y también tareas exploratorias en busca de fuentes de recursos minerales. Minas de oro en Alemania y de carbón y otros recursos en Polonia y Rusia. Acreditó fama de técnico competente, dueño de una gran inventiva, que le llevó a desarrollar diversos aparatos, entre otros un artilugio para alertar acerca de las emanaciones letales de gas en las galerías de las minas. Cumplía con el trabajo, pero se aburría. Es duro consignarlo, pero todos sus biógrafos coinciden en señalar que, cuando tenía treinta años y su madre murió el joven Humboldt, respiró. Empezó por planear un viaje a África, pretendía empezar por Argelia, pero los acontecimientos políticos en la región le aconsejaron abandonar la idea. Y fue entonces cuando el destino parece que le hizo la señal que habría de orientar el resto de su vida. Recibió un encargo del Gobierno prusiano para viajar y explorar en los vastos territorios españoles de América. Y se puso manos a la

obra elaborando un documento en el que expresaba la razón y objetivos del viaje.

El obligado paso previo fue obtener el permiso y la protección del rey de España que a la sazón era Carlos IV, a quien presentó una «memoria» en la que explicaba el interés científico del viaje. El encuentro tuvo lugar en el Palacio Real de Aranjuez en el mes de marzo de 1799. A conseguir la audiencia le ayudó el ministro español Luis de Urquijo, un ilustrado amante de las ciencias de la naturaleza. «El rey se dignó acogerme con bondad», anotó Humboldt en el *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, la obra en la que narró su aventura americana y en la que cuenta que el viaje lo pagó de su bolsillo, pero reconociendo que encontró facilidades y ahorró gastos merced a la magnánima protección del rey de España y a los salvoconductos que les autorizaban a explorar las provincias americanas bajo dominio español: Nueva Granada (Colombia, Venezuela y Perú ) y Nueva España (Méjico y Centroamérica).

América había sido una suerte de sueño que le obsesionaba desde tiempo atrás cuando en ocasión de un nuevo viaje a Francia y el Reino Unido relacionado con sus estudios de historia natural y mineralogía había conocido a George Foster, un naturalista que había dado la vuelta al mundo en uno de los periplos del famoso capitán James Cook, el gran navegante que halló la muerte a manos de indígenas hawaianos. Nuestro impaciente viajero llegó a decir que todo lo que sabía de América se lo debía a Foster. Preparó el viaje a conciencia, a la alemana. Con rigor, método y previsión. Hizo acopio de instrumentos científicos para poder determinar la posición astronómica de los lugares en los que pensaba recalar y para medir la composición química del aire, la humedad, la temperatura, su carga eléctrica, etc.

El gran viaje por tierras de América lo llevó a cabo en compañía del botánico francés Aimé Bonpland, presentado como secretario y copista. Casi podría decirse que fue una experiencia iniciática. Algún autor ha sugerido que aquel viaje también lo fue en términos de relaciones homoeróticas. Ambos ya habían realizado con anterioridad un viaje por España. Habían recorrido la costa del Mediterráneo

desde Marsella hasta Alicante pasando por Barcelona y Valencia, anotando el relieve y demás peculiaridades de la orografía española de las regiones por donde iban pasando.

El 4 de abril de 1799 estaban en Madrid. Pero, por decirlo así, aquel viaje que iba a durar cinco años se inició dos semanas más tarde en La Coruña, el 5 de junio de 1799. Humboldt y Bonpland, cargados de maletas y de pesado instrumental científico, zarparon a bordo de la fragata española Pizarro rumbo a Canarias. Allí, en medio del sorprendente paisaje del archipiélago, el impaciente naturalista se dio un festín de naturaleza ascendiendo al Teide —la cumbre más alta de España— para realizar diversos experimentos. Reemprendieron ruta y en el mes de julio pisaron tierra americana desembarcando en el puerto venezolano de Cumaná, junto a la desembocadura del río Manzanares.

A lo largo de seis meses recorrieron la costa entrando en contacto con los indios chaimas, un pueblo que hablaba un dialecto emparentado con la lengua itoto majun común en el área caribeña. En sus notas de viaje, Humboldt consigna la palabra «totuma» como sinónimo de hamaca. Nada escapaba a su celo investigador: las plantas, el clima, los ríos, el habla de los nativos, su aspecto; todo excitaba su curiosidad. En una carta a su hermano Wilhelm, le decía que los primeros días cuando llegaron a aquel sitio «corríamos como locos de un lado para otro, sin poder hacer observaciones precisas porque al coger algún ejemplar raro lo dejábamos al ver que a su lado había otro todavía más curioso». En enero de 1800 los dos viajeros salieron de Caracas. Y, a partir de ahí, iniciaron la gran aventura. Recorrieron a pie, y en algunas etapas a lomos de mula, cerca de 700 kilómetros desde Caracas a las fuentes del Orinoco. Cauce que remontaron al igual que el del río Negro. Pasaron unos meses en Nueva Barcelona y regresaron a la costa, a Cumaná, y desde allí embarcaron hacia La Habana donde permanecieron tres meses midiendo y anotando las características de la capital. Fletaron una pequeña goleta con la intención de navegar hasta Panamá para desde allí cruzar el istmo y una vez en el Pacífico, el mar del Sur, navegar hacia Ecuador donde esperaba encontrarse con el capitán Baudin, un explorador francés al que el Directorio Francés, el

gobierno surgido de la revolución, había encomendado una expedición para dar la vuelta al mundo —proyecto que había truncado la falta de medios y las posteriores guerras napoleónicas— y la noticia de que lo había reemprendido animó a Humboldt a salir a su encuentro en Guayaquil. Nada sucedió como había previsto. La noticia publicada por un diario local resultó ser falsa. Volvieron al continente abandonando la idea de cruzar el istmo y emprendieron ruta en dirección hacia el río Magdalena y, tras cuarenta días de selva y peligros, llegaron hasta Santafé de Bogotá, la capital del reino de Nueva Granada, la actual Colombia.

En el transcurso de aquella aventura, Humboldt conoció a un español ilustre, el médico y botánico gaditano Juan Celestino Mutis, pionero de la ciencia en aquel continente, cuyas colecciones fascinaron a nuestros viajeros que permanecieron en la región hasta finales de 1801 visitando varias minas y también la asombrosa catarata de Tequendama que se encuentra a una treintena de kilómetros de Bogotá. Es un salto de más de ciento cincuenta metros de altura al que acompaña una leyenda trágica de misterio y suicidios. A pesar de la temporada de lluvias reanudaron el viaje en dirección a Quito, pasaron los Andes de Quindío y desde la ciudad de Cartago, en el valle del Cauca, y por Buga llegaron a Popayán. A unos cincuenta kilómetros se encuentra el volcán Puracé hasta cuyo cráter ascendieron Humboldt y Bonpland dejando constancia en sus anotaciones sobre plantas y animales de la zona. Aves como las mirlas, curacaras, guraguaos, colibrís o el majestuoso cóndor de los Andes y también mamíferos como los tapires o el oso de los anteojos. Un festín de diversidad a ojos de los jóvenes exploradores europeos ávidos de las novedades que a su paso les deparaba la naturaleza. En enero de 1802 llegaron a Quito, desde Cumaná habían recorrido cerca de dos mil kilómetros.

A lo largo de un año culminaron varias expediciones a las montañas nevadas de Antisana, Cotopaxi, Tunguragua y el Chimborazo en las que les acompañó Carlos Montúfar, hijo del marqués de Selva Alegre. Este joven, que mostraba un vivo interés por la ciencia y la naturaleza, se les unió en sus viajes y posteriormente regresó con ellos a Europa. Les habíamos dejado

intentando el ascenso a la montaña del Chimborazo. No lograron coronar la cima del volcán que se alza a 6263 metros de altura. Se vieron obligados a descender cuando habían subido hasta 5917 metros. No les arredró aquel fracaso y prepararon nuevas expediciones que les iban a llevar a selváticos parajes del Perú cargando con los pesados instrumentos que les servían para realizar estudios y mediciones. Cruzaron el río Huancabamba y hollaron la calzada del Inca, en ruinas en muchos de sus tramos. Abocaron el Amazonas navegando por él hasta llegar a las cataratas de Tomependa. Desde allí, retrocedieron por el sudeste desafiando la cordillera de los Andes a Montán visitando las minas de Hualgayoc. Tras no pocos esfuerzos y venciendo los peligros que depara la selva y los mosquitos, llegaron a Cajamarca, la antigua ciudad del Imperio inca en la que durante la conquista del Perú por la expedición de soldados españoles al mando de Francisco Pizarro tuvo lugar la captura del inca Atahualpa que posteriormente sería asesinado. Desde esta ciudad reanudaron ruta hasta llegar a Trujillo en donde visitaron las ruinas de la antigua ciudad peruana de Mansiche. Desde allí siguieron la áspera ruta de la costa para alcanzar Lima donde permanecieron varios meses. A dos leguas de la capital se encuentra el puerto del Callao y desde allí zarparon en dirección a Guayaquil, donde hicieron escala y se tomaron tiempo para redactar el borrador del futuro *Essai sur la géographie des plantes*. Los tres embarcaron después rumbo a Méjico atracando en Acapulco, por aquel entonces el puerto occidental del reino de la Nueva España. La idea inicial de Humboldt y de sus acompañantes era quedarse algunos meses, pero a la postre se alargó todo un año recorriendo el abigarrado y sorprendente Méjico. Como iba contando sus experiencias en cartas que dirigía a los más diversos destinatarios se fue creando fama de hombre de ciencia. Desde Méjico saltó hasta Cuba y desde La Habana viajó hasta los Estados Unidos. Allí fue recibido por el presidente Thomas Jefferson, quien le tuvo como huésped en Washington y Filadelfia y, de paso, le pidió que le dejara copiar los mapas de Méjico que había cartografiado. Jefferson ya barruntaba la futura expansión hacia el sur a costa de los territorios del virreinato español. En los Estados Unidos la tendencia expansiva, por no hablar

de la vocación imperialista, fue madrugadora; Jefferson, que había sido vicepresidente y secretario de Estado con Georges Washington, el primer presidente del país, fue a su vez presidente. Jefe de Estado de aquel inmenso país que desde sus orígenes y por obra de la política expansiva de sus líderes parece que hizo suya, dándola por buena, la teoría del «destino manifiesto». De ahí la agresiva política que les llevó a crecer ampliando fronteras, singularmente a costa de su vecino del sur.

«Pobre Méjico —como sentenció Porfirio Díaz, uno de sus presidentes—, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos».

Siguiendo con la vida de Humboldt, el esforzado viajero y sus acompañantes regresaron a Europa consignando en varias de sus cartas algo que hoy a la luz de las facilidades con las que podemos viajar puede parecer una obviedad, pero habría que situarse a principios del siglo XIX para entender una de las apreciaciones del joven Humboldt en una de sus cartas. «En América todo es grande, empezando por las distancias». Tenía mérito. Recordemos que buena parte de sus viajes los realizó a pie y solo en algunos tramos pudo contar con el impagable apoyo de una acémila, los burros o los mulos que enfrentaban con resignación las cargas que les deparaba el destino. Sin duda le había cogido gusto a gastar la alpargata —para el caso, las botas— y ya no paró. Regresó de América y se instaló en París donde, por cierto, conoció a Simón Bolívar. Publicó un amplio relato en treinta volúmenes que llevaba por título *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, en el que recopilaba sus descubrimientos en materia de flora, fauna, clima y latitudes, y también datos sociológicos relevantes sobre las condiciones en las que vivían en aquella época los habitantes de las colonias españolas. Estudió la corriente oceánica de la costa oeste de Suramérica que durante mucho tiempo llevó el nombre de «corriente Humboldt». Le apasionaban los misterios de los volcanes y los estudió subiendo hasta la cima de algunos de los más famosos. Uno de sus retratos más conocidos tiene como fondo el paisaje del Chimborazo, el volcán que es la montaña más alta de Ecuador cuya cima no pudo coronar.

A su primera gran aventura viajera por América siguieron viajes y

más viajes. Esta vez por territorio europeo. Estamos ya en 1827, ha cumplido cincuenta y ocho años, y precedido de su fama de hombre de ciencia regresó a Berlín donde el rey Federico Guillermo III le nombró chambelán y consejero y le encomendó diversas misiones diplomáticas. Una de ellas le llevó hasta la Rusia imperial. Allí, recibió una encomienda del zar Nicolás I para encabezar una misión geológica que en busca de yacimientos de oro y de platino le llevó hasta los montes Urales, la frontera natural entre Europa y Asia. La expedición fue un éxito, pero nuestro inquieto e infatigable viajero, aquejado de la enfermedad del camino, siguió ruta hasta adentrarse en el corazón de Siberia, llegó hasta el rio Obi y prosiguió viaje hasta Tobolsk y los montes Altái, una cordillera que se extiende por territorios de Rusia, Kazajistán, Mongolia y llega aún más lejos, hasta la frontera con China. En la lengua de los antiguos mongoles, Altái era la «montaña de oro». Humboldt recorrió miles de kilómetros en condiciones muchas veces penosas por las distancias, los rigores del clima propio en algunas regiones de la tundra y la ausencia de referencias civilizatorias. Pero lo superó todo y regresó a Berlín donde se dedicó a escribir, a plasmar los ingentes conocimientos que había adquirido a lo largo de su vida de viajero curioso y tenaz.

Entre otros muchos libros dejó un volumen que tituló *Cosmos*, que es una visión global de la estructura del universo en campos como las ciencias naturales, la geografía, la física o la geología. Es la obra enciclopédica de un genio cuya memoria ha dado nombre nada menos que a uno de los mares de la Luna, el mar de Humboldt, que se encuentra en el borde noroeste de la cara visible del satélite de la Tierra. Alexander von Humboldt murió el 6 de mayo de 1859 en puertas de cumplir noventa años. Analizando los viajes que llevó a cabo a lo largo de su fecunda vida, se ha llegado a calcular que recorrió más de 100 000 kilómetros. Más de la mitad a pie. Una auténtica proeza.

Cualquier proyecto personal de viaje a Berlín, aunque solo dé pie para una escapada, debería incluir una visita al Foro Humboldt. Es un museo que como decía tiene su sede en el reconstruido Palacio Real y esta cerca de museos que contienen maravillas. En uno de

ellos al viajero le espera Nefertiti —la bellísima reina que fue esposa de Akenatón, el faraón hereje— y también el fabuloso altar de Zeus traído desde la ciudad de Pérgamo. Y no acaban aquí los prodigios porque desmontada y traída pieza a pieza desde Babilonia, en Iraq, se puede admirar la Puerta de Ishtar, el deslumbrante pórtico construido en adobe y cerámica vidriada que fue una de las ocho puertas de la muralla interior de la antigua Babilonia y que guarda para la eternidad el nombre de la diosa de la vida, el amor, la fertilidad y la guerra. Quien esto escribe puede dar fe de que tanto la que se custodia en el Museo de Berlín como la reproducción instalada en Iraq en el lugar original que ocupó en la muralla de la antigua Babilonia causan una impresión imborrable. Esta última, como pude comprobar durante una estancia en Iraq en los días de la guerra, en 2003, afortunadamente no sufrió daños tras la ocupación del país por las tropas de la coalición internacional que encabezada por los Estados Unidos derrocó el régimen baasista y acabó con la vida del dictador Sadam Hussein.

# SOLA Y POR LA SELVA CON SOMBRILLA

Cuando un viajero actual vuelve de un safari, una expedición que a la postre aporta una experiencia excitante de la que quedará testimonio en una colección de fotos de animales y algún que otro selfi imprudente, aunque haya recorrido alguna senda por la sabana o incluso si se adentró un poco en la jungla a bordo de un Land Rover, ni de lejos llegaría a imaginar lo que supone un viaje por la selva como los que realizaban los exploradores del siglo XIX. A diferencia de la jungla, con la que a veces se confunde, la selva es un ecosistema de naturaleza exuberante con una gran diversidad de especies vegetales y animales, algunos muy peligrosos. Del conocimiento de sus vidas se deriva mi admiración sin límites hacia quienes a lo largo de la historia, a resultas de un impulso aventurero —a veces difícil de entender—, arriesgaron sus vidas adentrándose en la espesura de la selva y parajes inhóspitos en los que no pocas veces se termina la trocha que permite avanzar, y quien en ellos se adentra se ve obligado a hacer senda a golpe de machete. Sendas que algunas veces les condujo a la muerte.

A algunos de esos exploradores o aventureros que durante el siglo XIX se adentraron en las selvas africanas les movió el afán de realizar descubrimientos: las fuentes del Nilo, el lago Tanganica, el trazado del río Congo, las ruinas del gran Zimbabue situadas en la meseta del curso alto del río Sabi que en el siglo XV fue la capital de un reino bantú. Expediciones que a veces tenían detrás el afán de las sociedades geográficas interesadas en ampliar sus conocimientos cartografiando un mundo entonces desconocido, como avanzadilla, sobre todo en el caso británico, de objetivos colonizadores. Otros viajes por el interior de las selvas africanas obedecían, sin más, a la aventura por la aventura. En ese registro, un caso sorprendente fue el de Mary Kingsley, una mujer intrépida. Una exploradora inglesa que echándole mucho valor viajó por África en una época en la que abundaban más los caníbales que los mapas. En plena época

victoriana —cuando Gran Bretaña dominaba el mundo—, se atrevió a viajar sola por algunos de los lugares más salvajes y peligrosos del continente africano. Se hacía acompañar por porteadores indígenas y por toda defensa llevaba una sombrilla. A diferencia de otras mujeres pioneras en los viajes por el Cercano Oriente nunca quiso vestir pantalones. Casi siempre iba vestida de luto y llevaba corsé, enaguas y faldones hasta los tobillos. Lo propio de una dama en la época victoriana, aquella época de esplendor público y moral puritana que disfrutaba de los años dorados del imperio colonial cuyo momento cumbre fue la coronación en 1877 de la reina Victoria como emperatriz de la India.

Mary Kingsley había nacido en Londres en 1862. Su vida dio para escribir libros de viajes y hasta inspiró guiones de cine. Sin embargo, sus primeros años no pudieron ser más anodinos. Era hija de un médico que había realizado varios viajes por África. Su padre debió ser un tipo humano un tanto excéntrico porque no la quiso escolarizar, aunque puso a su disposición su biblioteca, una práctica hasta cierto punto extendida entre la nobleza y las élites de la época que se podían permitir contar con tutores para la educación de sus hijos. Y ahí, en los libros de la biblioteca paterna empezó a descubrir el mundo. Mary se formó a sí misma. Hasta los treinta años, llevó una vida rutinaria que transcurría entre la casa y el jardín cuidando a los mayores y haciendo las labores del hogar. La muerte de sus padres en 1892 cambió su vida. Decidió viajar hasta África y allí se forjó una leyenda que ha hecho que en algunas de sus biografías hablen de ella como la Reina de África .Como la protagonista de aquella famosa película de Katherine Hepburn y Humphrey Bogart. Parece ser que John Houston, el gran director de cine norteamericano que pasaba largas temporadas viviendo en un castillo que se había comprado en Irlanda donde mataba el tiempo cazando, bebiendo y leyendo, se inspiró en la vida de Mary Kingsley para diseñar el perfil de Rose Sayer, el personaje al que daba vida la maravillosa Katherine Hepburn. La película refleja bien las penalidades de la vida en la selva, pero cuando uno de verdad se percata de las penalidades que apareja la vida en la jungla y selva es al repasar las peripecias que afrontó nuestra protagonista en sus

viajes a través de África, un continente en el que en aquella época todavía había vastos territorios en los que no había pisado un europeo.

Esa sería la clave para situar y reconocer el mérito de Mary Kingsley, porque en el interior de algunos de los países y regiones por las que viajó sus habitantes nunca habían visto a una mujer blanca. El primer viaje que la llevó a África, en 1893, fue hasta Angola, en cuya capital Luanda entró en contacto con los nativos de aquel inmenso país del que buena parte de sus territorios era una colonia portuguesa. Regresó dos años después. Realizó un viaje en canoa por el río Ogüé, que es el más caudaloso y largo de Gabón. Tras recorrer el territorio de la tribu de los feroces fang le cogió gusto al camino —en su caso a las veredas y trochas de la selva— y, además de por Gabón, recorrió parajes inhóspitos en Liberia, Sierra Leona, Camerún, Ghana, Nigeria y Angola. Eran territorios que no aparecían en los mapas y estaban infestados de fieras y mosquitos. Era una mujer intrépida con una mentalidad avanzada. Trataba a los nativos como a sus semejantes, algo que hoy nos parece una obviedad, pero que entonces no lo era porque desde la perspectiva dominante en Europa los negros africanos eran considerados seres salvajes a los que había que civilizar y en muchos casos esclavizar. La mirada de Kingsley les humanizaba anticipándose a su época. Hay que recordar cuál era la sensibilidad social en Europa y América en aquellos tiempos. En términos prácticos en Inglaterra el tráfico de esclavos no fue prohibido hasta principios del siglo XIX; formalmente en los Estados Unidos en 1863 en el contexto de la guerra civil que entraba ya en el tercer año, y en España, en las islas del Caribe, aún más tarde: en 1873.

¿Cuál era el propósito de las exploraciones que llevó a cabo Mary Kingsley? Parece que continuar la obra de su padre que había viajado por África. Ella decidió completar su obra investigando los ritos religiosos de los nativos y recolectando insectos y especies de peces desconocidos en Europa. No contrataba grandes caravanas de porteadores, viajaba sola y con media docena de guías indígenas. Y pese a que no conocía las lenguas nativas congeniaba enseguida con los habitantes de las aldeas en las que su aparición causaba

sorpresa. Vivió entre caníbales y tomó el té con los *igwala* o los temidos fang. Su paso era precedido por el tam-tam que anunciaba la llegada de la *africana blanca.* Fue la primera mujer europea que subió al llamado «Trono del Trueno», un monte de más de 4000 metros de altura que está en Camerún y es la cima más alta de la región. Ningún europeo lo había escalado antes que ella. Iba desarmada, empuñando una sombrilla con la que una vez consiguió alejar a un hipopótamo que a punto estuvo de hacer zozobrar la canoa en la que navegaba. Parece que a ojos de los nativos su excéntrica vestimenta —era muy delgada y tenía porte de institutriz— provocaba una suerte de fascinación que desembocaba en manifestaciones de amistad. Por sorprendente que pueda parecer, según contó en uno de los libros, nunca pasó miedo. En su tercer viaje al continente negro, se fue como enfermera a Sudáfrica, en plena guerra entre los bóeres o afrikáners, los colonos blancos de origen holandés y los británicos. El conflicto tuvo dos fases que de manera intermitente se desarrollaron entre 1880 y 1902. El resultado fue la derrota de los bóeres y la desaparición del Estado Libre de Orange y la República de Transvaal, las dos repúblicas independientes que los europeos de origen holandés habían fundado a mediados del siglo XIX. En Ciudad del Cabo, Marie Kingsley contrajo el tifus, una infección provocada por la picadura de un piojo o una pulga infectadas, a su vez, por una bacteria.

Murió joven, el 3 de junio de 1900. Tenía treinta y ocho años. El gran escritor Rudyard Kipling, el autor *de El libro de la selva y El hombre que pudo reinar,* dijo de ella que «era la mujer más valiente que había conocido». Buen epitafio para una auténtica viajera.

# CON LA BIBLIA EN LA MOCHILA

Creo que fue París la primera ciudad europea que tuvo la feliz iniciativa de colocar en la fachada de algunos edificios una placa con una breve reseña de la vida de algún personaje más o menos famoso que había vivido en aquella casa. Otras ciudades siguieron el ejemplo. Entre ellas Madrid. Anoto lo anterior a cuenta de mi experiencia personal: durante años he estado pasando por delante de un edificio en el que hay una placa que recuerda que allí vivió durante algún tiempo el ciudadano británico Georges Borrow, Jorgito. Está situada en la calle Santiago, una vía hoy semipeatonal que se encuentra en el barrio de los Austrias, a pocos metros del bullicioso mercado de San Miguel y de la promiscua plaza Mayor de la capital. Tan castizo diminutivo despierta curiosidad y fruto de esa curiosidad me llevó a conocer la vida y obra de un tipo muy interesante.

Georges Borrow fue un viajero británico muy peculiar. Viajó por muchos países, unas veces a pie y a otras a caballo. Unas veces para aprender idiomas y conocer mundo y otras como propagandista de la Biblia. En su caso, la Biblia protestante. Una curiosa actividad que como vamos a ver en alguna ocasión dio con sus huesos en prisión. Sintió predilección por España. Aquí se le acabó conociendo como Jorgito el Inglés, y fue un personaje típico del Romanticismo, el movimiento cultural, literario y artístico que caracterizó los finales del siglo XVIII y buena parte del siglo XIX.

Había nacido en 1803 en East Dereham, en el condado de Norfolk. Su padre era un capitán de la milicia y su madre descendía de una familia de emigrantes hugonotes, los protestantes franceses. Pasó su juventud entre Escocia e Irlanda. Le gustaban los caballos, el boxeo —deporte muy extendido en los *colleges* británicos— y la vida al aire libre. Desde muy joven se sintió atraído por el mundo de los gitanos, cuya lengua, el caló, variante del romaní, aprendió siendo todavía un adolescente. Al morir su padre, en 1824, se trasladó a Londres.

Estudió Filología acreditando un extraordinario talento para aprender idiomas. A los dieciocho años dominaba ya doce lenguas: inglés, galés, latín, griego, hebreo, alemán, danés, francés, italiano, caló, portugués y español. Y con el paso del tiempo llegó a conocer hasta una treintena. Por lo que se desprende de su biografía fue un portento en esta materia. Los idiomas y, en su caso, la fe religiosa fueron los motores que impulsaron las ansias de viajar que le llevaron a conocer mundo orientando así su destino.

En 1833, con treinta años, encontró un empleo que estaba llamado a marcar su vida. Entró a formar parte de la Sociedad Bíblica Británica. Un año antes había viajado a San Petersburgo, en Rusia, para perfeccionar su conocimiento del idioma ruso. Como propagandista de la Biblia viajó por Francia, Dinamarca y Alemania, y volvió a Rusia donde permaneció un tiempo que dedicó a traducir e imprimir el Nuevo Testamento y la Biblia protestante. Una actividad, sin duda, arriesgada porque el universo ruso era entonces, y en esencia así sigue siendo ahora, cristiano ortodoxo tras haber sobrevivido a los setenta años del Estado laico que impuso Lenin y consolidó la dictadura comunista de Stalin. Dos años después, George Borrow apareció en Portugal con idéntica misión: propagar el conocimiento de la Biblia en la versión reformada.

Portugal fue la escala previa a su desembarco en España, el país al que llegó en un mal momento, pero del que acabó enamorándose a pesar de las penalidades por las que pasó. Era un mal momento porque, como en tantos otros períodos de nuestra historia, el país estaba en plena guerra civil: la primera guerra carlista. La disputa sangrienta entre partidarios de Isabel, la futura Isabel II hija de Fernando VII, y su tío, el infante Carlos María Isidro de Borbón. Una tragedia que hizo derramar mucha sangre. En su condición de propagandista de la Biblia, encargado de difundir en el extranjero las Sagradas Escrituras en lengua vulgar, la España que se encontró Georges Borrow era una España atrasada y peligrosa. Posadas infectas con camastros tomados por los chinches, partidas de bandoleros en los caminos, en las zonas rurales curas trabucaires partidarios de la causa carlista, en las ciudades clérigos fanáticos imbuidos de fervor mesiánico decididos a extirpar el germen

enciclopedista traído un cuarto de siglo atrás por las tropas invasoras de Napoleón, y, para colmo de colectivos reacios a adquirir y leer la renovada Biblia, en las principales ciudades, Madrid, Sevilla, Barcelona o Valencia, en las altas esferas pululaban montones de petimetres descreídos. El viaje fue toda una aventura que se alargó cerca de cinco años y que, a pesar de que acabó preso, no dejó en Jorgito huella alguna de rencor hacia nuestro país. Lo sabemos porque él mismo lo contó en un libro al que luego me referiré y que tuvo mucho éxito. Para entender por qué acabó dando con sus huesos en la cárcel hay que situarse en la época.

La primera vez que nuestro hombre llegó a Madrid en 1835 se buscó un piso en el barrio de los Austrias, en la calle Santiago junto a la iglesia del mismo nombre y muy cerca del Palacio Real. Abrió una librería en la calle del Príncipe y consiguió imprimir en edición rústica el Nuevo Testamento, la versión protestante, y hasta encontró tiempo para traducir al caló el Evangelio de San Lucas. Imprimía biblias, las daba a conocer y se dedicó a viajar por España siguiendo con su tarea misionera. Y le pasó de todo. Tuvo encuentros con bandoleros, se unió a una tribu de gitanos y fue arrestado y recibió amenazas de muerte, pero siguió adelante con su misión propagando el conocimiento en lengua vulgar del libro sagrado para los creyentes.

Y ahí es donde topó con la Iglesia. En la España de la primera mitad del siglo XIX, ni había separación entre la Iglesia y el Estado ni la ley contemplaba otra religión que la católica, apostólica y romana. Y como «Jorgito» Borrow se dedicaba a propagar el conocimiento de la Biblia protestante —herética a ojos vaticanos—, pues acabó dando con sus huesos en la cárcel de Sevilla. Pasó varios meses en prisión, tiempo que aprovechó para escribir *La Biblia en España,* un libro que se publicó en 1843 y que le haría rico y famoso. En él cuenta las peripecias vividas en sus viajes por la Península.

Un siglo después, el libro encontró un traductor y prologuista de lujo en la persona de Manuel Azaña. El político que llegaría a ser presidente de la Segunda República dijo que se podía leer como un libro de aventuras e incluso como una novela picaresca.

En 1840 Jorge Borrow regresó a Inglaterra. Dejó su trabajo en la

Sociedad Bíblica y se casó con una viuda rica que se llamaba Mary Clarke. Se dedicó a escribir y a seguir aprendiendo nuevos idiomas. Compró una propiedad en una zona rural en las afueras de Londres y dejó que instalaran allí su campamento una comunidad de gitanos. Fue como recuperar la infancia. En otro de sus libros se refería a los gitanos como los poseedores de los «misterios de Egipto».

Uno de los personajes de la *Biblia en España* inspiró otro que sería muy popular: el don José de la famosa *Carmen* del novelista francés Prosper Mérimée. Durante años, la idea que tenían los ingleses sobre España le debía mucho a los libros en los que «Jorgito» Borrow contó sus aventuras por nuestro país tratando de propagar el conocimiento de la Biblia. El libro que se publicó en Londres en 1842 tuvo un éxito fulminante. A Borrow le debemos los españoles una de las más generosas descripciones de nuestra patria y una emocionada declaración de afecto:

> España es el país más esplendido del mundo, probablemente el más fértil y con toda seguridad el de clima más hermoso…, pasé cinco años que si no los más accidentados, fueron, no vacilo en decirlo, los más felices de mi existencia.

Murió en 1881. Sin duda, Georges Borrow fue un hombre peculiar. Un genio para los idiomas y un tipo muy duro. Porque duro había que ser para viajar por el mundo —como él lo hizo— conociendo países diferentes en unos tiempos en los que los caminos no eran seguros, las posadas eran infectas, escaseaba la comida, la gente desconfiaba de los extraños y, a la menor, en los tugurios de las ciudades, los paisanos tiraban de navaja.

# TROYA NO ERA UN CUENTO

Hace años leyendo el famoso libro de Stefan Zweig *Momentos estelares de la humanidad*, en el prólogo, tropecé por primera vez con el nombre de Heinrich Schliemann. El libro es una serie de relatos novelados de momentos históricos. Entre otros, el malogrado escritor vienés evoca la caída de Constantinopla en manos turcas el 29 de mayo de 1453; la llegada el 25 septiembre de Blasco Núñez de Balboa al océano Pacífico —a ojos de un europeo descubrimiento del mar del Sur—; lo ocurrido el 25 de abril de 1792 la primera vez que fue cantado el himno de *La Marsellesa* y también el descubrimiento de El Dorado. En este capítulo narra los primeros compases de la fiebre de emigrantes hacia California que se desató a partir de 1848 tras el descubrimiento de oro en un lugar llamado Coloma, próximo a San Francisco. Creo recordar que Zweig se refería a Schliemann de pasada. De haber conocido la vida, digna de una novela, de este hombre estoy seguro de que le habría dedicado uno de los capítulos del libro. Porque estelares fueron varios de los momentos protagonizados por este incansable viajero, conocedor de una quincena de idiomas y obsesionado con el relato homérico de la guerra de Troya. Obsesión que le llevó a poner la inmensa fortuna que había hecho en California al servicio de una obsesión: demostrar que Homero no mentía y que la Troya que aparece en la *Ilíada* existió y sus ruinas estaban donde el poeta ciego dejó dicho que estaban, demostrando así que la guerra de Troya no fue un cuento. Heinrich Schliemann se hizo famoso cuando ya había cumplido los cuarenta por sus descubrimientos de los emplazamientos en Turquía y en Grecia de algunos de los lugares descritos por Homero en la *Ilíada* y la *Odisea*. Pero su vida anterior a ese período también fue extraordinaria.

Había nacido en 1822 en Prusia, en Neubukow, Meklemburgo. Era hijo de un pastor protestante que le llevó a un buen colegio hasta que su economía se resintió y tuvo que poner al muchacho a

trabajar. Antes de eso sucedió algo que como vamos a contar marcó casi podría decirse que misteriosamente la vida del chico. Cuando tenía siete años su padre le había regalado un libro de historia en el que narraba la guerra de Troya ilustrándola con una estampa en la que el héroe troyano Eneas abandonaba la ciudad en llamas llevando a hombros a su padre Anquises y de la mano a su hijo Ascanio. Según contó en su autobiografía, Heinrich Schliemann nunca olvidó aquella imagen que dejó en él el germen de lo que con el andar del tiempo fue su gran afición: su pasión por el Mundo Antiguo y la obsesión por demostrar que los relatos homéricos la *Ilíada* y la *Odisea* no eran leyendas, sino historias reales. Era un hombre con una asombrosa facilidad para los negocios y los idiomas. Llegó a dominar quince y consiguió hacerse millonario. Le habíamos dejado trabajando desde muy chico en su Prusia natal. Pero se aburría y quiso hacer las Américas embarcando para Venezuela. Lo intentó, pero el barco naufragó frente a las costas de Holanda y a punto estuvo de ahogarse. Se quedó en Ámsterdam trabajando en una empresa y por las noches estudiaba idiomas. Con veintidós años ya dominaba siete, entre otros el ruso. Le mandaron a San Petersburgo y al poco tiempo se instaló por su cuenta. Empezó a ganar dinero y a diversificar el negocio comprando y vendiendo pieles y polvo de oro. Se hizo rico y se casó con una aristócrata rusa que se llamaba Ekaterina Petrovna Lishin y tuvo tres hijos, pero el matrimonio no iba bien y decidió cambiar de aires y se marchó para América. Tenía treinta y cinco años. Eran los años de la carrera del oro en California. Hasta allí llegó, se instaló, fundó un banco y se hizo todavía más rico. Contrajo el tifus y a punto estuvo de morir, pero se recuperó y volvió a viajar. Primero a Cuba donde adquirió un campo donde se cultivaba la caña, más tarde por Oriente: la India, China y Japón y después volvió a Europa. Era un hombre rico, pero debía ser tacaño porque viajaba en camarotes de segunda clase. En París se matriculó en la Sorbona para estudiar lenguas orientales y Arqueología. Estuvo algún tiempo en Italia donde le impresionaron mucho las ruinas de Pompeya y después, en 1868, pasó a Grecia. Y allí es donde se inician las aventuras que le convirtieron en leyenda. Su capacidad de aprendizaje era asombrosa. Era autodidacta y

mediante un método de su invención fue capaz de aprender y dominar nuevos idiomas, hasta un total de quince. Entre ellos el griego antiguo que resultó de gran utilidad para sus descubrimientos arqueológicos porque emprendía las excavaciones llevando un ejemplar de la *Ilíada* o de la *Odisea* en la mano.

Era un tipo de una personalidad muy compleja. Tras divorciarse de su primera mujer y estando ya en Grecia decidió casarse con la mujer que pudiera recitar de memoria la *Ilíada*. Publicó un anuncio en un periódico y la encontró. Se llamaba Sophia Engastromenos, era sobrina de un pope y tenía diecisiete años. Corría el año 1869. Se casó con ella y tuvo dos hijos a los que bautizó con los nombres de Andrómaca y Agamenón. A su manera, sentó la cabeza. Consiguió un doctorado en Arqueología y se instaló en Atenas donde mandó construir una gran mansión de estilo neoclásico muy cerca de la plaza Sintagma. En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial durante la invasión alemana fue confiscada para instalar la sede de la Gestapo. Hoy es la sede del Museo Numismático de Grecia. Tras pasar un año en Atenas se trasladó con su mujer a Turquía y empezó a excavar en la colina de Hisarlik, un cerro que ya había explorado con anterioridad el arqueólogo Frank Calvert sin obtener resultados apreciables. Guiándose por la descripción de la *Ilíada,* Schliemann buscó las huellas de Troya, la ciudad destruida por los aqueos en una guerra que se desarrolló alrededor del año 1200 a. C. La encontró. Aunque errando el nivel en el que creyó que había estado el palacio del rey Príamo, pero halló un gran tesoro compuesto por diademas, collares y cerca de 9000 piezas de oro, además de un caldero de cobre, un escudo de bronce, hachas, lanzas, un cuchillo de cobre, una jarra de plata y otros objetos. Por temor a ser descubiertos por los peones turcos que habían contratado, Sophia envolvió en su chal las principales joyas del tesoro y consiguieron sacarlas de la zanja en la que habían sido halladas. Se conserva una foto de Sophia Engastromenos, engalanada con las piezas encontradas en las excavaciones. Son un prodigio que describe el elevado nivel que alcanzó la orfebrería micénica. Fue un momento estelar. Schliemann sacó clandestinamente aquel extraordinario tesoro de Turquía

trasladándolo a Grecia y tuvo que pagar una multa por ello. En 1879 acabó trasladando las piezas a Alemania donde estuvieron en el Museo Imperial de Berlín hasta que desaparecieron durante la Segunda Guerra Mundial en el transcurso de la toma de la ciudad por las tropas rusas del mariscal Georgi Zhukov. Años más tarde, en 1993, se supo que se encontraban en Moscú. Habían sido depositadas en el Museo Pushkin de la capital soviética.

El hallazgo de aquel ajuar funerario micénico tuvo una importancia decisiva y de gran repercusión en el mundo de la arqueología. Hasta los descubrimientos de aquel arqueólogo visionario se cuestionaba a Homero relegando la *Ilíada* al terreno de la fantasía y la leyenda. Schliemann demostró que Troya había existido. Al igual que, posteriormente, también cobró virtualidad la historia de Agamenón tras el hallazgo, ya en la Grecia continental, de las tumbas de los reyes de Micenas. En Micenas, tras excavar una de las tumbas que estaban en la parte baja de la ciudadela, cerca de la famosa Puerta de los Leones, entre otros tesoros, dio con una máscara funeraria realizada en una hoja de oro. Corría el año 1876. Aquel día Schliemann envió un telegrama al rey Jorge I de Grecia con un texto que todavía hoy emociona a los apasionados por el Mundo Antiguo. «Hoy —decía el telegrama— he visto el rostro de Agamenón». Fue otro momento estelar. La máscara y otros hallazgos: joyas, collares, una espada de bronce esmaltada y puñales también de bronce, algunos de ellos con mangos repujados en oro en los que se recrean escenas de caza, se pueden ver visitando el muy recomendable Museo Arqueológico Nacional de Atenas, que se encuentra cerca de la popular plaza Omonia.

Schliemann regresó varias veces a Troya en Turquía y siguió excavando, y también volvió a Grecia y se instaló durante algún tiempo en la isla de Ítaca, donde intentó, sin éxito, localizar el palacio de Ulises. Tampoco tuvo éxito excavando en Creta, buscaba el palacio del rey Minos y el famoso laberinto, pero esa gloria le estaba reservada a Arthur Evans, un arqueólogo inglés.

Alcanzó, por fin, el reconocimiento de quienes le habían despreciado por considerarle un aficionado, pero Heinrich Schliemann tuvo un final muy triste. En sus últimos años padecía

fuertes jaquecas causadas por un mortificante dolor de oídos y en uno de sus viajes a Alemania aprovechó para operarse. Hombre hiperactivo como era, no quiso aguantar una larga convalecencia y solo se hizo de nuevo al camino con intención de volver a Grecia. Llegó hasta Nápoles, en el sur de Italia. El día de Navidad del año 1890, encontrándose en el centro de la ciudad, cerca del barrio español, en la *piazza* Carità, se desplomó. Había sufrido un ataque fulminante que le provocó la pérdida del habla y del que no se recuperó. Murió al día siguiente, sin que nadie le reconociera. El médico que le atendió relacionó el ataque con la infección mal curada del oído que le habría afectado el cerebro. Cuando pudo establecerse la identidad de aquel desconocido, sus restos mortales fueron trasladados a Atenas donde, siguiendo sus instrucciones, reposan en un panteón que semeja un templo de orden dórico y está ubicado en el centro del conocido como primer cementerio de la ciudad. El friso que abraza la parte baja del mausoleo reproduce escenas de las excavaciones llevadas a cabo a lo largo de su azarosa existencia. Heinrich Schliemann tenía sesenta y ocho años y había vivido una vida intensa y hasta cierto punto prodigiosa. Fue un viajero tenaz y un ferviente admirador del Mundo Antiguo digno de ser recordado.

# CON ÉL LLEGÓ EL ESCÁNDALO

Adelantarse al tiempo en el que a uno le ha tocado vivir anticipando ideas que a los demás no se les habían ocurrido o, como sucede en nuestros días con tantas cosas, salirse de lo políticamente correcto es un seguro pasaporte para la crítica. A veces cruel, incluso despiadada. Por tan amargo trance pasó un hombre cuyo «delito» fue publicar en 1859 *El origen de las especies*, un libro que provocó una gran polémica porque sobre bases científicas formulaba la moderna teoría de la evolución. La polémica saltó a los periódicos y en alguno de ellos —la revista *The Hornet*—, en un intento de ridiculizarle, publicó una caricatura que le representaba como un mono.

Aquí, en España, en 1870, el mismo año en el que fue publicado un segundo libro, *El origen del hombre*, en la ciudad catalana de Badalona fue fundada una fábrica en la que destilaban una conocida marca de anís que mantenía como reclamo en su etiqueta esa misma caricatura. Inopinado y dulce efecto colateral que a más de uno le habría ayudado a digerir tan novedosa y polémica teoría, cuyo autor, Charles Darwin, fue el famoso naturalista, biólogo y viajero que cambió la forma de interpretar el origen de las diversas especies de seres que pueblan la Tierra y que, además, también fue un gran viajero. Fue un hombre clave en la evolución de las aportaciones de la biología. En su libro más conocido, *El origen de las especies, e*xplicó cómo las diferentes especies de seres vivos se han originado mediante la selección natural a partir de un ancestro común a todos ellos. Este enfoque dio pie a una gran controversia porque el modelo evolutivo cuestionaba el origen divino de la vida y del hombre tal y como sostiene el relato bíblico del Génesis. Es una polémica que, aunque surgió a mediados del siglo XIX, en nuestros días aún sigue viva en determinados ámbitos religiosos muy conservadores en países como los Estados Unidos. El libro fue el resultado de sus cavilaciones a lo largo del viaje que realizó

alrededor del mundo a bordo de una nave de la Marina Real británica, el H. M. S. Beagle, un bergantín de tres palos, veintisiete metros de eslora y 240 toneladas de peso. La singladura duró cuatro años y medio y le llevó a recalar y explorar en más de una docena de países. Cuando embarcó tenía veintidós años.

¿Qué impulsó a aquel joven que, en principio, no era un aventurero a darse a la mar en una época en la que viajar entrañaba no pocos peligros? Sin duda, la pasión por la ciencia cuyo primer eslabón es la curiosidad. Había nacido en 1809 en Shrewsbury, en el noroeste de Inglaterra, en el seno de una familia acomodada y culta.

Su padre y su abuelo eran médicos. Eran tiempos en los que Gran Bretaña, al igual que España, estaba en guerra contra la Francia de Napoleón. No fue buen estudiante ni quiso seguir los pasos de la familia y perdía el tiempo en la escuela. En el intento de orientar su camino, su padre le envió al Christ's College de Cambridge para estudiar Letras y Teología como paso previo para iniciar una carrera religiosa y ordenarse como pastor anglicano. Pero no apuntaba vocación, sus preferencias eran más mundanas, llegando a destacar en tiro, equitación y como coleccionista de insectos. Pero, cosas del destino, de manera casual, se apuntó a unas clases de Botánica que le gustaron. Como tantas veces sucede en el mundo de la docencia, la clave fue un profesor. Un buen profesor. En el caso de Darwin se llamaba John Heenslow. Fue quien le marcó el camino. Por iniciativa suya realizó una expedición botánica por Gales, en el sur del Reino Unido. Había encontrado su vocación. Una cosa le llevó a otra y después vino el gran viaje tras embarcarse como naturalista en una expedición que a bordo, como decía, del H. M. S. Beagle zarpó de Plymouth, a finales de diciembre de 1831.

En aquellos tiempos en los que —como dice su himno: «Britannia rules the waves»— no había GPS, el objetivo de la expedición era mejorar las cartas marinas, cartografiando las costas, identificar las corrientes oceánicas, medir el calado de las aguas y completar el estudio topográfico de los territorios de la Patagonia y la Tierra del Fuego frente a las costas de las Falkland (las Malvinas), islas argentinas de las que los británicos se apropiaron poco después, en 1833. Y también afinar el trazado cartográfico de las costas de Chile,

Perú y algunas islas del Pacífico. Explorar con la vista puesta en el comercio o, si se presentaba la ocasión, para la conquista, como habría de acontecer tres años después, como decía, con las islas Malvinas. Hay que recordar que después de la victoria de Trafalgar en 1805 y la derrota de Napoleón en Waterloo en 1815, el Reino Unido era el gendarme del mundo y en el mar «gobernaba las olas».

El periplo fue muy largo. Darwin había pactado que tendría libertad para dejar el barco cuando lo estimara pertinente y que pagaría una parte del camarote que compartía con el comandante de la nave, un marino experimentado que se llamaba Robert Fitz-Roy. Durante el viaje, Darwin estuvo mucho tiempo fuera del barco. Pasó tres años y tres meses en tierra y dieciocho meses navegando.

A bordo lo pasaba mal. Se mareaba. Descendía a tierra y se dedicaba a explorar. Viajaba, coleccionaba muestras y anotaba cuanto a su alrededor le llamaba la atención para, después, consignar sus hallazgos en cartas, que enviaba a Cambridge y a sus familiares aprovechando las escalas del barco en los puertos en los que iban atracando. El contenido de esa correspondencia acabó constituyendo el corpus de un diario de viaje y posteriormente un libro —*El viaje del Beagle*, que en primera versión tituló *Diario y observaciones*— que se lee como un relato de aventuras.

Casi cinco años dan mucho de sí. Aunque era muy joven cuando embarcó, sabemos por sus cartas que ya tenía una idea de lo que quería hacer en aquel viaje por tierras tan alejadas de Inglaterra y en muchos casos desconocidas.

Su plan de viaje le llevó en primer lugar a las islas Canarias —quiso desembarcar en Tenerife—, pero antes de la partida del Beagle en Londres se había producido un brote de peste y las autoridades españolas habían impuesto la cuarentena de manera que la escala se frustró. La nave siguió rumbo sur. Donde sí pudo desembarcar fue en Porto Praia, en la isla volcánica de Santiago, en el archipiélago de Cabo Verde. Fue su primer contacto con la vegetación tropical como anotó en una de sus cartas subrayando también el descubrimiento de conchas incrustadas en los estratos de las rocas volcánicas, hallazgo que le llevó a concluir que el relieve geológico es el resultado de acumulaciones o hundimientos a lo largo de milenarios

períodos de tiempo. La vegetación exuberante fue la antesala de lo que le aguardaba en Brasil. La primera escala fue en San Salvador de Bahía y de allí a Río de Janeiro. Estaba fascinado por el espectáculo de los bosques tropicales, lujuriosos y abundantes en especies para él desconocidas. Al tiempo consignaba en sus cartas la tristeza que le producía el lacerante trato que recibían los esclavos. En Inglaterra la trata de esclavos había sido prohibida en el año 1807 y hasta 1848 no fue abolida en las colonias francesas. Aunque en los Estados Unidos del norte, de hecho, la esclavitud estaba prohibida desde unos cuantos años antes, no fue hasta 1865 cuando el presidente Abraham Lincoln firmó la Proclamación de Emancipación de esclavos. En España, aunque en 1820 ya hubo una iniciativa en esa dirección, no fue abolida definitivamente hasta una fecha tan tardía como 1886 en ejecución de una ley aprobada en 1880 bajo el gobierno conservador de Antonio Cánovas del Castillo.

Brasil, en 1888, fue el último país en abolir oficialmente la esclavitud. Para vergüenza de nuestro tiempo cabe subrayar que todavía hay regiones en África donde esta práctica inhumana continúa.

Volviendo a Darwin, prosiguieron viaje y costeando llegaron a Montevideo en un momento en el que la ciudad estaba atravesando un conato de revuelta en el que estuvieron a punto de involucrarse. Pero reanudaron el viaje adentrándose por el Río de la Plata. Darwin refirió en una de sus cartas la impresión que le produjo presenciar un fuego de San Telmo, el fenómeno que genera la apariencia de una llama que corona los mástiles de los barcos. Todo despertaba su curiosidad estimulando su grafomanía —explicable por las largas y en ocasiones tediosas jornadas a bordo de los barcos de antaño sometidos a los caprichos de los vientos—. En el mes de septiembre de 1832, en un paraje de la costa de Monte Hermoso, próximo a Bahía Blanca, descubrió varios fósiles de grandes mamíferos desaparecidos en edades prehistóricas. Identificó por un diente de grandes proporciones al megaterio, una especie extinta de mamíferos gigantes que llegaban a pesar hasta tres toneladas, pudiendo alcanzar más de cinco metros de envergadura, tamaño comparable al de un elefante. En un primer momento creyó

erróneamente que se trataba de restos de un caparazón de un gliptodonte, una especie también extinta de grandes mamíferos acorazados similares a los armadillos, pero a lo bestia. En griego el término megaterio significa «gran bestia».

Los fósiles que fue encontrando, considerados como prueba de la evolución de las especies, desempeñaron un papel germinal en la posterior elaboración de su famosa teoría. La chispa que con el paso del tiempo provocó la llama que habría de incendiar el gran avance teórico acerca del origen de la vida y de paso la que, como veremos más adelante, sería una de las polémicas más acres del siglo XIX.

El Beagle prosiguió su singladura rumbo a las Malvinas para después recalar en la Patagonia argentina. Desembarcó y fue invitado como huésped en alguna de las estancias de los terratenientes de la región. Hizo varios viajes por el interior de la Patagonia. Al joven Darwin le sorprendió el gran sentido de la hospitalidad de aquellas gentes, descendientes de colonos españoles, en contraste con la tosquedad de sus rústicos modales. Acostumbrado a la escala social británica, asociaba posición económica con educación refinada. A pesar de esta crítica, se aprecia en sus notas una creciente admiración hacia los gauchos, los indómitos jinetes de la Pampa. «El gaucho —comenta en una de sus cartas— es invariablemente muy servicial, cortés y hospitalario… Es modesto, se respeta y respeta al país, pero es también un personaje con energía y audacia». En otro apunte precisa que le parece gente de fiar, pero también les ve capaces de «rebanarte la garganta». El gran Borges habría suscrito este apunte.

Prosiguieron ruta costeando Tierra de Fuego y cruzaron el estrecho de Magallanes, el piélago más peligroso de los mares a causa de los continuos vientos, las tormentas y sus enrevesadas ensenadas. Bordeando la costa chilena llegaron a Valparaíso a mediados de junio de 1834. Desembarcó con el propósito de recorrer el interior de Chile. Presenció, sin sufrir daños, los efectos de un terremoto que al dejar al descubierto estratos profundos mostraban la composición interior del planeta. Aquello le ayudó a entender las mutaciones geológicas que sufre el relieve. Una idea que con el discurrir del tiempo le ayudaría a sedimentar algunos de los fundamentos de su

famosa teoría. Superado el susto del terremoto, el siguiente reto fue la ascensión al cerro La Campana que se encuentra en la cordillera de la costa y tiene más de 1800 de altitud. Fue una travesía difícil, mitad a pie, mitad a caballo. Tardó dos días en alcanzar la cumbre. Anotó en una de las cartas que era el día 17 de agosto y que pasó todo el día en la cima: «Nunca gocé otro con más plenitud. Chile, limitado por los Andes y el Pacífico se veía como un mapa. El placer de este escenario en sí mismo hermoso aumentaba por las muchas reflexiones que provoca». El naturalista entusiasta describió varias especies originarias de la zona y el geólogo en ciernes remataba la carta consignando el asombro ante la obra de la naturaleza: «¿Quién puede evitar maravillarse ante la fuerza que levantó estas montañas e incluso más al pensar en las incontables edades requeridas para romperlas, removerlas y nivelarlas?».

Desde allí, atravesando la cordillera de los Andes, Darwin viajó hasta Mendoza, en Argentina. Por el camino presenció la erupción de un volcán. Por las mismas fechas se produjo otro terremoto que azotó la zona sur de Chile. Exploró el desierto de Atacama, un cambio dramático de paisaje. Después prosiguió rumbo hasta el Callao, en Perú. Visitó Lima y más tarde Ecuador recalando en unas islas, las Galápagos, que, al describir lo que allí había, las colocó para siempre en el mapa como lo que desde entonces no ha dejado de ser: la gran reserva de la naturaleza. Un fabuloso laboratorio para investigar la evolución de la vida sobre nuestro planeta situado a unos mil kilómetros de la costa de Ecuador. Pensando en las Galápagos había sentido el ya mencionado «temblor de vísperas». Así se desprende de una carta dirigida a su hermana Catherine en la que le dice: «Estoy muy ansioso por ver las islas Galápagos, creo que tanto la Geología como la Zoología serán muy interesantes».

Darwin llego a las Galápagos el 15 de septiembre de 1835. Lo primero que le sorprendió fue el clima. El agua circundante era más fría de lo que esperaba dado que las islas están situadas en el ecuador. El fenómeno se debe a la gran corriente polar del sur que es la que provoca esta variación en el clima. Le llamaron más la atención las tortugas que los pájaros o las iguanas marinas.

> Mientras caminaba me encontré con dos grandes tortugas que debían pesar no menos de doscientas libras cada una. Una comía un trozo de cactus y al acercarme me miró fijamente y se alejó lentamente. La otra dio un profundo silbido y metió la cabeza.

Darwin comenta que aquellos enormes reptiles rodeados de lava negra, arbustos sin hojas y de grandes cactus le parecieron animales antediluvianos.

Narra el asombro ante el descubrimiento de especies de animales y plantas desconocidas y, en contraste, describe con naturalidad los cambios en su alimentación fruto de la ingesta de alimentos procedentes de animales propios de las distintas regiones por las que fue viajando. Comió carne de puma, el león americano, un mamífero carnívoro que vive en lugares como la Patagonia y la cordillera de los Andes. «Carne muy blanca y de sabor similar a la ternera» —anota el joven Darwin que debía tener buen diente porque tampoco le hizo ascos a la carne de armadillo «un plato excelente cuando se asa en su caparazón» ni a la de la de iguana de las Galápagos «que gusta a aquellos cuyos estómagos están por encima de todo prejuicio». Ya se sabe que los viajes por mar estimulan el apetito. No despertaba en él tanto entusiasmo la carne de agutí, una especie de roedor que al parecer tampoco provocaba entusiasmo entre los gauchos que consideraban que era carne insípida. En las islas Galápagos, dejó constancia de que la principal fuente de alimentación de los nativos procedía de las famosas tortugas gigantes. Y también fue la fuente nutricia de la tripulación del Beagle. Darwin parece que alcanzó cierto grado de sofisticación a la hora de valorar el despiece de estos quelonios gigantes. «La pechuga asada es muy buena y las tortugas jóvenes son excelentes para la sopa, pero el resto de la carne es indiferente a mi gusto». Todo un *gourmet*.

Tras la escala en las Galápagos, cuya peculiar fauna y flora influyó en las cogitaciones de aquel joven que acabaría madurando su famosa teoría de la evolución de las especies, prosiguieron ruta adentrándose en el Pacífico con la intención de completar la vuelta al mundo. Llegaron hasta Nueva Zelanda, pasaron por Sídney, en

Australia, por Hobart, la capital de Tasmania, por isla Mauricio y, posteriormente, Ciudad del Cabo en Suráfrica. Siempre a bordo del Beagle volvieron otra vez a Brasil, a Salvador de Bahía y recalaron en Tenerife para hacer aguada y, desde allí, proa hacia Inglaterra, a donde llegaron el 2 de octubre de 1836.

En 1839 fue elegido miembro de la Royal Society, la sociedad científica más antigua del mundo que tenía su sede en Londres. Ese mismo año se casó con una prima suya, Emma Wedgwood, con la que tuvo cuatro hijos. Consigno el nombre de su esposa por ser de justicia. Mientras él trabajaba en diversos cometidos al tiempo que iba escribiendo los libros que le daría fama y polémica, ella sacaba adelante a la familia. Darwin tenía mala salud y era hipocondríaco, paradojas de la vida en hijo y nieto de médicos, pero Darwin recelaba de los galenos. En casa del herrero…

La famosa teoría de la evolución de las especies se fundamenta en que en la lucha por la vida —bien sean animales o plantas— sobreviven los que mejor saben adaptarse y son los que transmiten sus características a sus descendientes. Es lo que Darwin llamó la «selección natural». La conclusión era que las especies tenían un origen común y sobreviven las más fuertes. Una especie puede extinguirse si no sabe adaptarse y puede ser reemplazada por otra.

Aquella teoría colocaba en el terreno de la ciencia un balón que hasta entonces había estado en el ámbito de la Iglesia. Abriendo como referiremos más adelante las puertas a una polémica que siglo y medio después aún sigue viva en algunos ambientes defensores del creacionismo que predican que el origen de la vida sobre la Tierra obedeció al impulso de un ser superior tal y como se refleja en el relato del Génesis: Dios habría creado todas las especies y las habría distribuido por el planeta con arreglo a sus peculiaridades. Antes de Darwin era la doctrina oficial. La cosa se presta a la ironía si pensamos en que las ideas del ateísmo materialista se apoyan en la teoría de alguien cuya titulación académica eran los estudios de Teología.

Charles Darwin tardó veinte años en dar a conocer su revolucionaria teoría. Fue presentada en sociedad el 1 de julio de 1858 en la Sociedad Linneana de Londres por dos amigos suyos: el

botánico Joseph Hooker y el geólogo Charles Lyell. Darwin no asistió porque él y Emma, su mujer, atravesaban por un drama familiar, cuatro días antes habían perdido a un hijo víctima de la escarlatina. Un año más tarde publicaría el libro que le haría entrar en el parnaso de la ciencia.

Era una teoría materialista y contraria a la teología que arrojaba los orígenes del hombre fuera del relato de la creación. En un primer momento casi pasó inadvertida como acontece con tantas innovaciones científicas cuyo conocimiento y seguimiento suele estar confinado en ambientes de especialistas. Pero no tardaría en encender las alarmas de la Iglesia anglicana. El libro que finalmente acogió el núcleo de la teoría de Charles Darwin se publicó en 1859 bajo el título de *El origen de las especies*. Si tardó tanto en darlo a la luz se debió al temor y a las dudas sobre el rechazo que provocaría por parte de la Iglesia anglicana y la comunidad científica del momento. Darwin había sido un fervoroso creyente y también lo era Emma Wedgwood, su esposa. Algunos autores han apuntado que llegó a somatizar la inquietud que provocaba en él la situación hasta el punto de enfermar del corazón por la zozobra interior que generaba aquella incertidumbre. Barruntaba que se le echarían encima y no se equivocó. Y ¡de qué manera! La polémica, como quedó apuntado, saltó a los periódicos y en alguno de ellos —la revista *The Hornet*— en un intento de ridiculizarle publicó una caricatura que lo representaba como un mono. Imagen que otros medios reprodujeron al mencionar el caso.

Darwin había evitado hablar del origen del hombre, pero era evidente que el texto no acotaba que fuera una excepción de la naturaleza, de lo que se deducía que los seres humanos también eran fruto de la selección ajena a la creación divina. Pese a que la obra no tuvo mala acogida, una muy viva polémica acompañó al libro desde el primer momento. La fe se enfrentaba a la ciencia y el pobre Darwin sufría. Pero la firmeza de sus ideas sobre la evolución le llevó a dar un paso más. Un año después publicó *El origen del hombre,* en el que abiertamente, en este sí, defendía que la selección natural es el origen del hombre a semejanza del resto de los seres vivientes. Curiosamente el segundo libro no provocó la

misma controversia que el primero, señal de que la rompedora teoría había ido poco a poco permeando en los ambientes cultos del momento.

Reseñar la importancia capital de sus aportaciones al conocimiento de la biología y los orígenes de la vida en nuestro planeta excedería de las pretensiones de este libro dedicado a grandes viajeros. El largo título original de su famoso primer libro da idea de la genial intuición de Charles Darwin, que reza como sigue: *Sobre el origen de las especies por medio de la selección natural o la preservación de las razas más favorecidas en la lucha por la vida*.

Los primeros 1250 ejemplares se vendieron el mismo día de su publicación, el 24 de noviembre de 1859. Charles Darwin murió años después de un ataque al corazón, en abril de 1882. Había cumplido setenta y tres años. Su gloria y, en parte, también la polémica que generó su obra aún siguen vivas en nuestros días, sobre todo en determinados ambientes confesionales de los Estados Unidos. Hay quien no deja que la realidad le arruine un buen relato.

# III. VIAJES DE LEYENDA

El XVIII fue el siglo de la Ilustración, el impetuoso movimiento intelectual y cultural que sacudió Europa entre mediados de este siglo y principios del XIX. *Sapere aude*, atreverse a pensar, tener el valor de pensar por uno mismo, como recomendaba el filósofo Enmanuel Kant, fue el lema de aquel extraordinario impulso que durante años reclutó a los mejores talentos de la época para apostar por la ciencia orientándoles a desterrar prejuicios y supersticiones consolidando el laicismo como la separación de las instituciones públicas respecto de las tradiciones religiosas. Por otra parte, los grandes descubrimientos geográficos que aportaban los viajeros que se atrevían a internarse por regiones desconocidas para los europeos dejaron un amplio legado en campos como la botánica, la medicina o la etnografía. Tras el gran estallido político y social que trajo la Revolución francesa, nada volvió a ser igual en Europa ni en otros países fuera de nuestro continente. En ese sentido, donde se aprecia con nitidez el cambio de mentalidad, atento tanto a la conquista colonial como a los avances de las ciencias, fue como vamos a ver en los grandes viajes del final de ese siglo. Uno de ellos, nacido desde el principio para dejar atrás la puerta de la historia y entrar en la leyenda, tuvo como protagonista al general Napoleón Bonaparte. De él, como emperador de los franceses, dictador, conquistador, depredador, estadista, artífice de leyes y arquitecto político que en sus días de gloria llegó a dominar y remodelar media Europa, al paso de carga de los granaderos de la «Grand Armée», casi todo está dicho. Es menos conocida su primera gran aventura. La que llevó al joven Bonaparte, un jovencísimo general de veintiocho años a cruzar el Mediterráneo y conquistar Egipto, el legendario país de las pirámides. Fue un visionario y precoz estratega que en las postrimerías del siglo XVIII encabezó una expedición que se hizo famosa, porque teniendo como objetivo arrebatar a Inglaterra sus dominios coloniales en la región, al margen del balance militar,

rescató del olvido el milenario y fabuloso mundo de los faraones. En parte fue un viaje a la aventura y una expedición que ha entrado en la leyenda. Tenía como objetivo convertir al Egipto de los mamelucos que vivía en la órbita del Imperio otomano en un protectorado francés para cerrar a los ingleses el paso hacia la India que desde 1770 se había convertido en la joya de la Corona británica. La secuencia se desarrolló con victoria francesa contra el ejército mameluco en la batalla de las Pirámides desarrollada en tierra firme y derrota final en el combate naval de Abukir a manos de la flota británica que mandaba el famoso almirante Horacio Nelson, el héroe británico que años después perdería la vida tras vencer en Trafalgar a un combinado naval hispano-francés. La expedición de Napoleón se saldó con una derrota en el plano militar, pero un éxito grandioso en orden a la trascendencia histórica y cultural que generó aquella extraordinaria aventura.

La atracción que ejerce lo exótico y desconocido. Esa fue la clave del extraordinario eco que despertó aquella expedición no solo en Francia, sino en toda Europa. Corría el año 1798, eran las postrimerías del siglo XVIII, tiempos sin televisión, ni teléfonos, ni radio, ni redes sociales. Egipto era una provincia remota y polvorienta del Imperio otomano, construcción política decadente en la que bajo la tutela de Gran Bretaña gobernaban los mamelucos, una casta de guerreros de costumbres medievales. Era un país musulmán en el que el glorioso pasado de los faraones permanecía sumergido en las brumas de la historia. Todavía no había sido descifrado el lenguaje de los jeroglíficos, la clave que permitió descorrer el velo que envolvía las maravillas de cuando en Egipto, el país del Nilo, la gran esfinge de Guiza y las pirámides, se desarrolló a lo largo de más de tres milenios la fabulosa civilización faraónica. Gracias a los logros de esta expedición, todo el esplendor de aquella fabulosa civilización cobró vida de nuevo merced al empeño y el talento de los sabios y artistas que acompañaron a Bonaparte, un joven cuyo talento militar corría paralelo a su ambición como reformador político. Un visionario que por aquel entonces soñaba con repetir las hazañas de César y Alejandro Magno.

Aquel gran viaje a Egipto fue algo más que una aventura militar.

Habían partido el 19 de mayo de 1798 desde Marsella rumbo a Egipto y la expedición estaba formada por un ejército de 38 000 soldados, 10 000 marineros, setecientos caballos y un millar de cañones. También habían embarcado un millar de civiles. 168 eran científicos y especialistas que se unieron encuadrados en una Comisión de las Artes y las Ciencias que heredaba una tradición investigadora muy arraigada en aquel siglo que, no por casualidad, ha pasado a los anales de la historia como el Siglo de las Luces. Era un grupo que hoy catalogaríamos como multidisciplinar. Geógrafos, físicos, químicos, agrimensores y dibujantes. Recordemos que todavía no se había inventado la fotografía. Algunos expedicionarios eran famosos, como el matemático Gaspard Monge, fundador de la Escuela Politécnica o el químico Claude Louis Berthollet, inventor de la lejía. El grupo estaba dirigido por el barón Dominique Vivant Denon, que fue, sin duda, la estrella de aquella expedición que desembarcó en Alejandría el 2 de julio de 1798. Durante la travesía, el joven general que había dejado a Josefina en París —ella no había querido acompañarle— consoló su ausencia con una de las pocas mujeres que iban en la expedición, se llamaba Pauline Fourés y era la esposa de uno de los militares que iban en la expedición. Parece ser que, tras el regreso a Francia de Bonaparte, el general Kleber «heredó» la situación. Las crónicas mundanas de la época reflejan que el joven general corso no olvidó aquel lance y, tras dotar a su amante, que para entonces ya se había divorciado, arregló su nuevo matrimonio con un conde.

La salida de la flota no había pasado inadvertida a los británicos, que apoyándose en su base de Gibraltar por aquel entonces eran los dueños del Mediterráneo. Pero los franceses habían burlado a una escuadra inglesa que había salido en su búsqueda. Nelson, que iba al mando, tenía la mosca tras la oreja y trató por todos los medios de averiguar cuál era el destino de los franceses, pero Bonaparte consiguió burlar a los ingleses. Llegó hasta Malta, allí, los caballeros de San Juan que gobernaban en la isla le negaron el permiso para desembarcar y proceder a la aguada, pero les amenazó con bombardear La Valeta y los caballeros —mitad monjes, mitad soldados— cedieron y la flota francesa prosiguió ruta hacia Creta

donde hizo escala en el puerto de Ierapetra situado al sur de la isla. Desde allí prosiguió ruta y consiguió llegar a Alejandría habiendo conseguido burlar a sus perseguidores ingleses.

Dadas las insalubres condiciones que en aquellos tiempos caracterizaban al país al que se dirigían los soldados y los civiles, arriesgaron sus vidas no solo por el albur de las batallas. En el caso de estos últimos, la mayoría embarcaron movidos por la curiosidad que siempre ha sido el impulso de la ciencia. Fue muy destacada la labor de todos, pero por encima de los demás brilló Dominique Vivant Denon que había nacido en 1747 y era un diplomático que estaba dotado de un gran talento para la pintura y el dibujo. A él le debemos una extraordinaria colección de dibujos que asombró a Europa y colocó en el mapa el fabuloso mundo del Egipto de los faraones. Acompañando a los soldados fue el primero en visitar los grandes monumentos de Egipto: Abu Simbel, Karnak y el templo de Luxor. En Asuán se sintió fascinado por el templo de la isla de Filae y en Dendera por el de la diosa Hathor, la Afrodita griega. En la bóveda de este templo, que en parte estaba cubierto por la arena, estuvo la misteriosa primera representación espacial del zodíaco, dedicado a Hathor, diosa del amor y de la belleza. Es un mapa de las estrellas que muestra doce constelaciones. Fue trasladado desde Egipto a Francia y hoy se puede ver en los sótanos del Museo del Louvre, en París. Son maravillas que hoy están al alcance de viajeros y turistas, pero que en la época de la que hablamos permanecían ignotas, perdidas en las brumas de la historia.

En una época en la que todavía no se sabía descifrar el contenido de los jeroglíficos, la aportación de Vivant Denon fue decisiva.

Regresó a Francia y, tras ordenar el material que había ido acumulando en Egipto, en 1802, publicó un libro que contenía 141 planchas con los dibujos que había realizado en Egipto. Llevaba por título *Viaje al Alto y el Bajo Egipto durante la expedición del general Bonaparte*. Es un libro fascinante. Fue todo un éxito y vendió miles de ejemplares. Traducido al alemán y al inglés, tuvo cuarenta ediciones y fue la antesala de otra obra definitiva y pionera en el mundo de la egiptología que se conoce como *La Descripción de Egipto.* Esta fue una obra coral que recogía el trabajo de aquellos

sabios viajeros que recorrieron el país a lo largo de tres años catalogando, describiendo y dibujando sus monumentos. Fue publicada entre 1809 y 1820, y en veinte tomos resumía el gran trabajo de esta fabulosa expedición que rescatamos para recordar el coraje y el talento de quienes se arriesgaban viajando en condiciones muy precarias dados los recursos y medios con los que se podía contar en los albores del siglo XIX. Estos libros monumentales despertaron la curiosidad de muchos viajeros que acabaron haciéndose a la mar atendiendo lo que se conocía como la «llamada de Oriente». Abrió el camino a viajeros que luego se hicieron famosos como Domingo Badía, conocido como Alí Bey, uno de los primeros europeos en entrar en la ciudad prohibida de La Meca —del que hablaremos en otro capítulo—, o el gran escritor francés Gustave Flaubert del que ya hemos hablado.

El balance militar de aquella expedición por lo que tuvo de anticipo de las batallas entre franceses e ingleses que vinieron después fue muy llamativo. La batalla de las Pirámides se libró el 21 de julio de 1798 a orillas del Nilo. Fue un combate en el que los mamelucos, una casta de guerreros que antaño habían sido esclavos al servicio el Imperio otomano, luchaban con espadas y flechas, armamento anticuado para la época, pero en cambio tenían una caballería poderosa a las órdenes de Ibrahim Bey. Dividieron sus fuerzas y otro de sus líderes, Murad Bey, se había atrincherado en una de las orillas del río. Al otro lado, en campo abierto se desplegó la caballería. La tropa francesa era inferior en número, pero disponía de artillería y Bonaparte, que siempre fue un genio en el manejo de los cañones, supo aprovechar esa ventaja. Dispuso el orden de batalla a la defensiva formando la tropa en cuadros en cuyo centro situó los cañones y la artillería. La caballería mameluca era superior en número e intentó aprovechar el espacio entre los cuadros, pero acabó siendo dispersada por un cañoneo bien dirigido, momento en el que Bonaparte atacó el campamento enemigo provocando la huida y dispersión del ejército mameluco. La derrota puso fin al gobierno de los mamelucos, la casta guerrera que había dominado Egipto durante siete siglos. A Napoleón le impresionó la bravura de aquellos guerreros de aire fiero y costumbres medievales y decidió

mediante contratos estipulados con sus familias incorporar a algunos a su guardia personal. Con el paso del tiempo, en el contexto de la guerra de la Independencia, varios de ellos acompañando a las fuerzas del general Murat fueron protagonistas de los trágicos enfrentamientos del Dos de Mayo en Madrid, episodio en el que Francisco de Goya inmortalizó el heroísmo del pueblo madrileño levantado en armas contra los invasores franceses. Por cierto, que de su estancia en Egipto Bonaparte se trajo el recuerdo de una de las experiencias más notables de su azarosa vida. El hecho se mueve entre la historia y la leyenda y se refiere a la noche que el joven general habría pasado solo en el interior de la gran pirámide de Keops. Napoleón conocía la historia de Alejandro Magno y, por lo tanto, el viaje del joven macedonio hasta el oasis de Siwa, que se encuentra en el desierto del Oeste, para escuchar del dios Amón la profecía que señalaba su destino como futuro conquistador del mundo. Es probable que aquel episodio resonara en su memoria y quiso emularle. Y qué mejor lugar para entrar en contacto con las divinidades del lugar que permanecer solo y en silencio durante siete horas en el interior de aquella grandiosa tumba que es la mayor de las pirámides. Sea o no cierta la historia, lo curioso es que la tradición ha conservado memoria de las palabras que habría pronunciado Bonaparte al salir de tan claustrofóbico recinto: «Aunque os lo dijera, no me creerías», dicen que dijo.

Este episodio ha dado pie a no pocas conjeturas acerca de las características un tanto esotéricas del lugar, habida cuenta de que la impresionante mole de la pirámide que por su grandiosidad desde su construcción desafía el cálculo humano ha sido —y sigue siéndolo aún en nuestros días— una fuente constante de interrogantes. Se ha llegado a decir que al joven general, que por aquel entonces tenía veintiocho años, en su estancia en soledad en el interior de la que se suponía que era la principal estancia funeraria de la pirámide, le habría sido revelado el pasado y el devenir de su destino, a la manera como había acontecido con Alejandro en el oasis de Siwa veinte siglos atrás. La victoria en la batalla de las Pirámides le abrió las puertas de El Cairo. Fue uno de sus momentos de gloria que, como tantos otros, llevado de un talento innato que le hizo

comprender la importancia de la imagen, consiguió que fuera inmortalizado por los pintores que acompañaban a la expedición. Es famoso un cuadro pintado por Antoine Jean Gros en el que aparece con las pirámides al fondo montado a caballo y rodeado de una cohorte de soldados eufóricos y a los pies un grupo de mamelucos en actitud suplicante. En otro lienzo más estudiado y simbólico pintado por Jean Léon Jérôme, Bonaparte aparece solo montado a caballo frente a la Gran Esfinge. La fuerza plástica de la imagen es extraordinaria y causó un gran efecto en su tiempo. El pintor no participó en la expedición, pero gracias a los dibujos de Vivant Denon supo captar la grandiosidad del paraje para ponerlo al servicio del culto a la personalidad y la posterior leyenda de aquel joven ambicioso que, a lo largo de su fulgurante carrera militar, supo comprender el poderoso valor de la imagen. En este sentido hay otro episodio idealizado de su vida que en este registro resulta muy significativo. Remite a un hecho previo a las batallas que libró en el norte de Italia contra el ejército austríaco. Acaeció tras apoderarse del poder durante los sucesos del 18 de brumario (9 de noviembre de 1799), cuando unos meses después al frente de un ejército, Napoleón regresó a Italia atravesando los Alpes por el paso de San Bernardo, la ruta que en su día siguió el mítico general cartaginés Aníbal. Aquel episodio, que tras diversos combates posteriores dio paso a la decisiva victoria en la batalla de Marengo, fue el tema elegido por el gran Jacques-Louis David para pintar un retrato ecuestre que se hizo famoso. Representa al joven general —todavía no había sido coronado emperador— en pose heroica a lomos de un fogoso corcel blanco que con las crines desplegadas al viento parece volar sobre la dura piedra de la montaña. Una piedra a cuyo pie, junto al nombre de Bonaparte, aparecen cincelados los nombres de Aníbal y Carlomagno. Culto a la personalidad en estado puro… y falsificación de la verdad histórica, pues resulta que con buen criterio, dado lo escarpado y peligroso del ascenso por la montaña, Napoleón realizó la travesía ¡a lomos de una mula! Lo más curioso de este famoso cuadro del que Jacques-Louis realizó varias versiones es que el encargo original fue iniciativa del embajador español en

Francia. La vida y la historia nos dice que en cada ocasión siempre hay un adulador dispuesto a socorrer a los vencedores.

Volviendo a la expedición a Egipto… habíamos dejado a Bonaparte saboreando la gloria, entrando triunfal en El Cairo tras la victoria contra los mamelucos en las Pirámides. Su plan era proseguir hacia Siria y tras forjar una alianza con los gerifaltes locales crear un protectorado francés en la región. Pero la derrota de la escuadra francesa, que resultó ser una de las mayores batallas navales del siglo, torció los planes de Bonaparte. Regresó a Francia dejando al ejército al mando del general Kleber que acabó estrellándose en Acre luchando contra el cólera y los ataques de fuerzas locales asistidas por los ingleses. Pero volvamos al lugar en el que estaba la escuadra francesa que seguía fondeada a unos treinta kilómetros de Alejandría, en la bahía de Aboukir, no lejos de una de las desembocaduras del Nilo. El buque insignia de la flota, L'Orient, en el que había navegado Bonaparte durante la travesía por el Mediterráneo, estaba al mando del capitán Luc Lucien Joseph Casablanca y en él iba el almirante de la Flota, François-Paul Brueys D'Aigaillers. Era un navío de guerra formidable. Desplazaba 5095 toneladas, tenía emplazados 120 cañones y entre marineros y soldados embarcaba 1130 tripulantes. Pero el 2 de agosto de 1798 la fortuna que en tierra había sonreído a los galos en la batalla de las Pirámides, en la mar les dio la espalda. Horacio Nelson, que por fin les había dado alcance mediante una estrategia tan audaz como arriesgada, consiguió derrotar a los franceses en la bahía Abukir, combate naval que los historiadores ingleses llaman la batalla del Nilo. La escuadra francesa había desplegado trece navíos de línea en la principal y cuatro fragatas en la secundaria. Confiando en que los bajíos obstruyeran las maniobras de los barcos enemigos. Por su parte, los ingleses desplegaron otros trece navíos de línea.

El combate se inició de noche. L'Orient era el objetivo de Nelson. Consiguió rodearlo con cinco de sus naves y tras un cañoneo constante lograron prenderle fuego. Una explosión que —según algunas crónicas— se escuchó hasta en El Cairo acabó con el barco y zanjó la batalla. Como acostumbraban a ser los combates navales, también aquella fue una lucha feroz. El balance de vidas perdidas

fue muy desigual. Se calcula que los franceses sufrieron alrededor de 3500 bajas y un número considerable de heridos. Los ingleses perdieron 218 hombres y tuvieron 670 heridos. En el caso del L'Orient, solo un centenar de marineros lograron sobrevivir. Los ingleses destruyeron siete buques franceses y lograron capturar otros seis. El almirante Bruys resultó alcanzado en el vientre por una bala de cañón que prácticamente le partió en dos. Murió poco después tras haberse negado a bajar a su camarote; Casablanca, el capitán, también resultó herido y cayó inconsciente. Uno de sus hijos, que apenas tenía doce años y se encontraba a su lado, fue alcanzado por una bala de mosquete y perdió una pierna.

También Nelson resultó herido. Una astilla de metralla le alcanzó en la frente y en uno de los ojos que ya había resultado dañado en un combate anterior. La herida de tres pulgadas de largo dejó una parte del cráneo al descubierto. Creyendo que la herida era grave se le escuchó decir: «Me han matado, dad recuerdos a mi mujer de mi parte». Pero informado por el médico de a bordo del carácter superficial de la herida Nelson regresó a la cubierta y pudo ver como explotaba L'Orient. Era el tronar de la gloria para los vencedores. La herida le causó dolor el resto de su vida y le aconsejó peinarse de tal manera que la cicatriz quedara oculta, como se aprecia en los retratos suyos que conocemos.

Una victoria de la que Nelson dijo: «Victoria no es nombre suficientemente fuerte para tal escena, pues permitió a Gran Bretaña recuperar la hegemonía naval en el Mediterráneo». Glosar la vida del marino inglés más famoso de todos los tiempos excede de la ambición de este retablo porque reclamaría otro libro. Anotemos que la gran victoria de Aboukir fue el primer peldaño de la escalera que le encumbró desde la fama hasta la leyenda que perpetúa para siempre la célebre estatua de bronce que se yergue en la conocida plaza londinense de Trafalgar, recordando la batalla en la que Nelson acudió a su cita con la muerte.

Han llegado hasta nuestros días dos versiones sobre el talante con el que Bonaparte recibió la noticia de la derrota de Aboukir. Una de ellas le deja bien, a la altura del mito: «Señores —habría dicho dirigiéndose a los altos mandos que le acompañaban—, ya no

tenemos una flota; bien, ¿debemos quedarnos en este territorio o abandonarlo con grandeza tal como hicieron los antiguos?».

La otra versión —probablemente la más cercana a los hechos— describe el rayo de cólera de quien no está acostumbrado a perder. Según contó uno de los jefes que le acompañaban, la noticia le sobresaltó y comenzó a imprecar contra el derrotado almirante: «¡Desgraciado Bruys, qué has hecho!». Más adelante cuando tuvo más información acerca del desarrollo de la batalla culpó del desastre al almirante Blanquet —que, por cierto, había resultado herido haciéndole responsable de haber rendido el Franklin, el navío que mandaba sin que la nave estuviera dañada. La derrota generó críticas veladas cuestionando el sentido de la propia expedición. Bonaparte reaccionó de manera intimidatoria. Convocó a los oficiales de mayor rango a una cena y parece que les preguntó cómo se encontraban. «Maravillosamente», parece que respondieron con ironía. Bonaparte respondió que mejor así porque si no les fusilaría si continuaban «fomentando motines y animando a la rebelión».

Parece que para prevenir un alzamiento por parte de los egipcios anunció que les sería cortada la lengua a quienes descubriera hablando de la batalla.

El gran soldado, el ambicioso conquistador que llevaba ya en la mochila el sueño, a la postre fallido, de exportar por toda Europa el ideal revolucionario que había germinado con la Revolución francesa, después de todo era un ser humano irascible y autoritario que con arreglo a las categorías de nuestros tiempos diríamos que carecía de empatía. Muchos años después de la aventura egipcia, tras la derrota definitiva de la Grand Armée en la jornada de Waterloo ante las tropas británicas del duque de Wellington y las prusianas de Gebhard Leberecht von Blücher, aquel día en el que el emperador aquejado de una cistitis aguda —otras versiones hablan de un doloroso y repentino ataque de hemorroides— siguió la batalla presintiendo que la suerte le había abandonado. Meses más tarde, en el exilio forzado en la fría isla de Santa Helena —en medio del Atlántico, a varios miles de millas de Francia—, parece ser que al tiempo que añoraba el Chambertin, el empurpurado vino de

Borgoña, también echaba de menos el calor de Egipto y los días gloriosos de aquel fabuloso viaje.

# EL ESPAÑOL QUE FUNDÓ ODESA

Unos años antes de la caída de la Unión Soviética en un viaje por aquel inmenso país, por contraste con la frialdad de Moscú y la tristeza de Kiev, me llamaron la atención dos ciudades: San Petersburgo —entonces Leningrado—, asomada al mar Báltico, y Odesa, en la costa occidental del mar Negro. Están alejadas entre sí más de mil kilómetros. Hoy una está en Rusia y la otra en Ucrania, pero ambas guardan un cierto parecido arquitectónico. Son ciudades muy bellas. Tienen un aire entre francés e italiano, incluso mediterráneo en el caso de la hermosa urbe ucraniana. A Odesa llegué con la emoción aplazada de contemplar la escalera que hizo famosa la célebre escena de *El acorazado Potemkin*, la película de Serguéi Eisenstein en la que de manera un tanto hiperbólica narra un motín, un episodio crucial acaecido en el puerto de Odesa en los años anteriores a la Revolución de Octubre. La escalera tiene 192 escalones y desciende desde el casco viejo hasta el puerto. En ella rodó la escena de los cosacos disparando contra una multitud que descendía por la escalera para auxiliar a los marinos amotinados. En el fragor del drama una mujer que empujaba un carrito de bebé resulta alcanzada por una bala, muere y el cochecito se desprende de sus manos rodando escaleras abajo. Es una escena que ha inspirado a otros directores de cine. Fue muy aplaudida la que rodó Brian de Palma en *Los intocables de Eliot Ness* con Kevin Costner y Andy García como esforzados protagonistas de la lucha contra el *gangster* Al Capone. La visita no decepciona, como tampoco el resto de una ciudad que ha cumplido hace poco su segundo centenario y tiene una curiosa historia ligada a su fundador ¡que era español! y se llamaba José de Ribas.

Fue todo un personaje. Militar, arquitecto y viajero, hijo de un noble español, que, entre nosotros, es uno de los grandes desconocidos de la historia de España, pese a que tuvo una vida apasionante: llegó a ser vicealmirante de la Armada Rusa y que,

como decía, fue el fundador de Odesa, la hermosa ciudad ucraniana de trágica actualidad en nuestros días por la invasión rusa. Si para los escolares españoles es un desconocido, no sucede así con los de Ucrania y más concretamente con los habitantes de Odesa que sí conocen su historia y saben por qué una calle de esta hermosa ciudad que se asoma al mar Negro se llama Deribasobskaya. Un nombre que refleja el apellido de nuestro ilustre paisano.

José Pascual Domingo de Ribas había nacido en Nápoles en 1749. Reinaba en aquel reino Carlos I, un Borbón, que era tercer hijo del rey de España Felipe V y que con el andar del tiempo se convirtió en nuestro Carlos III, el monarca que modernizó España. José de Ribas era hijo de un noble catalán, Miguel de Ribas, que en la guerra de Sucesión había luchado en el bando de Felipe V y estaba bien situado en la corte del Reino de Nápoles y Sicilia. Al parecer, el joven de Ribas fue un muchacho muy despierto con un talento especial para los idiomas, rasgo común, por cierto, entre muchos de los grandes viajeros. Antes de cumplir dieciséis años hablaba italiano, español, latín, francés, inglés y alemán. A esa edad ingresó en la milicia. En un regimiento de Infantería de la Guardia Napolitana. En aquella época los nobles ascendían con rapidez y a los veinte ya era segundo teniente. Fue cuando conoció a Alexander Orlov, comandante de la Flota rusa en el Mediterráneo que le tomó a su servicio como intérprete. Orlov era un ejemplar humano que impresionaba por sus más de dos metros de estatura y por tener una cicatriz en la mejilla secuela de un duelo. Los Orlov, que eran dos hermanos, fueron muy famosos en la historia de Rusia porque uno de ellos, Gregory, era amante de la zarina, la emperatriz Catalina II la Grande. El encuentro con el gigante ruso marcó la vida de nuestro paisano.

Con veinte años y toda una vida por delante el joven de Ribas no tardó en dejar Nápoles embarcándose rumbo a otras latitudes. Orlov le había ascendido de intérprete a ayudante y la Flota rusa zarpó rumbo al mar Negro, una travesía de más de 1550 millas, algo más de 2500 kilómetros. Fue su primer gran viaje. En aquella época, Rusia estaba en guerra con Turquía y llegaron a tiempo para participar en una batalla naval en la que la flota imperial hundió a la

otomana. Poco después José de Ribas puso pie en tierra y en compañía del victorioso almirante Alexander Orlov viajó hasta San Petersburgo. Otros mil y pico kilómetros. Allí ingresó en la academia del cuerpo de cadetes y completó su conocimiento del ruso. Nunca negó su condición de español y, cuando formalizó el ingreso, fue inscrito como *iz ispánskyj dvorián*, «miembro de la nobleza española». Corría el año 1772. Era un joven apuesto y despierto, tenía don de gentes y apostaba alto. Se echó una novia que se llamaba Anastasia Sokolova, que era hija de un ministro y tres años después acabaron casándose. A la boda acudió la zarina y con ella todas las «celebridades» de la capital. La relación con la emperatriz fue duradera y, de hecho, fue madrina de las dos hijas que tuvo nuestro paisano. De Ribas y su familia estaban muy bien situados en la corte imperial rusa, tanto que una de sus bisnietas llegó a ser amante y esposa morganática del zar Alejandro II. Pero esa es otra historia…

Vamos a volver a la de nuestro joven militar español que por haber nacido en el corazón del Mediterráneo cabe suponer que sentiría la «llamada del mar». Nueve años después de su llegada a San Petersburgo, en 1783, nuestro paisano que había ascendido a coronel entró al servicio del personaje más importante del momento: el príncipe Grigori Potemkin, otro de los amantes de la emperatriz Catalina II la Grande. Le acompañó en nuevas campañas militares. Viajó hasta Ucrania que entonces formaba parte del Imperio ruso y estaba en plena expansión hacia el sureste de Europa y las riberas del mar Negro. Seguía la guerra contra los turcos y José de Ribas participó activamente en diversos combates. Participó en la conquista de la península de Crimea —la disputada Crimea también en nuestros días— y, con base en el puerto de Sebastopol, ayudó a crear la Flota rusa del mar Negro. En otro momento de la guerra tuvo un papel muy destacado. Al frente de una unidad formada por los famosos y feroces cosacos zaporogos tomaron al asalto una fortaleza y se hicieron con el control de la isla Berezán. Por aquella victoria fue ascendido a brigadier y después a general. Más tarde vino la que fue considerada su mayor hazaña: la toma de Izmail, una ciudad que está junto al río Danubio y que estaba protegida por una

fortaleza que era tenida por inexpugnable. En nuestros días es una base naval de la Marina de Ucrania. Después llegaron para nuestro paisano sus mejores días de gloria. En este caso no como soldado, sino como constructor de Odesa, la ciudad a la que su nombre irá unido para siempre. Pasó de soldado y guerrero a arquitecto y constructor. Un cambio tan radical de actividad que se gestó al amparo de las nuevas circunstancias: la guerra con los turcos había terminado. El Imperio otomano cedió a Rusia los territorios de la orilla septentrional del mar Negro y De Ribas fue uno de los tres plenipotenciarios que firmaron el tratado que ponía fin al conflicto. Estaba, pues, en la cima de la gloria y la zarina le encomendó la construcción de lo que en poco tiempo —dos años tardaron las obras — sería la hermosa ciudad de Odesa. De la que fue nombrado gobernador en 1794. Los primeros habitantes fueron cosacos. En poco tiempo, gracias a que De Ribas regaló tierras y declaró exentos de impuestos a sus habitantes, pasó a convertirse en uno de los puertos más importantes del mar Negro. Conozco como digo Odesa y es una ciudad con espléndidos edificios de estilo francés e italiano, un paseo marítimo lleno de mansiones y un puerto al que se accede por la majestuosa escalera inmortalizada por el cine.

Pero los días de gloria no duran eternamente y como todo gran hombre, y más habiendo nacido en otro país y habiendo alcanzado tantos honores, se creó enemigos. Y envidias. Muerta la zarina, perdió el favor real y le procesaron por supuesta malversación. Se defendió de las acusaciones y fue rehabilitado.

Pero en aquella corte llena de intrigas palaciegas ya nada fue igual para él. Murió en San Petersburgo el 2 de diciembre del año 1800. En Ucrania, la posteridad le hizo justicia. En 1994, al cumplirse el segundo centenario de la fundación de la ciudad le erigieron una estatua de bronce. En una mano lleva una pala y en la otra un plano. Está situada al principio de la avenida que lleva su nombre: Vicealmirante José De Ribas, escrito en caracteres cirílicos. Un personaje importante de la historia de España, gran militar y gran viajero por tierras y parajes hoy de tanta y tan triste actualidad debido a la guerra que sufre Ucrania tras ser invadida por Rusia.

# EL ESPÍA QUE SE COLÓ EN LA MECA

He vivido veinte años en Barcelona. De estudiante en una primera época —Medicina, Periodismo— y de trabajo después en la radio, Radio Barcelona. Cerca de donde estuve en una pensión durante algún tiempo estaba la calle Alí Bei, en la zona cercana al Parque de la Ciutadella, no lejos del Arco del Triunfo. Pasé alguna vez por ella camino de la Estación de Francia, que en aquella época era punto de partida y llegada de los trenes hacia la costa. Nunca reparé en la peculiaridad del nombre hasta que un día, charlando con mi admirado Luis Arribas Castro, un famoso locutor de Radio Barcelona, compañero de la emisora, me habló de Alí Bey —así he encontrado su nombre escrito en los libros de historia que consulté después—. Picó mi curiosidad el saber que fue un espía y que no era moro como parecía indicar a primera vista su nombre. Era español, se llamaba Domingo Badía y Leblich y había nacido en Barcelona en el año 1767, y por lo que fui averiguando un tipo inquieto, valiente y muy inteligente que llevó una vida de película. Antes de que lo lograra el capitán inglés Richard Burton —del que hemos hablado en otro capítulo—, Badía fue uno de los primeros europeos en visitar La Meca, en el corazón de Arabia, la ciudad santa del islam prohibida a los infieles. Conocemos un perfil de Domingo Badía antes de desdoblarse en el personaje de Alí Bey el Abbas, un impostor que se haría pasar por un príncipe sirio como tapadera para encubrir sus misiones de espionajes. Como digo sabemos algo acerca de su compleja personalidad a través de un testigo excepcional. El autor del retrato sicológico de nuestro viajero fue Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, el favorito del rey Carlos IV que en aquella época ejercía de primer ministro y era quien había autorizado el viaje a Marruecos con la secreta misión de levantar a algunas tribus contra el sultán que entonces, como ahora, codiciaba las ciudades españolas de Ceuta y Melilla. Godoy escribió en sus *Memorias*:

> Badía era valiente y arrojado como pocos, disimulado, astuto, de carácter emprendedor y amigo de aventuras y qué, hasta sus mismas faltas: la violencia de sus pasiones y la genial intemperancia de su espíritu, le hacían apto para aquél designio.

El designio era una misión encubierta de espionaje en Marruecos. El todopoderoso Godoy tenía una gran opinión de nuestro hombre que, sin embargo, durante años había llevado una vida bastante vulgar marcada únicamente por los traslados de su familia por diferentes lugares de la Península. Uno de ellos le llevó hasta Cuevas de Almanzora, en Almería, en donde su padre ejerció como contador de guerra y tesorero de la vecina localidad de Vera. En aquel territorio empezó a interesarse por el mundo musulmán. Allí se casó y tuvo una hija. Después se trasladó a Córdoba donde encontró empleo como administrador de rentas de la venta de tabaco. Empezó a estudiar el árabe con gran provecho y también a interesarse por los globos aerostáticos, una novedad en aquellos tiempos. Creó una empresa de construcción de estos aparatos voladores con la intención de explotar el negocio, pero todo fueron desastres y se arruinó. De allí, partió a Madrid donde, tras pasar no pocos apuros, entró en contacto con la corte. Conoció a Manuel Godoy, quien sería su protector y le presentó al rey Carlos IV. Y ahí se iniciaron los días de los viajes y las aventuras que le harían famoso.

Su primera misión fue un éxito a medias. Partió de Cádiz hacia Tánger en 1803 y se adentró en Marruecos. Tenía treinta y seis años. En un primer momento, su habilidad y carisma eran tales que consiguió que el sultán Mulay Sulayman le proclamara su amistad, llegando a regalarle una casa en Marrakech y poco menos que le obligó a casarse con una mujer de su propio harén. No sospechaba que Badía había entrado en contacto con algunos jefes de tribus descontentos y dispuestos a sublevarse. Pero en Madrid cambiaron las cosas, Carlos IV, un veleta, cambió de idea al respecto de provocar la insurrección contra el sultán y Godoy canceló la misión dejando a nuestro hombre con turbante y colgado de la brocha. Salvó la vida de milagro. Su dominio del árabe fue la clave.

Abandonó Marruecos con la excusa de que había tenido una revelación espiritual que le conminaba a emprender la peregrinación ritual a La Meca. El sultán que, pese a su doble juego, parece que le había cogido afecto le permitió marcharse. En octubre de 1805 emprendió el viaje vía Argelia, Libia y Grecia. Embarcando para la isla de Patmos, donde se encuentra la cueva en la que según la tradición el apóstol san Juan el Evangelista dictó a su discípulo Prócoro las revelaciones que conocemos como el Apocalipsis. Badía permaneció algún tiempo en el majestuoso monasterio fortaleza que corona el paraje. Y de allí saltó a Chipre, territorio también del Imperio otomano. Como espía que era se enteró de un complot, un plan británico para tumbar al bajá de Egipto y con esa información se trasladó a Alejandría. Gracias a su información, los mamelucos, la casta de guerreros que gobernaba el país, pudieron abortar el golpe.

En Egipto, Badía coincidió con el gran escritor y político francés François-René de Chateaubriand, autor de dos obras famosas, *El genio del cristianismo* y *Memorias de ultratumba*, además de un libro: *Viaje de París a Jerusalén,* muy leído en su tiempo. El francés no descubrió la impostura de nuestro paisano. Alí Bey le pareció «el turco más inteligente y cortés que había conocido». Sin duda, nuestro hombre debía poseer un gran don de gentes. Y mucha determinación y un carácter bragado del que echó mano para culminar el que, sin duda, fue el más aventurado y peligroso de sus viajes. Partiendo de El Cairo a primeros de diciembre de 1806 llegó a La Meca el 11 de enero de 1807. Previamente, como medida de precaución, se había hecho circuncidar. Consiguió entrar y participar en todas las ceremonias rituales de las que nos ha dejado una descripción muy detallada en un libro que le haría famoso. Lleva por título *Viajes de Alí Bey por África y Asia*. Europa conoció, gracias a los dibujos de Badía, la imagen de los templos de La Meca. También intentó, pero sin éxito, llegar hasta Medina, la otra ciudad santa del islam. Tras desandar el camino recorriendo parte del desierto de Arabia y el de lo que hoy es Jordania, llegó a Jerusalén donde visitó los Santos Lugares y otros enclaves de Palestina. Más tarde pasó por Siria camino de Estambul y desde allí, recorriendo los países del Este de Europa, alcanzó París. Se agotaba 1807 y eran las vísperas de la

invasión de España por las tropas de Napoleón. Carlos IV, el rey de España, se hallaba en la ciudad francesa de Bayona donde, cómplice de los planes del emperador, había abdicado renunciando al trono, lo mismo que su hijo, el futuro Fernando VII. Los dos habían rendido pleitesía a Napoleón, el «hombre fuerte» de la Europa de aquel momento, y Domingo Badía, que también había llegado a Bayona, hizo lo propio.

El 12 de mayo de 1808 fue recibido por Napoleón, a quien le presentó un plan para invadir Marruecos. Su viejo proyecto. Las cosas no salieron como él quería, pero aceptó el nombramiento como prefecto de Córdoba que le ofreció José I, el hermano al que Napoleón había colocado en el trono de España. Se había convertido en un afrancesado y tras la derrota de las tropas napoleónicas Domingo Badía se vio obligado a exiliarse en Francia. Pero no le fue mal.

En Europa todo había cambiado tras la derrota de Napoleón en Waterloo en 1815, y para Badía, con el rey Luis XVIII en el poder, cambió su fortuna. Sorprendentemente para bien, dados sus antecedentes pro Napoleón. Su libro se vendía y a él le nombraron nada menos que mariscal. Y volvió sobre sus viejos planes. Esta vez y por encargo de Francia partió en 1818 para Oriente y cambió de alias. Cuando llegó a Damasco se hacía llamar Alí Abu Othman. La capital siria le había fascinado, pero allí le abandonó la suerte y, cuando se disponía a iniciar un segundo viaje a La Meca, el 30 de agosto de 1818, le alcanzó la muerte.

No hay certezas sobre las circunstancias en la que murió. Algunas fuentes hablan de un oscuro episodio en el que habría sido envenenado a instancias de un agente inglés en venganza por lo ocurrido años atrás en Chipre cuando desveló a los mamelucos el complot que los británicos estaban urdiendo contra ellos. Otras fuentes —quizá las más fiables— relatan que habría caído enfermo de disentería. Una enfermedad infecciosa de origen bacteriano muy frecuente en aquellos tiempos tan precarios en materia de higiene. Se adquiere por el contacto con agua o alimentos contaminados. Fuese una u otra la causa de su muerte, lo cierto es que privó al mundo de un personaje de una personalidad caleidoscópica. Un

viajero muy activo que aprovechó al límite los cincuenta y ocho años de vida que le deparó el destino. Como decía, su recuerdo perdura, al menos en el nombre de una calle de Barcelona, cerca del Arco de Triunfo.

# IV. LA GRAN AVENTURA DE AMÉRICA

El siglo XVI fue el siglo en el que una parte del mundo se reencontró con la otra. Con la llegada de los españoles al Nuevo Mundo, que con el andar del tiempo sería conocido como América —en homenaje al navegante y avispado cartógrafo italiano Américo Vespucio que utilizó este término por primera vez en 1507—, y tras el primer viaje alrededor del planeta culminado por el navegante vasco Juan Sebastián de Elcano, se produjo la primera globalización.

Aquellos intrépidos viajeros, doblados de conquistadores, con sus proezas y excesos escribieron algunas de las páginas más brillantes de la historia de España en particular y, en general, de las del resto del mundo.

Un ejemplo extraordinario de aventurero que reúne a partes iguales valor, resistencia física e infortunio fue el adelantado andaluz Álvar Núñez Cabeza de Vaca protagonista de la que podría considerarse como la primera gran larga marcha de la historia. Caminando a pie desde Florida hasta Méjico, atravesando Misisipi, Luisiana, Tejas, Nuevo Méjico y Arizona, consiguió llegar a Méjico. Una proeza que uno no es capaz de calibrar hasta que no viaja con los medios actuales en coche o autobús por el sur de lo que hoy son los Estados Unidos, un país cuyas distancias son las propias de un continente.

> A 17 días del mes de junio de 1527 partió del puerto de Sant Lúcar de Barrameda el gobernador Pánfilo de Narváez con poder y mandado de Vuestra Majestad para conquistar y gobernar las provincias que están desde el río de las Palmas hasta el cabo de la Florida, las cuales son en Tierra Firme; y la armada que llevan eran cinco navíos, en los cuales, poco más o menos irían seiscientos hombres. Los oficiales que llevaba (porque de ellos se ha de hacer mención) eran estos que aquí se nombran: Cabeza de Vaca por tesorero y por alguacil mayor…

Así empieza *Naufragios*, el relato autobiográfico escrito por Álvar Núñez Cabeza de Vaca en el que este esforzado explorador español que vivió en el siglo XVI narra las aventuras y penalidades que sufrió recorriendo más de 10 000 kilómetros, buena parte de ellos a pie, desnudo y descalzo, por tierras desconocidas e inhóspitas pobladas por nativos hostiles. Partiendo de Florida y acompañado por tres supervivientes recorrió todo el sur de los actuales EE. UU. para seguir ruta hasta la capital de lo que hoy es Méjico en compañía de los tres únicos supervivientes de una expedición de más de 600 hombres que había partido en 1527 desde Sanlúcar de Barrameda con el objetivo de llegar a La Habana, en Cuba, pero una tormenta les desvió a la península de la Florida arrojándoles en las proximidades de la bahía de Tampa.

A partir de ahí recorrieron la parte meridional de lo que hoy son los Estados Unidos atravesando Texas, el río Misisipi, el río Grande, y en Méjico, Cohauila, Sinaloa y Sonora hasta llegar a Monterrey y San Blas alcanzando después la ciudad de Méjico. Una proeza de supervivencia única, llena de episodios dramáticos que sorprende tanto por su capacidad para adaptarse a las circunstancias más adversas como por la serenidad con la que cuenta sus múltiples desventuras. Una aventura extraordinaria narrada con sencillez en un estilo de singular realismo que ya en su época, cuando fue publicado el relato de los *Naufragios*, le dio fama y contribuyó a inmortalizar tan singular hazaña. En su caso, como veremos, la proeza de un animoso perdedor.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca nació en 1490 en Jerez de la Frontera o en Sevilla, fecha y lugar sobre los que los historiadores no se ponen de acuerdo. La más probable, 1490, aunque otros apuntan a 1507, pero cabe pensar que de ser esta última habría tenido solo veinte años cuando, como se lee en su relato del viaje, fue nombrado tesorero y alguacil mayor de la expedición a la Florida, resultando, además, inverosímil que con tan solo cuatro años hubiera podido participar en Italia como soldado en algunas de las batallas de la llamada guerra de la Liga Santa de las que hablaremos.

El caso es que partió para América sin saber que pasaría a la

historia por ser el explorador español que no conquistó nada ni forjó negocio, pero fue capaz de realizar la hazaña de resistencia y supervivencia más singular de las muchas que en tierras del recién descubierto Nuevo Mundo llevaron a cabo nuestros esforzados antepasados.

Núñez Cabeza de Vaca era hijo de una familia de buena posición social, un linaje de «cristianos viejos», hijo de Francisco de Vera y de Teresa Cabeza de Vaca. Su abuelo, Pedro de Vera, era un hidalgo que había luchado en la guerra de Granada y encabezado la consolidación de la conquista de Gran Canaria. También fue alguacil y alférez mayor de Jerez de la Frontera. Le acompañó fama de hombre expeditivo y codicioso. Parece que murió poco antes de nacer su nieto Álvar Núñez, que fue el tercero de seis hermanos. Por línea materna su familia descendía del famoso Martín Alhaja, el pastor al que según la leyenda el rey Sancho de Navarra había otorgado nobleza por ser quien habría revelado el pasaje escondido —señalado por el cráneo de una vaca— por el que las tropas cristianas rodeando el campamento sorprendieron a los musulmanes venciéndoles en la histórica batalla de las Navas de Tolosa, año 1212.

Tras el fallecimiento de sus padres, Álvar Núñez fue acogido por una de sus tías, que se llamaba Beatriz de Figueroa y era viuda de Pedro de Estopiñán, un soldado que había alcanzado fama tras capitanear la conquista de Melilla. En 1511 el mozo Álvar Núñez se alistó como soldado en la expedición militar organizada por el rey Fernando el Católico y conocida como la Liga Santa. Era una coalición formada por España, Venecia, los Estados Pontificios y otros reinos contra la Francia que contaba con el apoyo del Imperio otomano. Italia fue el campo de las operaciones y hay constancia de que Álvar Núñez Cabeza de Vaca participó en la batalla de Rávena que se libró en 1512 y en las de Bolonia y Gaeta. Debió ser un combatiente eficaz porque poco después fue ascendido a alférez. Regresó a España y acabó implicado en la guerra de los comuneros, las ciudades que se habían levantado en armas contra el joven emperador Carlos I. Nuestro hombre participó del lado imperial, librando episodios como la recuperación del Alcázar de Sevilla que

había sido tomado por los alzados en armas, y, posteriormente, en las dos batallas que dirimieron el conflicto: la de Tordesillas y la de Villalar, que tuvo lugar el 23 de abril de 1521 y puso fin a la guerra con la victoria de los partidarios del emperador y la derrota de los comuneros. Aquel conflicto que se saldó con el trágico episodio del ajusticiamiento de los tres principales líderes comuneros —los famosos Padilla, Bravo y Maldonado— dejó huella y añoranza en el reino de Castilla, pero menos en el resto de España.

Una vez asentado el emperador en Toledo, pese a estar atento a las tensiones que se producían en los territorios centroeuropeos de su vasto imperio amenazados por las disputas político-religiosas introducidas por el auge de los seguidores de la reforma protestante, prestó creciente atención a las novedades que venían de América, los inmensos territorios de aquel Nuevo Mundo recién descubierto a la par que por descubrir en su abigarrada variedad.

En ese contexto se inició la aventura americana de Álvar Núñez Cabeza de Vaca. Que empezó mal. El mar, la mar, es quien toma la palabra cuando de atravesar un océano se trata y a este respecto el título de las memorias de nuestro personaje lo dice todo. Porque para él y sus compañeros todo empezó con un naufragio. El que deshizo la expedición que encabezaba la flotilla de cinco naves de Pánfilo de Narváez que había salido desde Sanlúcar en ruta hacia Cuba con una capitulación —autorización real para la exploración, conquista y poblamiento de la Florida—. A este fin en la expedición también iban «mujeres casadas, amancebadas y criadas». Narváez pretendía reproducir la gesta de Juan Ponce de León, el descubridor de la Florida, que había emprendido la aventura en busca del de la fuente de la eterna juventud. Un mito que junto a la leyenda de El Dorado encendió la imaginación y la codicia de no pocos de aquellos intrépidos a la par que crédulos aventureros. La expedición de Narváez tocó tierra en la bahía de la Cruz, lo que hoy es Tampa en la costa occidental de Florida, sin tomar la precaución de anclar y proteger debidamente los barcos —imprudencia que en su crónica Cabeza de Vaca le reprocha a Narváez— desembarcaron unos trescientos hombres y se adentraron en aquel territorio en la idea de alcanzar un país, al sur de los montes Apalaches, pleno de riquezas,

pero que resultó ser otra quimera. Se movían en un territorio que desconocían, no tenían intérpretes y estuvieron sometidos al acoso constantes de «indios flecheros», los seminolas, aborígenes aguerridos cuya pericia con el arco desafiaba la inicial superioridad de los arcabuces que portaban los españoles. Cabeza de Vaca dice de ellos:

> Gentes de guerra y tenían tanta astucia para guardarse de sus enemigos como si fuesen criados en Italia y en continua guerra. La manera que tienen de peleares abajados por el suelo y mientras flechan saltan de un cabo para otro guardándose de las flechas de sus enemigos tanto que en semejante parte pueden rescebir (sic) muy poco daño de ballestas y arcabuces; antes los indios burlan de ellos porque esas armas no aprovechan para ellos en campos llanos, donde ellos andan suelto, son buenas para estrechos y lugares de agua ;en todo lo demás los caballos son los que han de sojuzgar y lo que los indios universalmente temen.

La ruta se coinvirtió en un infierno. Realizaban jornadas extenuantes. Cabeza de Vaca dejó escrito que avanzaban una legua por hora, unos cinco kilómetros, y al cabo del día recorrían no menos de siete leguas. Tras llegar a un pueblo que conserva el nombre de Apalache, que hoy sería territorio de Georgia, dieron la vuelta hacia el sur tratando de alcanzar el punto de la costa en el que habían desembarcado. La ruta fue todavía más penosa que a la ida. Las epidemias y el acoso de los indios fueron diezmándoles y para colmo de males al arribar a la costa los barcos habían desaparecido arrastrados por los fuertes vientos que azotan aquella región. Dice el refrán que la desesperación es fuente de ingenio y, sin tener nada de cuanto se necesita para construir un barco, decidieron improvisar y construir barcas.

> A todos nos parecía imposibles. Nosotros no las sabíamos hacer ni había herramientas, ni hierro, ni fragua, ni estopa, ni alquitrán, ni jarcias, …. No había nada ni quien supiese para dar industria en ello. Hizimos (sic) cinco barcas de veintidós codos cada una

> calafateadas con las estopas de los palmitos, breada con cierta pez de alquitrán que hizo un griego llamado don Teodoro de unos pinos y de las colas y de las crines de los caballos hicimos cuerdas y jarcias y de nuestras camisas hicimos las velas y de unas sabinas hicimos remos desollamos las piernas de los caballos para hacer botas para al agua… Íbamos tan apretados que no nos podíamos menear.

Por asombroso que pueda parecer tardaron poco más de un mes en tener listas las barcas y se hicieron a la mar costeando. Quedaban solo 243 que siguieron siendo atacados por los indios cada vez que se aproximaban a tierra para buscar alimentos. Con gran esfuerzo consiguieron llegar hasta la desembocadura del río Misisipi —«que entraba en el mar de avenida»— con la intención de rebasarlo, empresa titánica que no todos pudieron culminar. A primeros del mes de noviembre de 1528 naufragó la barca en la que iba Pánfilo de Narváez, pereciendo el capitán de aquella desgraciada expedición cuyos restantes componentes también naufragan a causa de una feroz tormenta que embistió de través a tan precarias embarcaciones y las destruyó arrojándolas contra la costa. Solo se salvó una quincena. Llegaron desnudos y descalzos hasta una islita que lleva hoy el nombre de Galveston, pero que ellos bautizaron como la isla del Mal Hado. La mala suerte. Es el naufragio que va a marcar el punto de partida de la larga marcha a pie de Álvar Núñez, Alfonso del Castillo Maldonado, natural de Salamanca, Andrés Dorantes, natural de Béjar y vecino de Gibraleón, y Estebanico, el esclavo árabe negro natural de Azamor.

Los cuatro protagonistas de aquella machada que como veremos —y cuesta creerlo— consistió en recorrer a pie en dirección al oeste cerca de 10 000 kilómetros por los inmensos territorios del sur de los EE. UU. y parte de Méjico. Se adentraron por Texas hasta llegar al río Grande —«un río ancho como el río de Sevilla»—, cuyo curso siguieron hacia el norte en la esperanza de toparse con algún indicio de civilización que se asociaría con los indios «pueblos». Pero siguieron bajo la égida de la mala suerte (el mal hado) y se toparon con los carancauas, un pueblo primitivo y salvaje que les apresaron

y dividieron en lotes repartiéndoselos como esclavos. Les maltrataban; desnudos y descalzos les molían a palos y les obligaban a arrancar raíces de plantas subacuáticas que formaban parte de la alimentación de aquellas primitivas gentes. También comían cuero, y a los esclavos les cumplía la tarea de roerlo hasta ablandarlo. Cuenta Cabeza de Vaca que la sed, el hambre y el frío habían convertido sus cuerpos en esqueletos que se asemejaban a la figura de la muerte. Y algo peor. Aquella desesperada situación dio pie a casos de antropofagia que, con un rasgo de humor negro, evoca como episodio acontecido en los días que caminaban cerca del litoral. «Cinco cristianos que estaban en la costa llegaron a tal extremo que se comieron los unos a los otros hasta que quedó uno solo, que por ser solo no hubo quien se lo comiese». Consiguieron liberarse de los carancauas y prosiguieron ruta a ciegas siempre caminado hacia el oeste. Y volvieron a caer prisioneros. El hambre es el señor de aquellas tierras y, según cuenta, los indios que no eran tan feroces como los otros que habían conocido sobrevivían como podían alimentándose de arañas, culebras, lagartos, todo tipo de insectos y hasta llegan a comer tierra y madera.

*Naufragios* constituye un testimonio pionero en orden a la acumulación de noticias antropológicas sobre la vida y costumbres de decenas de pueblos indios y de la diversidad de sus ritos y sus lenguas tan alejadas unas de otras. Por el relato de Cabeza de Vaca se supo que era frecuente el matrimonio homosexual —el «pecado contra natura»—. Lo cuenta así:

> En el tiempo que así estaba entre estos vi una diablura y es que vi un hombre casado con otro, y estos son unos hombres amarionados (sic), impotentes, y andan tapados como mujeres y hacen oficio de mujeres y tiran arco y llevan muy gran carga, y entre éstos vimos muchos de ellos así amarionados como digo, y son más membrudos que los otros hombres y más altos; sufren muy grandes cargas.

A finales de 1529 Álvar Núñez Cabeza de Vaca y sus tres compañeros se las arreglan para escapar de nuevo y se transforman

en personajes estrafalarios cuya figura esquelética alargada por una cabellera que les llegaba hasta la cintura y una barba intonsa les presta una imagen chamánica. Alonso del Castillo, el salmantino rubio, tuvo la fortuna de sanar a un cacique que estaba postrado por una herida de flecha. Aquello cambió su suerte, a partir de aquel momento tanto él como sus otros tres compañeros pasaron a ser considerados como seres excepcionales cuya fama sanadora les precedía y eran bien recibidos allá por donde pasaban. Los indígenas creían que hacían milagros y les consideraban hijos del sol. Mediante la oración y las hierbas medicinales lograron hacer curaciones.

Cuenta como procedían a las sanaciones:

> La manera con la que les curábamos era santiguándolos y soplándolos y rezando un paternóster y un ave maría y rogábamos y suplicábamos a nuestro Señor que nos ayudara… quiso Dios en su misericordia que todos aquellos a quienes santiguábamos decían que ya estaban sanos…

La fama de aquellas curaciones hizo que varios miles de indios les siguieran en su deambular creando en ocasiones a su alrededor un raro fenómeno de multitudes. Les acompañaban y tenían que soplar sobre ellos para santificar sus comidas y bebidas. Precedidos de fama de milagreros prosiguieron camino siempre hacia el oeste. Tardaron cerca de un año en atravesar Texas y, alcanzando el río Bravo por encima de su confluencia con el Pecos, llegar hasta lo que hoy es El Paso para descender después hasta la región de Chihuahua y desde allí por Sonora llegaron a San Miguel de Culiacán, en Sinaloa, y allí, tras ocho años y miles de kilómetros recorridos se encuentran con los primeros españoles, un escuadrón de soldados al mando de un capitán llamado Diego de Alcaraz al servicio de Nuño Beltrán de Guzmán, el gobernador de aquel territorio que llevaba el nombre de Nueva Galicia, un individuo tiránico que esclavizaba a los indios y organizaba expediciones para apresarlos. Una de esas razias era la misión de aquellos soldados. Se reconocieron como compatriotas, pero no se entendieron. A parte de la apariencia estrafalaria de Cabeza de Vaca y sus compañeros —

harapientos, descalzos y con barbas hasta la cintura—, el trato que dispensaban a los indios que les seguían chocó de frente con la disposición violenta de los soldados. Hubo sus más y sus menos, pero a la postre se despidieron de los indios y prosiguieron viaje hasta Culiacán donde pasaron algún tiempo reponiéndose de tantas fatigas y prosiguieron viaje hasta llegar a Méjico, capital del virreinato de la Nueva España, donde fueron recibidos por el virrey Antonio de Mendoza y Pacheco. Corría el año 1537 cuando Cabeza de Vaca volvió al camino, esta vez en dirección a Veracruz con la intención de regresar a España haciendo escala en La Habana para proseguir travesía hasta Sanlúcar como última parada para llegar a Sevilla, pero la mala suerte le persigue y el barco perdió el rumbo y acabó atracando en Lisboa el 9 de agosto de 1537. Semanas después, llegó, por fin, a Sevilla. Diez años habían transcurrido desde su llegada a tierras americanas, de los cuales seis los habían sufrido como esclavos. Hombre inquieto tras asentarse en la que entonces era la gran capital andaluza, la ciudad que unía dos mundos, Álvar Núñez escribió una primera relación de su aventura dirigida a la Real Audiencia del Consejo de Indias que fue utilizada por Gonzalo Fernández de Oviedo para redactar su famosa *Historia general y natural de las Indias*. Después escribió los *Naufragios*.

La obra le dio a conocer en la corte, y la Corona le ofreció una nueva encomienda. Esta vez con mando en plaza para continuar la exploración y conquista del Río de la Plata, territorio abierto y en disputa por los avances de los portugueses instalados en Brasil a pesar del Tratado de Tordesillas firmado 1494 entre los Reyes Católicos y el rey Juan II de Portugal, que estableció el reparto de los nuevos territorios descubiertos en el continente americano separando las áreas de influencia de ambos reinos a partir de una línea imaginaria trazada a 370 leguas de las islas de Cabo Verde.

La segunda narración de las venturas y nuevas desventuras sufridas por Álvar Núñez Cabeza de Vaca, que conocemos con el título de *Los Comentarios,* se inician así:

> Después que Dios nuestro Señor fue servido sacar a Álvar Núñez Cabeza de Vaca del captiverio (sic) y trabajos que tuvo diez años

> en Florida y vino a estos reinos en el año del Señor de 1537,donde estuvo hasta el año 40,en el cual vinieron a esta corte de Su Majestad personas del Río de la Plata a dar cuenta a Su Majestad de sucesos de la armada que allí había enviado don Pedro de Mendoza y de los trabajos en que estaban los que de ellos escaparon y a le suplicar fuese servido de los proveer y socorrer antes que todos pereciesen (porque ya quedan pocos de ellos).Y sabido que Su Majestad mandó que se tomase cierto asiento y capitulación con Álvar Núñez Cabeza de Vaca para que fuese a socorrellos (sic); el cual asiento y capitulación se efectuó mediante que el dicho Cabeza de Vaca se ofresció (sic) de los ir a socorrer y que gastaría en la jornada y socorro que así había de hacer en caballos, armas, ropas y bastimentos y otras cosas ocho mil ducados…

Estas líneas no fueron escritas por Cabeza de Vaca. Se deben a la pluma de Pero Hernández, que era su escribano y que fue testigo de los hechos que narra. Fueron escritos como documento exculpatorio de Cabeza de Vaca en razón de las peripecias y graves problemas y decisiones que hubo de afrontar en el transcurso de la nueva expedición que le fue encomendada esta vez en tierras australes. Expedición que, como veremos, fue un fracaso. Uno más en la triste historia de este caballero que bien podría ser considerado como uno de los grandes perdedores de la historia.

Resulta que tres años después de la muerte de Pedro de Mendoza, primer fundador de Buenos Aires, el 18 de marzo de 1540 Álvar Núñez Cabeza de Vaca conseguía del emperador Carlos I un «asiento y capitulación» con los títulos de gobernador, adelantado y capitán general del Río de la Plata para que fuera a socorrer a los supervivientes de una expedición anterior mandada por el mencionado Pedro de Mendoza. Los límites del territorio que se colocaba bajo su mando eran tan inmensos como imprecisos: por el sur llegaban hasta el estrecho de Magallanes; por el norte, con los territorios gobernados por Diego de Almagro desde el Perú; y por el este, el Atlántico incluyendo la isla de Santa Catalina, situada en el extremo septentrional de lo que hoy es Argentina. A diferencia de la

expedición anterior hacia la Florida, esta vez, podríamos decir que amarró algo mejor las condiciones económicas del proyecto: dos mil ducados de renta anuales, el «dozavo de todo lo que en la tierra y provincias se hobiese», además del permiso para levantar fortalezas con cien mil maravedíes de sueldo cada una y durante diez años la franquicia del almojarifazgo, un impuesto que se pagaba por el traslado de mercancías que salían o entraban de España o se movían entre los puertos peninsulares o americanos. Si bien se mira, no era el chollo que parece a primera vista. Era práctica habitual que el dinero para las expediciones lo debían aportar los interesados porque la Corona, exhaustas las arcas por los gastos de las guerras con los protestantes, no asignaba ayuda directa. Apostaba sobre los beneficios que estaban por ver, de suerte que el flamante adelantado hubo de aportar de su peculio unos ocho mil ducados, recursos, como decía en el arranque de la crónica del escribano, destinados a la compra de barcos, caballos armas y demás pertrechos. En el ánimo de los embarcados también anidaba un poso de codicia ante las expectativas de rápido enriquecimiento generadas por las leyendas que corrían en la época acerca de la «Sierra de la Plata» y el misterioso «Imperio de un Rey Blanco».

La expedición compuesta por tres navíos —dos naos y una carabela— partió de Cádiz el 2 de noviembre de 1540 y en Canarias se les unió otro barco. En total unos cuatrocientos hombres. Uno de ellos era el bejarano Andrés Dorantes, uno de los cuatro supervivientes de la larga marcha a pie desde Florida hasta Méjico.

Fue una travesía muy accidentada. Se les inundó la nao capitana: «Hizo un agua muy grande y fue tal que subió dentro del navío doce palmos en alto y se mojaron y perdieron más de 500 quintales de bizcochos y se perdió mucho aceite y otros bastimentos», y fueron achicando noche y día hasta llegar a la isla de Santiago en el archipiélago de Cabo Verde y allí desembarcaron y sacaron los caballos a tierra. Reemprendieron la navegación y pasaron momentos de mucho apuro porque la reparación de la nao no había sido acertada y casi se volvieron a quedar sin agua y decidieron acercarse a tierra a buscarla, pero una noche cerrada en la que iban a aproximarse a un punto cerca de la costa en la que había un

arrecife, piedras muy altas, a punto estuvieron de chocar, lo que habría supuesto un desastre de no ser porque les despertó el canto de un grillo que un marinero que embarcó en Cádiz había llevado consigo. El animalito al otear la cercanía de la tierra se puso a cantar y su canto despertó a la gente que al ver las piedras que estaban ya a un tiro de ballesta empezaron a dar voces para que echaran el ancla evitando así el choque porque iban al través contra ellas, lo que habría provocado el consiguiente desastre: «Si el grillo no cantara (sic), nos ahogáramos cuatrocientos hombres y treinta caballos; y entre todos se tuvo por milagro que Dios hizo por nosotros». Siguieron costeando y el grillo —cuenta el relato—: «Siempre todas las noches nos daba su música». Recorrieron más de cien leguas «por luengo costa» en lo que hoy es Brasil.

Desde que zarparon tardaron cinco meses en arribar a la isla de Santa Catalina a donde llegaron el 29 de marzo de 1541. Una vez allí enviaron la carabela entrando por el Río de La Plata para visitar el pueblo de Nuestra Señora del Buen Aire que en 1523 había fundado Pedro de Mendoza, pero la nave regresó sin alcanzar su objetivo porque era invierno, tiempo contrario para la navegación por el río. La llegada a la isla en un batel de nueve españoles evadidos de Buenos Aires «por los malos tratos que les hacían los capitanes que residían en la provincia» —una acusación contra Diego Martínez Irala y sus seguidores, responsables de los graves incidentes que habían creado la anarquía en el asentamiento— encendió las alarmas en los expedicionarios que acaban de llegar de España con mandato real para reestablecer el orden en aquel lejano asentamiento en el que, tras la muerte de Pedro de Mendoza, el mando había pasado a manos de Martínez de Irala, un tipo poco dispuesto a acatar las instrucciones que traía Cabeza de Vaca. El tal Martínez de Irala había abandonado el asentamiento de Buenos Aires para trasladarse con la población de cristianos —así era referida en los *Comentarios*— a Asunción en territorio paraguayo con el pretexto de alejarse de los ataques de los indígenas y de estar más cerca de la mítica Sierra de la Plata, que los historiadores han identificado con Potosí, en el suroeste de Bolivia, donde en el llamado cerro Rico se localizó la mina de plata más grande del mundo. Tras conocer la nueva del

abandono de Buenos Aires, Cabeza de Vaca decidió encaminarse por tierra hacia Asunción al mando de 250 hombres y con veintiséis caballos. Los caballos eran animales que intimidaban a los indios hasta el punto de temerlos más que los disparos de arcabuz a los que ellos hacían frente con sus flechas, muchas veces con ventaja por lo laborioso que resultaba la carga de estas primitivas armas de fuego. Durante la travesía entró en contacto con tribus guaraníes:

> Y, llegados que fueron al río de Iguazu, fue informado de los indios naturales que el dicho río entra en el río del Paraná que asimismo se llama río de la Plata y que entre estos dos ríos mataron los indios a los portugueses que Martín Alonso de Sosa mando a descubrir aquellas tierras al tiempo que pasaron el río en canoas dieron los indios en ellos y los mataron.

Avisado Cabeza de Vaca de que aquellos indios les están esperando para matarlos, también a ellos dividió la hueste y una parte formada por ochenta hombres con él al frente siguió por el río y la otra por tierra asegurando las dos orillas con gente que llevaba los caballos que atemorizaban a los indios.

El relato prosigue describiendo lo que fue el momento, sin duda inquietante, el que llegaron al gran salto que se forma en el río:

> E yendo por el dicho río de Iguazu abajo era la corriente de él tan grande que corrían las canoas por él con mucha furia y esto causólo (sic) que muy cerca de donde se embarcó da el río un salto por unas peñas abajo muy altas y da el agua en lo bajo de la tierra tan grande golpe que de muy lejos se oye y la espuma del agua, como cae con tanta fuerza, sube en alto dos lanzas y más por manera que fue necesario salir de las canoas y sacallas (sic) del agua y llegarlas por tierra hasta pasar el salto.

Y tras seguir el curso del río Iguazu hasta llegar al Paraná llegaron hasta Asunción en 1542. En el capítulo de los *Comentarios* en la que narra esta parte de sus andanzas por aquellos lejanos parajes tienen asiento muchas noticias sobre la forma de vida de los indios; le llamó la atención la práctica uniformidad de las lenguas entre las

diferentes tribus, la extrema agresividad de algunas de ellas y en otras las prácticas de canibalismo.

> Esta generación de los guaraníes es una gente que se entiende por su lenguaje todos los de las otras generaciones de la provincia y comen carne humana de otras generaciones que tienen por enemigos si les captivan en las guerras tráenlos (sic) a sus pueblos y con ellos hacen grandes placeres y regocijos, bailando y cantando lo cual sura hasta que el captivo esta gordo… le dan todo cuanto quiere a comer y sus misma mujeres e hijas para que haga con ellas sus placeres… las cuales lo acuestan consigo y lo componen de muchas maneras como es costumbre y le ponen mucha plumería y cuentas blancas…y después sácanlo (sic) a una plaza y después que ha bailado un indio que es tenido por más valiente entre ellos toma una espada de palo entre las manos y le da en los lomos y otro en las espinillas para poderlo derribar y golpes en la cabeza… y al fin al cabo lo derriban y luego llegan tres niños con sus hachetas de cobre dánle (sic) tantos golpes en la cabeza hasta que le hacen saltar la sangre y estándoles dando los indios les dicen a voces que sean valientes y se ensañen y sean valientes y tengan ánimo para matar a sus enemigos y para andar por las guerras...y luego las viejas lo despedazan y cuecen en sus ollas y reparten entre sí y lo comen, y tiénenlo (sic) por cosa muy buena comer de él y de allí en adelante tornan a sus bailes y placeres los cuales duran por otros muchos días diciendo que ya es muerto por sus manos su enemigo, que mató a sus parientes, que agora (sic) descansaran y tomaran por ello placer.

Este era el panorama de penalidades, asechanzas de los indios y diferentes peligros con los que hubo de enfrentarse Cabeza de Vaca camino de Asunción, la ciudad fundada por Juan de Ayolas en 1537 y muerto después por los indios guaycurúes.

Aunque las autoridades españolas a cuyo frente se encontraba Martínez de Irala le reconocieron como nuevo gobernador, su llegada no tardó en generar descontento al descubrir que el adelantado

tenía planes para imponer ciertos cambios en las costumbres de los residentes españoles —algunos de ellos castellanos que habían participado en la rebelión de los comuneros—. Lo primero fue proseguir con las expediciones de exploración y conquista hacia el oeste del río Paraguay —empresa que un primer momento impulsó con éxito—; lo segundo, en aplicación de las Leyes Nuevas dictadas por el emperador, mejorar el trato a los indígenas que venían siendo maltratados y eran víctimas de abusos y se suprimía la tributación sobre los alimentos.

> Para mejor servir a Dios y a Su Majestad el gobernador mando a juntar a los religiosos clérigos que en la provincia residían y delante de los oficiales, capitanes y gente y que para tal efecto mandó llamar y les rogó con buenas y amorosas palabras tuviesen especial cuidado en el enseñamiento de los indios naturales vasallos de Su Majestad y les mandó leer y fueron leídos una carta de ciertos capítulos acordada con Su Majestad que habla sobre el tratamiento de los indios y que los dichos frailes y clérigos tuviesen especial cuidado en mirar que no fuesen maltratados…

No acabaron allí las novedades que traía el flamante gobernador. También les leyó la cartilla en relación con un asunto que debió levantar ampollas. Les dijo que había que acabar con lo que Cabeza de Vaca llamó «los harenes de Mahoma», prácticas poligámicas asentadas entre los españoles que llevan ya algún tiempo viviendo allí. Apenas hay división entre los historiadores a la hora de enjuiciar el papel del gobernador enfrentado a los conspiradores desde el primer momento. Cabeza de Vaca, de su larga y penosa pero ilustrativa experiencia durante sus años de cautiverio primero y nomadeo con los indios del sur de después, había desarrollado una sensibilidad especial hacia los nativos. En los *Naufragios* se lee esta significativa declaración en este caso en relación con los nativos a los que conoció en América del Norte:

> Por donde claramente se ve que estas gentes todas para ser atraídas a ser cristianas y a las obediencias de la imperial

magestad (sic), han de ser llevados con buen tratamiento, y que éste es camino muy cierto y no otro.

Cabeza de Vaca compartía la política colonial de la Corona que propugnaba un acercamiento amistoso a los indios limitando el uso de las armas salvo para casos de defensa personal. Filosofía que chocaba frontalmente con las prácticas de los españoles asentados en aquellos parajes australes. Esta política tuvo reflejo y éxito en la expedición que con el concurso de una nutrida tropa de guaraníes les llevó a enfrentarse con los agaces y los feroces guaycurúes y prosiguiendo después hasta llegar a las fuentes de río Paraguay. Fue una expedición emprendida por Cabeza de Vaca y culminada con éxito, así como otra que, distribuyendo las huestes entre una decena de bergantines y un centenar de canoas tripuladas por indios amigos, cruzando varios puertos fluviales —Tampa y Guazani´— navegan por el Paraguay hasta llegar a Puerto de los Reyes. Fracasaron en una posterior expedición por tierra, pero un destacamento al mando de un capitán llamado Hernando de Ribera ascendiendo por el río Igualu, en territorio de Bolivia, entró en contacto con indios que habían oído hablar y les dieron noticia de los españoles que llegaron con Pizarro y Almagro, los conquistadores del Perú. Hecho de capital importancia para los exploradores, pues les permitió acotar distancias y adquirir una idea de la configuración de aquel vasto territorio de dimensiones continentales.

Atacados por los indios guaxarapos, víctimas de epidemias y del desbordamiento de los ríos, la expedición sufrió lo indecible en el viaje de regreso. Lo consiguieron llegando a Asunción en la primavera de 1544. Pero en su ausencia se habían levantado aires de conspiración. Las nuevas normas implantadas —con el añadido quizá de una cierta falta de tacto—, y que Cabeza de Vaca era un hombre íntegro y muy exigente, provocaron un rechazo que acabó virando hacia la conspiración y la revuelta. Los españoles asentados sintieron amenazada la independencia de la que disfrutaban hasta la llegada de Cabeza de Vaca. El descontento encontró un cabecilla en Irala y un cómplice en el veedor Cabrera. Martínez de Irala fue el promotor de la conspiración y quien al detener a Cabeza de Vaca

despojándole del mando se hizo con la encomienda encargándose de nuevo de la gobernación del territorio.

Acusaban al gobernador de trato despótico y no asumían que el recién llegado hubiera decidido aplazar sin fecha una expedición hacia la Sierra de la Plata. Esta última decisión reclutó también descontentos entre los españoles que habían embarcado con Cabeza de Vaca en Cádiz, gentes ávidas de riqueza en cuyo ánimo habían calado los relatos legendarios que sobrevolaban la zona con noticias sobre el mito del Rey Blanco —un rey que, supuestamente, habitaba en un palacio construido con este metal y cuyo reino ubicaban en algún lugar de aquella región. También estaban las legendarias amazonas y El Dorado. El ambiente era explosivo y terminó estallando el 25 de abril de 1544 en forma de motín encabezado por los oficiales reales. Irala se hizo con el control y pusieron preso al adelantado, quien al no reconocer la nueva situación fue encarcelado y aislado en condiciones humillantes, arrojado a un agujero en el que solo había un camastro.

> En los tiempos en los que estas cosas pasaban, el gobernador estaba malo en la cama y muy flaco y para la cura de su salud tenía unos muy buenos grillos a los pies y a la cabecera una vela encendida porque la prisión estaba tan oscura que no se parescía (sic) el cielo y era tan húmeda que nascía la hierba debajo de la cama.

Fue víctima de un intento de envenenamiento que pudo superar, gracias, sin duda, a la fortaleza física que le había permitido superar las extremadas condiciones de la esclavitud y el cautiverio al que le habían sometido los indios norteamericanos. El encarcelamiento dividió al personal.

> Sobre la prisión del gobernador, además de los alborotos y escándalos que había entre la gente, había muchas pasiones y pendencias por los bandos que entre ellos había, unos diciendo que los oficiales y sus amigos habían sido traidores y habían hecho gran maldad en lo prender … y otros defendían al contrario

y sobre estos se mataron e hirieron y mancaron muchos españoles unos a otros.

Los amotinados aprovecharon la situación para destruir los escritos que habían ido reflejando las actuaciones del adelantado, y los cabecillas de la rebelión, conscientes de que se jugaban el cuello por haberse rebelado contra el depositario de la autoridad real, presionaron a los residentes para acumular todo tipo de acusaciones falsas contra Cabeza de Vaca. En juicio posterior quedó acreditado que algunas de esas acusaciones las habían obtenido mediante la amenaza de cárcel o de una tanda de latigazos.

Estuvieron en un tris de matar al adelantado, pero a última hora optaron por liberarle sacándole de aquel infame agujero en el que el infortunado jerezano había permanecido cerca de un año y decidieron expedirle de vuelta a la Península a bordo de un barco llamado Comunero con grilletes en pies y manos que le fueron retirados al cabo de una terrible tormenta en la que estuvieron al borde del naufragio. El 7 de marzo de 1545 tres hombres del grupo de los amotinados: un tal Lope de Ugarte, comisionado por Irala para defender su posición ante la corte, el veedor Alonso de Cabrera y el tesorero García Venegas partieron hacia España en otro barco con la misión de anticiparse a Cabeza de Vaca a quien intentaron volver a envenenar. Pero después de las hambrunas y penurias sufridas en los tiempos que pasó como esclavo de los indios en los que se alimentaba de insectos y royendo cueros, debía tener un estómago de acero y sobrevivió al tósigo mediante una receta de su cosecha, con componentes de difícil rastreo, puesto que estaba compuesta a base de «aceite y un trozo de unicornio».

Algunos de los conspiradores que también habían viajado en el barco, en llegando a tierra de la Península trataron de adelantarse al gobernador para informar tendenciosamente al emperador. Corría el año 1545. Cabeza de Vaca y quienes le habían denunciado fueron hechos presos, para posteriormente ser puestos en libertad. Lo que sucedió después fue un juicio un tanto confuso, pues el Consejo e Indias le condenó al destierro permanente de las Indias bajo pena de muerte y a servir al emperador durante cinco años en Orán.

Recurrió la sentencia y en agosto de 1522 fue indultado, pero, aunque se mantuvo el destierro de las Indias, pudo regresar a España. Es lugar común citar que fue nombrado juez de la Real Audiencia de Sevilla, pero hay discrepancias entre los historiadores. Al igual que en relación con la fecha y lugar de su muerte. Hasta tres ciudades se disputarían el reposo de este esforzado viajero y explorador: Sevilla, la más probable; Jerez de la Frontera, que no es descartable; y hasta Valladolid, de creer al famoso inca Garcilaso. En Valladolid, tenía su sede el tribunal que le exoneró del servicio en Orán. Acerca de la fecha de su fallecimiento se barajan los años 1558 y 1564. También hay confusión en torno a las circunstancias que rodearon sus últimos años de vida. Parece cierto que hasta conseguir que la condena fuera revocada arrostró una vida de pobreza, posteriormente parece que consiguió un estipendio de dos mil ducados anuales. Algunas fuentes señalan que podría haber ingresado en un monasterio o que murió «como harto pobre caballero». Esto último le cuadra, visto lo que había sido la vida de un ser humano fuera de lo común, un personaje que bien podría decirse que, habiendo rozado la gloria, sin embargo, conoció y recorrió todas las escalas del infortunio.

# V. LOS VIAJES A TIERRA SANTA

La Edad Media, calificada como la «edad oscura», pero a la postre crisálida histórica que acabó alumbrando el luminoso Renacimiento, fueron aquellos siglos en los que no pocos europeos volvieron sus ojos hacia el Cercano Oriente —la bíblica y mítica Jerusalén—, impulsados unos por el fervor religioso y otros, entre ellos muchos cruzados, por el afán de conquista y botín. Fue época de gran flujo de viajeros que soñando con llegar a Tierra Santa desafiaban los peligros del camino. Por las rutas terrestres coincidían peregrinos con soldados y mendigos que seguían a las expediciones de cruzados con la idea de embarcar en alguno de los puertos de Occidente desde los que partían los barcos que hacían las escalas de Levante.

En los países de la Europa cristina, la peregrinación a Tierra Santa fue un destino clásico. La meta era Jerusalén. Unas veces liberada y otras conquistada según el punto de vista. Porque, si nos atenemos a lo que aconteció durante la Edad Media, las cruzadas emprendidas por nobles y sus mesnadas procedentes de países cristianos fueron una causa bendecida por el Vaticano que se justificaba con el argumento de recuperar los Santos Lugares ocupados por los sarracenos. Otra muy distinta son las cruzadas vistas por los árabes y tenidas por descarnadas expediciones de conquista. Jerusalén, la ciudad en la que Jesús de Nazaret predicó, fue crucificado y donde según la tradición Cristo resucitó, fue durante muchos años el mayor centro espiritual del mundo occidental. Una ciudad santa. Según cálculos de los especialistas, a lo largo de su milenaria historia, Jerusalén ha sido doce veces destruida, veintitrés veces sitiada, cincuenta y dos veces atacada y capturada, y cuarenta y cuatro veces recuperada por los sucesivos habitantes de esta ciudad. Ciudad que junto a Atenas, Roma y La Meca marcan de manera simbólica la historia del Mediterráneo y en términos religiosos y culturales también la historia de parte del resto del mundo. De ahí el

interés que desde tiempos remotos venía despertado entre los viajeros. Durante siglos fue meta de soldados, comerciantes, peregrinos o simples viajeros, de los que en algunos casos conservamos sus nombres. ¿Por qué Jerusalén despertó siempre tanto interés entre gentes de países distantes y costumbres diferentes? Interés que se canalizó en peregrinaciones que a veces suponían meses de viajes por rutas peligrosas. La explicación hay que buscarla en los libros sagrados. Nuestro mundo cuenta el paso del tiempo por años y siglos y hay un antes y un después en el año uno de la era cristiana, el año en el que según la tradición se produjo el nacimiento de Jesús de Nazaret. Guiados por los Evangelios, en el mundo cristiano era una cuestión comúnmente aceptada que Jerusalén era el ombligo y el centro del planeta. Allí vivió el Redentor, allí murió y desde allí ascendió a los cielos. Incluso cuando ya había sido aceptada la idea de que la Tierra era esférica los mapas medievales en sus proyecciones procuraban mantener esa posición. Y del plano material, saltó al plano simbólico y religioso manteniendo viva durante siglos la atracción del viaje, de la peregrinación a los lugares santos en los que había discurrido la vida de Jesús, la de su madre, la Virgen María, y la de los primeros discípulos, los apóstoles.

Las peregrinaciones a Tierra Santa empezaron desde el mismo momento de la muerte de Jesucristo, pero fue a partir del famoso edicto del emperador Constantino, del año 313, cuando tuvo lugar la expansión del culto cristiano. En años posteriores, se inició en Jerusalén la construcción del Santo Sepulcro. Eligieron aquel lugar porque según la tradición fue donde santa Elena, la madre de Constantino, había encontrado el *lignum crucis*, el madero que los soldados romanos emplearon para crucificar a Jesús. La peregrinación a Jerusalén, teniendo como meta el Santo Sepulcro, empezó pronto. Más adelante contaremos la peregrinación en el año 383 de la monja Egeria. También se conserva el relato de un viaje realizado, incluso unos años antes, en el 333, por un peregrino que viajó desde el sur de Francia. Un relato que se conoce como el *Anónimo de Burdeos*. Con posterioridad*,* durante los siglos

medievales, se documentan numerosos viajes de peregrinación escritos ya en lenguas vernáculas europeas, hijuelas todas del latín.

Dados los medios de transporte de cada época, siempre fueron viajes largos y fatigosos, pero peregrinar a Tierra Santa fue más peligroso en unos tiempos que en otros. Durante los siglos en los que el Imperio bizantino señoreaba aquellas tierras, el viaje debió ser menos arriesgado que cuando a partir de la expansión árabe fue territorio en disputa. En épocas muy posteriores, cuando los otomanos conquistaron Jerusalén y en los reinos de Hispania mandaba el emperador Carlos I, una treintena de peregrinos españoles se aventuraron a viajar a los Santos Lugares. Conocemos algunos de sus nombres por documentos que se leen como libros de viajes y se conservan en la Biblioteca Nacional. Algunos de esos relatos se hicieron muy populares y llegaron, como diríamos hoy, a ser superventas, caso del de fray Antonio de Aranda escrito en 1533 y titulado *Verdadera información de la Tierra Santa*. Conocemos otros nombres como el de Juan Bautista de la Concepción, un granadino que viajó en 1618 y regresó dos años después. O el franciscano Juan Barceló, mallorquín de Llucmajor que viajó a la región en 1654 o Pedro González Gallardo, un militar extremeño, de Fregenal de la Sierra que en 1605, a los setenta años, viajó a Jerusalén donde se hizo caballero del Santo Sepulcro y a la vuelta publicó su *Viage de Gerusalem.*

Además de tener mucha fe, había que ser muy valiente para atreverse a cruzar el Mediterráneo en una época en la que había piratas que secuestraban a los viajeros para pedir rescates. Pero muchos lo hicieron animados por la fe y la ilusión de ganar indulgencias y, por qué no decirlo, también por el afán de aventuras. Pero, como digo, había que ser valiente, incluso temerario, para hacerse a la mar rumbo a Tierra Santa. Sabemos por Miguel de Cervantes el calvario que aguardaba a los que tuvieron la mala suerte de ser tomados como rehenes por los piratas o los corsarios y que, en el mejor de los casos, si es que no perecían en los abordajes, se veían obligados a permanecer en prisión un tiempo indefinido hasta ser rescatados previo pago de un rescate.

Pero el caso es que muchos se arriesgaron y realizaron el viaje.

Como decía, conocemos más nombres porque hace unos años los rescató del olvido la Biblioteca Nacional en una exposición que, bajo el título *Urbs Beata Hierusalem*, alumbró datos tales como que durante siglos las peregrinaciones a Tierra Santa fueron un medio para ganar indulgencias y estuvieron potenciadas por el Concilio de Trento —que se celebró a mediados del siglo XVI— para hacer frente al descrédito llevado a cabo por la reforma protestante de Lutero.

Algunos de los relatos que los peregrinos escribieron a la vuelta del viaje a Jerusalén y otros lugares de Palestina tuvieron mucho éxito y mucho mérito, porque estamos hablando de épocas en las que la mayor parte de la gente no sabía leer. Los relatos de los peregrinos a Tierra Santa, además de una proclamación de la fe y una reivindicación de los Santos Lugares, despertaron mucho interés entre las élites cultas de los países de Occidente porque daban noticias de los territorios desconocidos que había que atravesar para llegar a Jerusalén y describían las costumbres de los pueblos que aparecían por el camino. Eran, también, los inicios de la imprenta y estos libros de viajes tuvieron mucho éxito. De esta época es, por cierto, uno muy famoso titulado *La Jerusalén liberada,* un poema épico que narra la primera cruzada y la toma de la ciudad en el año 1099 desde una perspectiva cercana al mito. Se publicó en 1581 y lo escribió el gran poeta italiano Torcuato Tasso, nacido en Sorrento. Eran tiempos en los que se había exacerbado la lucha por el control del Mediterráneo entre los reinos cristianos y el Imperio otomano. Teniendo en cuenta que la ciudad de Jerusalén estaba en manos de los turcos, los peregrinos de origen español corrían un peligro añadido al presentarse como tales. Hubo quien ante esa situación se hizo pasar por francés —el rey Francisco I de Francia era aliado del sultán Solimán—, pero hay constancia de que otros se atrevieron a realizar el viaje sin renunciar a su origen. La experiencia mística les compensaba de los peligros y penalidades del camino y de los escarnios de los turcos, que de todo hubo y de ello dieron cuenta en sus relatos. En nuestros días son otras las circunstancias, en este caso de carácter político, las que complican viajar a Jerusalén aunque sigue siendo habitual encontrar peregrinos extranjeros que viajan a Israel para visitar los Santos Lugares, sobre todo en

Semana Santa. En esas fechas, hablo por experiencia, puedo decir que la milenaria ciudad, santa para las tres religiones, se transforma. Sí siempre, es una vivencia especial viajar hasta Jerusalén, en estas fechas, que sí coinciden con días de primavera, mucho más, porque se puede apreciar cuánto hay de verdad en el antiguo poema que habla de la Jerusalén dorada, ciudad sagrada encerrada en su muralla de piedras áureas, rozando la gloria y siempre al borde de la tragedia.

# UN JUDÍO ERRANTE

5380 kilómetros separan Tudela, la histórica ciudad navarra situada junto al río Ebro, de Bagdad, la capital iraquí que se levanta a orillas del río Tigris. Esa fue la mitad de la distancia que en interminables etapas a lo largo de un viaje que duró no menos de catorce años llevó a cabo Benjamín de Tudela. Lo hizo recalando en multitud de ciudades —Barcelona Montpelier, Marsella, Génova, Roma, Nápoles, Tarento, Patras, Salónica, Constantinopla, Jerusalén, Mosul, la citada Bagdad y posteriormente Alejandría, El Cairo—, y ya de nuevo en Europa recorrió Italia en dirección a Francia culminando viaje en París. Tan increíble proeza la llevó a término este judío sefardita nacido en el seno de la aljama de Tudela. En las aljamas o juderías vivían las comunidades judías establecidas de manera independiente dentro de una población medieval cristiana. Estaban organizadas al margen de esta y se regían por sus propias leyes. Tan peculiar situación era fruto de un pacto con el rey de cada uno de los reinos cristianos de la península ibérica que permitían la presencia de judíos en sus reinos. La comunidad hebrea dependía directamente del monarca y en cada una de ellas un juez mayor o rabí elegido directamente por el rey arbitraba los pleitos. Las aljamas solían levantarse en barrios o lugares separados de la población cristiana. Con el tiempo sus habitantes fueron obligados a vivir encerrados, por lo que sus barrios solían estar dotados de muralla con una única puerta de salida y entrada. Esta circunstancia, en momentos de persecución, favoreció los pogromos.

Benjamín de Tudela fue un personaje cuyas aventuras viajeras se adentran en el territorio de la leyenda. Vivió en el siglo XII, había nacido en el año 1130, en Tudela en tiempos del reinado de Sancho VI, apodado el Sabio. Vamos a situar la época. Terminada la expansión del islam —que en territorio europeo se extendió por gran parte de la península ibérica y por las islas de Sicilia y Malta— el mundo mediterráneo había alcanzado un cierta estabilidad hasta que

se iniciaron las expediciones de los cruzados a Tierra Santa, los normandos expulsaron a los árabes de Sicilia y en la corte de un rey cristiano, Roger II, florecía una afamada escuela de cartógrafos. Eran tiempos en los que los viajes, bien a Jerusalén —para judíos y cristianos — y sobre todo a La Meca para los musulmanes, eran frecuentes. En ese ambiente se desarrollaron los viajes de Benjamín de Tudela. Algunos detalles de su vida son un tanto imprecisos. Su padre se llamaba Jonás y era rabino, el jefe religioso de la comunidad judía. Parece que él también fue rabí. Era un joven culto. Amén de castellano hablaba hebreo, árabe, arameo, griego y latín. Parece que se dedicaba al comercio de joyas. Todo lo que sabemos de él se cuenta en el *Libro de viajes*, un relato escrito en hebreo que fue publicado en Constantinopla y que se hizo muy famoso en la época. En él narra las vivencias del largo periplo que emprendió cuando tenía veintinueve años y que partiendo de Navarra y pasando por diversos países de Europa llegó hasta el otro extremo y más allá de los reinos de la orilla oriental del Mediterráneo. Visitó ciento noventa ciudades hallando hospedaje en las juderías, los barrios donde habitaban los hebreos. Vivió en un tiempo en el que las cruzadas, aunque primordialmente eran expediciones militares de conquista de los Santos Lugares, también abrieron rutas comerciales desde Europa hacia el Próximo Oriente. Esa corriente debió favorecer los planes de nuestro viajero. No de otra manera se puede entender que, en tiempos de caminos inseguros y en el Mediterráneo con barcos a tiro de piratas y corsarios, un comerciante de joyas, por muy valiente que fuera, se atreviese a viajar tanto y tan lejos de su tierra. Pero Benjamín de Tudela lo hizo. Salió de Tudela, pasó por Barcelona y Gerona, en la Corona de Aragón, y después a Francia, donde recaló en Montpellier, que en aquella época era un importante emporio comercial. De allí viajó a Marsella donde embarcó rumbo a Génova, ciudad cuyos habitantes, según cuenta, se dedicaban como principal ocupación a la piratería. Visitó Pisa y llegó a Roma, ciudad que le deslumbró a juzgar por la minuciosidad con la que describe sus monumentos. En la basílica de San Juan de Letrán reporta la existencia de dos columnas de bronce que según la tradición habrían pertenecido al mítico templo del rey

Salomón. Cuestión un tanto dudosa habida cuenta de que el famoso templo fue destruido en dos ocasiones, una en el año 586 a. C. en tiempos del rey Nabucodonosor II de Babilonia y la segunda a raíz del asedio que sufrió Jerusalén el año 70 d. C. por tropas romanas bajo las órdenes del general Tito, que posteriormente sería emperador. Después de Roma, Benjamín de Tudela recorrió el sur de Italia. Nápoles, Sorrento, donde dice que había baños termales y sus habitantes utilizaban petróleo para hacer ungüentos. Siguió por Salerno, Amalfi y llegó a Brindisi, puerto en el que embarcó rumbo a Grecia hasta Patras, más tarde siguió viaje hasta Corinto, y desde allí al norte camino de Salónica y, por fin, Constantinopla. La ciudad, que todavía no había sufrido el gran saqueo de los cruzados y los venecianos que tuvo lugar medio siglo después, conservaba todo su esplendor. Reina el emperador Manuel y, amén de las columnas de oro y plata y las luchas de gladiadores y fieras en el Hipódromo, a Benjamín le deslumbró el zoológico de la capital bizantina. Son datos sumarios de las primeras etapas del viaje, pero después vinieron más. Como buen navarro debió ser un tipo decidido, así que dejó Constantinopla y se embarcó recalando en algunas de las islas griegas del Egeo: Mitilene, Samos y Rodas. Entró en Tierra Santa por el puerto de San Juan de Acre que estaba en manos de los cruzados. De allí llegó hasta Damasco en poder de los emires selyúcidas. Viajó después a Mosul y prosiguió hasta Bagdad, que vivía días de esplendor. Reinaba el califa Al-Abasi, del linaje del profeta Mahoma. Hasta tres mil estudiantes acogía la que fue considerada como la mayor universidad del mundo musulmán durante la Edad Media. La comunidad judía de la ciudad era la más numerosa en aquel tiempo: unas cuarenta mil personas. Cuenta en el libro que «permanecen en calma, tranquilidad y honor bajo el poder del gran rey». De Bagdad viajó hasta las ruinas de Babilonia. La siguiente etapa fue Jerusalén. Pequeña y rodeada por tres murallas. Se emociona rezando frente al Muro Occidental y dice:

> Habitan en ella gentes de toda lengua y unos doscientos judíos que viven al pie de la Torre de David. Allí está la casa de la

tintorería que alquilan los judíos anualmente al rey para que nadie sino ellos haga tintes en Jerusalén.

Curioso negocio en tiempos tan revueltos. La Ciudad Santa era la capital de un reino cristiano asediado, en vísperas de su caída a manos del gran Saladino, hecho que aconteció unos años después el 2 de octubre de 1187.

Después de su estancia en Bagdad y Jerusalén volvió de nuevo hacia el este y recorrió Persia conviviendo con tribus del desierto que eran judíos practicantes. De regreso a Occidente recaló en Egipto. Pasó varios meses en El Cairo y Alejandría donde vivían comunidades judías muy activas. Habla maravillas de la ciudad fundada por el gran Alejandro donde anota que viven unos tres mil judíos divididos en dos facciones a causa de la dispar interpretación de la Torá.

Más tarde embarcó rumbo a Sicilia y desembarcó en Palermo, que en aquella época era una ciudad llena de palacios y riqueza, expresión del apogeo de la dinastía normanda. Regresó a España por mar.

En el libro también describe cómo vivían los judíos de Alemania y el norte de Francia, lo que hoy es Chequia y hasta Ucrania, donde dice que en Kiev, en invierno, hace tanto frío que a los hombres se les hiela y cae la nariz. En el caso de los viajes por los países de Centroeuropa, parece que hablaba de oídas. Su libro fue muy imitado. Por decirlo con una expresión de nuestros días, «puso en el mapa» a ciudades y lugares lejanos y por lo mismo poco conocidos, y ha permitido a los historiadores conocer el estado de la diáspora del pueblo judío en el siglo XII. Benjamín de Tudela, hijo de Jonás de Navarra, murió el año 1173, el 4933 del calendario judío. La suya fue una vida bien aprovechada, y lo que cuenta en su libro sobre el viaje, también, pues ha servido a los historiadores como referencia para fijar la extensión y presencia de la diáspora judía tanto en Europa como en Asia.

# LA PATRONA DE LOS TROTAMUNDOS

En estas estampas de gente intrépida que viajaba a la aventura ocupa un lugar pionero la gallega Egeria, una monja que según decía nuestro añorado Manu Leguineche era la patrona de los trotamundos. En realidad, no tenemos certeza de si, como dicen algunas fuentes, era una monja o una dama socialmente muy bien relacionada. Sí sabemos que nació a finales del siglo IV de nuestra era en la Gallaecia romana, una provincia de lo que ya entonces se conocía como Hispania. Se especula que podría haber sido familia de Elia Flacila, la primera esposa del emperador Teodosio, pero no pasa de ser una conjetura a la que otorga algún fundamento el apoyo con el que contó a lo largo del viaje y su bagaje cultural, rasgo propio de las élites del momento.

Con certeza sabemos que tardó tres años en realizar un viaje prodigioso a Tierra Santa. Fue la primera gran viajera, de la que tenemos noticia porque dejó constancia de sus andanzas por tierras muy alejadas de la suya en una suerte de diario de viajes que ha llegado hasta nosotros con diversos títulos: *Itinerarium Egeriae, Peregrinatio ad loca Sancta* o *Peregrinatio Aetheriae*. Por decirlo así, fue pionera y fundadora de un género que hoy conocemos como literatura odepórica, relatos de experiencias y aventuras vividas en el transcurso de un viaje.

Un título bien ganado si explicamos que aquella intrépida mujer culminó un viaje de más de 5000 kilómetros que la llevó a Tierra Santa, a visitar los Santos Lugares, a Egipto y a Mesopotamia. Inició el viaje atravesando la península ibérica de oeste a este, por el norte llegando a la Galia que cruzó por el sur, pasó después a Italia y navegando por el Adriático llegó a Apolonia de Iliria, una ciudad enclavada en lo que hoy es territorio albanés. Allí prosiguió viaje por la Vía Egnatia, una calzada construida dos siglos atrás por los romanos, que era una vía de primer orden y que, a lo largo de cerca de novecientos kilómetros, cruzaba por el norte lo que hoy es

Grecia, el monte Pindo y Macedonia, bordeaba después la costa norte del mar Egeo y Tracia y llegaba hasta Constantinopla. Durante siglos esta famosa vía tuvo una gran importancia estratégica y también fue clave para el comercio entre la Europa occidental y Bizancio. Quizá fue el mejor camino de los muchos que recorrió Egeria, quien tras varios meses de viaje alcanzó Constantinopla, la gran ciudad que hacía pocos años el emperador Constantino había elegido como capital del Imperio romano de Oriente, porque, con los bárbaros en las fronteras, Roma había dejado de ser segura.

Egeria no se entretuvo en demasía en la nueva capital del imperio porque tenía prisa por llegar a los Santos Lugares. Prosiguió viaje hasta Edesa y Antioquía para descender hacia Siria. Y por fin llegó a la meta soñada: Tierra Santa, Jerusalén, Jericó, Belén.

El viaje a Tierra Santa, que acabó siendo una tradición muy arraigada en los países cristianos de Occidente, hunde sus raíces en la historia y remite a un viaje poco menos que iniciático, el que en el año 327 —siglo IV de nuestra era— llevó a Helena, madre del emperador Constantino —santa Helena en el santoral católico— a viajar desde Constantinopla a Belén, donde ordenó construir una basílica en el lugar donde la tradición señalaba que se produjo el nacimiento de Jesús de Nazaret. Bajo el reinado de Constantino I, el cristianismo fue declarado religión oficial del imperio, dejando atrás el paganismo, el culto a los milenarios dioses del nutrido panteón romano. Parece ser que los consejos de Helena a su hijo Constantino y los remordimientos que al parecer sentía el emperador por haber mandado matar a uno de sus hermanos le llevaron a la conclusión de que no era mal paso optar por una religión que predica el perdón de los pecados a cambio del arrepentimiento. Pero no pasa de ser una conjetura. Al igual que el repetido episodio según el cual en vísperas de una batalla decisiva (Puente Milvio, año 312 d. C.), con el trono en disputa que enfrentaba a las tropas de Constantino con las de su rival Magencio, la aparición en el cielo de una formación de nubes que asemejaba una cruz, el misterioso mensaje en sueños recibido la víspera, «in hoc signo vinces», y la posterior victoria obtenida en la batalla le habrían convencido para convertirse al cristianismo. Y, en una segunda etapa, ahí la influencia materna

pudo ser decisiva para proclamar la nueva religión venida de Oriente como religión oficial del Estado. Ha pasado tanto tiempo y las fuentes unas son tan confusas y otras tan interesadas (todavía está sin resolver la controversia que pesa sobre el famoso Edicto de Milán del año 313 d. C.) que vaya usted a saber qué hubo de cierto en estos asuntos, por lo demás capitales en la historia de Roma, y, por extensión, de la historia de Occidente.

Egeria no se quedó quieta en Jerusalén; tras visitar Belén, pasó a Egipto donde llegó hasta Tebas, Alejandría, el mar Rojo y el Sinaí. Y subió al monte en el que Jehová, según la tradición bíblica, habló a Moisés a través de la famosa zarza ardiente. Egeria no se conformó con lo mucho y prodigioso que había ido encontrando por los mil caminos recorridos y prosiguió viaje. Quiso llegar todavía más lejos, hasta ver el río Éufrates, en Mesopotamia, lo que hoy es Iraq y en la región que siglos atrás había conocido el esplendor de Babilonia. Camino ya de vuelta volvió a Constantinopla. Un viaje titánico. Toda una odisea. Fue una empresa extraordinaria porque en aquellos tiempos, aunque eran los del gran emperador Teodosio, el poder de Roma empezaba a declinar, los bárbaros amenazaban las fronteras y los caminos, las famosas calzadas romanas, ya no eran tan seguros como lo habían sido en épocas anteriores. Por no hablar de las dificultades propias de los viajes en las condiciones de aquella época. Pensemos que, aún hoy, si al viajar por el interior de determinados países de África, América o Asia la falta de agua corriente o de papel higiénico supone un problema, ¡qué no sería la cosa en aquellos tiempos!

¿Cómo era Egeria? ¿Qué sabemos de su personalidad? Sabemos poco. Por no saber no sabemos qué edad tenía cuando emprendió el viaje allá por el año 381 d. C. Debió ser una cristiana fervorosa entregada a la nueva religión, el cristianismo, que apenas hacía medio siglo había sido declarada religión oficial del imperio por el emperador Constantino. Haber culminado tan extraordinaria aventura da idea de que cuando lo empezó debía ser una mujer de mediana edad; fuerte y con buena salud. Una mujer decidida, valiente y culta que hablaba latín y griego y que nos ha legado un relato pormenorizado de su prodigioso viaje. Un relato en forma de

cartas o misivas redactado en latín vulgar, hoy diríamos que su estilo es coloquial, sin adornos.

Aunque falta una parte, se conserva el grueso de su relato. Se inicia con la narración de la llegada y ascenso a pie al Sinaí, el monte de Dios «donde fue dada la Ley». Cuenta que fueron cuatro horas de subida a pie muy penosa y otras tantas en el descenso. Realizó la ascensión acompañada por algunos anacoretas que vivían en aquellos parajes y rezó frente al zarzal ardiente que —según anotó— «sigue floreciendo y echando brotes». Con el andar del tiempo, en el año 565, dos siglos después de la presencia de Egeria en el lugar, a los pies de aquel en aquella montaña tenida por sagrada por las tres religiones monoteístas, fue construido el mítico monasterio de Santa Catalina. El cenobio bizantino que ha llegado hasta nuestros días sobreviviendo milagrosamente a terremotos y asaltos. Un rasgo interesante del relato de Egeria es el distanciamiento personal. Egeria habla de lo que ve y escucha, pero no de lo que le pasa a ella. No presume de nada y apenas menciona las incomodidades y peligros del viaje. Siente curiosidad por todo, pero no cree todo lo que la cuentan.

A su paso por Tierra Santa, cuando un obispo le indica dónde se halla la estatua de sal en la que se convirtió la mujer de Lot, Egeria viaja hasta el mar Muerto, y, al no encontrar semejante vestigio del relato bíblico, dice en una de sus misivas que no quiere engañar y que no encontró nada. A propósito de este episodio que relata el Génesis al narrar la huida de Lot y su familia de Sodoma, en nuestros días, en la parte jordana que aboca al mar Muerto se señala a los viajeros una caprichosa formación salina que vagamente recuerda la silueta de una mujer.

¿Cómo pudo hacer Egeria un viaje tan largo recorriendo lugares que aún hoy, en algunos sitios, siguen siendo peligrosos? La explicación más plausible invita a pensar que en muchos tramos del viaje contó con una escolta. En otros, no. Pero no viajaba sola —según cuenta en las cartas que enviaba a quienes había dejado en Gallaecia—, iba encontrando apoyo en los lugares a los que llegaba. Como buena peregrina viajaba con una Biblia y las Escrituras como guía. Llegaba a los sitios, observaba, contrastaba lo que veía con lo

leído y anotaba sus impresiones. Su relato estuvo perdido durante más de mil años, pero por suerte fue descubierto entre los legajos de un monasterio italiano a mediados del siglo XIX. El hallazgo se produjo en 1884 y fue fruto de la intuición y la curiosidad del arqueólogo, historiador y bibliófilo Gian Francesco Gamurrini, un estudioso que lo encontró en la Biblioteca de la Cofradía de Santa María de los laicos que está en Arezzo, una ciudad de la Toscana, en Italia. El manuscrito había permanecido durante siglos en otro lugar, la histórica abadía de Montecasino. Está escrito en latín vulgar. Era una copia incompleta en la que faltaba el principio y el final. Esta circunstancia impide saber si Egeria regresó a su tierra gallega natal y cómo terminó su arriesgada y emocionante peregrinación. En términos históricos el relato de Egeria es el primer libro de viajes del que tenemos noticia, descontando, claro está, la *Odisea y la Eneida,* los inmortales poemas que relatan las aventuras de Ulises y Eneas. Pero esa es otra historia.

# LA MADRE DE TODOS LOS CAMINOS

En Europa hay un camino singular que al correr de los siglos ha sido transitado por miles de viajeros —antaño peregrinos, hogaño mezcla de creyentes y turistas—. Es el Camino de Santiago, la misteriosa construcción espiritual y cultural de la baja Edad Media que aún retiene muchas claves por desvelar y que ha llegado hasta nuestros días como un fenómeno que durante más de un milenio atrajo a miles de peregrinos que procedentes de todos los confines de Europa a través de diferentes rutas viajaron hasta Compostela donde se halla la tumba del apóstol Santiago el Mayor, hijo de Zebedeo, el primero de los apóstoles que murió martirizado en Jerusalén en tiempos del rey Herodes Agripa alrededor del año 44 de nuestra era y cuyo cuerpo, según la tradición —o la leyenda— habría sido trasladado hasta la capital gallega.

En la baja Edad Media, cuando se iniciaron las peregrinaciones, las dificultades materiales de todo tipo eran muchas y algunas muy peligrosas, pero conseguir llegar a la ansiada meta borraba todos los inconvenientes. Que nunca fueron pocos, porque al acecho de los peregrinos había maleantes prestos a asaltar al caminante para hacerse con sus pertenencias y a ese albur de riesgo había que añadir la certeza de las pésimas condiciones que ofrecían posadas y mesones: «asiento de todo tipo de incomodidades», según el relato de un viajero. La construcción de algunos albergues para peregrinos en determinados puntos de la ruta ofrecía cierta seguridad, así como la estancia en las hospederías de algunos conventos. Nada que ver con lo que acontece en nuestros días. Hoy el peregrino conoce de antemano lo que le aguarda tras realizar a pie en territorio español las treinta y tres etapas del Camino Francés, una etapa, un día más, si el escogido es el Camino del Norte. Hoy dispone de abundante información acerca de las rutas para culminar el viaje, sabe de los lugares para pernoctar, los hospitales a los que acudir en caso de accidente y al disponer de teléfono y mapas de geolocalización está

en condiciones óptimas para completar el camino. La llegada del peregrino tras haber recorrido ya en territorio español los 764 kilómetros del Camino Francés a contar desde Saint Jean de Pied de Port a Compostela o los 824 del Camino del Norte que parte de Irún, en la frontera —hay otros itinerarios más cortos partiendo de Portugal o de ciudades españolas—, tradicionalmente ha sido descrito como un poderoso momento de gozo interior.

Durante siglos las cosas no fueron tan fáciles. En muchos casos la fe que impulsa al peregrino puede que fuera la misma ayer que hoy, pero hay que reconocer que el mérito de cuantos a lo largo de los siglos hicieron el camino fue muy superior al que apareja el recorrido en nuestros días. Ahora sabemos lo que nos vamos a encontrar; antes, en el mejor de los casos, solo los más ilustrados, y en materia geográfica eran pocos los que disponían de alguna información de lo que les aguardaba al final de la ruta. Baste un ejemplo que, sin ir más atrás, ilustra lo que se sabía de Santiago de Compostela hace tres siglos:

> Esta ciudad de España, Capital del Reyno de Galicia, está situada a la falda de un monte elevadísimo en un piso desigual. Es silla arzobispal de las más ricas de España cuyo Prelado es Señor temporal y espiritual de la ciudad. Tiene Universidad, Tribunal de la Inquisición, una magníficas Catedral,14 parroquias, 12 conventos de Frayles, 5 de monjas, 4 colegios, 4 Hospitales. Sus principales edificios son la Iglesia Catedral de seis naves de gusto gótico donde se conserva y venera el Cuerpo del Apóstol Santiago, Patrón de España, en su Altar Mayor: lo que ha atraido (sic) en todos lo siglos un gran número de Peregrinos de todos los países á aquel devoto Santuario… dista 35 leguas de Braga, 55 de León 110 de Madrid. Longitud.9.29; latitud 42.54.
>
> (*Diccionario geográfico universal*, editado en 1783 en Madrid en la Real Compañía de Impresores y Libreros a instancia de Miguel Escribano).

Según la tradición cristiana —piadosa mezcla de fe y de leyenda—, habrían sido Atanasio y Teodoro, dos discípulos, dos seguidores de los apóstoles, quienes habrían trasladado a tierras gallegas los restos

de Santiago el Mayor. Ellos habrían sido, también, quienes levantaron un primer templo sobre el lugar elegido para excavar una tumba. En términos históricos es imposible establecer una cronología fiable de estos hechos, pero lo que sí ha dejado fechas es el nacimiento del culto al apóstol. Como otros que a partir del paso de un santo o de las apariciones de la Virgen dieron pie a radicar en un determinado lugar un punto dedicado a honrar su memoria. En el caso de Santiago se menciona ya en el año 834 en tiempos de Alfonso II el Casto, a quien un obispo llamado Teodomiro habría informado de que un ermitaño que vivía cerca de un sitio llamado Libredón había presenciado un extraño prodigio: la aparición de un «campo de estrellas». Así lo cuenta Juan de Ferreras (1652-1735), historiador, bibliotecario y teólogo nacido en La Bañeza, León, citado por Víctor Gebhardt en su monumental *Historia General de España y de sus Indias*, publicada en 1863 en Barcelona por el editor Luis Tasso.

> El año 808 es célebre por el favor que concedió Dios a España de descubrir el oculto tesoro del cuerpo del apóstol Santiago, a quien los españoles son deudores de las primeras luces del Evangelio, por más que lo contrario digan las naciones extranjeras que se esfuerzan en disputarles este beneficio.

La narración continúa y hace suyo el que podríamos llamar relato canónico del milagro del descubrimiento de la tumba con los restos de cuerpo del apóstol.

> Cerca de ocho siglos hacía que el cuerpo del apóstol había sido traído de Palestina por sus discípulos y depositado en un lugar cerca de Iría Flavia, en Galicia, pero las continuas guerras y trastornos de aquel país habían hecho olvidar el sitio en el que el sagrado deposito se guardaba, hinchándose aquel de maleza, espinas y matorrales hasta que se descubrió el cuerpo del santo en tiempos de Alfonso II. Ya en aquel tiempo varias gentes habían visto resplandores extraños y luminarias maravillosas y se lo comunicaron a Teodomiro, obispo de Iría, acudió el obispo al lugar y vio con sus propios ojos el prodigio, y mando desbrozar el

terreno y excavar en el hallándose poco después una capilla y en ella un sepulcro que no se dudó ser el del apóstol.

Prosigue la narración de Gebhardt y señala:

> El obispo con deseo de avisar al rey de lo que pasaba partió sin dilación hacia la corte y Alfonso, pío y religioso como era, trasladóse (sic) con los nobles de su palacio al sagrado lugar donde mando levantar una iglesia a la que cedió las tierras de tres millas a la redonda. Posteriormente la hizo merced de una preciosa cruz de oro copia aunque en pequeño de la de los Ángeles de Oviedo y con permiso del papa León III trasladó la sede episcopal de Iría al lugar donde se halló el sepulcro, que fue llamado después Compostela— Campo del Apóstol, de «Campus Apostoli», no de campo de la estrella «Stellae».

Concluye la crónica que pronto se difundió entre las naciones cristianas la noticia de la invención (no habla de hallazgo) del Santo Sepulcro y de los milagros que del apóstol y la muchedumbre de peregrinos acudía ya a mediados del siglo IX a visitar el santuario de Compostela. El camino hacia Santiago fue despojándose de la leyenda para entrar a formar parte de la historia de Europa durante toda la baja Edad Media y los tiempos posteriores hasta llegar a alcanzar la universalidad como sucede en nuestros días en los que peregrinos, viajeros venidos de remotos lugares y países atraviesan los caminos del norte de España o entran en Galicia por la frontera de Portugal para, con calzado cómodo, mochila al hombro y cantimplora al cinto, en jornadas de alrededor de una veintena de kilómetros y pernoctando en albergues u hoteles, llegan hasta Santiago para ganar el jubileo. Gracia especial para los creyentes, una indulgencia plenaria que se amplia en los años en los que el 25 de julio, fiesta del apóstol, cae en domingo. Una secuencia que se produce catorce veces cada siglo.

Durante los años de jubileo permanece abierta la puerta de la catedral de Santiago, paso obligado antes de acceder al interior y por el que los peregrinos más sensibles arriesgan sufrir el llamado «síndrome de Stendhal», al contemplar el maravilloso Pórtico de la

Gloria. Un retablo del siglo XII, obra del maestro Mateo, joya única del arte románico en transición hacia el estilo gótico.

Por cierto, que el día de gozo que culminábamos los tramos del camino que partiendo desde Fisterra habíamos realizado en compañía de Julia, mi mujer, y cuatro amigos entrañables, al acceder al interior de la catedral, conmovido por la belleza de tan maravilloso retablo, nos sorprendió mucho el contraste con la pobre calidad de los bancos distribuidos por las diferentes naves del templo. No fuimos los únicos. «Parece que los han comprado en Ikea», escuchamos comentar en voz baja a uno de los peregrinos que formaba parte de un grupo que atendía las explicaciones de un guía.

El primer año jubilar fue establecido por el papa Calixto II en el año 1126. Antes de ser papa había sido peregrino y se comprende que, superadas las notables dificultades del camino, con buen criterio, decidiera que viaje tan largo y proceloso bien merecía una compensación; en este caso, indulgencia plenaria, el perdón total de los pecados. Medio siglo después, otro pontífice, Alejandro III, lo declaró jubileo perpetuo, válido para la expiación de los pecados y equiparable al que en aquella época aparejaban los peregrinajes a Roma o Jerusalén. Las indulgencias son asunto de creyentes y para recibirlas es menester cumplir con algunos requisitos. El primero de todos visitar la catedral, haber confesado y recibido la comunión y rezar por la persona del papa y sus intenciones. A los no creyentes, sencillamente el viaje les compensa en orden a participar en una aventura que es una experiencia gratificante tanto para el cuerpo como para el espíritu.

Ni que decir tiene que todo peregrino, a la postre doblado de viajero ávido de novedades vitales, interpreta a su manera la experiencia del camino y de haber participado en un fenómeno cuyas raíces no excluye una componente relacionada con el llamado «misterio de las catedrales», una interpretación esotérica de los símbolos herméticos presentes en buena parte de los grandes templos cristianos construidos durante la baja Edad Media y en los que abundan símbolos masónicos que tallados en algunas catedrales, supuestamente, contenían mensajes ocultos para allegar el secreto de la piedra filosofal, el quimérico objetivo de los

alquimistas obsesionados con la fórmula para fabricar oro a partir de la manipulación de otros metales. Por poner un ejemplo, algunos de esos mensajes parece que permanecen ocultos en la catedral francesa de Chartres y su enigmático laberinto.

Allí, en el centro de su majestuosa nave central, sobre las losas de mármol está dibujado un laberinto y en su centro tiene lugar un fenómeno que tiene lugar en el transcurso del solsticio de verano en el hemisferio norte: del 20 al 21 de junio. En esa fecha, a mediodía, el sol que atraviesa una de las extraordinarias vidrieras en las que se narra la vida de san Apolinar incide directamente sobre un clavo que atraviesa la baldosa que señala el lugar en el que se halla un pozo que, según la tradición, habría sido utilizado por los druidas. Sería una señal para indicar la relación con el mundo interior, la conexión perdida con ritos paganos prohibidos, pero no olvidados. Sobre este fenómeno predominaban las versiones esotéricas. Todas defendidas con ingenuidad no exenta de vigor. Para sus partidarios, el fenómeno del rayo de sol en el solsticio acontece una sola vez al año para recordar a los iniciados el secreto confiado por los canteros masones que construyeron la catedral: bajo la baldosa atravesada por el clavo se abre un pozo profundo que señala un lugar sensible, un nudo de fuerza que une Chartres con otros dos puntos sensibles en el solar de la vieja Europa: la Grand Place de Bruselas y la catedral de Santiago de Compostela. Así lo reflejan algunas de las guías que explican aquella grandiosa catedral. Hace unos años estuve en Chartres el día del solsticio y presencié el fenómeno. Recuerdo el silencio y la tensión con la que decenas de asistentes arracimados alrededor del punto del laberinto que señala el clavo vivieron aquel momento en el interior de la monumental y un tanto misteriosa catedral.

El Camino de Santiago, la misteriosa construcción espiritual y cultural de la Edad Media, retiene muchas claves aún por desvelar. En nuestros días, para muchos miles de peregrinos viajeros sigue siendo el camino más largo para llegar al interior de sí mismos.

# EL ORIENT-EXPRESS, UN TREN DE LEYENDA

*Desde Rusia con amor,* la primera aventura cinematográfica de James Bond, el espía de ficción más famoso en todo el mundo, fue estrenada en un cine de Londres en 1963. Al estreno asistió Ian Fleming, su creador y espía él mismo. A España llegó un año más tarde. La dirigía Terence Young con Sean Connery como protagonista y Robert Shaw como el malo de la película. Todavía recuerdo que cuando la vi me impresionaron mucho las escenas que se desarrollan en un tren de lujo que para la ocasión era nada menos que el mítico Orient-Express. Todos los trenes transportan viajeros, pero ninguno tuvo tanto *glamour* como el Orient-Express.

Para la historia de los viajes, la leyenda se inició el 4 de octubre de 1883. Aquel día, el que sería el tren de larga distancia más lujoso de su tiempo, salió de la Gare de l'Est, en París, con destino a Estambul. Pasó por Estrasburgo, Múnich, Viena, Budapest y Bucarest. Desde allí, en este primer viaje, los pasajeros fueron transportados a través del Danubio hasta la ciudad de Ruse, en Bulgaria, donde otro tren los llevaba hasta Barna, un puerto del mar Negro y allí embarcaban en un transbordador que les llevaba hasta Estambul.

Sobre aquel primer viaje que despertó una expectación inusitada lo sabemos casi todo porque la compañía invitó a los mejores periodistas del momento. Y en sus primeras crónicas anticiparon lo que con el andar del tiempo acabaría siendo una leyenda. El viaje duró alrededor de ochenta horas y el tren cubrió un recorrido de más de dos mil kilómetros. Fue la sensación de aquel año en toda Europa. Una Europa que sobre todo, en el caso de Francia, volvía a recuperar las ganas de vivir y viajar, pues hacía solo doce años que había concluido la guerra francoprusiana en la que los franceses habían sido derrotados. Aquella derrota provocó la caída de la monarquía —el emperador Napoleón III y nuestra paisana, la emperatriz Eugenia de Montijo, tuvieron que exiliarse— y se

proclamó la Tercera República, el régimen que ha llegado hasta nuestros días.

El viaje ofrecía tres cosas: lujo, confort y, para una época en la que no existía ni la televisión ni los aviones, exotismo. Viaje por países de la Europa del Este envueltos todavía en la bruma del misterio. Era una travesía con transbordos, pero las incomodidades derivadas de los cambios de transporte duraron poco. En 1889 completaron la línea hasta Estambul. Paraba también en Belgrado, la capital de Serbia. El tren estaba concebido para viajar tanto de noche como día —algo que ahora nos parece normal— y tenía aseos separados, lo que entonces también eran una novedad. Los vagones eran muy lujosos, ofrecía un servicio de primera clase: coches cama, sala de fumadores, vajillas de diseño y un restaurante que estaba a la altura de los mejores de París en una época en la que la capital de Francia pasaba por ser la capital del mundo. El tren era muy confortable. Los pasajeros, más que viajeros, dijeron sentirse como «huéspedes» de un gran hotel. A través de las ventanas del tren se les ofrecía un espectáculo tan cambiante como fascinante. Edmond About, uno de los periodistas que hizo aquel primer viaje, publicó después un libro contando la experiencia y escribió que «la aventura que iba a contar parecía el sueño de un hombre despierto».

Como era la gran novedad de la época, atrajo a muchos personajes, algunos famosos y otros misteriosos. Reyes, magnates, artistas como la célebre Josephine Baker o la gran modista Coco Chanel, además de espías y contrabandistas. Y tipos excéntricos, como el rey Fernando de Bulgaria que era un ingeniero aficionado que subía al tren y se entretenía conduciendo la máquina durante el trayecto en el que atravesaba por su país. O la reina de Rumanía, que les leía poemas suyos a los viajeros distinguidos que se detenían en Bucarest. Otro monarca, Leopoldo II de Bélgica, el muy pícaro, consiguió infiltrarse en el harén de un magnate turco que viajaba en dirección a Estambul. Consiguió colarse… y sobrevivir. La historia de este tren está llena de anécdotas. El Orient-Express llegó a ser conocido como el «tren de los espías». Y de la realidad saltó a la ficción. Es famosa la novela de Agatha Cristie titulada *Asesinato en el Orient Express* en la que Hércules Poirot, uno de los detectives

más famosos de la literatura negra, desplegaba ingenio y paciencia solucionando un caso muy enrevesado.

Fue un tren que en su época causó sensación, también porque recorría países del Este de Europa que en aquellos tiempos no eran tan conocidos como ahora. Por no hablar de la llegada a la siempre misteriosa Estambul.

La Compañía Internacional de Coches Camas y de los Grandes Expresos Europeos, que así la había bautizado su creador, un ingeniero belga tenaz y visionario, que se llamaba Georges Nagelmackers, promocionaba el confort del viaje y el exotismo de los lugares por los que pasaba y en los que paraba el tren. En ese registro, la llegada a Estambul, la fabulosa capital del Imperio otomano, era el broche de oro. La estación que les recibía era —y sigue siéndolo— una joya arquitectónica. Se yergue junto al Cuerno de Oro, bajo la muralla del legendario Palacio de Topkapi. A los afortunados viajeros les esperaba una de las ciudades más grandiosas de nuestro planeta. Con maravillas como la Basílica de Santa Sofía o la mezquita de Suleiman. Por no hablar del Yerebatan Sarnici, la lúgubre Cisterna de la Basílica o el Kapali Çarci, el fabuloso Gran Bazar. Sin olvidar, claro está, Topkapi, el palacio imperial que ya no era la residencia del sultán porque unos años antes, Abdul Hamid II había construido en la orilla europea del Bósforo el moderno Palacio de Dolmabahçe. Los viajeros tardaban en reponerse de las emociones que generan tantas maravillas juntas como ofrece Estambul, la antigua Constantinopla bizantina.

Aún hoy, viajar a Estambul es apostar por emociones fuertes. Es mucho lo que hay que ver, y el paraje en el que está enclavada la ciudad es único. Volvemos al tren porque sigue circulando. El clásico llegó hasta el 14 de diciembre de 2009. Aquel día dejó de funcionar como tal, aunque luego ha vuelto con recorridos más cortos. Pero sus días de esplendor fueron los años de la *belle époque*, los anteriores a la Primera Guerra Mundial. Durante este conflicto, que descoyuntó imperios y cambió fronteras, el tren fue requisado y sus vagones degradados. Unas veces para transportar tropas y otras convertidos en burdeles. Después de la Segunda Guerra Mundial, el tren volvió, pero ya no fue lo mismo. Los países del Este habían

caído en la órbita soviética y los viajeros eran motivo de sospecha. Aún así, consiguió llegar hasta el siglo XXI, pero ya no era lo que había sido. La puntilla fueron los vuelos *low cost* y los nuevos trenes de alta velocidad. Una competencia irresistible. Para el recuerdo, por decirlo con palabras del poeta beocio Píndaro, nos queda el resplandor de su gloria.

Y la memoria de cuantos disfrutaron del placer de ver discurrir el paisaje de la vieja Europa a través de sus esmeriladas ventanas mientras en el salón restaurante el traqueteo del tren se hacía eco en las copas de cristal de Bohemia en las que los viajeros saboreaban el paso del tiempo tomando una copa de champán. Grandes viajes. Decía mi querido amigo Javier Reverte que un gran viaje acostumbra a empezar en un libro. Así lo espero de este que tienen en sus manos.

# BIBLIOGRAFÍA


SIGLO XX

PATRICK LEIGH FERMOR

*El tiempo de los regalos. Entre los bosques y agua.* Patrick Leigh Fermor. RBA.

*Secuestrar a un general.* Patrick Leigh Fermor. Ed. Narrativa Bolsillo.

*The Broken Road: From the Iron Gates to Mount Athos.* Patrick Leigh Fermor.

*Roumeli. Viajes por el Norte de Grecia.* Patrick Leigh Fermor. Ed. Acantilado.

*Un tiempo para callar.* Patrick Leigh Fermor. Ed. Elba.

*Mani. Viajes por el sur del Peloponeso.* Patrick Leigh Fermor. Ed. Acantilado.

ANNEMARIE SCHWARZENBACH

*Annemarie Schwarzenbach: a Life.* Barbara Lorey de Lacharrière. Swiss Institute of Contemporary Art.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

*La mejor novela de Vicente Blasco Ibáñez: su vida.* Pilar Tortosa Domingo. Ed. Prometeo.

Artículo de Francisco Caudet Roca. Real Academia de la Historia.

*Las cuatro vidas de Vicente Blasco Ibáñez y nuevos documentos sobre la aventura argentina.* Emilio Gascó. Gráficas Yagües.

«Vicente Blasco Ibáñez. El cronista rebelde que dio la vuelta al mundo». Artículo de J. M. Sadurní. *Historia. National Geographic.*

GERTRUDE BELL

*Viajeras intrépidas y aventureras.* Cristina Morató. Ed. Plaza &Janés.

*La reina del desierto.* Alan Gold. Ed. Bóveda.

«La mujer que pudo ser Lawrence de Arabia». Artículo de Domingo Marchena. *La Vanguardia.*

Artículo de Mujeres en la Historia.

WILFRED THESIGER

*El último explorador. La vida del legendario Wilfred Thesiger.* Manu Leguineche. Ed. Seix Barral.
*Arenas de Arabia.* Wilfred Thesiger. Ed. Círculo de Lectores.
*Los* árabes *de las marismas.* W. Thesiger. Ediciones B.
*Wilfred Thesiger in Africa.* Richard Attenborough y otros. Ed. Christopher Morton & Philipe Grover.

ROALD AMUNDSEN

*Polo Sur. Relato de la expedición noruega a la Antártida del Fram (1910-1912).* Roald Amundsen. Ed. Interfolio.
«La expedición de Amundsen, los primeros en pisar el Polo Sur». Artículo de Alec Forssman en *Historia. National Geographic.*
*Al Polo Norte en avión.* Roald Amundsen. Ed. Interfolio.

JULIO CAMBA

*El destierro y el Matrimonio de Restrepo.* Julio Camba. Ediciones del Viento.
*Mis páginas mejores.* Julio Camba. Ed. Gredos.
*La casa de Lúculo.* Julio Camba. Ed. Reino de Cordelia.
*Aventuras de una peseta.* Julio Camba. Ed. Austral.
*Julio Camba. José Caballero Bonald.* Papeles de Son Armadans.
«Julio Camba, el Brillat-Savarin español». Artículo de Manu Ruiz de Luzuriaga. *Zapardiel: Revista de Cultura y Gastronomía.*

AGATHA CHRISTIE

*Come, Tell Me How You Live. (Ven y dime cómo vives).* Agatha Christie. Ed. Collins.
*Un momento difícil.* Sitio web oficial de Agatha Christie.
*Las damas de Oriente: Grandes viajeras por los países árabes.* Cristina Morató. Ed. De Bolsillo.
«Recordando a Agatha Christie en Tenerife». Artículo de Iván Burdet en *El Mundo.*

ADOLF SCHULTEN

*Cántabros y astures y sus guerras con Roma.* A. Schulten. Espasa-Calpe.
*Avieno Ora Marítima.* A. Schulten.
*Adolf Schulten.* Antonio García y Bellido. Archivo Español de Arqueología. CSIC.

THOR HEYERDAHL

«Thor Heyerdahl y la aventura de la Kon Tiki». Artículo de J. M. Sadurní. Biografía en *National Geographic.*

«Las teorías de Thor Heyerdahl». Artículo de Iago Pereira López. *Revista de Historia.*

*La expedición de la Kon-Tiki.* Thor Heyerdhal. Ed. Juventud.

ELLA MAILLART

*La ruta cruel. Un viaje por Turquía, Persia y Afganistán.* Ella Maillart. Ed. Labor.

*Oasis prohibidos. De Pekín a Cachemira. Una mujer a través de Asia Central en 1935.* Ella Maillart. Ed. La Línea del Horizonte.

MANU LEGUINECHE

*Libros viajeros de Manu Leguineche.*

*El camino más corto.*

*La Tribu.*

*La guerra de todos nosotros. Vietnam y Camboya.*

*La vuelta al mundo en ochenta y un días.*

*Filipinas es mi jardín.*

*El viaje prodigioso. 900 años de la primera cruzada. Manu y María Antonia Velasco.*

*Sobre el volcán.*

*La tierra de Oz. Australia vista desde Darwin a Sidney.*

*El último explorador. La vida del legendario Wilfred Thesiger.*

*El club de los faltos de cariño.*

DERVLA MURPHY

*Full Tilt: Ireland to India with a Bicycle.* Dervla Murphy. Ed. John Murray.

*In Ethiopia with a Mule.* Dervla Murphy. Ed. John Murray.

*Between River and Sea: Encounters un Gaza.* Dervla Murphy. Ed. Eland.

*Dervla Murphy: con un par de ruedas.* Dani Cabezas. Ciclosfera.

JAVIER REVERTE

*Corazón de Ulises.*

*El sueño de África.*

*Vagabundo en África.*

*El aroma del copal.*

*Billete de ida.*
*El río de la desolación.*
*La aventura de viajar.*
*El río de la luz.*
*En mares salvajes.*
*Un verano chino.*
*Suite italiana. Un viaje a Venecia, Trieste y Sicilia.*
*La frontera invisible (*póstumo).

SIGLO XIX
HENRY MORTON STANLEY
*En busca del doctor Livingstone al centro de África.* Henry Stanley. Montaner y Simón Editores. Barcelona 1878.
*Viajes y exploraciones en el África del Sur.* David Livingstone. Ediciones del Viento.
*Into Africa: The epic adventures of Stanley Livingstone.* Martin Dugard Ed. Transworld Publishers.
*El sueño de África.* Javier Reverte. Ed. Debolsillo.

HESTER STANHOPE
*Las damas de Oriente. Grandes viajeras por los países árabes.* Cristina Morató.
*Travels of Lady Hester Stanhope*. Charles Lewis Meryron.

RICHARD BURTON
*Sir Richard Burton´s. Travels in Arabia and Africa.* Richard Burton. Ed. John Hayman.
*El capitán Richad F. Burton*. Edward Rice. Ed. Siruela.
*Las montañas de la Luna. En busca de las fuentes del Nilo.* Sir Richard Burton. Ed. Valdemar.
*La gran Aventura africana. Exploradores y colonizadores.* Anne Hugon. Ed. B.S.A.

IDA PFEIFFER
*Les aventures d'Ida Pfeiffer Una gran viatgera i naturalista del segle XIX.* Xavier Sistachs. Ed. Viena.
*La viajera incansable, Ida Pfeiffer.* Mujeres en la Historia.
JOSÉ MARÍA DE MURGA

*José María de Murga. El moro vizcaíno.* Javier de Ybarra Bergé. Madrid. Editora Nacional.
Artículo de Ramón Lourido Díaz. Real Academia de la Historia.

ISABELLA BIRD
*Aventuras con enaguas.* Christel Mouchard. Ed. Laia.
*Excéntricos ingleses.* Edith Sitwell. Ed. Lumen.
«Isabella Bird: La primera mujer en la Royal Geographical Society». Artículo de Silvia Pato. *Culturamas*.

GUSTAVE FLAUBERT
Las notas de viaje están tomadas de las cartas que escribió Gustave Flaubert desde los lugares por los que pasó en su viaje por Oriente Medio. Publicadas por Editorial Gadir y traducidas por Elisabeth Falomir Archambault.

ADOLFO RIBADENEYRA
*De Ceilán a Damasco.* Edición a cargo de Fernando Escribano Martín. Ed. Laertes.
*Adolfo Ribadeneyra, un diplomático español al servicio del estudio y del viaje por Oriente.* Fernando Escribano Martín. Arbor.
«Ribadeneyra en Dizful: notas sobre un óleo dedicado a la aventura española en Oriente». Joaquín María Córdoba. *Espacio Tiempo y Forma. Serie II Historia Antigua.*

ALEXANDER VON HUMBOLDT
*Alejandro de Humboldt. Una nueva visión del mundo.* Frank Holl. CSIC. Ed. Lunwerg.
*Humboldt y el cosmos.* Douglas Botting. Ed. Del Serbal.
*El increíble viaje de Alexander von Humboldt al corazón de la Naturaleza. Andrea Wulf.* Lillian Melcher. Penguin Raandom House.
*Els papers de Humboldt.* Alexander von Humboldt. L'Art de la Memòria Edicions.
*La vida fuera de uno mismo.* Pietro del Soldá. Ed. Tusquets.

MARY KINGSLEY
*Mary Kingsley.* Struan Reid. Heineman Libros.
*Mary Kingsley. La montagne des dieux.* Esteban Mathieu y otros. Ed Glenart.
*Mary Kingsley. Travels in West Africa*. Mary Kingsley. National Geographic.

*Mary Henrietta Kingsley.* Oxford Dictionary of National Biographie.

GEORGE BORROW
*La Biblia en España*. *O viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península.* George Borrow. Traducción de Manuel Azaña.
Artículo de Ana Moreno en el *Boletín n.º 8 de la Sociedad Geográfica Española.*

HEINRIH SCHLIEMANN
Ítaca, el Peloponeso, Troya. Heinrich Schliemann. Ed. Akal.
*Autobiografía.* Heinrich Schliemann. Ed. Almuzara.
*La guerra de Troya. Mito y realidad.* Carlos Moreu. Ariel.
*El Tesoro de Troya. Excavaciones de H. Schliemann.* Ed. Electa.
*Heinrich Schliemann a Napoli.* Umberto Papalardo y otros. Francesco D'Amato Editor.
CHARLES DARWIN
*El origen de las especies.* Charles Darwin. Ed Austral.
*El viatge del Beagle.* Charles Darwin. Edicions del Cráter.
*El origen del hombre.* Charles Darwin. Ed. Crítica.
*Viaje de un naturalista alrededor del mundo.* Charles Darwin. Miraguano Ediciones.
*Teoría de la evolución.* Charles Darwin. Ediciones de Bolsillo.
*El reloj de Mr. Darwin.* Juan Luis Arsuaga. Ed. Martínez Roca.

SIGLO XVIII
VIAJE A EGIPTO DE NAPOLEÓN
*Expedición de Napoleón a Egipto*. Epifanio González Jiménez. Gráficas Espejo. Madrid.
*Napoleón.* Stendhal. Ed. Aguilar
*Napoleón en Egipto*. Paul Strathern. Ed. Planeta.
*Memorias de Napoleón escritas por él mismo.* Napoleón Bonaparte. Ed. Desván de Hanta.
*Napoleón en Egipto.* Ruth Makeenney. Ediciones Selectas. Buenos Aires.
«Bonaparte en Egypte. Feu et Lumieres». *Le Figaro Hors-serie.*
*Napoleón en Oriente. Las campañas de Egipto y Siria.* Miguel del Rey. La Esfera de los Libros.

JOSÉ DE RIBAS

*Un español al servicio de Catalina II.* Natalia Boronat. Russia Beyond.

«Oleg de Ribas. La memoria española del sur de Ucrania». Artículo de Alberto G. Palomo. *El Confidencial.*

«José de Ribas, el español que fundó Odesa». Artículo de Ignacio del Pozo Gutiérrez. *Revista de Historia.*

ALÍ BEY

*Viajes de Alí Bey El Abbasi por África y Asia durante los años 1803, 1804, 1805, 1806 y 1807.* Domènec Badia i Leblich. HardPress Publishing.

*Viajes de Alí Bey por África y Asia.* Texto completo. Edición de Roger Mimó. Ed. Almed.

*Alí Bey y los viajeros europeos a Oriente.* Patricia Almaercegui. Ed. Bellaterra.

*Viajes por Marruecos.* Alí Bey. Ediciones B.

SIGLO XVI

ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA

*Naufragios y Comentarios.* Álvar Núñez Cabeza de Vaca y Gonzalo Fernández de Oviedo. Ed. Alianza Editorial. Cátedra.

*La odisea de Cabeza de Vaca.* Rubén Caba y Eloísa Gómez Lucena. Ed. Edhasa.

*Del Atlántico al Pacífico.* Eloísa Gómez-Lucena. Ed. Sotavento.

*We came Naked and barefoot the journey of Cabeza de Vaca across North América.* Alex D. Kriger. Ed. Margery H. Krieger.

EDAD MEDIA

*Las mujeres en la Edad Media y el Camino de Santiago.* Marta González Vázquez. Xunta de Galicia.

*Los viajeros medievales.* María Serena Mazzi. Ed. A. Machado Libros S. A.

*Viajeros medievales. Los ricos y los insatisfechos.* Margaret W. Labarge. Ed. Nerea.

*Diccionario de mujeres célebres.* Cristina Segura. Ed. Espasa Libros.

BENJAMÍN DE TUDELA

*Viajes de Benjamín de Tudela.* Benjamín de Tudela. Editorial Maxtor.

*Libro de viajes de Benjamín de Tudela.* Benjamín de Tudela. Biblioteca Nueva Sefarad. Riopiedras Ediciones.

*El gran viaje de Benjamín de Tudela.* Mikel Begoña. Ed. Nabarralde.

«Libro de viajes (Sefer Massoat) de Benjamín de Tudela». Artículo de Francisco Gilet en *España en la Historia.*

EGERIA
*El viaje de Egeria.* Cuadernos de Horizonte. Ed. de Carlos Pascual.

ORIENT-EXPRESS
*Orient-Express. De Pontoise a Estambul.* Edmond About. Ed. Confluencias.
*Orient-Express. El tren de Europa.* Mauricio Whiesenthal. Ed. Acantilado.